DUKE UNIVERSITY LIBRARY
DURHAM, N. C.

Rec'd Dec. 9, 1930
Hist. 9, 1929-30
Donor

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Duke University Libraries

https://archive.org/details/memoriasdelaguer01fari

MEMORIAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

RAFAEL FARIAS

MEMORIAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ESCRITAS POR SOLDADOS FRANCESES

LAS MEMORIAS - LA INVASIÓN
EL EJÉRCITO IMPERIAL
LA NACIÓN EN GUERRA

149249

EDITORIAL HISPANO-AFRICANA
MADRID, 1919

946.5

ÍNDICE

Las Memorias

CAPÍTULO I Los autores.
» II Los libros.

La invasión

» III Los franceses llegan.
» IV Optimismos.

El ejército imperial

» V Soldados de Napoleón.
» VI Los compañeros del Emperador.
» VII Pan y prest.
» VIII La vida militar cien años ha.
» IX Historias de ladrones.
» X Ruínas, asolaciones, fieros males.
» XI ¡Ay de los vencidos!
» XII Prisioneros.

La nación en guerra

» XIII La resistencia pasiva.
» XIV La acción del pueblo.
» XV A matar franceses.
» XVI Por sendas y caminos.
» XVII Correos del Emperador.
» XVIII Lo que eran las guerrillas.
» XIX Perfiles de guerrilleros.
» XX La crónica no escrita de las guerrillas

149249

A la santa memoria de mi madre

Eulogia Velasco.

Desde 1807 a 1814, más de medio millón de hombres, mandados por Napoleón, vinieron a España en son de guerra y, en las aventuras y mudanzas de la lucha, cruzaron la Península a todos vientos. Nuestro pueblo, cerrado antes en el retiro de su vida pacífica y tranquila, recibió a los extranjeros con curiosidad pueril primero, con extrañeza más tarde, con odio al fin, y ellos, los invasores, vinieron como enemigos, disfrazados o francos, esperando hallar ejércitos que combatir, mujeres hermosas y buen vino.

Fué aquella guerra oleada que todo lo invadió, caminos abandonados, ermitas perdidas donde sólo la fe sabía llegar, pueblecillos de los rincones de las sierras, claustros cerrados al mundo, fueron allanados por el extranjero, y nuestra vida más íntima, guardada antes con celo pudoroso, salió a vista de extraños.

De esa larga convivencia llevaron el recuerdo nuestros visitantes, y vida, costumbres, creencias y sentimientos, ciudades o páramos, cuanto puede verse y observarse, pasó de la realidad española a las letras francesas, deformado por los cristales que ante los ojos puso al que escribía su triple condición de extraño, de contrario y de enemigo.

Este libro pretende ser reflejo y comentario de esas Memorias de soldados franceses; quisiera contaros cómo

vieron a nuestra patria los hombres que Napoleón mandó a conquistarla y lo que pensaron de la lucha que costó esa tentativa. No dejaron en ellas relatos de batallas o grandes movimientos, sino el recuerdo de su propia existencia en España, vistas de campamentos y marchas, recuerdos de alojado, aventuras de viajes, saqueos y amores, la contienda observada desde el sillón del gobernador o la montura del capitán.

Sobre un fondo de paisajes, agrestes o desolados, muévense los franceses en un ambiente de hostilidad trágica que los acecha, el pueblo, a modo de coro semi-mudo, prorrumpe, a momentos, en alaridos de rabia y, ya cerca ya lejos, siempre incansable, vigilante siempre, cruza como una sombra el guerrillero.

El aparatoso novelar de los autores no basta a ocultar toda la verdad, y al soñar sobre las páginas de estas crónicas, hoy centenarias, creeis sentir aun el latido de aquel vivir apasionado y valiente.

LAS MEMORIAS

CAPÍTULO I.—Los autores.
" II.—Los libros.

CAPÍTULO I

Los autores.

A través de las páginas de sus libros creeis verlos como si los tuvieseis delante. Son generales, oficiales, soldados, del Ejército Imperial. Cuando ellos escriben Napoleón ha muerto o, por lo menos, está ya en Santa Elena. Acogidos los unos a la protección del Gobierno Borbónico descansan en el sosiego de un destino provechoso, aventados los (1)
otros por la Restauración a los últimos rincones de Francia vegetan en la miseria de su media paga. En el ocio forzoso que, a todos, trajo la paz europea, distraen las horas inacabables recordando días de gloria.

El presente, mezquino, hace que vuelvan los ojos con mayor placer a tiempos mejores, mejores porque pasaron ya, inolvidables para ellos, y a fin de vivirlos una vez más, (2)
siéntanse ante la hoja blanca de papel y vuelcan entero el caudal de sus recuerdos.

Napoleón es, para ellos, el semi-dios heroico, la epopeya imperial, el poema de la energía humana en su forma más esplendente, poema que ellos representaron y para satisfacción y gloria propias, cronistas de sí mismos, complácense poniéndola en palabras.

Muchos escriben de memoria, o sobre ligeras notas tomadas en un cuaderno de viaje, en algunos son escasas las fechas, sólo aparecen en momentos culminantes de

esos que pueden fijarse con la ayuda de cualquier libro de historia, y así, la obra entera lleva un sello de imprecisión característica. Algunos cuidan de separar los años, otros van contando el andar de su memoria, convencidos de que no hace falta mayor detalle y, por los hechos que refieren, todo el mundo ha de saber cuando acaecieron. Y hay algo de alarde pueril del propio valer en ese olvido del tiempo, como si los hechos de su época los pusieran fuera de las leyes de la memoria y cada día que pasase no hubiera de echar una veladura de olvido sobre aquellos años de lucha.

La persona del autor está siempre presente, dice, narra, exagera, miente o piensa por cuenta propia solamente; la historia es su fondo, él la figura del retrato. Toda perspectiva se desquicia o trastorna, su punto de vista es el único y mientras hechos memorables no merecen más que una sola línea, acontecimientos triviales ocupan páginas enteras. Esa es la razón de su principal encanto, las luces que la historia coloca siempre para que iluminen al actor principal cámbianse aquí a cada momento y de distinto modo; vemos rincones que los grandes personajes no pisaron jamás o su propia escena bajo un ángulo jamás aplicado. Es la guerra por de dentro, un teatro visto desde los bastidores o el foso, con la batería arrancada de su sitio y puesta en el lugar que menos esperais.

La complejidad de la vida no existe para ellos, tienen decidida afición a la uniformidad, la uniformidad que todo lo falsea pero tanto facilita el trabajo. Una sola observación, generalizada con aplomo, evita muchos días de labor y al propio tiempo suministra fórmulas de exposición comprensivas y claras. La verdad histórica queda lejos pero el libro se escribe más fácilmente y su lectura será más agradable.

Además, el autor no vacila nunca, afirma con la seguridad del que nada sabe, o lo sabe todo, y el lector llega a conclusiones rápida y seguramente sin distingos que dis-

traigan, ni dudas que embrollen. Sus conceptos son claros, tienen la inteligencia simplista y su parcialidad es encantadora. Desde el primer momento los franceses son siempre heroicos, magnánimos, leales, nosotros somos los cobardes, los bandidos, los traidores. Si el heroismo de los patriotas provoca en ellos un arranque de admiración es instantáneamente reprimido, y cuando, en raras ocasiones, se les ocurre pensar que quizás los españoles tuvieran razón se vé que esos destellos de justicia arrancan de pasión momentánea contra Napoleón, pronto pasan y el criterio de antes, permanente e inmutable, sigue inspirando las páginas del libro.

Cabría pedirles mayor variedad en los insultos ya que nadie les iba a la mano, pero esas mismas repeticiones vienen, con su monotonía, a personalizarlos y dan al carácter un relieve que ayuda a su reconstrucción. Al cabo de familiarizarse uno con el improperio constante, llega a notarse solamente como el estribillo de la copla que vuelve periódicamente o la cadencia de un tema repetido.

Desde su punto de vista lo observan todo y recuerdan lo que les conviene, comentan con agudeza, cuentan con vivacidad y, mientras se contraen a relatar lo que vieron, son extraordinariamente amenos, mucho más que si se atuvieran a la verdad precisa y no dejaran a la imaginación bordar fantasías sobre la urdimbre de la realidad. Pero, cuando olvidándose de ésta quieren pensar alto y generalizan, abandonan el propio criterio y, entregándose al imperio que Napoleón ejerció sobre ellos, repiten por cuenta propia las invenciones que éste hizo circular como un arma más. Nuestra guerra, según ellos, y el movimiento de Independencia que la inició, se debieron a la inspiración del Clero, que arrastró a un pueblo ignorante y fanatizado, al oro inglés, a la apariencia miserable y enfermiza de los soldados de Junot, que hizo concebir ideas despectivas del ejército francés. Todas esas son para ellos, causas del alzamiento; el espíritu de independencia, el patriotismo

sincero, la abnegación heroica, serían motivos nobles y esos precisa quitárnoslos.

Esa identidad del pensar es aun más significativa si se considera la diferencia de orígenes y condiciones de los autores. Reiset y Saint Chamans eran de la vieja aristocracia, Macdonald, Jourdan, Marmont, mariscales; Marbot y Thiebault, barones del imperio; Grivel y Baste, marinos; Larrey y Percy, protomédicos; Blaze, boticario; Broglie, oficial de administración; Desboeufs y Marcel terminaron su carrera militar al conseguir la charretera de capitán; Maniere fué un simple soldado. Cuando hombres de posición y cultura tan distintas piensan al unisono bien puede afirmarse que sus ideas son las de su tiempo.

Y no es que todos sean iguales, ciertamente no, hay artistas como Lejeune, pintor que sabe hacer cuadros con el pincel y con la palabra, noveladores como Marbot, narradores natos como Fantin del Odoards o D'Espinchal, humoristas como los dos Blaze, filósofos humanitarios como Rocca, soldados brutales y groseros, oficiales cuyas páginas huelen a cuartel, muchos a quienes el sectarismo arrastra a afirmar, impávidos, las mayores atrocidades, alguno que, en ocasiones, reconoce sus faltas, pero a todos sin excepción alguna, a todos los domina el criterio imperial. La consigna que Napoleón dió de atribuir a intrigas de Inglaterra las guerras que provocaba su ambición, llegó a convertirse en axioma para todos sus hombres. El fin de
(3) tanto batallar estaba en vencer a Inglaterra, «si en Egipto» —cuenta Rocca que decían—«no nos dejó llegar el desierto »y en Boulogne nos lo impidió el mar, pronto llegaremos »por tierra cruzando a España. Los franceses entran en »Coimbra, encuéntranla desierta, la saquean, rueda la plata »por las calles, en ese día pierden millones sus habitantes, »ved lo que la lógica inspira a Marcel. Cuanto mejor hubie- »ran hecho esperándonos y dándonos víveres, ¡pero tal es
(4) »la política del Gabinete de Londres!» El aplomo de esta exclamación pinta una época.

Llevaban el don de contar en la masa de la sangre, escribían bien porque eran franceses, la exactitud ya entra por menos en sus relatos, tenían las virtudes napoleónicas y en el catálogo de estas nadie ha hecho figurar el respeto a la verdad. Además, Broglie lo confiesa, «para decir toda »la verdad no basta querer, precisa, ante todo, tener buena »memoria, precisa especialmente saberse defender del ins- »tinto COMPLETAMENTE FRANCES que lleva a produ- »cir efecto y a arreglar los acontecimientos de una manera »artística». (5)

Los menos propensos a falsear la verdad son Rocca (un suizo) y Naylies (un realista), que tenían la idolatría imperial menos arraigada que los otros.

Quizás pensarán escribir para delectación propia pero manejan las cifras como si estuvieran haciendo un alegato *pro patria et armibus*. Nuestras pérdidas vénse centuplicadas, las suyas se anulan, si se fuera a hacer la historia de la guerra sobre sus solos testimonios llegaríamos a la conclusión absurda de que los franceses batallaban, sin cesar, en un país que ya no tenía hombres.

Mienten con la confianza tranquilizadora de que han de ser creídos, conocen a sus futuros lectores y saben bien donde han de recargar las tintas para halagar su vanidad.

Rectificar sus errores sería tarea imposible, la vaguedad con que refieren impide, en la mayor parte de los casos, puntualizar los hechos. Ya porque no precisan las fechas, ya porque prescinden de dar nombres de los lugares donde ocurren los acontecimientos, es imposible intentar siquiera la comprobación de sus afirmaciones. Suelen decir «durante la retirada de Moore» o «cuando el rey José estaba en Andalucía», y, con señalamientos tan imprecisos, parten a narrar anécdotas o sucesos que nadie parece haber visto más que ellos, y así no hay forma de discutir con fundamento. Cuando se pican de puntuales y dan fechas juegan con ellas como si fueran señores del tiempo y ningún respeto les mereciera.

A excepción de Marmont y Jourdan, que fueron mariscales, y de Thiebault que estuvo en los Estados Mayores, los demás no pudieron saber más de lo que por sí mismos vieron o lo que oyeran decir, y en cuanto dejan de hablar como testigos presenciales marchan a toda fantasía.

Su ortografía es prodigiosa, muchas veces no hay forma de identificar los lugares, escriben St'Andero por San-
(6) tander, Coca unas veces es Croqua y otras Cauca, los que pretenden saber castellano dicen Don Godoy y a la Condesa de Bureta la llaman Doña Burida.

Todos han olvidado ya su origen revolucionario y las guerras del pueblo contra los Reyes. Un cuarto de siglo de constante batallar ha borrado de su memoria las más fundamentales máximas republicanas y siguen siendo cesaristas convencidos cuando ya no hay César. A ninguno se le ocurre pensar que aquellos guerrilleros desarrapados, que constantemente los acechan, y para los cuales no tienen mas que insultos, pueden ser representantes de los principios más puros de la Revolución y ellos, con su perfecta organización guerrera, continuadores de la obra del Rey de Prusia y los Emperadores.

Y esa verdad tan sencilla pasa inadvertida lo mismo que para ellos para sus grandes historiadores; afirman con perfecto aplomo que «los principios de libertad, igualdad,
(7) y fraternidad, que la Revolución Francesa esparciera por el mundo, eran superiores a nuestra comprensión», y no se paran a considerar la antinomia irreductible que resulta un pueblo que no sabe lo que es libertad y, sin embargo, muere por su independencia.

La estrechez de juicio es común a casi todos. Olvidan las traiciones de Napoleón y no quieren entender que los españoles pudieran prescindir de juramentos forzados para
(8) acudir al servicio de la Patria. La vuelta de La Romana de Dinamarca, es para ellos una traición, el Duque del Parque un perjuro, Astorga, Infantado, Fernán Núñez, hombres sin fe ni palabra.

Son inmodestos, franca, sinceramente inmodestos; sus regimientos son los primeros del primer ejército de la tierra y ellos las figuras más notables de esos regimientos. El soldado francés es valiente, ingenioso, galante, desprendido, y al decir esto el autor, notais la complacencia del que cree estar haciendo su propio retrato. Y no solamente para nosotros resulta exagerado y fanfarrón el tono con que ensartan hazañas y a sí propios se glorifican, ellos también se cansan de oir alabanzas hinchadas y se preguntan si no estaria bien dejar un poco el incensario a los extraños para que no todo el humo fuera lanzado por manos propias. Las heroicidades que se atribuyen a sí mismos los llenarían de ridículo si el ánimo del lector no estuviese dispuesto a toda transigencia con sus vanidades de jaque valentón y no se percatara de que cuanto allí se dice, debe tomarse como verdad muy relativa. (9)

Los prejuicios son iguales en todos, las ideas traidas de su tierra no se rectifican vean lo que vieren. Monteesquieu, Voltaire, la Enciclopedia, pensaron por ellos y toda la experiencia habida y por haber no puede cambiar lo que sobre España dejaron escrito.

Con la petulancia de creerse filósofos y liberales hermanan una levadura de despotismo oriental y el más absoluto desconocimiento de ideas elementales de política. Hay entre ellos quien declara a los Bonaparte modelos de monarcas constitucionales, y todos olvidan el derecho de los pueblos a defender su existencia a trueque de hacer posible una sombra de justificación de su Emperador.

La fuerza de los hechos, repetidamente consumados, debió torcer el juicio de todos aquellos hombres en forma tal que necesitaban positiva superioridad para desligarse del criterio napoleónico y considerar a su verdadera luz los acontecimientos. Para que ellos entendieran que los españoles ejercitaban un derecho sagrado al rebelarse contra la invasión precisaba que se vieran en circunstancias que les hicieran pensar muy hondo. Los principios democráticos

habían hecho en el alma de los franceses huella tan somera que bastaron para borrarla los aletazos de las águilas imperiales. Cuando Murat dió cuenta a Napoleón del primer motín que presenció en Madrid, estampó este magní-
(10) fico comentario que debió hacer temblar de indignación a todo un siglo de pensadores en el polvo de las tumbas: «una carga de coraceros será el único medio de hacer entrar en razón a un pueblo al cual se ha concedido por un momento el derecho de soberanía, es decir de pillaje».

En el cerebro de aquellos soldados parecen haberse formado dos corrientes paralelas de ideas en las cuales entraban y salían según les convenía mejor; invocan las libertades del 89 contra nuestra aristocracia y nuestro clero, a los que declaran ignorantes y retrógrados y afirman que los españoles no sabíamos darnos instituciones liberales, pero al tratar de las renuncias de Bayona, y la invasión, prescinden de todo eso y, olvidando el derecho del pueblo español y su soberanía indiscutible, hácense mantenedores del derecho divino de los reyes del cual derivan el que asistía a Napoleón para atropellarnos.

Uno de ellos no más, Rocca, admite francamente la justicia de nuestra causa y toma ejemplo para filosofar sobre las guerras de los pueblos, pero Rocca era suizo, estaba casado con Mad. Stael, escribía bajo su inspiración, quizás en ocasiones a su dictado y sus párrafos pudieran ser, muy bien, un alegato más en que la gran escritora desahogara su odio contra el Emperador.

Entre el civil y el soldado ven un abismo, éste úni-
(11) camente tiene derecho a matar y la guerra es un asunto que debe abandonarse, exclusivamente, a su casta. Sin llevar uniforme ni saber la carga en doce tiempos no podía un hombre defender a su patria. En la rigidez de su catecismo habrían declarado herético al que no pensara como ellos y menos le habría sorprendido ver salir el sol por occidente que oir llamar a los patriotas legión sagrada, y a sus propios regimientos bandas asalariadas.

Todos habían corrido mucho mundo, Italia, Bélgica, Egipto, Austria, Prusia, Polonia, Alemania, les eran familiares, pero esos viajes sólo podían dejarles recuerdos, enseñanzas jamás, su criterio de perfectibilidad era el francés y cuanto se apartara de él por fuerza había de ser despreciable.

Estuvieron unos en el fragor de las batallas y vivieron otros en la Corte medrosica y pobre de José, pero sobre todos estuvo suspendida la amenaza del odio nacional y, al cabo de los años, no pueden desechar la horrible pesadilla.

En letras como en armas continuan unidos formando en el ejército de nuestros enemigos y, en batallón cerrado, nos arremeten con el arsenal de sus recuerdos.

No piensan en comprobar los datos de su memoria ni menos esperan que nadie haya de someterlos a semejante prueba. Los combates en que han estado, sus proezas, danles derecho a ser creídos sobre su palabra y figurándose estar una vez más a la mesa del café o en el paseo del pueblo, rodeados de admiradores, ponen paño al púlpito y cuentan serenos y decididos la canción de gesta, serenos y decididos como si la historia misma hablara por su boca.

Convencidos del propio valer no ven detalle personal que sea despreciable y, gracias a tal persuasión, sabemos hoy mil nonadas que pintan lo más íntimo de la Sociedad Napoleónica. Tiebault nos cuenta la vida galante de las damas francesas que acompañaron a sus ejércitos, las bajezas y felonías de generales y jefes; Miot y Girardín nos dicen las miserias de José, Blaze las ruindades del cautiverio, Marbot llena la página que debió dedicar a la batalla de Burgos refiriendo como dos oficiales franceses se batieron a la vista de los dos ejércitos bajo una lluvia de balas.

Los autores son francamente ingenuos, quizás no supieron disfrazar sus más íntimos sentimientos, quizás

también persuadidos de que tenían derecho a todo, porque su propia fuerza se lo daba, se entregaban al placer de revivir a su gusto los días pasados.

Sus memorias tienen, a veces, la sinceridad de una confesión, muchas el calor de una defensa, siempre la vanidad ingenua del que cree hablar sólo a los suyos y el aire espontáneo de las páginas escritas para propia satisfacción. Y penetrándolo todo, principios fundamentales que los animan, siéntese en ellas la fe en el Emperador y el orgullo franco de la espada. Fueron al ejército porque toda ilusión, toda ambición o energía llevaba entonces a las armas, el ambiente estaba electrizado y tímido había
(12) de ser quien no se sintiese arrastrado a ellas. Cuando la Escuela militar no puede recibir ya más cadetes Napoleón inventa el cuerpo de los Velites, y allá van, pagando cientos de francos, a formar en las filas de la Guardia imperial, los que no habían llegado a tiempo para ser admitidos en Fontainebleau.

Compréndese bien, aunque no lo digan con estas palabras, que en aquella nación y en aquel tiempo no ser militar era una aproximación a no sér. Lo que no era guerrear quedaba en un mundo inferior donde ellos no se dignaban descender, la sociedad francesa era a modo de un campo de batalla en el cual, por derecho propio, tenían los soldados los primeros puestos. «Es preciso haber sido militar en »aquella época»—dice Blaze— «para comprender la magia
(13) »que en si llevaba el uniforme. Cada soldado francés llevaba en la mochila el bastón de mariscal y sólo se trataba de »ver de sacarlo. Sólo una cosa nos inquietaba, que Napoleón se detuviese en el camino y se decidiera a hacer »la paz».

El tiempo mismo corría en otra forma y había días de días, los años de servicio eran los que contaban, las campañas las que daban edad. Cuando Napoleón ofreció a Colbert una pronta recompensa, éste, general ya, le dijo:
(14) «Apresuraos Señor porque aunque sólo tengo treinta años

ya soy viejo». Hablaba el lenguaje de su tiempo y del Emperador abajo todos le entendieron.

Jóvenes y viejos exprésanse todos con el mismo fuego, se quejan francamente cuando lo hacen, gruñen poco, las penalidades de las campañas, las heridas, quizás les hayan dejado reliquia de males, pero podría jurarse que aun marchan erguidos, que pisan fuerte y hablan recio.

En esa marcialidad aparatosa hay ciertamente algo, y aun algos, de la jactancia del militar bravucón que cuenta sus triunfos lejos del campo de batalla y de testigos importunos y, sin quitarles nada de su valor acreditado, parece verse en ellos al soldado vanaglorioso de la comedia latina. Quizás su nostalgia de las guerras no sea tan intensa como nos quieran hacer creer y la paz tenga para ellos positivos encantos, quizás más de cuatro hubiesen lamentado que el Emperador volviese de Santa Elena, pero sea de eso lo que quiera, es lo cierto que parecen escribir con el alma de los 20 años y que las amarguras de la vida no les han dejado levadura de odio. Complácense en referir heroicidades de sus camaradas casi tanto como las suyas propias, tienen el culto de la amistad, y guardan todos sus rencores para nosotros. (15)

Muchos párrafos debieron escribirse blandiendo la pluma, y suenan a cintarazos, muchos de los párrafos que hablan de nuestros abuelos. Los mayores heroismos de los patriotas apenas si llegan a conmoverlos, la guerra para ellos no ha terminado aun, siguen viviéndola y creerían hacer traición a sus banderas si elogiasen deliberadamente al enemigo. Debieron pensar que enaltecer el valor de los contrarios era realzar los propios merecimientos, mas ese cálculo, habría sido demasiado complejo para ellos. No son espíritus críticos, su pensar no admite complicaciones ni alambicamientos, va derecho como una estocada. No tienen grandeza de alma para sobreponerse al vencimiento y admitir que los contrarios pelearon como buenos, buscan siempre motivos que aboguen por ellos, aun en los triun-

fos más claros de los españoles sacan a plaza inferioridades de número o asechanzas del enemigo. Es el suyo un afán pueril, de aparecer invencibles, y en fuerza de querer demostrar tanto acaban no probando nada. (16)

Marbot es el cronista a lo grande, estuvo en Austerlitz, en Eylau, en la guerra de España, en la retirada de Rusia, en Waterloo, los grandes momentos de la epopeya dejaron huella en sus páginas, escribe con la convicción de que da materiales para la historia. Falseó la verdad tan bien que Napoleón mismo le animó a la obra, pero sus mentiras hoy «a nadie engañan», dice un compatriota suyo. (17) Creyóse un cronista a la moderna, con uniforme de artillería y mayores derechos a la gloria que Commines o Froissart.

De Boeufs, Marcel, Billon, Maniere, son los soldados que escriben, posibles solamente en un país donde el afán de consignar los propios pensamientos es una manía, y, sin casi, un arte. Tienen el criterio más franco que certero, más sencillo que justo, todo su credo podría escribirse en un papelillo de fumar sin necesidad de apretar mucho la letra, dividen el mundo en que viven en dos partes, lo bueno que es lo francés, y lo malo, que es cuanto se oponga o resista al Emperador.

Blaze es el burlón sempiterno que recorre a Europa de punta a cabo paseando su carcajada jovial por campamentos y ciudades. Más que ir a la guerra debió ser arrastrado por ésta y, apenas se cierra el Ciclo Imperial, cuelga el uniforme y se dedica en su rincón de provincia a cazar y comentar cacerías. Ni a amigos ni a enemigos respeta su risa franca, y cuando en sus burlas grotescas más nos castiga y calumnia siente uno penetrada de tan sincero buen humor la ofensiva caricatura que se le perdona como a un chiquillo travieso.

Thiebault fué Jefe de Estado Mayor, Gobernador de Burgos y Salamanca, literato, músico, administrador inteligente con pretensiones de genio, siéntese superior a sus

compañeros y lo dice a vuelta de pocos rodeos. Quiso halagar a los españoles para ganarlos y sacó los cuerpos del Cid y Jimena de San Pedro de Cardeña para colocarlos en el Espolón de Burgos; los castellanos tomáronlo a sacrilegio y antes lo contaron como agravio que acción (18) meritoria. «Teniamos ya bastantes enemigos en España» —dice Fantin—«sin necesidad de que Thiebault fuese a »despertar al Cid».

Miot, Girardin, Bigarré, representan la Corte de José. Saben más de la política desgraciada de éste que de toda otra cosa, su afán más patente es justificar al rey intruso, cuando no hacer su apología. En un tiempo de continuo batallar ellos son los políticos y los militares de salón. Forman un grupo aparte, sus juicios habríanlos rechazado casi todos los franceses y no los habrían aceptado los patriotas y, sin embargo, en ocasiones se aproximan más que sus compatriotas a la verdad, Miot y Girardin particularmente. Su reino no es de ningún mundo, están en una especie de limbo, sin gloria pero no sin penas. Vinieron de Nápoles con José y sintieron, como él, la diferencia entre aquel vivir plácido y esta existencia horrenda.

Algunos hay que no han nacido en tierra francesa y eso no obstante, así piensan y escriben como si fueran de la propia Turena. Brandt es prusiano, Rocca, suizo, Pepé, napolitano, Chlapowski, polaco, la consigna y la disciplina no se detienen, para ellos, en la esfera de los hechos y del mismo modo someten su pensar al de sus camaradas de guerra.

Y por fin, entre ellos, en la fila de cronistas entusiastas, ni la última ni la menos arrogante, está una mujer, una duquesa que, envanecida con un abolengo prodigioso que llega a las Cruzadas, no por eso se desdeña de ir en la alegre compañía de soldados. Si levantaran la cabeza, ni ellos la rechazarían ni ella reclamaría capítulo aparte. Es Laura, la esposa de Junot, que nos habla de sus abuelos, los Conmenos de Constantinopla, y nos cuenta las interio-

ridades de la vida francesa en paz y en guerra. Anduvo por campamentos, sabe de cerca como eran los militares de Napoleón, marchó con ejércitos, y, más de una vez, vió a lo lejos la polvareda que levantaban los caballos de las guerrillas de D. Julián.

Todos ellos son napoleonistas fervientes. Si, por caso raro, un Naylies, monárquico convencido, confiesa su lealtad a los Borbones, cuida bien de proclamar que la gloria de Francia es cara a todos y cubre los triunfos de las águilas imperiales con una benévola aprobación de su soberano. Nadie le habrá agradecido tan extraño consorcio pero (19) eso mismo refleja un estado social.

Todos, también, generales o soldados, tratan de disfrazar la vida real y son, cada cual a su manera, apologistas del Imperio militar, mas, a pesar suyo, la verdad apunta sin que puedan evitarlo, la verdad grande, fugitiva, no fijada aún, de aquella gran guerra que ellos, los hombres del oficio, no pudieron entender, porque en nada se parecía a la lucha de ejércitos que conocían de antes y era una lección nueva para los que creían haber llegado al fin del saber, algo así como un apéndice puesto al libro de todas las cosas.

Y eso es lo que no perdona ninguno de ellos, que el alzamiento del pueblo en masa hiciera nacional la guerra, que la estrategia y el terrorismo imperiales fuesen vencidos por hombres que no eran soldados, aquel luchar inacabable y fiero con desprecio de todas las reglas de su arte y nuestro triunfo definitivo que lo echó de un zarpazo por el suelo.

No pudieron explicarla por los principios que les eran caros y antes que renunciar a estos prefirieron negar descaradamente la verdad, y así todos, todos, franceses o extranjeros, cuantos soldados napoleónicos dejaron Memorias, cuentan o inventan para su sola gloria y ocultan la historia tras un tapiz de tupida urdimbre.

Si, imitando su pensar petulante y ligero, quisiéramos

resumirlos en las palabras de una fórmula concisa, podríamos decir, fueron soldados, realizaron hazañas, y mintieron.

CAPÍTULO II

Los libros.

Son algo más que papel y tinta de imprenta, tienen vida propia, buenos o medianos llevan en sí una fuerza que les hace vencer al tiempo. Nadie sabe si llamarlos historias o novelas, nadie ha entrado a comprobar sus dichos, pero nadie tampoco puede librarse de su encanto y luego que habeis leido unas páginas os identificáis con el autor y la marcha de la narración os lleva a seguirla hasta el fin.

Seguramente será exagerada, miente descaradamente, ¡bah, qué importa! No estamos obligados a creer todo lo que allí hay escrito, bien podemos dar por falsas cuantas hazañas y virtudes se cuelgue el autor, cuanta bajeza o maldad cargue a sus contrarios, quitado todo eso quedará lo que es y será verdad perennemente, la manera de ser de su tiempo, las costumbres, las ideas, el ambiente de época que vemos a seguida, porque nos es extraño y él no pudo evitar porque formaba parte de su ser.

Cuando un hombre os dice «yo pasé junto al Emperador aquella noche» o «¡qué sed, Dios mío, la que sufrimos en la carretera de Bailén!», parece que la varilla mágica de un genio vuelve atrás el curso del tiempo y os encontrais en la época y lugar de que os habla; casi visteis tam-

bién al Emperador y sentísteis el sol de fuego de aquel gran día.

No encontrareis en esos libros las perspectivas ilímites ni las síntesis grandiosas, pero al seguir sus páginas habreis vivido con los hombres de aquellos tiempos, sabeis como sintieron y pensaron ¿qué mejor historia?

Mil veces, al contemplar alineadas frente a mí las Memorias que voy a leeros y repasar con la imaginación las escenas que nos cuentan, parecióme que de sus páginas vívidas iba a salir el mundo que las puebla para repetir sobre mi mesa, nuevo retablillo de Maese Pedro, la crónica de hazañas pasadas.

Son las Memorias la historia del pueblo por de dentro, lo que los antiguos rehuían por considerarlo indigno de la solemnidad de la divina Clio, y los modernos tratan de realizar, pero sólo por maravilla consiguen. La nación que tiene un tesoro de tales libros podrá revivir siempre los tiempos pasados y saber como fueron, en cuerpo y alma, sus mayores. Viene a ser así como los recuerdos de familia que de nuestras madres aprendimos, sin importancia quizás para los extraños, parte, para nosotros, de la herencia intelectual que formó nuestra alma. El invencible interés con que cada pueblo lee las suyas, tanto mayor cuanto más íntimas y sinceras son, suple toda deficiencia y salva todas las faltas.

Leer la historia en estos libros es leerla a retazos, así como quien ve la luz a destellos, pero esa condición general de todas las Memorias, acentuada en este caso, no parece que deba calificarse de defecto. Verdad es que los autores todos, aun los que más condiciones para historiar tienen, sólo reproducen con fidelidad encuentros parciales, detalles cambiantes de la lucha, porque de aquel pelear sin tregua, siempre y en todas partes a la vez, semejante al chocar de las olas en mar revuelto, no le fué dado formarse total idea, pero quizás esa serie de vistas momentáneas sea modo el más acertado de reflejar aque-

lla guerra, de tan indomable espíritu, que no parece sino que hasta a la misma pluma se resiste, cual si no quisiera que la historiasen.

No tiene la historia forma más amena de presentarse, compadécese mejor con las exigencias de la vida rápida de estos tiempos que las grandes obras voluminosas, llega más al alma y halaga incomparablemente más el amor propio nacional.

Al evocar recuerdos propios cada autor hace, al par que sus Memorias personales, las de su tiempo, y así, estos libros, reflejo de la vida de aquella época, tienen el valor de documentos inapreciables, que nos dan la visión de tiempos que fueron.

Los franceses hánlas escrito siempre, la facilidad de su estilo, su ligereza de juicio, diéronles condiciones excepcionales para ello.

Las Memorias militares del primer Imperio, oscurecidas durante la Restauración, leídas al reaparecer la bandera tricolor en el 1839, adquirieron su mayor nombradía después de la catástrofe del 70. Sintióse entonces la necesidad de reanimar la fe en los destinos de la Patria francesa volviendo los ojos a la época de las guerras napoleónicas y reavivando la confianza en el futuro con pasados ejemplos. Apartar la vista de las miserias del momento y llevarla a las páginas de estos libros donde hombres de acción dejaron el reflejo de sus aventuras, dará siempre ánimo y consuelo a las gentes de su nación. Allí no hay dudas que minen la fe ni críticas que hagan vacilar los entusiasmos, veis la lucha descrita por los que no cayeron y todo un poema de pasiones varoniles animado por la alegría del vivir. La guerra podrá no ser buena, pero en esos libros la encontrais, muchas veces, hermosa.

Los que aquí presento son, casi todos, obra de actores secundarios que no llevaron sobre sí la magna responsabilidad del mando supremo, en su mayor parte memorias de juventud, escritas o pensadas en la fuerza de la edad, con

la alegria exuberante del que ve pasados los peligros y de nada duda. Las que dejaron los mariscales, secas y frias, dan materia para la historia de batallas pero dicen muy poco de como eran los hombres que lucharon.

Las Memorias de los franceses sobre la guerra de la Independencia encontrarán siempre lectores; su amenidad, las fantasias que sus actores pintaron sobre un fondo de España de pandereta, atraen la curiosidad del pùblico y presentan bajo el aspecto más simpático una lucha que empezó con traiciones y acabó en derrotas. Además, como los autores no necesitan seguir paso a paso la historia y pueden evitar los episodios tristes, para insistir tan sólo en los éxitos felices, la narración resulta más satisfactoria y atractiva y, asi tratadas, las campañas de nuestra guerra ofrecen siempre a los autores asuntos triunfales que tratar.

Las derrotas no tienen cabida en estas páginas, cuando, por fuerza, aparecen, van descritas de modo que nadie las reputaria por tales, los españoles llevamos siempre la peor parte y, si el autor estuvo presente, soldados y guerrilleros seguramente fueron deshechos. Nuestros triunfos llegan sólo en forma de eco lejano o se adivinan en el pánico que ensombrece la narración.

El aplomo y la jactancia de los que escriben dan al estilo aires de marcha, los episodios síguense unos a otros en desfile, de frente al autor, como soldados triunfadores que llevaran trofeos y, por cima de todo, parecen oirse ecos vibrantes de clarines que celebrasen la victoria.

Pero ha de tenerse presente que todos esos libros tan a flor de vida, esas crónicas militares, ya dominen en ellas murmuraciones de cuerpo de guardia, ya las narraciones de grandes hechos, aventuras fantaseadas de camino real, o triunfos galantes inventados por un mal deseo, son siempre alegatos, proclamas en forma narrativa; y, para llegar al fondo de verdad, hay que eliminar cuanto puso de su parte la inventiva del autor.

Con espíritu desvergonzado de parcialidad pretenden

justificarlas ma yores atrocidades, y a modo de efecto retórico, emplean el tono agresivo a sangre y fuego. La lectura de estas Memorias produce en nosotros un impulso irresistible de protesta en los primeros momentos, y precisa dominarlo por la reflexión si no se ha de abandonar su estudio. Muchas hay que leerlas como tarea que uno se impone haciéndose fuerte contra las infamias que inventan para deshonrarnos y el tono de desprecio insolente. Después recuerda uno que se trata de soldados que acometen con la palabra cuando no tienen ya otras armas, de gobernadores sin mando, de capitanes sin ejército que vuelven de la derrota y desahogan la amargura del vencimiento acumulando cargos contra el enemigo y pretendiendo arrancar arenillas del peñasco bravío de su gloria.

Si al tomarlos en mano debemos prevenirnos de una dosis grande de paciencia mayor aun debe ser la de desconfianza. Precisa dudar de todo lo que no sean confesiones de sinceridad incontestable, partir del principio de que el autor cree hacer obra patriótica falseando la verdad y, en consecuencia, su imaginación no admite trabas.

Para penetrar el sentido de estas Memorias precisa conocer bien la historia de la guerra. Entonces puede verse, por bajo de la ofensa ostensible, la causa original del rencor que en ella se vierte; sin eso disgustan sin enseñar y en vez de despertar interés provocan a disgusto.

Para el lector francés en quien se trata de despertar sentimientos patrióticos, bien están esos libros como se publican, para todo el que desee sacar de ellos información provechosa deben ir explicadas por la historia verdadera, para nosotros, los españoles, hay un deber de conciencia en rectificar sus falsedades y rehabilitar la memoria de los que fueron.

Su principal defecto no es, ciertamente, la mentira sistemática, esa parcialidad se espera desde el comienzo y os prevenís contra ella. Sería absurdo pretender que los soldados de Napoleón, hombres del campo de batalla, con

criterios estrechos, se avinieran a reconocer méritos que sus mismos pensadores no acertaron a entender. No lo es tampoco la exageración trivial de una misma falsedad cien veces repetida, ni su inmodestia, ni la manía amatoria, ni el insulto que espontánea y constantemente baja a los puntos de su pluma cuando se trata de los patriotas, todo eso, fundido y combinado, da viveza al relato y le presta colorido inimitable; la falta principal de tales libros la encontrais cuando dejan de serlo y, olvidándose los autores de si mismos, pretenden complementar sus recuerdos, tuercen su obra, y, con grandes síntesis, la desnaturalizan y falsean.

Notais entonces que se alejan de vosotros tanto como ellos mismos se separan de sus recuerdos y, para que entreis de nuevo en su espíritu, es necesario que se acerquen a la realidad y, haciendo átomos la historia, os refieran
(1) momentos e impresiones de la lucha. Quisiera uno que todos siguieran el modo de pensar de Grivel, que dice: «yo es»cribo más para comunicar mis impresiones que para refe»rir los acontecimientos y, en cada momento de mi vida, »pienso más en su aspecto moral que en el material». «Gús»tame reproducir mis impresiones sobre los acontecimien»tos». «Yo no hago la historia de los hechos sino la de mis »sensaciones».

Cuando escriben así son positivamente deliciosos. Pintada con los más francos colores de parcialidad ois la historia contada, a su modo, por los hombres pequeños que la hicieron y que ella ha olvidado envolviéndolos en las generalidades de una apreciación o en una cifra fría. Parece como que se rompe la corteza dura que recubria el pasado y surge un mundo viviente. Veis las escenas de alojados que invaden el hogar, antes tranquilo, las expediciones azarosas de los correos que, en la oscuridad de la noche, cruzan los campos de Castilla, el incesante robarde los soldados franceses. Por la Península toda, van y vienen ejércitos o destacamentos, los convoyes marchan lentamente por los caminos, pelean en cien sitios a la vez

partidas de guerrilla, lejos quedan la árida narración que condensa el pasado en los movimientos de una batalla o en un número de vivos o muertos; la España de entonces, lacerada y doliente, reaparece en los mil detalles del cuadro de su martirio.

Nuestro pueblo aparece sólo como fondo, lo veis como se ve la casa de enfrente, por fuera tan solo o vislumbrando atisbos del interior por sitios y en ocasiones. Los franceses no eran, generalmente, hombres que se entraran mucho por el alma de sus enemigos y sus vistas de nuestra Sociedad son, más que incorrectas, triviales.

Hay ocasiones en que por el ambiente caldeado de la lucha pasa una ráfaga de humanidad, la tensión del odio de los patriotas cede y aparecen escenas serenas y plácidas, enfermos que convalecen entre el afecto de la familia que antes los repelia, monjitas que, entre dos rezos por el triunfo de nuestras armas, perfuman paquetes de hilas para los heridos franceses, rasgos de caridad hondísima.

Ahondando en estos libros defectos, podriamos encontrar en ellos a montón, mas así y todo, tal como estas Memorias, son desiguales, fragmentarias, imprecisas, dan la idea de como sentían y pensaban las legiones del Emperador, que nuestros patriotas hubieran hecho el relato de sus aventuras y, hoy podriamos ver por dentro, a través de páginas vivientes, el alma de aquella época de memoria inmortal.

Las Memorias francesas, a pesar de sus faltas, en mérito de ellas debiera decir, hiciéronnos gran daño porque las gentes no se convencen siempre con silogismos y tanto sirven, a veces, las impresiones no razonadas. Ellas dieron elementos para la Leyenda Negra que no cesa de formarse sobre nosotros y contribuyeron a condensar la niebla de opinión que llegó a entenebrecer nuestro carácter y nuestra historia. Todos pensaron muchos españoles llegaron a pensar también, que así debiamos ser sin duda cuando todo el mundo lo decía, y cuanto más vago fué el cargo y

menos precisa la mancha, más difícil resultó desvirtuarlos.

Poco importa que, en ocasiones, confiesen que nuestra causa era justa, verdad tan manifiesta ni ganó un punto con su testimonio ni hubiera perdido con que ellos la negaran; ese momento de sinceridad pudo darles con alguien autoridad de veraces y servir para que acreditasen las calumnias con que nos deshonraron.

La guerra los absorbe a todos, apenas creen que pueda interesar otra cosa que lo que se refiere a la lucha, a los ejércitos, o a la vida del campamento. Sus mismas interioridades aparecen rara vez, conocemos bien en ellos al soldado, mucho menos al hombre. Militares son cuando escriben y sus pensamientos sólo saben volverse hacia donde suena ruido de cajas y huele a pólvora.

La familia lejana, los padres, la novia o la esposa, apenas si se nombran casualmente en raros pasajes. Thiebault lamenta, en ocasiones, la ausencia de su mujer; Pion des Loches, que en medio de los mayores peligros escribía constantemente a su prometida y dejó un epistolario de cientos de cartas, no halla ocasión para intercalar en las notas de sus campañas el más pequeño recuerdo de los suyos.

Por la misma razón ocurre que la historia de estos li-
(2) bros no se deduce de ningún modo. Naylies nos dice que robando horas al sueño en campamentos y vivaques escribió las notas para su libro. Pion cuenta como empezó el de sus campañas para matar el tedio en un salón destartalado y frío del palacio Spinola, en Génova, y las siguió en el campamento de Boulogne, en un cuartito pequeño y abrigado a fin de distraerse en las largas noches del inviernos. Los demás ni han pensado que pudiera interesarnos saber cuándo y por qué se sintieron movidos a tomar la pluma.

Curioso sería conocerlo e importante también para apreciar su valor de documentos históricos. Los que redactaron sus Memorias a raíz de ocurrir los hechos componían

sobre impresiones recientes, y cabe darles más crédito en cuanto al detalle por tal motivo, los que las escribieron mucho tiempo después, menos fieles seguramente en los pormenores, prueban más. En unas cuantas líneas resúmense en ellas meses enteros de una vida llena de aventuras, lo que nos dan los autores es el rasgo más saliente, el recuerdo que perduró más tenaz de toda su existencia de entonces, y así una simple nota o un caso concreto representa cientos de experiencias iguales que tipifica el que escribe en una observación o con un ejemplo. Tal como si de cien personas sacásemos una sola y misma fotografía en la que aparecerían, forzosamente acentuados, los rasgos comunes que tuvieran.

Algunos libros son las notas que los autores fueron redactando a medida que ocurrían los hechos, sin más afeites ni adornos, en otros vése la labor de construcción, algunos hay que forjan novelas completas como aquella de la monja de Calatayud, que Brandt intercala en sus recuerdos.

La copiosa literatura de Memorias que ya existía en Francia de mucho antes pudo servirles de modelo, inconscientemente o no, y a esos debemos su forma elegante y fácil y que no resultaran imitaciones de la hinchada literatura neoclásica o de los novelones insoportables de la Revolución y el Imperio. Aun hay alguno que recuerda sus lecturas de los novelistas libertinos del siglo XVIII y se cree en la obligación de ser un Don Juan por la razón, no más, de que está en España.

Las «Campañas» de Pion des Loches, los «Recuerdos» de Reiset, la «Vida militar del General Foy», son libros hechos juntando documentos oficiales, cartas íntimas, y notas halladas en viejos cuadernos, materiales todos de primera mano, a no dudar, pero combinados y fundidos por editores modernos. No pueden darnos estos en sus ediciones la impresión de los testigos presenciales ni de ellos cabe esperar la ingenuidad del que copia la realidad viviente.

En estos últimos a la parcialidad espontánea del soldado que dispara injurias y falsedades contra el enemigo odiado, hay que temer que se sume la intención patriótica del editor deseoso de limpiar de toda mancha al héroe que rescata del olvido. Al dar a luz los viejos cuadernos, no satisfechos con la historia como fué, tratan de rectificarla y suprimen los pasajes que retratan demasiado al desnudo a
(3) los soldados imperiales. Los que publican «Las Campañas», de Pion y los «Recuerdos» de Billon d'Uzes, así lo confiesan. Otros lo habrán hecho sin decirlo y así desaparecieron los párrafos de mayor sinceridad.

No falta quien pretenda hacer una historia continuada de la guerra y refiera lo que él mismo vió y mucho que sólo sabía de oidas, pero los que más, sólo cuentan lo que ocurrió y su vista y sus páginas se llenan con episodios sueltos de la contienda, más interesantes por su misma pequeñez, y más sinceros también.

Nuestra guerra es, para casi todos, un episodio en el ciclo general que recorren, sólo Rocca, Hugo, Naylies y Blaze (el menor), toman la pluma para ocuparse exclusivamente en ella. Su extensión varía considerablemente, desde las «Campañas del capitán Marcel», que hacen un tomito en octavo, hasta los cinco en cuarto de Thiebault, o los catorce de la Duquesa de Abrantes, hay de todos los tamaños. La parte que dedican a España varía también, en los «Cuadernos» de Coignet hay sólo unas líneas, en las «Campañas» de Pion, algunas páginas, en Thiebault un tomo entero, en muchos cientos de páginas, Hugo escribió tres volúmenes.

La suerte que los autores tuvieron en la contienda, explica el tono de narraciones. Rocca escribe fresco aun el recuerdo de la caridad que ejercieron con él, Billon pensando en los padecimientos de su destierro de Cabrera, lógico es que aquél nos vea con menos odio y éste desborde en sus palabras la hiel que acumuló en los peñascales de la isla fatal.

Hay lugares que parecen haber sido punto de cita de los autores, muchos de ellos vieron el saqueo de Burgos, en Galicia estuvieron algunos, otros en Andalucía, la carretera de Francia la anduvieron todos, hay quien pasó por Valencia y Aragón, quien estuvo en Portugal, ninguno llegó a Asturias, Madrid, La Mancha, Castilla, Andalucía, son los países donde más se detuvieron y de los que llevaron mayores recuerdos.

Dice Pion que al escribir las notas de sus «Campañas» pensaba en el placer con que volvería a leerlas en los días (4) de su vejez, y cierto que lo sería grande para los autores, que escribieron en la fuerza de la vida, repasar, viejos ya, las páginas donde dejaron sus recuerdos.

Que todos se propusieran dar a luz sus trabajos no es seguro, muchas de las Memorias se publicaron bastante tiempo después de muertos los que las redactaron, pero, eso no obstante, bien claro se vé que todos aquellos pensaban en sus futuros lectores. De ser para propia delectación o recuerdo a nada conducirán las descripciones detalladas, las narraciones paso a paso de hechos que al autor no se le habrían de ir jamás de la imaginación y bastaría a evocar un sólo nombre. Hay en muchos pasajes tal preparación y arte que sólo se explican suponiendo que quien los escribe piense estar haciendo una obra para el público. Las frases y las ideas que D'Espinchal copia de Rocca no tendría razón de ser en un simple cuaderno de memorias personales, donde todo lo que no es propio sobra, y demuestran claramente que aquél quiso adornar su libro con lo que encontró en el de éste más expresivo y gráfico.

Muchas Memorias debieron redactarse durante la guerra; las de Rocca se cierran cuando aun dura ésta. Su primera edición es de 1814, por los días en que Luis XVIII entraba en París a la cabeza de la coalición y Napoleón se dedicaba a perfeccionar su minúsculo reino de Elva. Las de Naylies aparecieron en 1817, las del General Hugo en

1823, después fueron viendo la luz, poco a poco las otras, y hasta estos últimos años han seguido apareciendo nuevos cuadernos de soldados imperiales que se guardaban en gavetas viejas entre los recuerdos de familia.

Nadie sabe si entre legajos de cartas que existan en rincones de provincia no habrá todavía algún paquete de papeles viejos escritos en Varsovia, en Turín o en Salamanca, que aguarde la mirada del curioso o del bibliófilo que hayan de sacarlos del olvido. Y debe ser hallazgo interesante el de un cuaderno de esos, al investigador afortunado que dé con él ha de parecerle que tiene delante, con el uniforme descolorido y las viejas armas puestas, al veterano canoso, bigotudo y recio de las guerras napoleónicas.

La lectura atenta de una serie de tales libros no servirá para que un profesor prepare su curso de historia, pero coloca en condiciones únicas al lector para comprender en toda su intensidad lo que los historiadores han condensado en fórmulas concretas, pero escuetas y sin claro significado. Para los que no han podido reconstruir con la imaginación el vivir de entonces, las expresiones concisas que se hicieron tradicionales adquieren su valor primitivo cuando se han pasado horas y horas en compañía de nuestros enemigos. Ya que no veamos por dentro el alma de nuestros antepasados podemos leer lo que vieron de ellos sus contrarios, que algo es.

Gracias a esos libros podemos hacer trabajo de reconstrucción y pasar de los documentos fríos y rutinarios, sujetos por las trabas de un lenguaje de convención oficinesco, y redacciones incoloras, a la realidad que fué, con su riqueza infinita de matices y su variedad inagotable de sentimientos.

La historia vista así es una narración ilustrada con paisajes y cuadros de género, viñetas y retratos de cuerpo entero, al volver la última página podeis soñar con algo y

no os queda la idea de que la mejor crónica sea un libro de cuenta y razón.

Sepárase esto cien leguas de lo que pensaba Tácito y de lo que consideraba un modelo el conde de Toreno, pero no sabemos que aquellos hombres hayan llegado a decir la última palabra y posible es que nuestra noción sea más certera. Quizás la historia no deba ser precisamente una estatua de mármol impecable, con pliegues sabiamente ajustados, que oculte un cuerpo rígido y ande más cerca de la verdad quien se la figure cuerpo viviente y movedizo, animado por pasiones, cambiante y compleja como la existencia.

No con caracteres rígidos e impecables, con hombres llenos de defectos, y por sus mismos defectos, se hizo en días pasados lo que es materia de la historia, tomémosla así nosotros también, y tomémoslos así también a ellos y estaremos más cerca de poderlos apreciar y conocer.

Quitando a los héroes del pasado todo lo contingente y humano déjaselos reducidos a modelos de caracteres buenos o malos, pero falsos siempre, mal podemos penetrar el secreto de su vida si no contamos con los móviles innumerables que despertaron sus energías. Veámoslos como fueron; Napoleón tuvo seguramente muchos defectos por cada cualidad heroica, en nuestro pueblo hubo traidores, cobardes, desconfiados, afrancesados, ladrones, ni él dejó de ser grande por eso ni España perdió su gloria por la infamia de alguno de sus hijos, y para nosotros, en cambio, hombres de hoy que deseamos forjarnos idea aproximada de como fueron los días del ayer, siempre será mejor que los veamos en su forma humana, con debilidades y caidas que les pongan a nuestra altura de criaturas vulgares y nos enseñe como de enanos cual nosotros salió un día un pueblo gigante porque supieron sentir el amor de la Patria.

LA INVASIÓN

CAPÍTULO III.—Los franceses llegan.
" IV.—Optimismos.

CAPÍTULO III

Los franceses llegan

Fué el 18 de Octubre de 1807 cuando el general Rodríguez de la Buria, cumplimentando órdenes de Madrid, se (1)
adelantó a la entrada del puente internacional a recibir la primera columna francesa que cruzaba el Bidasoa y hacerle los honores. Eran dos batallones de la división Delaborde, siguiéronlos los restantes, y luego la división La Roche, y después más divisiones hasta completar el Ejército de Junot. Durante diez y seis días los habitantes de Irún vieron ir pasando infantes, ginetes, artillería, franceses que entraban España adelante a buscar la raya de Portugal.

Nadie preguntaba a qué venía ni contra quién iba tanto apresto guerrero, todos obedecian órdenes superiores. Además los soldados sabían que España era un país donde corría el vino, los oficiales no dudaban repetir aquí sus victorias de tierras lejanas, los generales se prometían alcanzar por fin el soñado bastón, ¿a qué más?

Junot, que los mandaba, tampoco estaba mucho mejor (2)
enterado que ellos. Creyó, al principio, que no debía pasar de la frontera portuguesa, a punto de marchar supo que debía estar en Lisboa el 10 de Diciembre, ya en Pancorbo le alcanzó la orden de entrar el día 1 «como amigo o como enemigo», por fin le dijeron que llegase del 20 al 30 de No-

viembre, cuanto antes, y se apoderase de la escuadra portuguesa.

Asi empezó aquella aventura trágica que se llamó la Guerra de España, ignorando el ejército francés su destino, desconociendo los generales los propósitos del Emperador, no sabiéndolo él mismo a punto fijo; confiando unos en otros y todos en su buena estrella.

La ignorancia en que el ejército estaba del objeto de su venida era tal que, aun meses después, cuando a los oficiales superiores se les preguntaba contra qué enemigos iban
(3) a combatir, cuenta la duquesa de Abrantes que respondían «Estamos aquí para defender a España contra los ataques de Marruecos y de Argel».

Cierto es que si los franceses ignoraban la guerra par-
(4) ticular a que venían, en un punto estaban seguros de acertar, entraban en son de conquista; en tanto que los españoles les suponíamos propósitos de ayudarnos a tomar a Portugal, o de quitar a Godoy, o de poner a Fernando en el trono, y a todas manos errábamos.

La entrada del primer ejército francés en España produjo, más que nada, asombro. Al principio, y en las Vascongadas particularmente, la acogida fué entusiasta. Las
(5) gentes—dice Thiebault—«andaban veinte leguas y más »por ver las tropas de Napoleón y se agolpaban a su paso »En los pueblos eran estrechas las calles para tantos hom»bres, las ventanas para tantas mujeres».

Hay que imaginarse la escena. Los regimientos, cajas al frente, pasando por las calles estrechas y tortuosas, aquellas gentes, que jamás soñaron cosa parecida, contemplando, mudas y atónitas, el desfile marcial, los uniformes vistosos de los soldados, los trajes brillantes de jefes y oficiales, que contrastaban con la ropa parda de nuestro pueblo, con las casas sin enjalbegar, y el paisaje grave del fondo, y, cuando los regimientos se pierden a lo lejos llevándose la visión de fuerza y vida, las gentes que vuelven a entrar en sus casucas o que emprenden las leguas de ca-

minata, pensando en todo aquello que sus ojos han contemplado y no tiene un sentido claro para su inteligencia.

A la admiración anónima y callada del pueblo, que pronto había de tornarse en odio, uniase la de una parte de la aristocracia española, constante hasta lo último.

El ejército de Junot salió de Francia en perfecto orden, (6) sus diez y seis columnas marcharon de etapa en etapa por las Vascongadas, por una parte de Castilla, pero el Emperador encontró muy lento aquel desfile y hubo que recoger las diez y seis columnas en ocho y apretar el paso. Luego vinieron reproches, recriminaciones del Ministro de la Guerra y se aceleró de nuevo, al fin el vértigo de llegar pasó de Napoleón a su general y las órdenes de éste las transmitieron a las tropas. Las columnas que los pueblos admiraron a su entrada fueron dejando aspeados en las etapas, mermadas de día en día por el cansancio, calados los hombres por la lluvia torrencial que apenas cesó de caer en todo el otoño, destrozados por las penalidades de la Sierra de Gata, llegaron las unidades, diez veces diezmadas, a Valencia de Alcántara, a Zarza la Mayor, a Moraleda, y, asomadas a la frontera portuguesa, hicieron alto para esperar sus hombres y reformarse.

Dice Marbot que cuando Junot llegó a ciudad Rodrigo (7) 15.000 rezagados seguían las filas de su ejército en pelotones o sueltos; en un sólo día, el 20 de Noviembre, la Legión del Mediodía, pasando por la Sierra de Gata, de un efectivo de 719 hombres que llevaba perdió 80. Todo eso ocurría en plena paz.

A este primer ejército invasor los españoles sólo le vieron pasar de largo y perderse en Portugal, turbión de hombres y bestias que corría hasta agotar las fuerzas, dejando como rastro de su paso, rezagados a millares, armamentos destrozados, animales muertos.

El gobierno de Carlos IV sabía que venían esas tropas y les puso España entera a su disposición, pero todo era poco, no había medio de dar abasto a aquel tropel cuyo

itinerario se alteraba todos los días y la voluntad más rendida y sumisa no pudo evitar quejas. Cuando las columnas de marcha redujeron su número, los recursos dispuestos sólo permitieron dar, cuando más, media ración. Apenas había cuarteles ni podían habilitarse en muchos puntos de etapa. Lo eran Celada, Villodrigo, Torrecilla, y en cualquiera de ellos por cada habitante del lugar eran diez los soldados que entraban. Las tropas dormían forzosamente a la intemperie.

El contacto del ejército de Junot con nuestro pueblo fué tan rápido que no dió lugar a que se formase opinión. La División Delaborde empleó un mes en ir de frontera a frontera, otras debieron tardar menos, las bandas de rezagados harto tenían con avanzar camino adelante y debieron hacerse notar poco.

Junot declara que las autoridades demostraron mucho celo, que las municipalidades atendían a los oficiales, que los soldados eran acogidos con entusiasmo y colmados de
(8) obsequios. Su entrada fué festejada en Vitoria por los marqueses de Montehermoso, en Salamanca por los de Layas.

A medida que las tropas avanzan Castilla adelante el entusiasmo del pueblo se entibia. En Valladolid, a media-
(9) dos de Noviembre del año 7, los paisanos atacaron a un correo francés. Más allá de Salamanca, el Clero comenzó a demostrar inquietud y los pueblos se manifestaron hosti-
(10) les. Marbot asegura que entre Salamanca y la frontera los españoles asesinaron unos ciento cincuenta soldados.

En esas etapas el ejército aún podía ir viviendo, el soldado no recibía nunca la ración completa, los rezagados probablemente no recibían nada, pero a los regimientos se les hacían aún distribuciones diarias. Después de Salamanca ya no se repartieron más que dos raciones por hombre, que se dan en Valencia de Alcántara. Así los soldados se apartan de la ruta, comen la miel de las colmenas, roban en las chozas castañas y aceitunas, muchos se mantienen

tan sólo de bellotas. «Al pasar los franceses por Peña Par- (11)
»da»—escribe Marbot—«viéronse obligados a apoderarse de
»algunos rebaños de los naturales, éstos, en venganza, ma-
»taron un centenar de rezagados». Hay que decir que este
cronista ni iba en el ejército de Junot ni perteneció a él más (12)
tarde, pero hay en cambio testigos presenciales que afir-
man que al pasar la Sierra de Gata los soldados franceses
saquearon las miserables viviendas que habia por aque-
llos montes, que el pobre pueblecillo de Moraleja fué de- (13)
vastado por el segundo regimiento suizo. Ante tales atro-
pellos rompe el pueblo en protesta contra los titulados
amigos; los que ayudan a portear el material de guerra
aprovechan cualquier descuido para volcar los armones
en los baches del camino y huir con el ganado. Cerca de (14)
Perales, las gentes se reunen y matan a muchos rezagados,
cuyos cadáveres dejan en el camino.

Todo esto, que da una idea de lo que había de ser la
guerra, pasaba ignorado. El ejército español continuaba au-
xiliando decididamente al invasor. Caraffa y sus tropas se-
cundaron los planes de Junot sin discutir. Gracias a ellos (15)
se pudieron reunir algunas provisiones en Valencia de Al-
cántara, y se entró en Portugal con un pequeño cuerpo en
el cual iban zapadores españoles y uno de nuestros regi-
mientos de caballería. La voluntad de servir era tal que
pólvora y plomo se requisaban en las casas de los habi-
tantes, y el papel para los tacos se sacó destruyendo los do- (16)
cumentos del archivo de los caballeros de Alcántara.

Después del ejército de Junot vino el de Dupont, luego
el de Moncey, y luego el de Bessieres, y detrás el de
Duhesme, sólo que ahora ya no venían en forma de trom-
ba, avanzaban lentamente, como quien toma posesión o
teme aventurarse demasiado. La impulsión venía a inter-
valos, por sacudidas, parecía sentirse titubear la voluntad
de aquel que mandaba a los grandes de los grandes como
simples reclutas y reservaba para su alto e imperial cono-
cimiento los designios definitivos.

Primero dió orden de que fuera a situarse en Vitoria la División Barbou, un mes más tarde, era ya todo el cuerpo de ejército de Dupont el que debía ir a Vitoria, y Barbou avanzaría a Burgos; quince días después mandó que Dupont fijase su cuartel general en Valladolid y Moncey fuese a Vitoria; pasa otro mes y todo el ejército de Moncey debe ir a Burgos, a Aranda; Duhesme invadirá la Cataluña, Darmagnac ocupará la ciudadela de Pamplona. Es la mancha de aceite que se va extendiendo poco a poco.

(17) En este tiempo los franceses andaban por España como por su propia tierra. Un oficial con su asistente marchaba tranquilamente por los caminos sin que nadie pensase en hacerle mal. Si necesitaban guías se los daban, cuando llegaban a los pueblos albergábanse en casa de los curas, en las ciudades en las de las personas de mayor consideración, y nadie parecía sorprenderse de todo aquello ni me-

(18) nos pensaba en alzar resistencia. Las poblaciones importantes atendían generosamente al ejército; en fines de Enero de 1808, la Ciudad de Vitoria dió a los franceses un baile magnífico. En todas partes se apresuraban a abrir a los oficiales del ejército imperial cuanto la Sociedad de entonces podía ofrecer de comodidad y distracción. Los franee-

(19) ses seguían hablando de Africa como objetivo de su viaje y nombraban a Ceuta como etapa final de marcha. Los generales se instalaban como príncipes y abusaban como déspotas. El buen deseo general era tan grande que los frailes de Valladolid abandonaron un Convento magnífico para que se estableciese en él un hospital militar.

Iban ya cumplidos cuatro meses de invasión; los fran-

(20) ceses habían ocupado sin razón ni motivo ciudades y fortalezas, «avanzábamos poco a poco por la península, en»contrando generalmente abiertas a nuestro paso las puer»tas y echándolas abajo cuando no se abrían», dice Grivel que resume así en una fórmula de serena indiferencia la traición brutal de la Invasión. Españoles había que, a momentos, tenían conciencia de que se habían abierto las

puertas al enemigo, «la conducta de Napoleón era bastan- (21)
»te para destruir todas las ilusiones», reconoce Marbot, pero esa idea no podía generalizarse. «Yo no sé—escribe »Grivel—si el Gobierno de Madrid comprendió el peligro »que le amenazaba, pero los pueblos, seguramente, no »concibieron la menor sospecha y los franceses fueron aco»gidos como aliados sinceros. Aunque su presencia de»bía excitar las imaginaciones prevenidas por su renombre »militar, no produjo ningún sentimiento de desconfianza y »menos de temor. Si al contacto de las dos naciones tan »diferentes hubo algún asombro, no fueron los españoles «los que lo mostraron. La actitud del pueblo, cuando (22)
»nuestras tropas hacían su entrada en las villas y ciuda»des, con su aspecto marcial y su alegre música, se carac»terizaba por una calma afectada que llegaba, a veces, »hasta parecer desdén. Podría creerse que los españoles se »habían propuesto no admirarse de nada, y que nuestra »pompa guerrera, muy lejos de deslumbrarles, les producía »mediano efecto. No ocurría así con sus soldados, recono»cían su inferioridad, pero la consideraban consecuencia »de la manera como se les gobernaba, no de falta suya. »Por lo demás no afectaban jactancia ni debilidad, veíase»les tranquilos y resueltos ante nuestras tropas».

No había modo de que se formase opinión y era tan grande el descontento contra lo existente que, probablemente, los más debían pensar que lo que viniera, por malo que fuese, nunca sería peor que lo que tenían ya. «En las (23)
»consideraciones que nos guardaban—decía Tiebault— »había tanta admiración hacia nosotros como censura »para su Gobierno».

Nadie podía imaginar la suerte horrible que Dios tenía reservada a España. Muchos admiraban a Napoleón por distintos motivos. Blaze cuenta la veneración con que le (24)
mostró un fraile en el Escorial una medalla de oro, regalo del Emperador en persona. Bastantes también eran los que extendían su admiración al ejército, con el cual el Empe-

rador labraba su propia gloria. El Clero recordaba que Napoleón había restablecido en Francia el culto católico, los militares veían en él la más alta representación del Genio de la guerra, el pueblo pasmábase ante aquél héroe que traía a la vida presente un ciclo glorioso de aventuras. La
(25) Duquesa de Abrantes dice que en Castilla había ya en 1805 un sentimiento de afecto hacia el Emperador. Quizá en esta afirmación haya una parte de exageración que rebajar, pero lo positivo es que nuestros antepasados no acertaban a comprender, a pesar de cuanto veían sus ojos, que aquel caballero de las hazañas jamás soñadas, fuera capaz de villanías y traiciones. El pueblo iba conociendo de cerca a los franceses, sabía que no eran amigos ni aliados, sino dueños absolutos, pero no temía del Emperador sorpresas desleales.

Así, dejándose llevar unas veces de una buena fe sin tacha, alzándose otras en protesta ante las tropelías de los extranjeros, en medio de vacilaciones y dudas perfectamente explicables, va formándose en España el sentimiento de odio contra los franceses y estallan chispazos aquí y allá con ocasiones o pretextos, nimios que sólo prueban el
(26) mal querer que fermenta en la oscuridad. En Toledo y Burgos estallan motines; en Barcelona ocupada por los franceses hay ya, desde principios de Marzo, una efervescencia latente contra ellos, óyense gritos y mueras, guardias españolas y walonas pasean en grupos numerosos con aires de desafío, cuéntanse muertes de soldados imperiales. Esto no lo ven unos generales franceses, no lo quieren ver otros; ninguno había contado con el pueblo en
(27) cuantas tierras había corrido por Europa, ¿cómo habían de preocuparse de semejante personaje en España?

Estaban en país conquistado. Esos ejércitos franceses que ocupaban tierra amiga, considerábanla así muy contra
(28) su voluntad, y como los aprovisionamientos no llegaban con la presteza que el soldado deseaba, seguíanse, en plena paz, saqueos y violencias. Dupont ocupó en Valla-

dolid el palacio del Marqués de Ordoño, desalojó para ello al propietario, le obligó a vivir en una posada y exigió de su administrador que le proporcionase lujos inusitados. Thiebault nos cuenta las proezas de un teniente, Boilleau, que vino con Junot, el cual nada respetaba del Emperador abajo, y asi allanaba la Capitanía General como desalojaba, en Portugal, a un batallón español para acomodar a su compañía, y aun dejando margen grande a la exageración francesa, por el entusiasmo con que refiere tales lances, puede venirse en consecuencia de cuál era el espíritu que animaba a los oficiales de Napoleón.

Mucho antes de que sonaran los disparos del 2 de Mayo, ya había en España ejércitos franceses que obraban como enemigos declarados y lo obtenían todo a punta de espada, mas de esto sólo estaban percatados los que habían sufrido el contacto con el ejército invasor. La dificultad de comunicaciones impedía que las noticias se propagasen, cada cual sabía lo que había ocurrido en su lugar, y si llegaba a conocer algo de lo que sucedía en otros parajes era con un retraso de muchos dias, de semanas o meses. Así pudo suceder que ocupadas ya, a traición, Pamplona, Figueras, Monjuich y la Ciudadela de Barcelona, el pueblo de Madrid recibiera con benevolencia al ejército que entró con Murat. Los que estuvieron en el desfile coinciden en notar la sencilla curiosidad de los madrileños (29)
en quienes nada indicaba el menor sentimiento hostil.

Cuando hubieron entrado en España cinco ejércitos, Napoleón pensó que debía darles un jefe supremo a todos ellos y lo nombró. Nombró a Murat sin consultárselo ni aún anunciárselo previamente.

La tarde del 20 de Febrero de 1808, Joaquín Murat, que (30)
pensaba ir a su modesta ínsula del Gran Ducado de Berg, estuvo en las Tullerias a hacer la corte a su imperial cuñado, habló con él de cosas indiferentes, nada le dijo éste de la Peninsula ni de planes suyos referentes a ella, y, a las pocas horas, Murat recibía la orden de partir aquella mis-

ma noche a ponerse al frente del ejército de España. Antes que amaneciera había salido para Burdeos sin intentar siquiera hablar al Emperador ni solicitar aclaraciones sobre la misión que se le confiaba. Así continuó el viaje, ignorando lo que se esperaba de él, pidiendo siempre instrucciones que no llegaban, pidiendo órdenes acerca de lo que había de hacer con aquellos ejércitos acuartelados en país, al parecer, amigo, que le estorbaban para vivir en paz y con los que no le dejaban hacer la guerra.

(31) A él también, a pesar de que la opinión había cambiado, a él también se le mostró España propicia. «Me »apresuro—escribe desde Vitoria—a dar cuenta a V. M. de »la acogida extraordinariamente amistosa que se me ha »hecho desde la frontera de España hasta esta ciudad. En »la raya encontré una diputación de Guipúzcoa, y a la en»trada del territorio de cada municipio estaban las autori»dades que venían a prestarme homenaje y darme la se»guridad de sus sentimientos de afecto y admiración por »V. M. En una palabra, he encontrado a mi paso, como »tendida a lo largo del camino, la población de las pro(32) »vincias que he cruzado». «De Burgos a Aranda—escribe »más tarde—sólo he visto muestras de alegría»; y a Duhesme, que le apunta temores de sublevaciones en Cataluña, le dice: «Es sorprendente que sólo en Barcelona sean los »franceses mal recibidos mientras en el resto del país nos »acogen como hermanos, como amigos y verdaderos »aliados». Quizás en estas frases haya más retórica y buen deseo que verdad absoluta, pero de todas suertes parece cierto que la entrada de Murat en España (Marzo 1808) no despertó protestas.

Las tropas francesas no habían pasado aun de la región Norte de la Península. Por la parte de España, ocupaban una zona limitada, de un modo general, por el Ebro y el Duero. En Vitoria recibió Murat, por fin, las órdenes de Napoleón y dió un nuevo impulso al ejército imperial. Por distintos caminos fueron las tropas sobre

Madrid; Moncey siguió la carretera de Francia por Aranda y Sonosierra, Dupont fué por Valladolid y Medina del Campo; el día 18 de Marzo Murat estaba en Fresnillo de la Fuente, el 22 llegó con sus avanzadas a dormir en Chamartín, y el Gobierno de Carlos IV o de Godoy, se vió esclavo del Emperador.

Pero si Murat esperó las órdenes de su cuñado para proseguir la ocupación de España, ya, sin ella, habia procedido, desde el primer momento, como si fuese amo y señor de la Península. De las fábricas de Plasencia salían (33) centenares de fusiles para diversos puntos de España, Murat los hizo detener, mandó que se ocuparan cuantos se encontrasen, y pidió, mejor sería decir ordenó, al Gobierno español, que suspendiera esos movimientos de armas. En Aranda se encontró un convoy con plomo mandado desde Madrid y lo detuvo también. Supo que las escasas tropas que existían en España se movían hacia el medio dia y, de su propia autoridad, mandó a los españoles que suspendieran la marcha de esos soldados. Cuando le dicen que los carros que conducen las provisiones deben regresar a los puntos de partida y dejar la carga en Aranda, dispone que la incautación de esos vehículos no cese hasta que pasen al Sur de Somosierra. Desde Chamartín ya, ordena al capitán general de Castilla la Nueva que suspenda el viaje de Godoy a Madrid porque «no quiere el ejér-»cito del Emperador sea testigo de los insultos que segu- (34) »ramente le dirigirían a aquél». Véase si llevaba lejos el pudor.

El 23 de Marzo de 1808 el ejército francés entró en Madrid y lo ocupó. Murat, a quien designaron como alojamiento el palacio de la Tudó, indignóse por lo mezquino del aposento y, sin pedir permiso a nadie, se instaló en el Almirantazgo.

Los motines y reyertas que habían ocurrido hasta en- (35) tonces, hechos aislados que el Gobierno español tenía interés en ocultar, no habían producido efecto en el pueblo,

y aun cuando la agitación del espíritu nacional fuera ya manifiesta, las corrientes de protesta no se habían exteriorizado aún. Grivel que vió la salida de Fernando VII, de Vitoria hacia Francia, y presenció las escenas de entusiasmo realista del pueblo español, confiesa que en aquel momento él y los que le acompañaban comprendieron que quizás antes de mucho pudieran tenerlo por enemigo.

(36) «El servicio de policía—dice—hacíase bien, no se oía »hablar de reyertas, pero todo el mundo parecía vivir en »guardia. No existía entre españoles y franceses ninguna »simpatía, observábanse unos a otros, claro se veía, todos »esperaban un acontecimiento grave». Esto era en Abril de 1803.

El malestar habíase hecho intenso, un desasosiego creciente invadía la nación, pero en el nublado que muchos veían venir nadie acertaba a leer con certeza más que ame-

(37) nazas directas a Godoy. Así, cuando Lejeune llega en los comienzos de Abril, aun encuentra motivo para escribir: «Los españoles habían cortado las ramas a todos sus lau»reles para hacer arcos de triunfo, bajo los cuales debía »pasar el vencedor de Europa; mis camaradas y yo llevá»bamos el encargo de anunciar su venida, y la acogida »que se nos hacía tenía algo del entusiasmo que su pre»sencia había de causar».

Así pasó la primera invasión y, bajo apariencias pacíficas, entraron en la Península 120.000 franceses.

Después vino la segunda, cuando hubo transcurrido el verano de 1808, cuando España entera hubo declarado la guerra a Napoleón, y ante el empuje de la Nación alzada, los ejércitos franceses se habían recogido a la orilla izquierda del Ebro, que antes cruzaran a traición. El Emperador se convenció de que ocupar las capitales no era tener a España y mandó contra nuestros abuelos al Gran Ejército.

Entonces, ya no fueron batallones aislados los que vinieron, fué una irrupción en masa semejante a la de los

tiempos antiguos, y de ese pueblo de soldados no cabía ya decir que fuesen reclutas ni muchachos, venían los mejores de cuantos tenia Francia, regimientos soberbios, la Guardia Imperial. (38)

Los soldados de Napoleón estaban esparcidos por toda Europa, desde el Báltico al confín de Grecia y los Pirineos. Ordenes llegadas de París fueron poniéndolos en marcha sobre la frontera de España; Lejeune cuenta su viaje desde Varsovia a Burgos, Saint Chamans y Rocca vinieron de los campamentos de Prusia, Fantín des Odoards de Silesia, Desboeufs de la costa dálmata. La caravana guerrera habíase puesto en marcha una vez más recogiendo en sus filas interminables hombres de cuantos pueblos seguian al Emperador, venían franceses, alemanes, italianos, holandeses, belgas, suizos, polacos, irlandeses, mamelucos, todos con sus trajes distintivos y sus costumbres, unidos por la misma voz de mando e idéntica consigna. Y rigiendo el flujo de aquel mar de gentes venia él en persona, Bonaparte el Grande.

Esta segunda entrada de ejércitos fué a modo de ramblazo que todo lo arrasa. Los habitantes, dice Lejeune, huían de nosotros y abandonaban los pueblos. Casas, iglesias, conventos, desiertos todos, ofrecian pasto a la codicia de los soldados y ni aun los mismos sepulcros se respetaban. (39)

Su seguridad del triunfo era absoluta. Dos testigos bien distintos, Rocca y Saint Chamans, emplean formas análogas para expresarla; juzgando la tierra donde venían por la que acababan de dejar, creían que la guerra sería cosa de muy poco tiempo, y sin dificultad, obligarían a los españoles a firmar la paz en Madrid. Así pensaban y escribían después de Bailén. del Bruch, del primer sitio de Zaragoza, de los dos primeros de Gerona, de la retirada de Valencia, ¿qué no sería antes? (40)

No era el ejército del Emperador, era un ejército de emperadores, déspotas todos, grandes o chicos, según la

graduación que tuviesen. Educación o sentimientos podían ocultar, en algunas ocasiones, su fiereza, pero al menor rozamiento desaparecía la vestidura y surgía el tirano.
(41) Cualquier negativa les ciega de cólera, nobles de la antigua raza que, por educación y principios, debían huir de las bajezas y las cobardías, atropellan a pobres ancianas indefensas, nada se respeta.

Bajo la planta de 300.000 hombres, perfectamente organizados, mandados por los generales más grandes de su tiempo, con todos los elementos de conquista que entonces se conocian, España se alza en guerra, pobre, sola, desamparada de sus Reyes, sin Tesoro, sin Ejército regular, sin otra fuerza que su voluntad y apoyada en el espíritu de sacrificio de sus hijos. Los franceses habían venido, la guerra de Independencia entraba en su período de sangre y fuego.

CAPÍTULO IV

Optimismos.

La historia de la invasión de España y de la Guerra de la Independencia es la crónica de un optimismo gigantesco desmentido constantemente por los hechos y constantemente renacido al calor de la soberbia sin límites de la Francia napoleónica.

El Emperador no esperó nunca de los españoles una (1)
resistencia seria. «No creyó encontrar más»—dice Marbot—«que la que había hallado en Holanda, en Portugal, »o en Westfalia». Las noticias que le daban sus generales confirmaban ese error, unas veces porque ellos mismos lo creían así, otras por complacer al amo que no quería conocer ya las realidades y pensaba que la vida debía plegarse a su voluntad.

La primera voz que se alza para anunciar al César, la fácil conquista de España es la de Dupont. Vino éste a la Península a ganar el bastón de mariscal, no sospechando que existiera un lugar llamado Bailén. Antes ya (2)
de entrar en nuestra tierra afirmaba serenamente «que Es»paña esperaba impaciente al Emperador y se considera»ría muy feliz acatando sus decisiones». Luego cuando nos ve más de cerca corrobórase en sus observaciones y el 1.°

(3) de Enero de 1808 escribe: «un gesto del Emperador fijará »los destinos de España, la Corte, el Clero, el Ejército, to»dos están por él».

Y esto no es nada, no lo es cuanto otros dicen más tarde para adular a Napoleón arreglando la realidad a su soberano placer, todo es pálido y débil ante el torrente alegre y espontáneo que brota del epistolario de Murat, Gran Duque de Berg, lugarteniente del César en España.

Cuando aun no ha llegado a Madrid, en Castillejo de la Cuesta, recibe la noticia del primer motín de Aranjuez y, comentando lo ocurrido, a vuelta de lamentar los des-
(4) órdenes, dice: «V. M. lo puede todo por la potencia de su »genio y de su gloria, que ella mande y las fracciones des»aparecerán ante su voluntad. Yo respondo de todo, in»cluso de la tranquilidad pública» y, al final de la carta, «Aseguro a V. M. que en ningún caso conseguirán alzar a »la nación en armas contra vuestros ejércitos, lo repito, »V. M. puede hacer aquí todo lo que ella quiere, sólo se »esperan sus órdenes».

(5) Cinco días después, el 24 de Marzo, aposentado en Madrid, dominando, a su juicio, la situación, repite las mismas seguridades y anuncia que va a hacer ir a los carabineros y a los coraceros de Dupont «porque la caballería ha»bía hecho gran efecto a los madrileños». «Con esas tropas, »cañones y nuestros soldados, respondo de todo». Alguien había hablado de que el aspecto de las cosas no era favorable, pero él desecha tales temores de una plumada, a otro se le podía engañar con eso pero él sabía bien que se estaba en el mejor de los mundos y, después, para corroborar al Emperador en su olímpica confianza, escribe: «Os »han inspirado temores de un levantamiento en España, yo »os garantizo que es imposible, y si alguna vez se presen»ta un germen de insurrección será en las provincias que »no hemos recorrido nosotros. V. M. es admirada y ado»rada en toda España y de V. M. espera la Nación una »suerte más dichosa».

No necesitaba tanto Napoleón para confirmarse en su opinión y en sus planes, pero debió sonarle bien adulación que tan felices resultados auguraba.

La imaginación de Murat marchó aquellos días cien (6)
veces más veloz que su caballo de batalla, ya no era solamente Napoleón «el Mesías que esperaba el pueblo »Español», la adoración parecía extenderse a toda la familia, y tras ese sentimiento, el buen expostillón veía aparecer, como entre nubes, la imagen de una corona apoyada en dos mundos, que los dejaba para venir a posarse en su cabeza. «La calle en donde está el palacio que (7)
»habito hállase constantemente llena de gente y cada vez »que aparezco por cualquier balcón resuenan interminables vivas. ¿Prueba esto descontento? ¿Esos gritos universales de alegría pueden hacer presumir un alzamiento «contra los franceses?» Cuando esto escribía no llevaba aun cuarenta y ocho horas de residencia en Madrid, y si no anduvo acertado en sus juicios por lo menos fué rápido en formarlos. El título de Rey, dice un escritor contemporáneo, «era, entonces, un grado de la jerarquía militar del (8)
»ejercito imperial» y Murat debió creerse ya con el ascenso asegurado.

Toda la correspondencia que dirige al Emperador está impregnada de la misma confianza pueril y franca. Al leer sus cartas os convenceis de que Murat no era hombre de observación y reflexión fría, pero sí un valiente que no contó jamás las probabilidades del fracaso.

El 2 de Abril surge por fin ante él un conflicto, el pueblo de Madrid promueve un alboroto, pero eso no hace vacilar su confianza firmísima, «aquí no hay malo más (9)
»que un centenar de pilletes a quienes será fácil hacer en»trar en razón. Las gentes honradas no han cesado en sus »demostraciones de afecto a los generales y los jefes franceses».

Siguiendo su curso de afirmaciones con visos de profecía, dice el 10 de Abril estas palabras, en las cuales llega

en parte, mucho más cerca de la verdad de lo que él sos-
(10) pechaba. «El pueblo español no quiere ser conquistado »pero se entregará».

(11) Luego va recibiendo noticias de alteraciones, sabe que el pueblo comenta las ocurrencias, que hay agitaciones en Burgos, en Madrid, pero el miedo no llega a él; «los espa-»ñoles hablan demasiado para que sean temibles, la vo-»luntad del Emperador no encontrará resistencia efectiva »en España».

(12) Cuando supone, y desea, que Fernando haya llegado a Bayona, da esta opinión para gobierno de su imperial cuñado: «En todo caso su reinado terminó, podéis decirlo muy alto». Por una vez el cumplimiento de sus vaticinios habría podido ser satisfactorio para españoles y franceses.

(13) A medida que avanza Abril, siente Murat con más ardor la codicia de la corona y apremia al Emperador para que tome una resolución pronta. «Ha llegado el momento »favorable para que V. M. anuncie su sistema a la España, »tal es la opinión de vuestro Embajador y de los españo-
(14) »les sensatos»; y más adelante, «Es tiempo ya de que »V. M. se decida. Habrán hablado a V. M. del entusiasmo »que ha despertado el Príncipe de Asturias a su paso. »Ya le he dicho al Mariscal Bessieres que esos son los últi-»mos resplandores de una luz que se apaga».

El 20 de Abril un nuevo alboroto pone a Murat a punto de sacar el alfange, las patrullas de soldados españoles han restablecido el orden, y el peligro del conflicto se ha
(15) alejado, pero a Murat le duele que tal ocurriera; «Las tro-»pas han estado sobre las armas en un abrir y cerrar de »ojos y he lamentado con toda el alma que el suceso fue-»ra a punto de anochecer, porque a otra hora hubiera po-»dido dar al populacho de Madrid una buena lección que »le quitara las ganas de volver a meterse en asuntos de »política».

(16) El entusiasmo que se supone tienen los españoles por

Fernando es, en opinión de Murat, pasajero, y desaparecerá tan pronto como el Emperador se decida. «Madrid invoca »al Emperador, que él se resuelva, exclaman todos, sepa»mos a qué atenernos».

Por fin, el 23 de Abril, la impetuosidad del lugarteniente no admite ya frenos, y dejando reticencias a un lado pide francamente la corona; «desde ayer tenemos la opinión pú- (17)
»blica en nuestro favor. El amor propio de los castellanos se »ha resentido al ver que el Príncipe de Asturias había pa»sado la frontera. El Príncipe se ha hecho indigno de la »nación española, exclaman, y no merecía el afecto y el »interés que por él teníamos». «Puesto que no tenemos »soberano, que el Emperador nos lo dé, decían unos, y »otros gritaban: corramos al Gran Duque de Berg, to»mémosle por Rey, es el medio de acabar antes. Esto es, «Señor, lo que se decía; esto pinta el estado de opinión de «la capital, los que os digan lo contrario engañan descara»damente a V. M. y son dignos de castigo».

Los días que siguen hasta fin de Abril, todo continua (18)
marchando a pedir de boca, las gentes se inclinan decididamente, según Murat, del lado de los franceses, se han enterado de que va a haber cambio de dinastía pero sólo se preocupan por saber quién será el nuevo monarca, de los reyes que fueron nadie parece acordarse. Lo único que falta para que las cosas vuelvan a su estado normal, es (19)
que Napoleón declare su resolución última. Eso es lo urgente: Madrid, Aranjuez, Toledo, Barcelona, todo está tranquilo.

Y al fin, como si quisiera coronar todos sus errores con una declaración solemne, en la noche del 1 al 2 de Mayo, cuando los minutos del terrible día habían empezado a pasar ya sobre su cabeza, estampó estas palabras. «Espero (20)
»que en el momento en que tengo el honor de escribir a »V. M., todos los asuntos de España estén terminados».

Para muchos iban a concluir antes de que la aguja del reloj de palacio diese una vuelta entera, pero el asunto

grave del Emperador en España empezaba su curso en aquel momento. No está en los hombres adivinar cuando se acercan las horas preñadas de la historia, pero muy lejos ha de vivir de la realidad quien equivoque de tal manera los signos de los tiempos y no vea la nube que lo cubre.

La batalla que se riñó en calles y plazas, la mortandad de habitantes pacíficos, los mil detalles de aquel día trágico, no alteraron la confianza de Murat, y la noche del mismo 2 de Mayo, al dar cuenta de los sucesos, pone este comentario, tan frío para el pasado como desacertado en la
(21) predicción: «Este acontecimiento, aunque desgraciado, nos »asegura para siempre la tranquilidad de la capital y con»fío en que también la de todo el reino».

Marbot, que dice haber llevado a Napoleón, de Madrid a Bayona, el parte de la jornada, refiere que Murat, al en-
(22) tregárselo, estaba radiante, «y me repitió varias veces— »confirmad de palabra al Emperador lo que le escribo en »esta carta, la victoria que he conseguido sobre los revol»tosos de la capital nos asegura la posesión pacífica de »España». Y como, más adelante, alguien le apuntara algu-
(23) na duda sobre el porvenir, le replicó: «Bah, querido, les »daré un baile y bailaré en él, no os digo más».

(24) De ese optimismo participaba el Emperador. Sea o no cierta la entrevista con Marbot, que éste detalla con lujo grande de particulares, las ideas que le atribuye cuadra perfectamente con cuantas brotaron del cerebro de Napoleón; «la victoria del 2 de Mayo debe apagar toda resisten»cia en España; los españoles se calmarán pronto y aca»barán por bendecirme», son frases que tienen el sello de la soberbia imperialista y, oídas en boca de otro, juraríase que eran copiadas.

Hubiera sido él tímido y pesimista y aún las cartas de sus hombres de confianza le habrían llevado a igual seguridad. El 4 de Mayo, La Forest, su embajador en Madrid,
(25) escribe: «El acontecimiento de anteayer ha tenido todas las »consecuencias que se podrían esperar de la mayor victo-

»ria»; y, para información del Gobierno de París, sigue escribiendo: «Que el partido de Fernando estaba completa»mente derrotado, que su fuerza procedía únicamente del »odio que se tenía a Godoy, que los españoles se aven»drían fácilmente al cambio de dinastía por las ven»tajas que iba a producir»; y resumía todas sus afirmaciones en esta frase contundente: «Todo se someterá por la »fuerza de las circunstancias si no es por el convenci»miento».

Los días que siguieron al 2 de Mayo, Murat, inalterable en su serena confianza, da cuenta al Emperador de haber facilitado pasaportes para que regresasen a sus pueblos todos los forasteros que lo solicitasen y explica: «Ya les (26) »hemos enseñado la lección antes de marchar, ellos calma»rán las cabezas exaltadas y llevarán a sus pueblos el espan»to y la consternación». De esos viajeros, «preparados» por las gentes de Murat, salieron las voces que llevaron el fuego del alzamiento por toda España, ved si la leccion dió los resultados que esperaba el Gran Duque.

El pasar de los días sólo aumenta su magnífica tranquilidad. «Los acontecimientos del 2 de Mayo aseguraron a (27) »V. M. exitos definitivos. El príncipe de Asturias perdió »ese día la corona, su partido, completamente derrotado, »se vuelve del lado del vencedor. V. M. puede disponer »de la Corona de España y nada turbará la tranquilidad »pública». Y así continua garantizando paz y orden, aconsejando al Emperador que designe Rey por si mismo sin contar con Carlos ni con Fernando. «Los cañonazos del 2 (28) »de Mayo saludaron el pabellón de la nueva dinastía». «Madrid y las provincias piensan en todo menos en suble»varse, la conformidad era tal que excedía a cuanto se espe»raba. «La única inquietud que existe—dice—es la de co»nocer oficialmente el nombre del nuevo monarca».

En la locuacidad expansiva de las cartas de Murat hay frases que parecen inspiradas por un genio burlón de la historia. Describiendo el favorable espíritu del ejército es-

(29) pañol, escribe, en la madrugada del 19 de Mayo: «Los re-
»gimientos suizos formarán parte del cuerpo de ejército
»del general Dupont. El Coronel Reding le ha escrito ya
»manifestándole lo feliz que será al pertenecer al ejército
»francés». Dos meses después, dia por día y hora por hora, sonaban en la carretera de Andújar los primeros disparos de las avanzadas que iniciaban la batalla de Bailén, y otro Reding se preparaba a dirigir a Dupont algo muy diferente de una bienvenida.

Las seguridades se repiten con martilleo insistente. A mediados de Mayo llegan las primeras noticias del alza-
(30) miento de Oviedo, pero basta, según él, la presencia de unos carabineros para disipar el tumulto. La calma vuelve a reflejarse en las cartas, imperturbablemente optimistas, y sólo cuando España arde de un cabo a otro y no hay provincia que no tenga su junta de defensa ni pueblo importante que no haya declarado la guerra a los franceses, admite la existencia del alzamiento, mas sin que este hecho, indiscutible ya, haga disminuir un ápice su soberbia
(31) tranquilidad. «La insurrección de Valencia no es nada,
»todos conocemos el carácter inconstante de este pueblo
»acostumbrado a insurreccionarse todos los años». «El
»que está al frente del alzamiento de Andalucia es un mi-
»serable, espero que los cañonazos del general Dupont
»sobre Córdoba restablecerán el orden en todo el sur de
»España».

El 5 de Junio recibe la noticia de la venida de José y pone en boca de sus colegas de la Junta de Gobierno estas
(32) palabras, a las cuales, él, sin duda, suscribe: «España está
»salvada de la crisis que la amenazaba, la tranquilidad va
»a renacer». En ese mes se acabaron de alzar las pocas provincias antes indecisas, diéronse las dos acciones del Bruch, Cuesta y Blake reorganizaban ejércitos, Castaños entablaba tratos con los ingleses de Gibraltar, la nación entera se aprestaba para dar a José una especie de tranquilidad nunca vista ni oída, pero el incumplimiento de

tantas predicciones no aminoraba su aplomo y continuó haciendo vaticinios hasta el momento de marchar camino de Nápoles.

Ese don de errar no estaba reservado exclusivamente a los soldados batalladores y brutales que sólo pensaban en pelear y únicamente contaban con su valor y sus tropas, el mismo Napoleón profetiza y se equivoca de plano arrastrado por su optimismo inconmovible. Cuando Bessieres gana la batalla de Ríoseco, el Emperador dice: «Esa acción (33)
»ha asegurado la corona de España a José como la de Vi-
»llaviciosa se la aseguró a Felipe V. Nunca harás bas-
»tante — escribió a su hermano — por el general que
»te ha prestado tal servicio, debes apresurarte a en-
»viarle el Toisón de Oro». Cuando José recibió esta carta
ya no estaba en Madrid, «había salido a uña de caballo al (34)
»saber la noticia de Bailén y no estimó que estaba obliga-
»do a pagar deuda nacida de un servicio que le había re-
»sultado inútil».

En esos tiempos aun tienen explicación los optimismos. Grivel nos cuenta que cuando los prisioneros de Bailén (35)
fueron llevados a la bahía de Cádiz, marchaban tranquilos y conformes con su suerte. Esperaban poderse evadir, esperaban que el ejército del Emperador acabaría en corto tiempo la conquista de la Península. «El desorden que
»veíamos en todas partes, el pobre aspecto de las tropas
»españolas—dice—y la inquietud que se traslucía a pe-
»sar del patriotismo, en las personas algo instruídas con
»quienes hablábamos, conservaban nuestra confianza».
«Debíamos ser cruelmente desengañados, pero todavía es-
»tábamos muy cerca de las hermosas campañas de Aus-
»tria y Prusia para admitir que España pudiera resistirnos».

Nuestra guerra fué, para todos, una sorpresa. «Los (36)
»franceses—dice Rocca—estaban acostumbrados por sus
»guerras anteriores a no ver en una nación más que sus
»fuerzas militares, sin contar para nada con el espíritu de
»sus ciudadanos. Napoleón—dice Marbot — consideraba (37)

»a los españoles tan cobardes como los italianos y creía »que su alzamiento sería una revuelta de paisanos que »desvaneceria en pocos días con unos cuantos batallones »franceses». Por eso, al ocurrir el desastre de Bailén «lloró
(38) »lágrimas de sangre viendo humilladas sus águilas y per- »dido el prestigio de invencibles que tenían sus tropas».

Al recibirse en Madrid las primeras noticias del desastre de Dupont nadie les dió crédito. «Decíanse—cuenta Girar-
(38 b.) »dín—que era imposible que un ejército francés se rindie- »ra ante otro español, imposible que hubiera soldados »franceses que depusieran las armas sin combatir». Los que tenían noticias directas, procedentes de oficiales rendidos, negábanse a creerlas y sólo se las comunicaron a José ocho días después de la batalla, cuando ya era imposible ocultarlas.

Los militares franceses que entraron en España con el Gran Ejército se enteraron con profundo asombro de los
(39) acontecimientos del primer período de la guerra, «de las »ocurrencias desdichadas que habían obligado a capitular »a Dupont en Andalucía, a Junot en Portugal, la retirada »de Moncey de los muros de Valencia, la vuelta de todo el »ejército francés a la orilla izquierda del Ebro». La sorpresa
(40) era tan grande como el desprecio que les merecíamos, y no era menor la seguridad que abrigaban los veteranos de las guerras del Norte de vengar a los soldados de Dupont.

(41) Al encontrarse Napoleón en Vitoria (Noviembre de 1808) a los afrancesados que rodeaban a José, y a los españoles que, por fuerza, estaban en tal sitio, los increpó duramente, y entre muchas cosas, que ellos entendieron a medias, y otras muchas que, a medias, adivinaron, les dijo:
(42) «¿Quién podrá hacerme resistencia? No serán vuestras tro- »pas despreciables que no saben batirse, vuestro país va »a ser teatro de una guerra sangrienta. En dos meses habré »conquistado a España y tendré sobre ella derechos que »la conquista dá al vencedor». Ya veis si era labor fácil la que el Emperador se prometía.

Cuando al fin de la campaña del otoño del 1808 los (43)
franceses entran en Madrid, los optimismos llegan al colmo. «Ningún francés dudaba entonces—dice Rocca—que »tan rápidas victorias decidirían la suerte de los españoles. »Creíamos, y Europa lo creía también, que sólo restaba »marchar sobre Madrid para acabar de someter al país y »organizarlo a la francesa».

«No tengas miedo—escribía Pion des Loches a su no- (44)
via desde Aranda—, dentro de dos o tres días el ejército »español habrá dejado de existir; el general Castaños que »lo manda está rodeado y no puede escaparse; yo no »tendré siquiera la gloria de haber quemado un cartucho».

Quince días más tarde, desde Madrid, tomado ya, repi- (45)
te la misma declaración tranquilizadora. «El ejército espa»ñol se reduce a grupos dispersos de tropas que huyen a »la ventura. Todos estamos convencidos de que el Empe»rador coronará rey a su hermano en cuanto hayamos ocu»pado algunas grandes ciudades, y para ocuparlas bastará »presentarse a sus puertas».

Ya no quedaban ni peligros ni gloria para nadie; la guerra era cuestión de días. Quien les hubiera dicho que la verdadera guerra no había comenzado aún habría oido (46)
una carcajada descomunal por toda respuesta. Ellos no habían visto nunca que un ejército, destrozado hoy, surgiera treinta días más tarde con mayores contingentes, que una ciudad pudiera resistir siete meses contra todas las reglas de arte polémica, y no podían imaginar siquiera que la suerte les reservara contemplar tales prodigios en España.

El objetivo principal de Napoleón en su acometida era (47)
sencillamente tomar a Madrid, que en su sentir, era tomar la nación entera. «Creíamos entonces—escribe Rocca—que »toda España seguiría el ejemplo de la capital, pero las pro»clamas olímpicas en que Napoleón anunciaba sus triun»fos a la Europa asombrada y amenazaba con castigos »terribles a las provincias que se le resistieran, no produ-

»cían en España efecto alguno. Nadie se presentaba a po-
(48) »ner a sus pies los tributos exigidos, y con ellos, los elo-
»gios rendidos a que estaba acostumbrado en otros países.
»En vez de los homenajes que él esperaba sólo recogía in-
»dignación y odio implacable. La ocupación de Madrid—
»dice Miot de Melito—no produjo el efecto que Napoleón
»esperaba. Al tomarla habíase ocupado simplemente una
»población cuya entrega no hubiera arrastrado tras sí ni
»aún la de Toledo, que dista menos de 14 leguas, si no se
»hubiesen enviado tropas a ocuparla». Jourdan, que pudo ver la guerra desde arriba, afirma lo mismo: «La ocupación »de Madrid causó en el primer momento asombro grande, »pero cuando ese estupor hubo pasado el amor de la Inde-»pendencia y el odio a los franceses renacieron con »nueva energía».

Napoleón no lo creía así, por eso en sus proclamas de Chamartín torna a hablar de sus famosos derechos de con-
(49) quista y exige a nuestros antepasados que abdiquen de su independencia en gracia a tan precioso título. Pero entonces ya, según nos refiere la duquesa de Abrantes, el plazo que fijaba a la terminación de la guerra era de seis meses.

Cuando ve que los ingleses de John Moore se dirigen a marcha forzada en busca de sus naves, al volver él camino de París, más confirmado que nunca en las ilusiones
(50) de su orgullo olímpico, resume las recomendaciones a su hermano en estas líneas: «el propósito único del Rey debe ser guardar a Madrid, lo demás no tiene importancia». Desde ese momento en adelante, él es el censor y la siempre verde esperanza, cultíbanla sus mariscales, José y los que con José están y de él han de recibir protección y mercedes.

En Julio de 1808 salió Duhesme de Barcelona a tomar a Gerona diciendo: «el 24 la cerco, el 25 la asalto, el 26 la tomo y el 27 la arraso». Efectivamente, fué, llegó, cercó la ciudad, todo ello con notable retraso en las fechas, y, a los 46 días, regresó sin haber puesto el pie en los muros siquiera.

«Conciso, como César en las palabras, no se le asemejó en »las obras», comenta Toreno.

Marchó Soult a la conquista de Portugal en los comien- (51)
zos de 1809, y tan segura la creía Napoleón, que señaló las etapas de su itinerario, fijó la fecha de llegada a Oporto y la época de entrada en Lisboa. Al cumplirse esos plazos todavía estaba el mariscal en territorio español y sólo había tenido que combatir con paisanos, aun no había visto a los ingleses de Wellington que serían, según el Emperador, su único obstáculo. Llegó, al fin, a Oporto y de allí no pasó.

En el Otoño de 1809 hizo Napoleón la paz con Austria (52)
y entonces los optimismos retoñaron más vigorosos que nunca. «Esa guerra—decían—era la que paralizaba nuestros »esfuerzos, ella la que reanimó el valor de nuestros enemi»gos y retardó la pacificación de la Península. Pronto ven»drán nuevos refuerzos que tornarán más imponente la »actitud del ejército francés y nuestros asuntos marcharán »viento en popa».

En los comienzos de 1810 avanzó José con su ejército por Andalucía adelante, pasaron Sierra Morena, el ejército español volvió a ser conjunto de pequeños cuerpos aislados sin concierto ni unión. «Creíamos encontrar en Sevilla el (53)
»fin de la guerra—escribe Miot—, como un año antes se »había creído encontrarlo en Madrid y estábamos en tal »convencimiento de que el fin y objeto de la expedición era »Sevilla, que comiendo con el Rey en Carmona, en compa»ñía de los ministros y varios generales, manifestó el maris»cal Soult su opinión franca de marchar directamente sobre »ella, diciendo: «Respóndanme de Sevilla que de Cádiz (54)
»respondo yo».

A pesar de afirmación tan valiente, tomada Sevilla sin otra dificultad que la de entrar por su calles, negóse Cádiz a admitir a los franceses y no hubo medio humano de que la tomaran en dos años y medio de sitio.

Cuando José entró en el Alcázar y asentó su Corte allí, donde por espacio de un año había mandado la Junta Cen-

(55) tral, parecía—dice Miot—«que era un conquistador que »venía a devolver su independencia a la Nación, pero esta »ilusión de los primeros momentos se disipó bien pronto». «La impresión que produjeron en la opinión pública el paso »de Sierra Morena y la ocupación de Sevilla no se propagó »como esperábamos».

En el Otoño de 1810 salió Massena a campaña para (56) hacer la tercera tentativa contra Portugal. «Teníamos la »esperanza—dice la duquesa de Abrantes—de llegar a Lis»boa en pocas semanas, ¿qué digo?, por días contaba nues»tra vanidad».

Las cosas ocurrieron de muy distinta manera: Massena entró en Portugal, avanzó por el país convertido en un desierto, y fué a acampar frente a las líneas de Torres Vedras, y allí quedó meses y meses. Tenía frente a él a los ingleses, en torno suyo la soledad, encima la amenaza espantable del hambre, detrás un país abandonado y la perspectiva de una retirada, era un sitiador sitiado. Su misión era vencer a los ingleses, su ocupación constante buscar mantenimientos para su ejército y ver la manera de sostenerse. Pero Foy, que marchó a París a dar cuenta al Emperador de esta realidad horrible, contagiado por el optimismo imperial, dijo (57) cosas muy distintas. «Los ingleses no podían sostenerse »mucho tiempo en la situación en que se encontraban. Los »víveres estaban en Lisboa a precios fabulosos, a pesar de (58) »los recursos que presta el mar reinaría allí el hambre si los »franceses tuvieran un ejército en Alentejo». Foy no tenía motivos para decir esto, no lo sabía, no podía saberlo, pero hubiérale agradado que fuera así y a su imperial amo le complacía diciéndolo, y éste, amplificando sobre tema tan de su gusto, añade: «los ingleses han creado un in»menso Gibraltar en el fondo de Portugal, tengámoslos allí »cerrados, sin víveres, con un ejército, con una población »inmensa que alimentar, ellos cederán y acabarán por em»barcarse. En esa guerra la ventaja está de nuestra parte».

Y mientras Emperador y General alzan en París castillos

de naipes Massena, sin víveres ni comunicaciones, piensa en la retirada difícil y peligrosa que le espera acosado por cien puntos a la vez, por ingleses, portugueses y españoles, hambre, sed, caminos penosos, montañas abruptas, enfermedades y desesciones. Al fin llega el momento de emprenderla; Massena vese forzado a destruir artillería y bagajes, los prisioneros franceses cuéntanse por miles, las tropas imperiales están casi a la vista de la frontera española, y aun escribe Foy: «S. M. concede la mayor importan- (59)
»cia a que el ejército inglés sea acosado. El Emperador »habría deseado un movimiento ofensivo que hubiera obli- »gado a lord Wellington a retroceder sobre Lisboa». «Piensa »S. M. que sería útil hacer una expedición sobre Oporto». Bien sabía Massena todo eso sin que lo dijeran, pero ¿cómo hacerlo?

Si los hombres que estaban pegados a la realidad no acertaban a verla ¿cómo la podría conocer el Emperador que tenía su imaginación en las alturas y padecía el delirio de grandezas más gigantesco que conoce la historia? «Su (60)
»alianza con la Casa de Austria—dice Thiebault—le había »emborrachado. No admitía ya que nada pudiera resistír- »sele».

Durante el curso de la guerra el optimismo francés varía de forma con las personas y los tiempos, y unos hacen la crítica de los otros sin necesidad de que extraños intervengan. José creyó, un tiempo, que gobernando con bondades (61)
se atraería a los patriotas; franceses hubo que opinaron como él; pensó en la posibilidad de entrar en inteligencia con los prohombres de Cádiz; soñaba con supuestas divi- (62)
siones de los patriotas y los creía dispuestos a entregarse: hasta tuvo la ilusión de convocar otras Cortes enfrente de las nacionales.

Los generales preconizaban unas veces el sistema del terror, otras están por una administración templada y suave, todos creen su procedimiento panacea infalible que ha de (63)
traer la sumisión de los irreductibles patriotas, y unos y otros

se equivocan porque todo cuanto ellos hicieran había de estar siempre mal por el mero hecho de venir de sus manos. Los españoles pensaban como Luciano Bonaparte «que la »misma libertad es odiosa cuando se recibe de la punta de »una espada extranjera». Que Soult publicara bandos san-
(64) guinarios pregonando guerra a muerte o que Thiebault escribiera gacetas para ganar a los patriotas por convencimiento, el caso era el mismo, ni amenazas ni razones llegaban donde se pretendía que llegasen y la guerra seguía su curso.

(65) Cada ciudad que se sitia es, para ellos, clave de toda la guerra y bastará tomarla para que los españoles se rindan; cada batalla que ganan va a traer definitivamente la paz y la sumisión inmediata de regiones enteras, pero una desilusión sigue a otra. Hacen esas afirmaciones bien por cuenta propia, bien atribuyéndolas a españoles conocedores del país que aseguran tales resultados. Ni a unos ni a otros les enseña la realidad lo vano de sus augurios.

Soult ve la clave en dominar a Andalucía, Marmont en vencer a Wellington, Suchet en tomar a Tortosa, a Tarragona, a Valencia, y cuando todo eso se ha realizado y Wellington se recoge a su seguro de Portugal, la guerra sigue siempre lo mismo, gastando sin gloria las fuerzas del ejército francés y arrastrando al campo patriota a los escasos servidores españoles de José.

Nunca creyó éste que el Estado semi-constituído, y sin apariencias externas, de la España independiente, pudiera sobrevivir, con su Cádiz sitiado, a la corte de Madrid, con capitalidad histórica, palacios, diplomáticos extranjeros, y tropas francesas, y se aferró a defender la posesión de la Villa. Como si lo que antes fué Metrópoli de dos mundos pasase entonces de ser un poblachón grande, símbolo que había perdido el significado, residencia desierta de una Majestad que andaba por todas partes y allí tenía su asiento real donde quiera que flotase al viento un paño amarillo y rojo.

Las peticiones de dinero del rey intruso iban siempre acompañadas de igual protesta. Vengan aquellos millones que se demandan y después los tributos de la tierra sometida bastarán para mantener a franceses y afrancesados. Vengan los millones, los últimos, que de ellos depende el fin de la lucha. Y entre tanto el fin va aplazándose de mes en mes y de año en año sin traer a la turba de mantenedores del rey intruso a mayor conocimiento de la realidad.

Hasta los más parciales de todos, los soldados, confie- (66)
san sus errores y nos dicen cómo creyeron cien veces pacificado un país que iba a la guerra a muerte. En Junio del 13 los franceses estaban más allá del Ebro, la batalla de Vitoria iba a darse pocos días después; aun habla Foy de destruir las guerrillas y los batallones españoles y consideraba posible que los patriotas se cansasen de la lucha que estaba a punto de terminar en la Península.

Las guerrillas ¿cuántas veces no se dicen totalmente destruídas y reaparecen poco después más bravas en la lucha? Napoleón creía fácil deshacerlas; la Guardia Imperial debía encontrar en esto un juego; él, desde París, daba sabias disposiciones, pero las cosas no resultaban como él creía. La Guardia, impagable para el golpe final de una ba- (67)
talla, de nada servía en la lucha incesante de nuestros campos, y los planes combinados en París, «era más fácil dic»tarlos al Ministro que a los generales cumplirlos».

Vióse Soult obligado a levantar el sitio de Cádiz (Agosto de 1912), y comentando el suceso exclama D'Espinchal: «¡qué triste era hacer perder al mariscal el fruto de 3 años »de combates y los millones gastados en ese Sitio, y eso en »el momento preciso en que parecía que iba a terminar!»

Y esta es la última forma que toma el optimismo francés, que sobrevive a la guerra y aun reaparece a cada nuevo libro que se ocupa en ella.

De una en otra predicción van siguiendo los franceses hasta llegar a las catástrofes definitivas del año 13, y entonces la historia hipotética, si historia puede llamarse, abre (68)

nuevos campos a la imaginación brillante de los soldados y al calor del deseo natural de no confesar el vencimiento, crecen supuestos fantásticos y combinaciones prodigiosas. «Si hubiéramos hecho tal cosa, Zaragoza se habría rendido». «Si los Reyes hubieran marchado a América no habría habido guerra». «Si Dupont no se hubiera obstinado en »permanecer sobre el Guadalquivir y se hubiese retirado »sobre la Mancha» etc., etc. Es decir, sino hubiera ocurrido Bailén, ni Moncey se hubiese retirado de Valencia, ni Zaragoza se hubiese resistido...

¿Qué no podrá justificarse en esta forma? La historia es relación de lo ocurrido, contándolo todo así, en forma de hipótesis caprichosa, nada resulta como fué sino como queremos que hubiera sido. Usando de igual derecho al que se atribuyen los franceses, la guerra entera cambiaría y ni los españoles habrían esperado la entrada de Napoleón para atacar; ni Cuesta habría sido derrotado en Medellín, ni Alvarez de Castro se habría visto privado de recursos, ni nuestros generales habrían cometido desaciertos, y en pocos meses los franceses hubieran tenido que repasar la frontera.

Desde el peñasco inmortal de Santa Elena vió Napoleón más claro y comprendió su error, sus soldados necesitaron que un horizonte de años hiciera posible para ellos las perspectivas amplias de la historia, muchos pasaron de este mundo sin conocer la gran lección que enseñó aquella guerra, optimistas ciegos cuando ya la luz se había hecho para todos.

Fué la confianza en su propia estrella, más aun el desprecio absoluto hacia nuestro pueblo, lo que llevó a Napoleón a su fracaso en España. Eran los Borbones sus servidores fieles, y con ellos y por ellos habría dominado; al suprimirlos, en un acto de soberbia irreflexiva, privóse de sus más sumisos aliados para ponerse frente a una Nación entera y acometer el trabajo, más que hercúleo, de plegar la suma de tantas voluntades a la suya despótica.

EL EJERCITO IMPERIAL

CAPÍTULO V.—Soldados de Napoleón.
" VI.—Los compañeros del Emperador.
" VII.—Pan y Prest.
" VIII.—La vida militar cien años ha.
" IX.—Historias de ladrones.
" X.—Ruinas, asolaciones, fieros males.
" XI.—¡Ay de los vencidos!
" XII.—Prisioneros.

CAPÍTULO V

Soldados de Napoleón.

Los franceses que dejaron Memorias parecen siempre inflamados del mismo ardor guerrero, todos vinieron a España con visiones de gloria. Más tarde cambiaron de modo de pensar sobre este punto, pero siempre aparece claro en ellos el orgullo del sable. Uno no más, Blaze, el mayor, confiesa (1) rebozadamente su poco amor a la milicia, pero Blaze era hombre de paz, vino de boticario. Los otros jóvenes o viejos, juran todos por Francia y por Napoleón.

Los simples soldados debían pensar de otra manera. Napoleón forzó la máquina y donde antes se sacaban cada (2) año 3 hombres, él pidió 12, después 15 y al fin 18. La buena voluntad del pueblo francés no le siguió en esa progresión; departamentos había en 1809, donde para un total de 747 mozos sorteados, aparecen 485 prófugos, pero contra ese mal tenía el Emperador un remedio prodigioso, era un pequeño ejército de 30.000 gendarmes, 25.000 hombres de columnas móviles, y un cuerpo de policía que se deslizaba por todas partes. Gracias a eso, tarde o temprano, el mayor número venía a filas, y como no bastaban las sustituciones ni las excepciones legales, todos pasaban por el horno de la guerra y fino había de ser quien se eximiese. Las mallas de la barredera imperial habían estrechado de tal manera todas las salidas de la vida que, no pudiendo llevar a las (3)

muchachas al ejército, se inventó hacerlas servir de estímulo y casar a las más ricas con oficiales inválidos, que hubiesen realizado acciones brillantes.

(4) Luego nuestra guerra acabó por enfriar hasta el entusiasmo bélico de los futuros oficiales, y Fievée escribe a Napoleón «las cartas que llegan de España hacen tal im»presión que el ardor de los jóvenes por seguir la carrera »de las armas ha disminuído y los padres se aprovechan »de ello para dirigirlos a las profesiones civiles que antes »despreciaban por amor a la gloria».

El ejército del primer Imperio fué el instrumento más poderoso de guerra que hasta entonces habían visto los hombres. Durante un cuarto de siglo de lucha constante había ido formándose una organización militar y se habían creado hábitos marciales en el pueblo francés que lo hacían capaz de llevar a cabo todas las empresas. Los reclutas podían encuadrarse con veteranos de muchas campañas que le daban pronto la solidez de soldados viejos. Los generales, los jefes, las mismas clases, habían visto guerras en todos los climas, y tal escuela desarrolló las aptitudes del militar nato, creando un núcleo de hombres que bien se podían arrestar a lo que otros hicieran. Figuraos un ejército de cientos de miles de hombres con gente de nuestros Tercios Viejos y mozos imaginativos y valientes, y pensad que algo así venía a ser la hueste que Napoleón tenía en la mano y lanzó sobre España, cuando España no tenía n Rey ni Gobierno, ni soldados, ni armas.

¿Cómo habían de comprender los invasores al patriota español, desorganizado, aun en sus momentos de mayor disciplina, apenas uniformado, adiestrado apenas en lo más rudimentario de la instrucción, soldado hoy, guerrillero mañana, pero enemigo siempre y nunca pagado, ellos que estaban hechos a la vida ordenada de los grandes ejércitos que hasta el saqueo sistematizaban, que se complacían en las maniobras sabiamente ejecutadas, y admiraban al hom-

(5) bre que presentaba armas o echaba el paso correctamente?

Eran soldados. La práctica de la guerra los había formado con lecciones inolvidables, marchaban apoyados (6)
unos en otros, unidos los mismos cuerpos durante muchas campañas, alegres y confiados, sabiendo cada cual lo que podía esperar de sus compañeros. Cada ejército convertíase en un organismo y su poder guerrero se centuplicaba.

Dejándose llevar de un lirismo fácil veis mil veces en estas Memorias que el autor idealiza al veterano napoleónico y pretende hacer de él un nuevo Marte, idólatra del Emperador, con uniforme raído y grandes bigotes. Los que lo trataron y se acercaron más a la prosa de la vida describen un ser menos grande pero más humano. Los hombres de filas y las clases llegaron a la Península cansados de pelear y ahitos de gloria. El entusiasmo de los primeros (7)
tiempos, que los llevaba a entrar en los velites cuando la Escuela de Fontainebleau estaba llena, o a alistarse como simples soldados a los que no contaban con medios para otra cosa, habíase entibiado. Cuando la lucha tomó el carácter de guerra sin cuartel aumentóse el descontento, todos deseaban que se les diese pan, que se les entregasen (8)
las pagas atrasadas, todos anhelan irse de España y gozar de la paz tantas veces prometida y nunca alcanzada. «Ya »de mucho antes—dice Blaze—era imposible conseguir »que los soldados vitoreasen al Emperador», y todo el empeño de los jefes cuando Napoleón y Alejandro se encontraron en Erfurth no pudo arrancar más que algunas salvas (9)
de vivas, aquí y allá, en la masa de hombres revistados. »Si se batían bien era, principalmente, por amor propio y »temor al desprecio ajeno, deseando acabar de una vez y »volver al descanso en el lejano hogar».

De su impresionabilidad da un ejemplo Gonneville. (10)
Cuando Napoleón salió de Madrid tras los ingleses y subió el Guadarrama en una noche de horrible temporal de nieve, «los soldados de la división Lapisse manifestaban en »alta voz las más siniestras disposiciones contra la perso»na del Emperador, excitándose mutuamente a dispararle

»un tiro y motejándose unos a otros de cobardes por no »hacerlo. Oíalo él lo mismo que nosotros, sin darse por en- »tendido y, al llegar al alto del León, detúvose, llamó al »general, y le indicó los pueblecillos del pie del puerto »donde encontrarían albergue y recursos». «A la mañana
(11) »siguiente—dice el mismo Gonneville—esos soldados acla- »maron estruendosamente a Napoleón al verlo aparecer a »su frente».

En un ejército tan complejo dar con la fisonomía moral
(12) del soldado sería tarea imposible. Rocca dice que «los sol- »dados de infantería eran discutidores, insolentes, parlan- »chines, díscolos y grandes dormilones; el húsar, tenía fama »de ladrón, pródigo borracho, más inteligente que el infan- »te; el de caballería ligera, era gran fumador, amigo también »del vino, pronto siempre a saltar a caballo». De los húsa- res hannoverianos dice Foy que «eran grandes ladrones »pero descubiertas excelentes e infatigables».

Sábelo Dios. Cien personas que los pintaran harían de ellos retratos distintos y todos tendrían razón sin tenerla ninguno. Fueron arrastrados del carril de su vida ordinaria por la ambición desatentada del Emperador y, por ella, los que debieron haber sido hombres libres, tornáronse escla- vos del déspota. Sus méritos quedaron, para nosotros, anegados en mar tan hondo de sangre y crímenes que aun a la distancia a que los vemos no cabe olvidarlos ni dete- nerse a cantar alabanzas.

(13) La guerra en España produjo en ellos efectos no vistos antes. Los hombres de quien decía Foy que «eran la más »pura sangre del pueblo francés, un ejército nacional, obe- »diente hasta abdicar de su voluntad personal», habíase transformado un año más tarde, según él mismo, «en una »banda de mercenarios que no tenían ya entusiasmo, ni »valor, ni afecto al soberano, ni a la Patria». Todo eso era consecuencia de la falta de mantenimientos, de cuidados, de vestuario, de la guerra despiadada que tenían que sos- tener sin más resorte moral que una disciplina relajada. A

la lucha pertinaz e incesante de España no podían oponer estímulo alguno que dignificase sus esfuerzos y, por vez primera, las injusticias napoleónicas traían tras sí la desmoralización de sus propios ejércitos.

El soldado francés había llegado a hacerse a la vida de (14)
guerra y parecía contento con su suerte. Beber, jugar, sentarse en torno del fuego a repetir sus canciones y romances de guerra, olvidar así las fatigas de ayer y no pensar en los peligros de mañana, ved en resumen el retrato que de él hace Nayles que le observó mucho, y de cerca. Quizás no se batiesen pensando siempre en el botín, pero to- (15)
dos reconocen que cuando llega el momento de aprovecharse de él lo hacen como por derecho propio e indiscutible.

De las ideas supra-terrenas que llevara en el fondo de (16)
su alma no quedan recuerdos, un sólo pasaje parece aludir a ellas. Zaragoza se ha rendido, en la Catedral del Pilar cadáveres a cientos se amontonan junto a los muros, el suelo de las naves desaparece bajo las gentes prosternadas que acompañan los cantos litúrgicos con sus sollozos, «no »lejos del altar mayor — dice Brandt — entreví algunos »soldados franceses que oraban arrodillados».

La costumbre de vivir en medio del peligro hacíales considerar la muerte como un hecho sin importancia. Compadecíanse de un compañero herido pero no respetaban al que caía. «Cuando veían alguno tendido decían—ese ya (17)
»no necesita nada—o—he ahí uno que no se emborrachará »ya más—, y ahí terminaba la oración fúnebre que merecía a «los vivos el soldado muerto en el campo de batalla»

Que eran valientes la historia lo demuestra y sus ejemplos son sin número, de condición tan sabida no hay que hablar y sin ella no habría sido tan alto el mérito de nuestros mayores.

Fuera de las funciones de guerra no demostraban el corazón generoso y valiente con que sus cronistas se empeñan en dotarlos. No por lo que de ellos dijeron los patrio-

tas, sino por lo que se lee en sus propios libros, puede afirmarse. Maniere nos da un ejemplo característico en extre-
(18) mo de sus acciones. Cuenta que un día que daba de beber al caballo de un húsar, en aguas del Duero, fué arrastrado por la corriente un niño. Llevado por las aguas iba a ahogarse, más de doscientos dragones y artilleros lo vieron pasar, «nadie hizo la menor tentativa por salvar a la pobre «criatura», y si Maniere no se hubiera lanzado al río con su caballo el niño habría perecido en presencia de todos.

Esto que pinta la dureza de sus sentimientos, nada es comparado con otro episodio que el mismo soldado recuerda.

(19) Durante la tempestad de Mayo de 1810, salváronse al embarrancar cerca de la orilla, los prisioneros franceses encerrados en pontón. «El Argonauta». Allí estaban los enfermos y después que escaparon los que se encontraban más fuertes, los marinos incendiaron el casco. «Aun que-»daba a bordo una veintena de franceses postrados por el »escorbuto pero eso no detuvo a nadie. A medida que las »llamas llegaban a ellos tirábanse al agua para huir del »fuego». Así trataban a sus propios compañeros de infortunio, fácil es inferir como se portarían con los que consideraban enemigos mortales.

Los patriotas sólo veían franceses en los invasores, y, ya fuesen de la propia Francia, ya polacos, italianos, o alemanes, a todos los envolvían en el mismo odio, pero ellos, que veían al ejército Imperial por dentro, sabían que en la riada de gentes que aquí vinieron había clases bien definidas, desde la Guardia vieja, que estaba allá en lo alto a la diestra, como quien dice, del Emperador, hasta los contingentes de Italia, y los batallones portugueses que se encontraban en el último escalón o más abajo quizás.

La Guardia Imperial era un ejército dentro del ejército, tenía un Estado Mayor particular, tenía privilegios en todo, sueldos más elevados y pretensiones imposibles de satisfa-
(20) cer. «En una palabra—escribe Thiebault—una suprema-

»cia indiscutible y que nadie perdonaba, que hería a los »unos en igual proporción que enorgullecía a los otros». Esa era la tropa que hacía las guarniciones más cómodas, la que tenía los mejores cuarteles, recibía los víveres más escogidos y, no contenta nunca, negábase a pedir cosa alguna a los españoles—«vil canalla»—según ella, y lo tomaba todo por la fuerza llevando al paroxismo la rabia de los patriotas.

La Guardia Imperial se reclutaba en las compañías de (21)
preferencia de la tropa de línea, escogíanse los hombres más fuertes, los más valientes, que llevaban cuatro años de servicio y dos campañas. Era lo mejor de lo mejor en el ejército francés. La Guardia marchaba siempre por el camino real, con el Estado Mayor, recibía vestuario, municiones, víveres, antes que el resto del ejército. Admirábanlos tanto como los envidiaban y los habían bautizado con el nombre de «los inmortales», no se sabe si porque eran los mejores o los que menos se batían. En la Guardia todos los empleos representaban un grado más que en la tropa de línea, así el teniente de la Guardia era capitán, el capitán comandante, etc., etc. Todos protestaban contra tal privilegio pero todos también soñaban entrar en la Guardia.

Los contingentes extranjeros eran la carne de cañón, los que se batían por cuenta del Emperador y no tenían derecho ni a un atisbo de gloria. Ellos sufrían las penalidades de la guerra, hambre, frío, miserias, como los mismos franceses, y cuando alguno de sus cuerpos realizaba una acción brillante esta aparecía en los boletines de las tropas Imperiales sin dar a la fama ni el nombre ni la nación de los hombres que la habían ejecutado a costa de su sangre y de su vida. Si llegaba el caso de distribuir recompensas los extranjeros eran también los menos favorecidos. «Pen- (22)
»sábase generalmente más en los polacos el día de la bata»lla que al siguiente»—dice Brandt.

Los cuerpos extranjeros eran los menos cuidados, los franceses hablan de ellos como de auxiliares semibárbaros,

(23) inferiores a no dudar, despreciables cuando habia pasado el momento de dar la sangre. Pepé, que mandó una brigada napolitana, dice: «los seis batallones de infantería eran »impresentables, estaban mal vestidos, marchaban sin or»den, confieso que a su vista se me encogió el corazón».
(24) En ellos ocurría el mayor número de deserciones, italianos, alemanes, los mismos polacos que alardeaban de su fidelidad inquebrantable a Napoleón, pasaron a los aliados, especialmente cuando la suerte de las armas se inclinó contra Francia. Ellos mismos se desacreditan unos a otros. Brandt, que es polaco, acusa a los napolitanos de vagabundos y criminales, los supone capaces de todas las deslealtades. De los extranjeros desconfiaron siempre los franceses, que aún en su borrachera de orgullo comprendían que el ejemplo de nobleza dado por los españoles podía despertar ideas de independencia en las tropas allegadizas y apartarlas de los estandartes imperiales, emblema, para ellas, de visible esclavitud. Cuando con sinceridad hablan
(25) o el extranjero tiene ocasión de decir la verdad, claro se ve el fondo de sospecha que existía oculto, y más de una vez, en las conversaciones de cuerpo de guardia o en las expansiones de sobremesa, debieron dar motivo los jefes extranjeros para esa desconfianza de los franceses.
(26) No siempre fueron heroicos, más de una vez se les ve rehuir puestos de honor y peligro, pero la cobardía no ha
(27) dejado apenas rastro en estas Memorias y eso que, según dice la Duquesa de Abrantes, en aquellos tiempos nadie hablaba de los valientes sino de los que no lo eran. Pero hay que pensar que los autores cogieron la pluma para entonar cantos a la gloria de Francia y del Imperio, y el relato de bajezas es claro oscuro de mediano efecto.
(28) Un general, como La Houssaye, a quien sus propios ayudantes califican de cobarde y desleal, es ejemplo raro. Un jefe como aquel Lamothe Guery, citado por Gonneville, que deja de marchar al enemigo y prefiere ver a sus hombres saqueando el convoy que otros han tomado,

debe considerarse como excepción que poco o nada prueba.

Si alguno, como Brandt, refiere el ejemplo de aquel soldado que fusilado con pólvora sola cae a tierra muerto del susto, es más bien por la novedad de la ocurrencia o por poner en boca de un francés frases como esta: «Ladrón »y cobarde, ha muerto, tanto mejor, ved una pérdida de la »cual debemos felicitarnos, ¿no es cierto muchachos?»

En los pontones de Cádiz la vida de prisión hizo brotar libremente de los corazones defectos y virtudes. Allí se vió a muchos oficiales negarse a contribuir con pequeñí- (29)
sima parte de su haber para remediar el hambre de sus compañeros; jefes que se resistían á reconocer como oficiales, y darles paga de tales a los que no se habían cuidado de presentarles sus respetos, por más que esa paga nada les costaba y la economizaban al Gobierno español.

Al concebir los oficiales la idea de fugarse y tratar de los (30)
medios de llevarla a cabo, muchos de ellos se opusieron a los planes trazados. Allí no había disciplina que sujetase ni se peleaba por ganar condecoraciones o grados, el único premio iba a ser la libertad, y cuando pesaban lo que valía
ésta y pensaban que contra ella se jugaban la vida y los (31)
bienes que tenían, optaban por éstos. Quedábales el dinero que les habían dejado después de Bailén, algunos guardaban fuertes sumas y querían conservarlas a todo trance. Un comandante llegó a escribir al Gobernador de Cádiz
delatando los proyectos de sus camaradas; otros pidieron (32)
al sargento que mandaba la guardia del pontón que doblase los centinelas en el amarre de los cabos. Cuando llegó el momento crítico de cortarlos faltó muy poco para que se armase una verdadera batalla entre los mismos prisioneros franceses.

Sentíanse amos indiscutibles de la Sociedad de enton- (33)
ces, y la sociedad misma, penetrada de igual sentimiento, tolerábales los desafueros más incomprensibles dentro de la propia Francia. En España, pasar de todos los límites

(34) era su derecho de tiranos. Para vengarse de las resistencias de los guerrilleros arrasaban sus casas como si los muros inertes fuesen la fuente de sus energías.

(35) La menor repulsa despertaba su orgullo despótico y los arrastraba a todos los excesos. Parquin refiere que un subteniente mató en Medellin a un sacerdote por haberle destinado lecho que aquél estimaba poco conveniente. El homicidio había sido injustificado, el mismo autor lo reconoció así y se entregó confeso a sus superiores, pero estos encontraron el hecho más disculpable que el propio reo y se arreglaron de manera que lo salvaron. En toda la relación de Parquin no hay más que exculpaciones para el oficial, ni una palabra para condenar el crimen, y es que, conociéndose a sí mismos, se creían todos capaces de cometer igual brutalidad y estaban dispuestos de antemano a disculpar a quien lo realizara.

(36) Las protestas contra injusticias y abusos de los jefes no abundan, no porque no las cometieran sino porque en una (37) sociedad absolutamente militar las gentes estaban penetradas de que el superior debe tener siempre razón y, llenos de este principio, sintieron pocas veleidades de descontento. Seguramente en la distribución de las recompensas hubo injusticias y de ellas se leen ejemplos, mas al referirlas (38) los autores, parece que han perdido todo el rencor y sólo lo consignan como un hecho más.

En cambio son frecuentes las quejas de la postergación general del ejército de España. Napoleón olvidaba fácilmente a los ausentes y la guerra que aquí se hacía llegó a (39) disgustarle muy pronto. «Si un oficial del Estado Mayor del »Emperador — dice Saint Chamans refiriéndose a un encuentro suyo con las guerrillas — hubiera salido de aquel »mal paso como yo, habría faltado sitio en los periódicos »para cantar sus alabanzas y toda recompesa habría pare»cido pequeña para él, mas como se trataba de un edecan »del mariscal Soult nadie habló de ello y me rehusaron el »grado de coronel que éste pidió para mí».

Apenas empezada la campaña de invierno de 1812 el (40)
desfallecimiento «comenzó a apoderarse de las tropas — dice Miot —, al ardor habitual del soldado francés »había seguido la indisciplina, el aborrecimiento del país, »el cansancio de aquella guerra interminable que sólo ofre»cía una serie contínua de peligros sin gloria». Los que no llegaban al robo, hastiados de una lucha de la que sólo podían esperar una muerte oscura, sin el aliciente de la recompensa, huían de las fatigas y buscaban la manera de marcharse o de hacer menos dura la vida. Así mientras la (41)
caballería carecía de ganado los oficiales de infantería tenían gran número de caballos contra todo lo mandado en los reglamentos.

Donde mandaban eran déspotas, sin el genio de Napo- (42)
león pero con las exterioridades de su fausto. Cuando un general entraba en un pueblo iba delante el oficial de órdenes a mandar que echaran a vuelo las campanas. Muchas veces no existían, las necesidades de la guerra las habían convertido en cañones o un incendio había destruído la iglesia, el alcalde hacía la observación, pero el oficial de descubierta, que no entendía probablemente más palabras de español que las que repetía de carretilla, interrumpía: «toca, toca las campanas», y seguía su camino a preparar otra acogida expontánea y clamorosa si, por suerte, no le cortaban la cabeza, o le impedían seguir la marcha, los guerrilleros apostados por aquellos parajes.

En cien lugares de estas Memorias se encuentran insultos contra los patriotas porque no guardaban con ellos la fidelidad más estricta, o apelaban a estratagemas corrientes, pero ellos, en cambio, se creen autorizados para emplear todos los medios y todos los encuentran buenos y nobles.

D'Espinchal cuenta como fué, por orden del general Ga- (43)
zan, a averiguar la fuerza del ejército inglés fingiendo un mensaje y aprovechando la confianza de los enemigos; Rocca se envanece de la astucia de su asistente que enga-

ñaba a los patriotas haciéndoles creer que era hijo de un soldado de Carlos IV. Siempre les inspira la misma injusticia, para ellos todo era legítimo, para nosotros no había medio de defensa que lo fuese. De mayores traiciones, de las grandes y sangrientas no aparece vestigio, y cuando se lee algo es la justificación, la pretendida justificación que, indirectamente, prueba la felonía.

(44) Lejeune nos cuenta que mientras un parlamentario de Lannes trataba con la Junta de Zaragoza sobre la rendición de la plaza, ocurrió, en el Coso, una explosión violentísima causada por las tropas francesas. Indignados los aragoneses alzáronse contra tal hecho y a punto estuvo de costar la vida al parlamentario. Lejeune encuentra disculpa para los autores del traidor atentado, no para el pueblo que protestaba de él. La vida de un solo militar francés, que no pasó de estar en peligro, es para él cien veces más valiosa que las de muchas víctimas inocentes, víctimas efectivas, que costó la explosión.

Vistas de cerca las tropas imperiales debieron tener defectos grandes y diferenciarse mucho de lo que hoy imaginamos ideal de ejércitos organizados. Su disciplina era laxa, su aprovisionamiento insuficiente, en el campo de batalla peleaban bien y, en gracia a eso, tolerábanse fuera de él, grandes excesos.

La indisciplina venía de muy atrás. Las grandes gue-
(45) rras no impidieron que se formase en el ejército francés una levadura de desmoralización que sólo necesitaba ambiente favorable para propagarse. El gran ejército se hizo notar a su paso por Francia por su indisciplina. La ciudad de Chatellerault obsequió con una gran fiesta a la caballeria polaca de la guardia. «Al principio todo marchó bien» — refiere Maniere — «pero cuando el baile estaba en su apogeo, a »una señal dada, los lanceros se apoderaron de las puertas »para no dejar entrar a nadie, echáronse otros sobre los pa»dres o maridos, los molieron a palos y, una vez solos con »las mujeres, renovaron la escena del rapto de las Sabinas.

»Cuando la noticia llegó a conocimiento del Emperador »éste no se creyó en el caso de castigar».

(46) Los ejemplos de indisciplina abundan, son variadísimos y de gran enseñanza. Saint Chamans sorprende a un soldado robando la plata de la casa donde él habita y se contenta con obligarle a dejarla. Thiebault habla con encomio grandísimo del teniente Boilleau, que en la primera marcha sobre Portugal, sin motivo especial que lo justifique, se rebeló contra las órdenes de su capitán y partió con la Compañía sin esperarlo. Castellane va a entrar en Medina de Rioseco en la casa destinada al general Reynaud, el dueño sale a abrirle, en aquel momento se acerca un soldado como de 18 a 19 años, que se pone, tranquilamente, a registrarlo y, como el oficial le increpase por su conducta, replica sin inmutarse: «iba a ver si tenía reloj», y en eso queda todo. El general Mouton ocupa a Benavente con su cuerpo de ejército, a la noche despiértase sorprendido viendo su habitación iluminada por una porción de bujías, son los soldados que andan robando por el pueblo y no respetan ni el alojamiento de su general. Por todo castigo se contenta con hacer que los echen de la habitación.

(47) A medida que la guerra avanza y de lucha de ejércitos se convierte en guerra nacional, el mal se acentúa. «La po»licía de los caminos es un desastre — escribe Foy a Kellerman —. Un gran convoy que sale de Salamanca pierde »en la primera etapa 25 carros y 110 bestias de carga. El »camino de Salamanca a Ciudad Rodrigo está lleno de ca»jas desfondadas, galleta rota, y regueros de grano. El ge»neral Brennier me escribió ayer que a la plaza de Almey»da no llega ni la cuarta parte de los víveres que se le »envían. La caballería del 9.º ejército, independiente de to»da autoridad en España, es insuficiente para la custodia »de los caminos y el cobro de los impuestos».

(48) En la retirada de José sobre el Ebro los desórdenes pasaron de toda medida, aun en su propia presencia. «Todos »los habitantes de San Agustín fueron saqueados — cuenta

Girardin — muchas casas incendiadas (una sola quedó »en pie). Los soldados pasaron la noche merodeando y en»tregándose a todos los excesos. A cada instante se oían ti»ros que disparaban los merodeadores, no hubieran sonado »más si hubiera llegado el enemigo», y agrega a modo de comentario: «cuando la guerra se hace así, ofrece el espec»táculo horrible de todos los desórdenes que la ley debe »evitar». Más adelante ya, siguiendo la crónica de la misma retirada, dice, Girardin también: «la reserva mandada »por el Rey en persona, cometió los más deplorables exce»sos y muy particularmente daba los peores ejemplos la »guardia imperial que formaba en la retaguardia.

(49) D'Espinchal refiere que encontrándose al mando de una columna que custodiaba un campamento de prisioneros, eran tales las tropelías y los ultrajes que con estos cometían los soldados franceses que, para poner coto a tanto crimen, no tuvo más recurso que producir una falsa alarma y hacer desfilar a los prisioneros en otra dirección. La orden directa de nada habría servido, y en cuanto al castigo no había que pensar en él; sabía demasiado bien el soldado que el número de culpables hacía imposible toda justicia.

(50) En 1813 la indisciplina del ejército de Portugal llegó al punto de que fuera conocida en París, y el Ministro de la Guerra recomendase a Jourdan «la represión del espíritu »de desorden y devastación». Protesta Foy, esa acusación es injusta, en parte al menos, pero cuando se acantona con su división en las cercanías de Tordesillas y no recibe orden de atacar al débil destacamento que el enemigo deja sobre el Duero, él mismo dice: «sólo me explico nuestra »inacción por el espíritu de indisciplina y el decaimiento »que pesa sobre nuestro ejército».

(51) «El saqueo constante, el bandidaje, consecuencia de la »enemistad con el pueblo y de la injusticia de la causa »francesa, atacaron la moral del ejército y minaron en sus »fundamentos más hondos la disciplina militar sin la cual

»las tropas no tienen fuerza ni poder», dice Roca. Los generales mismos admiten que en guerra que tantos sacrificios exige es justo aflojar un tanto la observancia rigurosa de las leyes de la disciplina. «Su relajamiento llegó al colmo», dice Naylies refiriéndose al ejército de Portugal.

Hablando en 1812 escribe Jourdan: «Fué imposible man- (52-53)
»tener el orden y la disciplina entre tropas que no recibian »ninguna distribución y, durante jornadas ardientes, no en»contraban agua que beber».

Cuando las Memorias mencionan deserciones del campo francés siempre aparece que fueron causadas por el deseo de saciar el hambre. Para que esa exculpación resultara cumplida sería preciso demostrar que en el campo español era mayor la abundancia.

Así hasta de la indisciplina francesa y de su afán de pillaje, era nuestra culpa. Si nuestros antepasados, en vez de alejarse de los invasores, hubieran quedado en los pueblos para ayudarles, o alimentarlos cuando menos, no habrian necesitado los soldados de Napoleón buscarse el sustento por sí mismos y habrian conservado intacta la fama que trajeron. Si eso es culpa, admitámosla que es culpa gloriosa y agradezcamos al Emperador que nos diera ocasión de incurrir en ella.

Girardin, refiriéndose a Diciembre de 1808, cuenta otro (54)
hecho que difícilmente se habrá reproducido en ningún tiempo y lugar. El Emperador estaba en Madrid y lo ocurrido pasaba en la propia provincia y otras inmediatas. De los núcleos del ejército habianse desprendido, rezagados y desertores, en número tan considerable que formaban un cuerpo llamado de los desmoralizados. Ese cuerpo tenía jefes, una organización cuasi regular, no se batía, sólo merodeaba. «Los destacamentos de ese ejército se espar»cían por el interior del país, echaban a los habitantes de »los pueblos, tomaban posesión y se estaban allí mientras »habia que comer. Muchas veces fué preciso emplear la »fuerza y librar verdaderas batallas para desalojarlos».

Su elevación en la jerarquía militar no los llevaba a más clara noción de lo que debieran ser la obediencia y la
(55) disciplina. «La desmoralización de los soldados había »llegado a los jefes, nadie pensaba más que en sí mismo, »la licencia hacía de día en día nuevos progresos, el des-
(56) »orden iba siempre en aumento» (Girardín). Thiebault confiesa, envaneciéndose de ello, que molesto por el puesto secundario que le había asignado abandonó la División Loison, contra la orden terminante de su general, sin más autorización que la de su propia voluntad. El mariscal Ney (Marbot lo cuenta), desobedeció terminantemente y repetidas veces a Massena, general en jefe, estando frente al enemigo.

Asesinatos de jefes y oficiales, resistencia armada al superior, amenazas de muerte, tolerancia del jefe ante desmanes y saqueos incalificables del soldado, son casos frecuentes y quizás habrán ocurrido en muchos ejércitos; lo
(57) típiço en el caso presente es la naturalidad con que lo refieren los cronistas y la impunidad que sigue sin que los instintos militares del autor se rebelen contra ello. Maniere nos cuenta que él mismo disparó un pistoletazo a quemarropa contra el teniente que le mandaba y, sin embargo, no fué castigado.

París estaba muy lejos para que el Emperador pudiera tener en la mano a sus mariscales; los generales hallábanse aislados de quien debía mandarlos; cuerpos y destacamentos sentíanse perdidos en el interminable campo de batalla que era España entera, y las ligaduras morales que son músculos y nervio de los ejércitos, flojas y sueltas, habían perdido su antigua fuerza.

CAPITULO VI

Los compañeros del Emperador

El ejército imperial podía carecer de provisiones, no tenía ambulancias, y en los hospitales faltaba todo, pero en cambio los generales estaban espléndidamente dotados. Napoleón era así, atendía mucho a los de arriba, que eran pocos y dejaba que los más se las buscasen como Dios se las diera a atender.

Los sueldos eran proporcionados a la ambición de los hombres y superaban, con mucho, a cuanto antes y después han pagado las naciones más ricas. Un general, conde del Imperio, cobraba 100.000 francos anuales. Thiebault, (1) jefe del Estado Mayor del Ejército de Portugal, tenía por este cargo 12.500 francos mensuales. Massena percibía 200.000 como jefe del ejército de Portugal; 200.000 por ser duque de Rivoli; 500.000 como príncipe de Essling, en junto 900.000, Junot cobraba 500.000 francos anuales por ser Gobernador de la plaza de París, aun cuando estuviera ausente de ella; 300.000 de subvención de las casas de juego; la paga de primer ayudante del Emperador; 600.000 (2) por el Gobierno de Portugal, y 3.000 francos diarios para su mesa, no obstante servírsela gratis y con verdadera prodigalidad el barón de Quintella, en cuyo palacio residía.

Nada bastaba: riquezas, honores, títulos del Imperio;

cuanto Napoleón les diera parecíales poco y la ambición de los compañeros de armas no tenía límites. Su interés personal era lo primero, a él posponían la gloria de las armas, los intereses de Francia y el poderío del Emperador. Este esperaba que sus generales, a cambio de tanto beneficio, le dieran su energía toda y que las riquezas que a manos llenas repartía sirvieran para dar brillo a la Corte Imperial; pero ellos opinaban de distinta manera, guardaban unos para mañana y pensaban en formarse capitales que les asegurasen de posibles desgracias; otros, los más, fatigados de tanta guerra, soñaban sólo con volver definitivamente a Francia a descansar en sus palacios y castillos de las luchas pasadas y gozar, al fin, de los premios cuya
(3) realidad casi no habían podido tocar. Un mariscal como Massena, con la pesadumbre de la retirada de Portugal sobre sí, exigió el pago de 80.000 francos de pagas atrasadas, cuando para todo el ejército sólo se habían recibido 300.000.

(4) Aludiendo a Maucune, dice Marcel, «era uno de los que »servían por el dinero más que por la gloria y coincidía con »el deseo del Emperador en lo de empobrecer a España, »sólo difería en llevar el producto a su caja en vez de ver»terlo en el Tesoro Imperial».

(5) Al evacuar José la Villa y Corte, después de Bailén, había en los hospitales 3.000 enfermos y se resolvió dejarlos» «había algo más precioso que salvar, la plata, el oro, las mujeres».

Cuando invadió la Andalucía en 1810, Soult convenció a José para que atacase a Sevilla en vez de anticiparse al ejército de Alburquerque en la marcha sobre Cádiz. Los franceses supusieron que había procedido con el deliberado propósito de permitir que Cádiz pudiera defenderse y alargar así el tiempo de las depredaciones que veía en perspectiva. Parece inverosímil que Soult pudiese preveer la hermosa oportunidad que iba a ofrecérsele en su Vireynato de Andalucía, y más bien cabe atribuir su conducta a desacierto de los que todo hombre comete, pero basta la sos-

pecha para comprender la opinión que de él tenían sus contemporáneos y hasta donde concebían que llegaran sus miras egoistas.

Los ejércitos del Imperio tuvieron número tal de grandes generales que su fama los cubre a todos y hoy no podemos pensar en uno de ellos sin atribuirle los méritos de los mejores. En aquella viña del Emperador hubo de todo, y muchos de los que tenían esa condición primaria del militar que es el valor personal, andaban bastante lejos de contar con otras. Gonneville nos habla de uno que llevó al (6)
paso por un desfiladero a la caballería que mandaba porque los enemigos no creyeran que tenía miedo. Thiebault dice: «Dorsenne, un saltimbanqui sin capacidad», «Caffarelli, un pavo real sin seso». Fantin nos refiere la muerte del general Jardon en una avanzada. Era éste de tal condición que en vez de guardar su puesto salía a las guerrillas a tirotear como un simple soldado o, subido a un árbol, pasaba allí el tiempo de la acción haciendo fuego. Desgraciadamente para nuestros abuelos estos generales, que apenas sabían leer o cuyo cerebro seguía formando en filas, fueron los menos y ellos tuvieron que habérselas con verdaderos hombres de guerra.

Cierto es que si la superioridad de los grandes generales podía acreditarse en el campo de batalla, en la pelea cuotidiana de las guerrillas, en los combates de montañas, (7)
los jefes franceses que habían de batirse con los patriotas encontrábanse con que la victoria se ganaba contra todas las reglas tácticas gracias a la bravura nativa y el desprecio de la muerte. El ejército francés, dice Rocca, «peleando »con campesinos, demasiado extendido, debilitado por sus »mismas victorias, había perdido la reputación de invenci»ble (más poderosa que la fuerza real), y que le había so»metido tantos pueblos». España demostró que había modos de pelear que quitaban a los ejércitos regulares buena parte de su superioridad y los colocaba en un terreno en que el arrojo y la constancia podían tanto por lo menos como la ciencia militar.

Si sus méritos fueron grandes, en muchos casos, y ellos hicieron las hazañas de la epopeya imperial, sus defectos, en cambio, fueron bastantes también para servir de contrapeso. De lo que habían hecho tenían conciencia plena y aun superior a la realidad. Fué Junot a mandar el ejército invasor y fué, más que por sus propios méritos, porque Na-
(8) poleón quiso quitar a su hermana Carolina, esposa de Murat, la posibilidad de continuar las relaciones, sobrado íntimas, que con él llevaba, y, en la revista que él (Junot), pasó en Bayona, reuniendo en torno suyo a todos los generales y jefes superiores, en un discurso improvisado después de dar idea de lo difícil de la misión que le estaba encomendada, de probar sus íntimas relaciones y su amistad con el Emperador, acabó con estas palabras: «Y sin em»bargo, caballeros, no son esos sentimientos, no son esos »títulos, los que han decidido al Emperador a ponerme al »frente de este ejército. No, vosotros estais a mis órdenes »porque valgo más que vosotros». Thiebault, que fué testigo de la escena, lo cuenta y no hace comentarios, imitémosle.

(9) Este último, Gobernador de Burgos y después de Salamanca, alardea de todo y más y afirma que en la vida había estudiado cosa ninguna, todo lo conocía como por ciencia infusa. Deseando darse aires de Mecenas y llevar fácilmente la gloria de restaurar la decaida Universidad salmantina, hizo en quince días, y a ratos perdidos, la historia completa de aquella escuela y un plan de estudios que reformaba radicalmente todo cuanto de antiguo existía.

(10) Según cuenta la Duquesa de Abrantes, Savary, mientras estuvo en Madrid de lugarteniente del Emperador, se hacía servir de rodillas por su escanciador. Dorsenne en los saraos que daba en su Gobierno, de Burgos, colocaba dos sillones sobre un estrado para su esposa y él, entanto que los demás concurrentes ocupaban banquetas. Horas enteras hacía esperar a sus invitados antes de que comenzaran las fiestas. Este general, que pasaba por ser

uno de los hombres más hermosos de Francia, detenía horas y horas la salida de una División antes que abreviar las complicadas operaciones de su adorno personal.

El Cuartel General de Marmont, en Valladolid, hízose célebre por su fausto. Mas que la residencia de un mariscal era la Corte de un Soberano. Brillantes recepciones, comidas soberbias, bailes magníficos, sucedianse sin interrupción. La etiqueta era digna de todo ello; doscientos criados con librea roja servían en el Palacio, teniendo por intermediarios infinidad de ayudas de cámara, doce oficiales de la casa, tres intendentes, y un gigante dálmata, cubierto de cadenas de oro, que sólo servía al mariscal. (11)

Gustaban de vestir lujosamente, contrastando en eso con apariencia modesta de su amo. Dorsenne llevaba siempre el traje a la polonesa para poderse adornar con pieles y plumas, y nunca salía sin llevar completamente rizado el pelo, negro como el ébano. Lejeune, que debiera pensar de otra manera, hace gala del uniforme que llevaba, como ayudante de Napoleón, al entrar en Madrid, uniforme recargado de colorines. La indumentaria fantástica de Murat nos parecería hoy más propia de un capitán de los que entran en las jaulas de los leones que de un verdadero general. (12)

Jefes había que trataban a los oficiales con despotismo de Bajá, generales que reservaban para su uso exclusivo todo un convento inmenso mientras se tostaban al sol de fuego de Castilla sus tropas sin el menor abrigo. (13)

Ellos, y su Emperador, eran hijos legítimos de la revolución que abolió todos los títulos de nobleza, mas cuando se vieron en el caso de poseerlos pasaron pronto de la austeridad republicana al afán por la pompa fastuosa, olvidaron su abolengo democrático y cambiaron el título, modestamente glorioso, de ciudadanos, por los menos romanos, pero más brillantes, de duques y príncipes. «Al (14)
»dejar sus chozas por los castillos—dice Blaze—no les pa- (15)
»reció mal ensayar el oficio de tiranos». Todos iban a la

guerra soñando con el mayorazgo que habían de fundar, y, cuando veían recaer la gracia en otros, no protestaban, confiando en que algún día habría de llegarles a ellos la vez. El que entraba a visitarlos hallaba tal aparato que bien podría creerse en una presentación en Versalles bajo Luis XIV. Gloriáronse ellos con sus triunfos, gloriémonos también nosotros recordando que para la abundante aristocracia imperial sólo un título de solar español pudo dar Napoleón y, aun ese, el Ducado de la Albufera, que confirió a Soult, más conmemora triunfos administrativos que no victorias guerreras.

Orgullo, soberbia, despotismo, podrán ser defectos o no en hombres de guerra, para nosotros son claros indicios de cómo nos tratarían esas majestades improvisadas cuando nos tropezaban, enemigos, pobres, indefensos, y rozábamos su vanidad o no nos bajábamos tanto como ellos esperaban ante sus grandezas.

(16) Las críticas que unos generales hacen de otros demuestran claro los defectos de todos, su ruindad de alma y su falta de compañerismo.

No eran leales consigo mismo ¿cómo lo habían de ser con nosotros? Cada vez que Napoleón se embarcaba en alguna expedición lejana o de dudoso éxito, renacían en París las conspiraciones para proveer a la sucesión del Imperio, como si el de aquél hombre pudiera heredarlo ningún otro. Sus generales, sus gentes más allegadas, sus mismas hermanas, entraban en esas intrigas que desbarataba siempre la presencia del Señor y reverdecían en cuanto surgía otra ocasión.

(17) Soult, el hombre que le debía todo cuanto era, tuvo un momento la idea de hacerle traición, hasta qué punto nunca se sabrá, pero de que traición hubo las pruebas son harto ciertas. Apoderado de Oporto, y aislado del resto de los ejércitos imperiales, ocurriósele interpretar en beneficio propio ¡¡el Tratado de Fontainebleau!! y proclamarse Rey de la Lusitania Septentrional. Los que pretenden defender-

lo aseguran que lo hizo como medio de ganar a los portugueses y ponerlos del lado de Napoleón contra los ingleses, los que no le tienen tan buena voluntad afirman que sus tratos llegaban hasta pasarse a los ingleses y marchar con ellos contra Napoleón apoyado en los ejércitos aliados de la Península. El hecho probado es que él recibió en Oporto como tal Rey, que aceptó el tratamiento de Majestad, que emisarios suyos le hicieron llegar, de la parte de Portugal ocupada, peticiones solicitando se declarase Soberano, que se hicieron trabajos similares para tantear la opinión del ejército y ganarlo a tal idea, que un D'Argenton, fusilado más tarde, anduvo en tratos con los ingleses en nombre del ejército francés, que todo esto y mucho más aparece de las Memorias que hablan de aquellos tiempos, que Napoleón se rió de la pretendida majestad de Nicolás I y desacreditó las hablillas que circulaban. Cuantas interpretaciones y versiones se dieron al hecho oscurecerán los detalles, pero dejan inconmovible la verdad de que un mariscal del Imperio pretendió llegar por sí mismo a hacerse Monarca, en tierra ocupada por tropas francesas sin autorización, ni orden, ni aun conocimiento de su Emperador. Este lo calificó de delito de lesa majestad en un escrito privado, traición parece que debía ser la palabra. Los que menos duramente trataban a Soult reconocen que sus manejos trastornaron seriamente los planes de Napoleón.

Como no se avienen con haber perdido aquí la partida buscan mil explicaciones al hecho y dieron con una que, alguna vez quizás, pueda ser plausible, la rivalidad de los generales franceses. Discordias hubo entre los patriotas también, desacuerdos gravísimos entre ellos y los ingleses, quejas se formularon cien veces de unos a otros, y sin embargo nadie hace hincapié en ello para disculpar nuestros fracasos. Los franceses piensan de otro modo y queriendo deshacer la historia aplican y repiten el argumento Aquiles de la rivalidad de sus mariscales.

Que la hubo es cierto; Soult y Ney no se avenían a

marchar juntos, Ney y Junot iban mal a las órdenes de Massena, ninguno de ellos acataba las de Jourdan, Suchet estaba como independiente en el reino de Valencia, si unos y otros habían de cooperar en acción común siempre encontraban motivos para quejas mutuas.

(18) Al regresar Soult, derrotado, de su expedición a Oporto, encontróse en Galicia con el cuerpo de ejército de Ney. Los soldados fueron regularmente recibidos por sus compañeros, pero llega el mariscal y las cosas cambian por

(19) completo. «No se hubiera creido que fuéramos un ejército «francés, todo se nos negaba, nuestros enfermos mo-«rían en montón en los hospitales, faltos de medicinas y de «alimentos, porque, de orden de Ney, todo estaba reserva-«do para sus soldados. Bien puede decirse que nos trata-

(20) «ban como a enemigos mortales» (Saint Chamans). Separáronse al cabo de muy poco los dos mariscales conviniendo un plan de campaña al cual, probablemente, nunca pensaron atenerse, pero de todas suertes era lo mejor que

(21) podían hacer porque la tirantez de relaciones había trascendido a sus hombres, hubo pendencias entre soldados, duelos entre los oficiales, poco faltó para que se hubiera llegado a una batalla campal entre los dos ejércitos franceses. Cuantas tentativas hizo Soult después para lograr la cooperación de las fuerzas de Ney, fueron estériles.

Massena vió contrariados sus planes en Portugal por la resistencia pasiva de Drouet d'Erlon, por la desobediencia de Reynier, de Junot, y principalmente de Ney, a quien tuvo que relevar del mando y enviar a Francia destituído. Al regresar de su desdichada expedición pidió auxilio a Bessieres, y éste, que mandaba en León y Castilla la Vieja, bajo el pretexto de que hubiera requerido mucho tiempo poner en marcha la división de Infantería, presentóse con 1.500 hombres y su persona, por todo refuerzo. Pretendía así dar prueba de buen deseo y sustraer a la cooperación el auxilio

(22) más importante. Revelábase Ney ante la idea de ir a las órdenes de nadie; él que era duque y mariscal del Imperio;

Junot creíase portergado entrando en Portugal como segundo, cuando antes había sido poco menos o poco más que Rey (su esposa lo declara). Massena pidió apoyo a Soult, y éste, para llegar tarde, entretúvose en operaciones secundarias que pudo haber evitado.

Thiebault acusa a Marmont y a Dorsenne de no haber derrotado a Wellington en Fuenteguinaldo, por no haber sabido dominar, el uno su vanidad y el otro su orgullo y ponerse de acuerdo como era su deber; de haber dejado caer en poder de los ingleses la fortaleza de Ciudad Rodrigo por su empeño de recabar la honra del triunfo para sí solos y echar sobre los demás las culpas; a Marmont, de haber perdido la batalla de los Arapiles por no querer esperar a José y no ceder a éste el primer lugar en la victoria. Fantin indica que la tardanza de Soult y Ney en llegar en auxilio de José impidió la derrota de Wellington después de Talavera; Marbot acusa a Víctor de no haber obedecido las órdenes de José por no proporcionar así un triunfo a Soult, y afirma que la batalla de Fuente de Oñoro no fué una victoria francesa por haber negado Bessieres su cooperación a Massena. (23)

De las desavenencias entre generales y jefes del ejército imperial hacen menos aprecio porque su transcendencia era menor, pero de ellas hay pruebas en muchos pasajes.

Broglie, siendo subalterno de Administración militar, tenía que servir de intermediario entre el general Dorsenne y el Intendente de ejército Dudon, que no se trataban más que por oficio.

En la justificación de sus propios actos discurren sospechando en los otros intereses personales y, acierten o no, demuestran cual era su manera de pensar por los razonamientos que atribuyen a los demás. (24)

En guerra como en política, seguían fielmente los métodos napoleónicos. Admiraban íntimamente la energía indomable de los patriotas, confesábanlo por lo bajo, pero se guardaban de decirlo. En sus relaciones con nuestros

antepasados abusaban de la superioridad, cuando la
(25) tenían, para apostrofarlos indignamente. «El Emperador »lamenta la guerra de partidos que divide a España—dice »Foy con untuosa suavidad—, su deseo mayor es verla
(26) »feliz y tranquila bajo el rey José». Los sitiadores de Zaragoza tienen el cinismo de exhortar a Palafox a rendirse
(27) «para evitar que se vierta sangre de las dos naciones». En los últimos días del sitio, cuando los defensores habían ganado ya el más claro título a la inmortalidad, Lannes, al ver en su presencia a unos prisioneros, les increpa duramente, «por haber vertido tanta sangre francesa y por su »feroz terquedad».

Ellos sabían bien que sus palabras eran una hipocresía infame, pero no habrían obedecido las órdenes del amo si no le imitaran en ese dislocar los conceptos para simular una fe en sus derechos que no sentían, y en ella le seguían igual que harían al ejecutar un plan de batalla.

El ejército imperial era arma poderosa de combate; su número, su organización, su preparación guerrera, dábanle superioridad indiscutible entre todos los de su tiempo y mayor aún sobre el que España podía presentar en 1808; pero de ese hecho, plenamente demostrado, no ha de deducirse que pudiera servir igualmente como instrumento de cultura. Los soldados, mucha gente de las clases, buen número de oficiales, más estaban para aprender que para repartir enseñanzas. Ganábanse los grados con el arrojo, la entereza, la constancia para sufrir penalidades, y hombres que contasen con todas esas condiciones, podían no tener la menor noción de lo que son las virtudes del pueblo enemigo y estar a cien leguas de ser apóstoles de civilización.

Habíanse hecho grandes capitanes en el campo de batalla, la mejor escuela, seguramente, para formar mariscales, no para fundar educaciones científicas, ni menos para llevar a alturas de pensamiento libre.

(28) Marmont, que procedía del Arma de Artillería, quiso

hacer ciencia en los días de la paz general y mandó a la Academia una Memoria sobre ¡«la propiedad que tiene el »calor de aumentar el peso de los cuerpos»!

En los días de la guerra ninguno se sobrepuso al criterio de su Emperador, ni vió la razón de nuestra guerra. Habría sido demasiado. Contempláronla como negocio de ascensos y galones. España era una inmensa hacienda y los españoles el rebaño; que murieran más o menos personas poco importaba, lo esencial era tornar a París con sueldos, honores, dinero, y disfrutar en paz lo ganado en guerra. «Yo he visto—dice Naylies—comprometer la vida de (29)
»los soldados por salvar el producto de concusiones y pi-
»llaje. Muchos jefes no suspiraban más que por volver a
»Francia, para poner a buen recaudo riquezas vergonzosa-
»mente adquiridas».

Desgraciado del español que topó con ellos; si tenía arma en la mano, pudo defenderse; si no las tenía, ya sabía cual iba a ser su suerte, robado primero, injuriado después, muerto al fin, a poco que se excitasen los nervios al soldado brutal que allí mandara.

CAPÍTULO VII

Pan y Prest.

El ejército Imperial vivía sobre el país. Según un afo- (1)
rismo de Napoleón, la guerra debe vivir de la guerra. El enviaba los soldados, daba las instrucciones, ponía la máquina en marcha y después vigilaba para que no se detuviese. El entretenimiento de ésta debian hacerlo los propios generales y si no lo hacian peor para ellos. Napoleón solía olvidarse de los ausentes y hasta de recompensas honoríficas era avaro.

Y no sólo no se preocupaba de aprovisionar a sus ejér- (2)
citos sino que protestaba cuando la Intendencia pretendía que España no daba lo necesario. Los teóricos de la administración aseguraban que todo país puede sostener fácilmente un ejército de paso siempre que no exceda del 10 por 100 de la población, y aquí no habia llegado, ni con mucho, a tal cifra. Que España fuera fértil o no, que estuviera castigada por el tránsito de ejércitos anteriores, que las cosechas hubiesen sido malas, no lo consideraba el Emperador. El conoció siempre a España, y juzgó de nuestra guerra, por datos de segunda mano, cálculos en los que la imaginación forzaba las cifras y prejuicios de doblegar la realidad a su voluntad imperial. Jourdan dice: «El Empe»rador daba recursos para pagar los sueldos, y en cuanto a

»los demás servicios respondía lacónicamente: QUE PRO-»VEA EL PAIS».

Pero el hambre es un hecho con el cual nada pueden las imaginaciones, y a él obedecieron los ejércitos en muchos casos más que a las órdenes de Napoleón o a las con-
(3) veniencias de la estrategia. «La dificultad de vivir — escri-»be Foy a Soult en 1811 — hace difícil la ejecución del plan »dispuesto por el Emperador. Después de cuatro meses de »residencia los recursos de la orilla derecha del Tajo deben »estar agotados. El hambre alejará al ejército de Portugal »de ese ejército inglés sobre el cual ha estado, por decirlo »así, hasta hoy, si los movimientos de las tropas de V. E.
(4) »no producen un cambio radical en la situación». Un mes más tarde el ejército de Portugal tuvo que abandonar las líneas de Torres Vedras «por no encontrar absolutamente »nada con que sustentarse», escribía Massena.

(5) Si los franceses hubiesen esperado que la administración militar les suministrase todos los alimentos no habrían dado un paso. Conocían mejor que todo eso con quien se las habían y en vez de contar con lo que la Intendencia les diera proveían ellos a la Intendencia. Si encontraban trigo, vino, cebada, sabían que habría víveres y piensos, se apoderaban de dinero y anticipaban la satisfacción de cobrar, a falta de eso las privaciones y la miseria eran con ellos.

Las Memorias darían ejemplos de esto para llenar mu-
(6) chas páginas. Los puestos destacados eran alimentados por los pueblos donde radicaban sin que a nadie se le ocurrie-
(7) ra que las cosas pudieran ordenarse de otra manera. El ejército de Bessieres no recibió la más pequeña distribución desde la víspera de Rioseco (13 Julio 1808) hasta dos semanas después. Cuando las tropas de Junot entraron por segunda vez en España se les hizo en Valladolid la primera distribución de provisiones, de la frontera hasta allí subsistieron con lo que por sí mismas se procuraban.

«Los víveres — escribe Reiset — son escasos, los pue-»blos, abandonados, no nos suministran recurso alguno.

»El agua disminuye por todas partes, los pozos que halla- (8)
»mos agótanse en un instante, muchas veces ni a precio de
»oro se puede encontrar un poco de pan». Estas Memorias
nos traen un eco de las privaciones y las hambres que su-
frió el ejército francés en toda España; «carecemos de todo, (9)
»no hay pan, no hay carne, no hay vino», «hoy se ha dado
»a los hombres media ración de carne». «Hacemos jorna-
»das penosísimas para encontrar subsistencias que sólo
»conseguimos a fuerza de amenazas». Y cuando al fin se
hacen con algunos víveres, encuéntranse próximamente
como antes, «porque son demasiadas las bocas para tan
»corta cantidad». Felices ellos cuando, careciendo de pan
y carne, tienen bacalao o maíz para suplir la falta.

El ejército de Soult, a su entrada en Galicia, se alimen- (10)
taba tan sólo con legumbres que robaba en las chozas y
alguna patata que desenterraban los soldados. Estos llega-
ron a tal estado de demacración que daban miedo. En
otros ejércitos los efectos del hambre son tales, que los sol-
dados, agotadas las fuerzas, entran a diario en los hospita-
les por cientos. En el Sitio de Zaragoza el ejército carecía
de sal y fué preciso que un oficial francés encontrase un
depósito en una cueva para que la tropa pudiera sazonar
los ranchos. Al emprender Soult la marcha en seguimiento (11)
de Wellington, después de los Arapiles, el ejército estuvo
viviendo tres días de bellotas. Cuando retrocedió de esa ex-
pedición a cuarteles de invierno, en tierra de Toledo, con-
sideráronse muy felices al encontrar en Escalona de la
Sierra igual alimento y cebada que los húsares hallaron
enterrada a gran profundidad.

«Nunca olvidaré — dice Fantin — las privaciones que (12)
»sufrí en Galisteo. Nuestros merodeadores sólo traían cala-
»bazas y sandías, pasamos ocho días de cuaresma más ri-
»gurosa que la de los anacoretas del desierto». Esto era en (13)
Septiembre de 1809, un mes después, en el mismo lugar,
los franceses se ven reducidos a comer, por todo alimento,
trigo aplastado entre dos piedras, en las etapas siguientes

aun esto llega a faltarles, y los soldados tienen que ir por los campos espigando el rastrojo para recoger un puñado
(14) de grano. Refiriéndose al Sitio de Cadiz, dice Maniere, «es»tábamos a cuarto de ración, muchos soldados desertaban »para poder comer, dábannos un pan de tres libras para »cuatro días y aun ese no de harina de trigo, sino mitad »salvado. Había quien lo comía en dos días y hasta otra »distribución, tenía que vivir a costa de los compañeros».

(15) Thiebault habla de un soldado que al regresar con Massena de la desastrosa expedición a Portugal, para desquitarse del hambre pasada, comió de una sentada 17 libras de pan español.

Todos estos casos que, por lo menos, tienen un fondo indiscutible de verdad, podrán ser los extremos y exageraciones del hambre, mas se repiten con tal frecuencia, que vienen a constituir un estado normal y tienen el comentario más claro en el entusiasmo con que se describen los raros momentos de abundancia. Cuando la suerte les depara una tierra de promisión, sacian el hambre de muchos días, cuando caen sobre un campo o un poblado todo lo arrasan. Ellos que, muchas veces, despachan una batalla
(16) con dos líneas, se espacian con deleite describiendo las harturas como si aun experimentasen, al cabo de los años, la satisfacción del cuerpo ahito. Pantin llega a Piñeiro (alrededores de Monforte), se alberga en una choza y es feliz, «aquel hermoso valle producía en abundancia trigo, le»gumbres, frutas, y un vinillo que no dejaba de tener su »mérito aun para los que veníamos de Oporto. Era para »nosotros una tierra de promisión. Después de aquellas »hambres era difícil hartarse, comíamos de la mañana a la »noche; quedaban muy pocos habitantes, pero los que se »habían ido no tuvieron tiempo de llevarse las provisiones, »y esto era lo principal». Gonneville recuerda con fruición extrema el hallazgo de 43 pavos desplumados en un convento de las cercanías de Astorga por las navidades de 1808.

«Nos alojamos en aldeas llenas de volatería, de vino, (17)
»de jamones, y bien pronto dimos cuenta de todo»—refiere Marcel—, y en otro pasaje dice: «En el puerto de Baños »encontramos mucho vino y enorme cantidad de azúcar »morena, y los soldados pasaron la noche bebiendo vino »cocido».

Nada es comparable a la íntima, a la hondísima satis- (17 b.)
facción de Vivien al referir su entrada en el valle de Viana, yendo de los Arcos. Los comensales de las bodas de Camacho el Rico no rebosarían de gozo como el francés al evocar el recuerdo de tan hermosa ocasión. «... un magní»fico viñedo, pueblos, grandes aldeas, y las llanuras de la »vega del Ebro, se presentaron a nuestra vista y nos llena»ron de admiración». La alegría de los soldados no tiene límite, cantan, peroran, todo en honor del vino que esperan beber aquella noche y, en su entusiasmo, amenazan con la muerte al que toque una sola cepa. Después acampan y se dispersan en todas direcciones llevados del noble afán de robar. «Uno llega al campo con una sarta de ga»llinas en bandolera, otro con un saco atestado de panes »blanquísimos, quien va cargado de jamones, quien con »una cesta de huevos, quien con veinte metros de longa»nizas, patos, pavos, cántaros de rojo y delicioso vino, dig»no rival del mejor Borgoña, todo se vé y se vé en abun»dancia. Allí se desayuna, se almuerza, y se cena todo a la »vez, todos comen bien y beben lo mismo, y, justo es de»cirlo, el mejor bocado se reserva siempre para el oficial, »quien al igual que sus hombres, hace todas las comidas »en una». Y al final, moraleja de una larga descripción que llena varias páginas, dice: «Pobre soldado, este mo»mento de buen tiempo que tú llamas felicidad te hace ol»vidar meses enteros de privaciones y miserias. Apenas el »alba comience a dorar las cimas de los Pirineos, los tam»bores tocarán diana, después habrá que formar, has pasa»do la noche sin dormir, pero eso no importa, hay que po»nerse en marcha. Entonces será el momento de llenar la

»cantimplora con el vino que no has podido beber, cada »cual meterá en la mochila la merienda y, sin la esperanza »de encontrar a la noche siguiente otro festín parecido, de»jarás en silencio el espléndido vivac donde has reco»brado fuerzas para proseguir tu vida aventurera».

(18) Su voracidad y su incontinencia corrían parejas con su afán destructor. Su gula insaciable los hizo tan repugnantes como aborrecibles. Así no podían comprender ellos la sobriedad de nuestro pueblo. Las necesidades materiales los dominaban, vencíanlos el hambre y la sed. Vedel, en la inmortal mañana de Bailén, oye a lo lejos el cañoneo, marcha derecho al fuego, pero sus soldados tropiezan con un rebaño de cabras, échanse sobre ellas, las matan y preparan la comida; durante tres horas decisivas la División descansa y come, mientras los soldados de Dupont hacen el último esfuerzo por romper las líneas españolas. Al día siguiente a la batalla, Vedel, intenta salvarse de la catástrofe, quiere dar una acometida y salvar a los soldados de Dupont ayudándoles a romper el cerco, pero éstos «sólo ha»bían recibido una ración de galleta y legumbres y no eran »más que un rebaño dominado por las necesidades físicas», del cual no había posibilidad de arrancar una chispa de energía.

(19) El vino tenía para ellos un encanto irresistible, y otra cosa no les habrá dado España, pero de vino, eso sí, encon(20) traron aquí cuanto necesitaban y más. Los franceses bebieron hasta saciarse. El vino agrillo de Galicia reanimó sus espíritus decaídos por la desastrosa retirada de Portugal, el tinto de la Mancha, espeso y fuerte, encabezado sabe Dios con qué, volvía locos a los reclutas, aspeados por las marchas forzadas.

(21) Ver ellos un viñedo y no cantarle habría sido imposible, tener bebida a su disposición y no caer todos borrachos, más difícil aún. En Junio de 1808 la División Bedel deja tras sí cientos de rezagados, detenidos, «por el uso in»moderado del vino». El ejército que va con Moncey sobre

Valencia «fuerza las puertas de las casas para buscar vino»; al regreso «la mitad de la División Moustier está enfer-»ma de cansancio y borrachera».

A muchos franceses costó la vida el vino de Valdepe- (22)
ñas. Grivel, el morigerado marino, recuerda con deleite el hartazgo que se dieron él y sus gentes al llegar en 1808 a la célebre villa manchega. Gonneville refiere que en una ocasión cayeron ebrios perdidos todos los infantes que llevaba en su destacamento, así oficiales como soldados, siendo necesario transportarlos en carros. D'Espinchal en- (23)
tra en Mérida con un regimiento de caballería, en tanto que el coronel y los oficiales comen, la gente saquea las casas, roba vino y aguardiente, y se emborracha en forma tal, que veinticuatro horas después muchos hombres no pueden tenerse aun a caballo. Brandt, cuenta cómo se amotinó su regimiento arrastrado por soldados borrachos.

Jinetes en este estado aparecen a cada momento. Tan (24)
frecuente debió hacerse ya el caso, que Rocca escribe: «Cuando un húsar poco sobrio lanzaba su montura por »cuestas y barrancos, ésta dominaba al hombre, media sus »atrevimientos, redoblaba la prudencia, y evitaba los »peligros. Otras veces, durante la marcha, el caballo iba »acortando el paso, o bien se inclinaba a propósito, para »evitar que cayese el jinete, que se había dormido bo-»rracho».

Otras veces eran las frutas u otros alimentos los que cas- (25)
tigaban la incontinencia del soldado con enfermedades. No bastaba que les mandaran abstenerse, el apetito y la ocasión de saciarse pueden más que todos los mandatos. «Los »hospitales de Zamora y Salamanca y todas las poblacio-»nes inmediatas, no bastaban para albergar a los enfermos »y hubo que meterlos en las casas particulares», escribe la duquesa de Abrantes.

De la administración militar hablan y no acaban. En (26)
Llerena, los soldados de Soult se morían de hambre porque los agentes de aprovisionamiento no atendían a los

bonos, y, en cambio, vendían a peso de oro cuanto había en almacenes. Cuando los empleados de la administración militar francesa se hacían cargo de víveres tomados a los patriotas, vendían la mayor parte o se consumían en el camino. Hablando Brandt de un enorme convoy de provisiones tomado en el Bajo Aragón, dice: «ni la décima parte llegó a Zaragoza».

(27) En los depósitos de subsistencias pudríanse muchas veces las reservas de galleta, mientras los soldados que sitiaban a Cádiz recibían una ración escasa. Llevados del hambre, cuenta Maniere, robaban bueyes a sus propios parques de ganados para poder subsistir. Los oficiales que tenían alguna relación con la administración o el vestuario de los regimientos tampoco se libran de acusaciones de venalidad y corrupción, formuladas francamente por sus subordinados. Gracias a esas rapiñas vivían en la abundancia, costeaban el lujo de sus mujeres y reunían grandes fortunas.

(28) A los enfermeros de los hospitales no les exigían que respetasen los bolsillos de los desgraciados que allí entraban; habría sido esto un desinterés superior a la comprensión de aquellos hombres. Contentábanse con que partieran el producto de sus asquerosos robos con los jefes, y entonces decían de ellos «que tenían buena conducta». En los hospitales de Burgos se robaba día y noche las provisiones, y cuando se logró sorprender a los autores, quedaron impunes, gracias a las influencias que pusieron en jue-

(29) go. Una red de estafas envolvía a todo el ejército desde las filas y los hospitales hasta Madrid y París, y los beneficios de esa explotación infame repartíanse entre grandes y chicos, según proporciones establecidas.

(30) Ayudados por una tempestad que se desencadenó en la Bahía de Cádiz, los prisioneros franceses cerrados en los pontones «Argonauta» y «Castilla la Vieja», consiguieron llevarlos a embarrancar en la playa y fugarse. Calados hasta los huesos, ateridos, muertos de hambre, corrieron a

Puerto Real primero, a Puerto de Santa Maria después, ni en un sitio ni en otro recibieron auxilios de la administración francesa, si algo comieron fué por la caridad de los soldados. Traidos y llevados de mala manera, desatendidos en todas partes, acabaron por ser conducidos al lazareto cuando toda su enfermedad era el hambre. «Detestable administración — dice Blaze —, burócratas malditos, habéis »destruído tantos franceses como las balas y la metralla »del enemigo. ¡No tuvísteis actividad más que para la ra»piña y la estafa! ¡Vuestra lentitud y abandono han hecho »perecer a miles de soldados! Muriéndose de hambre llega»ban a las puertas de vuestros almacenes creyendo que »sus males debían terminar allí y que todo les sería prodi»gado para sus apremiantes necesidades. No fué así, aque»llos desgraciados caían de inanición antes de recibir los »bonos de aprovisionamiento, visados, revisados, con un »lujo de firmas y sellos extraordinario. Expiraban a la vista »de montones de pan y víveres, de los cuales sólo los se»paraban las puertas de los almacenes y las formidables »barreras del expedienteo». «Generales ladrones, comisa«rios estafadores, capitanes bandidos, arrendatarios cana»llas, tropa dorada y despreciable, ¿teníais la misma lenti»tud para organizar vuestros latrocinios? Una palabra al »oído, un gesto, una mirada, bastaban para concertar »vuestras combinaciones».

«En Galisteo—dice Naylies—tuvimos pan a pesar de (31)
»los comisarios inspectores de víveres». «Estos caballeros, »para darse importancia, no dejaban nunca de suscitar »dificultades que no existían o ellos podrían haber hecho »desaparecer fácilmente, y todo su cuidado se reducía a »suministrar víveres al Cuartel General. Desvergonzada»mente decían:—la División tiene pan, la División tiene »carne—cuando de tres mil hombres sólo lo habían conse»guido una treintena de privilegiados. Yo no he visto a »esta gente hacer ni veinte distribuciones en un año».

A proveedores tales correspondía un ejército de ham-

brientos, por razón natural, y en último término la horda de saqueadores, que aquí fueron los franceses.

(32) Ellos también pasaron miseria y fatiga, que no fueron sólo para nuestros mayores los tragos amargos. Adoptaron la bota para llevar el vino, porque no tenían frascos ni cantimploras, aprendieron a prepararse abarcas con las pieles de carnero a falta de zapatos, comían en cascos de gra-

(33) nada por no haber platos ni escudillas. Los regimientos que entraban en España no recibían en años y años otro vestuario que el que habían traído, y se destinaban a los vivos los uniformes pobrísimos que dejaban los muertos. Maniere cuenta que a fines de 1812 recibió la primera prenda nueva desde su salida de Francia en 1808. Reiset dice: «el desorden es general, no hay en almacenes ni un »par de zapatos, muchos soldados del Retiro van descalzos, »hombres y animales son tratados de manera tan singular, »que cuando los caballos enferman o se quedan débiles, »se les mata y se queman los vehículos». Llegó a faltarles el pienso para el ganado y hubo que alimentarlo con grama y hojas de manzanilla.

(34) Carecían casi en absoluto de medios de transporte, y cuando Reiset tuvo que ir, enfermo, de Navalmoral a Toledo, lo llevaron en una carreta de bueyes, «cuyos ejes chi»rriaban de una manera espantosa al marchar». Obligados así a llevar personalmente lo más indispensable para proseguir los avances, iban cargados los infantes con más de 27 kilos por hombre.

(35) El ejército de José, recogido sobre la ribera del Ebro, en el verano de 1808, no tenía vestuario, ni ambulancia, ni carros, ni ganado, la artillería estaba en deplorable estado, tenía los hombres, y gracias.

(36) Cuando los ejércitos imperiales vivían a costa de algún Gobierno extraño, las exigencias de Napoleón no tenían límite, y todo le parecía poco para sus soldados. Cuando era él quien los pagaba, las cosas marchaban de modo muy distinto. Asignaba a cada soldado 50 céntimos dia-

rios, 35 servían para pagar la alimentación, 10 iban al fondo de ropa y calzado; los cinco restantes teníanlos el soldado para sus gastos y los recibía de cinco en cinco días, las compañías de preferencia recibían el doble de esta última suma, y así tenían cada vez medio franco en lugar de 25 céntimos. Todo esto era la regla, y probablemente representaría la realidad mientras las tropas estaban en Francia, pero en las guerras de invasión el Emperador se desentendía de todo y dejaba que los ejércitos buscasen las pagas en el territorio ocupado, del mismo modo que buscaban las subsistencias.

En Mayo de 1810, a las tropas francesas acantonadas en (37)
Madrid se les debía dos pagas; en Agosto siguiente, a los oficiales del ejército del centro se les debía siete pagas y a los soldados diez. Además, lo que cobraban no era metálico, sino bonos de la Tesorería, que perdían el 7 por 100 al canjearlos en dinero.

A fines de 1810, en toda la extensión del Gobierno mi- (38)
litar de Madrid las pagas tenían seis meses de atraso; en 1812 al ejército de Marmont se le adeudaba 25. A Massena, mariscal del Imperio y general en jefe del Ejército de Portugal, debíansele 80.000 francos de sueldos y anticipos al regresar de frente a las líneas de Torres Vedras.

Y así van a todas las campañas, sin dinero ni provisiones, sin estorbos de intendencias ni auxiliares, que aseguran las subsistencias, pero embarazan los movimientos. Cuando se prepara una expedición de importancia extraordinaria, mándanse hacer unos miles de kilos de galleta y con eso se ha llegado todo lo lejos que la costumbre establece. Lo demás, sólido o líquido, ya lo dará de sí el país, que la guerra ha de vivir de la guerra.

CAPÍTULO VIII

La vida militar cien años ha.

El soldado francés estaba acostumbrado a marchar. Europa entera le habia visto ir y venir, paseando banderas republicanas primero, más tarde águilas imperiales, pero sus paseos por Alemania, Austria o Italia, no se parecían al tejer y destejer constante por el suelo quebrado y áspero de la península. Aquí se les dió la medida colmada, y si, alguna vez, quedaban reposados unos días, podían exclamar con razón, ¡qué raro, se ha parado el péndulo! (1)

Nuestra guerra fué un continuo marchar y contramarchar, buscando ejércitos que, derrotados hoy, se organizaban mañana, o a la caza de guerrillas fantasmas que estaban en todas partes y sólo aparecían cuando podían hacer daño, y en ese ir y venir, sin pan seguro, por un país agotado hasta el extremo, las penalidades de todo género fueron infinitas.

Thiebault cuenta los horrores de la primera expedición (2)
a Portugal, las hambres, los sufrimientos que pasaron. En dos días una división sola perdió más de 1.700 hombres, de hambre, de cansancio, o ahogados en los torrentes y deshechos en el fondo de los abismos.

«Debíamos tener en jaque a Villacampa—dice Brandt— (3)
»cobrar las contribuciones, acopiar víveres, enviarlos a

»Zaragoza, y patrullar constantemente por el valle del Jilo-
»ca. Dormiamos al aire libre en pleno invierno en lo alto
»de los montes, donde faltaba todo género de combustible,
»en cuatro meses no creo haberme desnudado para dor-
»mir ni una sola vez».

(4) Las jornadas que se citan como extraordinarias no lo habrían sido para nuestros soldados o guerrilleros; a Blaze le parece marcha ligera la que le lleva a 30 kilómetros por día, cuando va a 40, dice: «íbamos en forma tal que un »chusco aseguraba que andábamos 30 horas por día». Brandt cita como proezas marchas de 7 a 8 leguas francesas (unos 30 kilómetros) por terreno de montaña. Castellane cree digna de mención la de una compañía vasca que fué, de Bayona a Madrid, en 15 días, haciendo por tanto jorna-

(5) das medias de 34 kilómetros. La tropa donde va Reiset no puede hacer en un día la etapa de Puebla de Montalbán a Talavera (41 kilómetros), y cuando siguen de Talavera a Puente del Arzobispo (33 kilómetros), llegan rendidos. Pero a veces no era posible que la tropa se detuviese, tenía que seguir adelante, y los aspeados quedaban en cualquier parte a merced del enemigo.

(6) El hambre, el sueño, el cansancio, eran, para ellos, como otros enemigos más. «Aun atormentados por el ham-
»bre, expuestos a una lluvia que caia a torrentes, habría-
»mos acabado por rendirnos al sueño, de cansados que es-
»tábamos, si nuestros pobres caballos, pretendiendo esca-
»parse para buscar algún alimento, no nos hubieran tirado
»incesantemente del brazo a que los teníamos atados por
»falta de todo árbol o arbusto». «Desde el día 13 llovía sin
»cesar y no teníamos nada que comer. Hiciéronnos pasar
»la noche del 16 en una pradera inundada. La falta de sue-
»ño y descanso era la mayor de las penalidades. Todas las
»noches llegábamos a la etapa hacia las diez y nos teníamos
»que poner de nuevo en camino a las cuatro de la maña-
»na. Ese tiempo precioso ni aun podíamos emplearlo en
»dormir, había que cortar trigo o cebada para los caballos,

»buscarlo a gran distancia, y ver de encontrar algunas ma-
»zorcas de maiz que los habitantes del país conservan en
»pequeñas paneras». «Las lluvias contínuas y los malos ca-
»minos habían destruido el calzado a la infantería, desde
»hacía ocho días la mayor parte de la tropa había vivido con
»maiz tostado, y gran número de soldados murieron por no
»poder resistir tantas privaciones. Muchos quedaban en el
»camino aun cuando tenian la certeza de ser muertos, pero
»no podían más y eran inútiles todas las observaciones».

Los rigores del clima duro de la meseta central se les (7)
hacían insoportables; «las temperaturas más opuestas se
»suceden el mismo día, momentos hay en que no sabe uno
»donde guarecerse para no derretirse, y cinco minutos más
»tarde es uno muy feliz al sentir el abrigo de la capa».
(Reiset).

«Diez y siete días hace — escribe el mismo — que no (8)
»he descansado en albergue alguno ni dormido mas que al
»aire libre, ni he podido desnudarme. En estos últimos diez
»años no recuerdo haber estado nunca tan rendido. Maña-
»na entraremos en Almagro». ¿Verdad que estas palabras
son todo un suspiro de satisfacción?

Días enteros a caballo, vadear ríos helados en lo crudo (9)
del invierno, jornadas de fuego por los llanos de Extrema-
dura o La Mancha, sin más agua de beber que la salitrosa
que diera algún pozo o una charca, noches enteras de
marchar a tientas por caminos perdidos, bajo lluvias torren-
ciales, entre el temor de ataques de guerrillas y sobre me-
dia vara de nieve, cruzar precipicios sobre un tablón resba-
ladizo e inseguro, todo ello combinado y repetido de mil
modos aparece por estos cuadernos. Los jinetes hacían
marcha sobre marcha a pie, para que los caballos avanza-
ran era preciso, muchas veces, izarlos sobre rocas enormes
a fuerza de fuerzas, los ejércitos prolongábanse en líneas
interminables que formaban los hombres de uno o dos
en fondo.

Naylies recuerda jornadas terribles. Una vez, en las (10)

montañas de Galicia, sorprendióle una tempestad; «el ruido »del trueno, repetido por el eco de los montes, el estrépito »de los torrentes que se precipitan de roca en roca, unido »a la espantosa obscuridad que nos envolvía, impresiona»ría el alma mejor templada. Mis dragones y yo, extenua»dos de cansancio, íbamos a pie, a tientas, de uno en fila, »llevando como única guía la cola del caballo que nos pre»cedía». Rocca refiere un viaje semejante por la sierra de Agreda, iban de noche, habíanse perdido, y, engañados pola niebla, creíanse a cada momento al borde de un precipicio. «Andábamos cien pasos — dice — y nos deteníamos, »hacíamos un alto prolongado y entre tanto los que iban a »la cabeza de la columna buscaban a tientas el camino en»tre las peñas. Durante largo tiempo oíase, en el silencio »de la noche, los relinchos de los caballos y el patear de »sus cascos impacientes sobre el suelo. Ibamos a pie, de »uno en uno, recibiendo y transmitiendo en voz baja las »advertencias que se nos pasaban para no dar el quién vi»ve a un cuerpo de tropas cuyas hogueras veíamos medio »apagadas al otro lado de un profundo barranco. Así pasa»mos la mayor parte de la noche, cuando la luna se levan»tó poco antes de amanecer, nos encontramos próxima»mente en el mismo sitio donde estábamos la víspera. En »el fondo de un vallecillo estrecho vimos el punto donde »debiéramos de haber pasado la noche. Hacía más de »treinta horas que estábamos en marcha».

(11) La noche del 25 de Diciembre del año 8, Napoleón cruzó el Guadarrama a la cabeza de la Guardia Imperial, bajo una tempestad horrible, el viento huracanado detenía hombres y caballos, cegábalos el continuo azotar de los remos linos de nieve, que barrían la tierra; el suelo, helado, no daba piso firme donde sentar la planta, a la voz de mando del Emperador bajaron los jinetes de las sillas, trabáronse los hombres del brazo, formando filas anchas como el camino, y así, apoyados los unos en los otros, y arrastrados por la voluntad de su señor, que marchaba en primera lí-

nea entre Lannes y Duroc, vencieron el paso. La presencia del Emperador dió al hecho una solemnidad especial y hace que figure hasta en las Memorias de los que no estuvieron presentes, pero en todas ellas se encuentran recuerdos de otras muchas jornadas, menos celebradas en verdad, pero que serían ejemplo de marchas penosísimas.

Ocho días más tarde, el último del año 1808, dice Marbot: «no creo haber hecho jornada más dura, una lluvia »glacial nos calaba hasta los huesos, hombres y caballos »se hundían en un terreno pantanoso, sólo a costa de es»fuerzos inauditos conseguimos avanzar, y como todos los »puentes habían sido cortados por los ingleses, los solda»dos viéronse obligados a desnudarse 5 o 6 veces, a poner »armas y vestimenta sobre la cabeza, y meterse en el agua »helada de los riachuelos que cruzábamos». (12)

No era esta una guerra al estilo clásico donde los movimientos ocurren a su tiempo y casi con un ritual prefijado, había que estar siempre alerta, inquietos siempre, y esto centuplicaba las dificultades y los sufrimientos. En las marchas por España no se cuenta nunca que resonaran las alegres canciones que el soldado francés había llevado a los confines de Europa como eco jovial de sus victorias. Los interminables romances de guerra hubieran despertado ecos enemigos, y sus burlas habrían concertado mal con la vida seria, trágicamente seria que aquí se hacía. De ella no llevaron recuerdo para nuevas trovas y antes habrían deseado olvidarlo todo. (13)

De tantas privaciones y penalidades procuraban desquitarse cuando llegaban al lugar de etapa y en él al descanso. (14)

«Una vez entrados en los pueblos, cada regimiento ocu»paba un barrio, cada compañía una calle, según lo gran»de que la localidad fuese. A poco de llegar los soldados »habíanse establecido como si fueran a fundar una colonia, »esa población de paso daba nombre a todos los lugares »que ocupaba «Barrio de los dragones» o «Calle de tal com-

»pañía». Sobre los muros de un convento solía verse «cuar-
»tel de tal Batallón», de una de las celdas veíase salir a lo
»mejor la muestra de uno de los más famosos restaurants
»de París, era un cantinero que había instalado allí su fon-
»da ambulante». «Si la tropa llegaba a altas horas de la
»noche suprimíanse requisitos y, sin boletas, entraba cada
»cual donde mejor le parecía. Era aquello un torrente que,
»tumultuosamente, se desbordaba por la población, mucho
»tiempo después de la llegada oíanse aún los gritos, el sal-
»tar de las puertas a hachazos o pedradas. Si no se abrian
»pronto o los dueños faltaban, un disparo en la cerradura
»daba pronto razón de ella y el alojado forzoso entraba co-
(15) »mo en país conquistado». «Era el procedimiento más có-
»modo, más fácil, y que menos daños causaba», dice Nay-
lies. Habían ya llegado hasta a crear una técnica de la
destrucción.

(16) Muchas veces al destrozar la cerradura caía muerto el habitante que se acercaba, confiado, a la puerta, y bien podía ser éste una mujer o un niño, pero eran males sobrado pequeños para que nadie los tomara en consideración.

Cuando no había poblado descansaban al campo raso y allí establecían el vivac. Refiriéndose al que tuvo de-
(17) lante de Sagunto, dice Gonneville: «Los soldados me ha-
»bian hecho una cabaña de follaje en la cual estaba per-
»fectamente al abrigo, nuestros caballos acampaban bajo
»enormes algarrobos, cuyas ramas bajas, casi horizontales,
»sostenían un techo de ramaje». «Al abrigo de los ardores
»del sol — escribe Naylies — bajo espesos matorrales, a los
»que se enlazaban las vides, gustamos de un reposo deli-
»cioso. Al atardecer refrescamos nuestros cuerpos cansados
»en las aguas del Tietar, su frescura y limpidez invitaban
»a bañarse, a través de la verdura que bordeaba sus ori-
»llas veíanse las espléndidas laderas de la Vera de Plasen-
»cia y el Puerto del Pico, cuya cima, cubierta de nieve, pa-
»recía desafiar los ardores de la canícula».

(18) No siempre eran tan gratos sitio y pérspectiva, en oca-

siones había que descansar en una llanura que la caballería había pateado, asurcada por las ruedas de las baterías, anegada por la lluvia del dia. Escuadras de los cuerpos iban a merodear víveres y buscar leña y paja, ganados y pan llegaban de una parte y de otra, armábanse los fuegos y, a poco, de la planicie encharcada, surgían columnas de humo, y las marmitas colgadas sobre ellas preparaban el rancho. Improvisábanse barracas y cobertizos con cuatro palos y telas o lonas para que sirvieran de abrigo, y cada cual se ingeniaba para sacar el mejor partido de aquellas horas y de lo que la suerte le deparaba.

A veces, en medio de la noche, una tormenta improvi- (19)
saba torrentes en el vallecillo donde acampaban, y, cuando lo esperaban menos, veíanse casi sumergidos, las barracas caídas, las provisiones dispersas o arrastradas cerro abajo. Era preciso despertarse, empapados en agua hacer antorchas con paja o ramaje y echarse a buscar los efectos arrastrados por la avenida. Otras veces, instalado ya el vivac, cuando los fuegos ardían y la carne empezaba a cocer en las marmitas, un ayudante llegaba a escape con la orden de ir a acampar una legua más allá y había que levartarlo todo, volcar la olla, guardar la carne y obedecer. El enemigo veía en poco tiempo dos filas de fuegos y creía que estaban dos ejércitos donde sólo había uno.

Si las tropas formaban en segunda línea los hombres podían darse el placer de descansar a gusto, frente al enemigo dormían con un solo ojo, vestidos y calzados, dispuestos para todas las contingencias. En invierno amontonábanse las gentes en torno de las fogatas y, mientras por un lado se helaban, tostábanse por el otro, como verdaderos San Lorenzos.

En las ocasiones en que los azares de la guerra les permitía estancias un tanto prolongadas, surgía los campamentos que se recuerdan en las Memorias con especial cariño.

Las tiendas de campaña no debían de existir o eran tan (20)
raras que no merecen los honores del recuerdo, y para su-

plir su falta, todos los recursos eran buenos. Unas veces improvisábanse cabañas con postes de ramas de árboles recubiertos con tejadillos de paja, otras formábanse barracas con tablas, ventanas y puertas, arrancadas de las casas del poblado vecino, que se tornaba montón de ruinas. Ved como describe Naylies el alto de los soldados de Ney, junto a La Rua, en tierra de Galicia. «Acampamos bajo los copudos castaños que forman una hermosa avenida cerca »del Sil. Nuestras viviendas improvisadas viéronse bien »pronto llenas de todo lo que los habitantes habían dejado »en sus casas. Los soldados, llevados del instinto de saqueo, traían al campamento hasta los objetos que de nada »les podían servir. En ocasiones hacían de sus residencias »de paso cómodas habitaciones. Junto a los pellejos de »vino y los montones de víveres de toda especie y de forraje para los caballos, veíanse guitarras, libros, cuadros, »puertas arrancadas; en otra parte, confusamente amontonados, estaban trajes de hombres, de mujeres, de frailes, »con los cuales se disfrazaban de la manera más grotesca »nuestros soldados, alegres con el vinillo de La Rua».

(21) Un campamento era todo un pueblo; cuantas artes inventó el hombre para la paz, usábanse allí por los hombres de la guerra, hacíanse viviendas, molíase el grano, cocían pan, mataban reses, preparaban la comida, quien hacía carbón, quien calentaba al fuego las herraduras que iban a poner a su caballo, quien fabricaba unas abarcas o unas polainas con la piel acabada de arrancar a un carnero.

(22) Para preservarse de los ardores del sol, rodeaban los barracones con árboles de toda especie, y a la sombra de sus ramas, hacían las comidas los oficiales o pasaban largos ratos descansando de sus excursiones, hablando de la guerra y bebiendo sin término ni medida.

(23) A la noche, después de la cena, venía el descanso, visitábanse los soldados y los oficiales de los diferentes Cuerpos, iban de una barraca a otra barraca, de una foga-

ta a otra fogata, el aire de nuestros campos llevaba palabras de todos los idiomas de Europa, oía historias de guerras y fantasías, de los que hacían castillos en el aire. Y así se pasaban las horas hasta que el sueño venía a rendirlos y el campo entero dormía bajo la protección de los centinelas. En ocasiones, a mitad de la noche, divididos en dos bandos, simulaban luchas con haces de paja encendidos y se disputaban la posesión de un cerrillo, dando de premio a la banda vencedora un pellejo de vino.

El momento de abandonar el campamento o dejar el (24)
vivac eran siempre duros. Habíase dormido la gente porque estaba rendida de cansancio, pero al despertar, los miembros encontrábanse agarrotados, entumecido todo el cuerpo, sobre la barba y los bigotes brillaban gotas de rocío. Aun cuando el tiempo fuese hermoso, todo marchaba mal; cuando llovía o nevaba, las cosas se complicaban, y cualquiera podia coger en un solo descanso un reuma formidable. A veces, los soldados descansaban reposadamente, cuando una orden llegada de improviso, el anuncio de una sorpresa, cualquier incidente de aquella guerra tan fecunda en ellos, los sacaba del sueño. Resistíanse los hombres, juraban que no eran sus oficiales sino fantasmas los que tan a destiempo se presentaban mandándoles ponerse en marcha.

Dolor habrá dado mil veces salir del sueño, que es olvido, para volver a la realidad de la vida, pesadilla entonces más horrible que cuantas pudiera forjar la fiebre. Muertes y horrores eran la vista usual en España, por donde quiera, y para mayor ejemplo, aquí y allá estaban campos de batalla que aun hoy conservan nombre, y, por mucho tiempo, fueron voceros mudos de tanta desgracia.

Con ellos daban cuando más lejos los tenían de la ima- (25)
ginación, y sin el auxilio de la vista se percataban de sus horrores. Era de noche, veían a lo lejos los fuegos del campamento propio y su pensamiento descansaba en la idea del próximo reposo, «por la marcha de nuestros caballos

»reconocimos que cruzábamos un campo de batalla. Acor-
»taban el paso a cada momento, posaban los cascos con
»precaución, temiendo tocar a los muertos sobre los cuales
»pasaban y se detenían para bajar la cabeza y olfatear,
»espantados, los cadáveres de otros caballos».

(26) Rocca vuelve a Medellin poco antes de anochecer el dia de la batalla, «la calma y el silencio habían sucedido a la »agitación de la lucha y a los gritos de triunfo. No se oían »en la llanura más que ayes de heridos y el murmullo »confuso de los moribundos, cuyas cabezas alzábanse an-»tes de expirar, invocando a Dios y a la Virgen María. Los »caballos, con las piernas destrozadas, no pudiendo alejar-»se del sitio en que habían de morir, ignorantes de la »muerte, impasibles, seguían pastando tranquilamente »hasta donde podían alcanzar sus pescuezos».

(27) Después vienen las bandas interminables de grajos y cuervos, los buitres que se dan cita en aquel campo de carnada para saciarse, tan grande, que los franceses los toman por guerrilleros. Entonces no había ambulancias, si alguna tenían los invasores, no daba de sí recursos ni caridad para los españoles heridos y ni aun se pensaba en dar paz a los muertos.

(28) «Las pestilencias que los cuerpos despedían elevábanse »continuamente en vapores negros y espesos que, arras-»trados por el viento, iban a llevar las enfermedades y la »mortandad a otros lugares. Los rebaños de ovejas que »bajaban, llevados por los pastores de la Mesta, a invernar »en los pastos templados de Extremadura, alejábanse es-»pantados de sus campos de siempre. Sus balidos lúgubres »y el aullar prolongado de los perros que los guardaban, »indicaban el vago instinto de terror que los dominaba».

Así, la plaga de la guerra, centuplicaba su castigo y llevaba la devastación en alas del viento sobre la tierra toda, ¡qué azote de Dios fué Napoleón!

La primavera vino y volvió, muchas veces volvió mezclando la gama de sus flores y el verde de sus hierbas con

el blanco de las pobres osamentas abandonadas que el campo de Medellín vió muchos años, y en campos de nombre o sin él otros miles y miles hubo hasta que la piedad de los patriotas pudo atenderlas.

La actividad de la lucha constante sirvió para tonificar los nervios de su tensión extrahumana y conservar el equilibrio así en patriotas como en franceses. La vida agitada (29)
y activa, confiesan éstos, tenía sus molestias pero tenía también sus encantos. Cuando se estaba en presencia del enemigo, y esto era siempre, veíanse salir y entrar a todas horas destacamentos, recibíanse noticias o se encontraba auditorio para la relación de una aventura, no había ins- (30)
tante que no trajera consigo un peligro, un acontecimiento o una sorpresa. «Cuando llegaba el momento de entrar en fuego veíanse a hermanos, a amigos, que servían en cuerpos distintos, separarse de sus filas para ir a darse un abrazo de despedida», nadie sabía si volvería a ver al otro.

En los momentos en que les da tregua la enemiga de los patriotas renace el buen humor y les entran ganas de gozar de la vida. De los momentos de abundancia disfru- (31)
taban aprisa, vivíase a escape porque sabían que nada era duradero. En las largas temporadas que pasaban careciendo de todo consolábanse de su miseria esperando un cambio próximo. En los campamentos disfrazábanse con cuanto encontraban a mano, en las estancias largas, delante de Torres Vedras, por ejemplo, estableciánse teatros en todos los cuerpos y los hombres iban de unos a otros a regocijarse con las parodias de comedias o los sainetones burdos. Cuando encuentran algún desgraciado de quien burlarse, juéganle toda clase de bromas; Rocca y Brandt cuentan las chocarrerías de los soldados de buen humor. En los descansos jugábase a las cartas, a la barra, en la soledad espantosa de Cabrera los prisioneros formaron compañías de teatro, escribieron comedias y compusieron música.

De cuanto entonces ocurría quizás nada choque tanto

con las ideas que hoy tenemos de la guerra, como la costumbre de llevar mujeres con los ejércitos y la que tenían muchas, a quien nadie llevaba, de irse tras la caravana
(32) guerrera en busca del hombre. Y al decir esto no me refiero a las cantineras que, montadas en un mal jaco o metidas en su carro, entre barrilillos de aguardiente y ristras de salchichones, seguían las filas, taberneras, prestamistas y guisanderas, todo en una pieza; usureras o generosas, según los casos, pero siempre resueltas, hombrunas, verdaderos soldados con faldas, que corrieron los azares de la fortuna y llegaron, en algunos casos, a verse generalas, títulos del Imperio. Fuera por afecto o por escasez de recursos, muchas mujeres seguían a sus maridos a la guerra, y en no pocos casos oficiales y jefes se agregaban, a título de esposas, las que lo habían sido ya de medio ejército. Durante los períodos de lucha quedábanse en los depósitos de los regimientos y cuando la paz llegaba iban a reunirse a sus hombres en las guarniciones o campamentos. En carrillos, en coches, a caballo, como buenamente podían, marchaban en montones. Los habitantes a quienes tocaban tan molestos hospedajes, padecían, centuplicadas por la soberbia de las francesas, las durezas de la invasión. «Preferiría tener alojados veinte militares a esa p...—decía un español a Maniere, en Toro, refiriéndose a la amiga del oficial que tenía en su casa. Todas querían hacer creer que estaban hechas a grandezas y pretendían ennoblecerse a sí propias con exigencias y desprecios que caían sobre los extraños. «En Alemania, las mujeres que seguían al ejér»cito aun vivían regularmente y no corrían peligro, pero en »España era muy distinto: viajando estaban expuestas, »como nosotros, a los disparos que sonaban a cada momen»to, sin contar con los riesgos que corrían cuando su escolta »caía bajo las bayonetas patriotas y las dejaba a merced de »los guerrilleros».

Los generales llevaban muchas veces a sus esposas. Junot tuvo a su mujer cerca de él durante años enteros de

guerra en España, y a eso debemos muchas páginas interesantes de sus Memorias. Lasalle llevaba consigo a la (33) suya y a su hija única; ambas estuvieron en un pueblecillo inmediato al campo de batalla de Ríoseco el día que se dió la acción, y vieron llegar los muertos y heridos que entraban. En la retirada de Wellington sobre Portugal, a fines de 1812, D'Espinchal se encontró entre los prisioneros dos señoras inglesas, esposa la una de un teniente coronel y de un oficial de Intendencia la otra.

Pepé cuenta que en su cuerpo de ejército hubo ocasión (34) en que las mujeres eran más numerosas que los hombres, para poderse librar de ellas tuvo que apelar a recursos extremos. Las órdenes de nada servían, cuando prohibió que fueran con la tropa apelaron a una estratagema: salían unas mucho antes y otras mucho después, y así durante la marcha no se las veía, sólo cuando el vivac se había formado o los hombres estaban en sus alojamientos, aparecían de nuevo. Fué preciso que, sorprendidas un día, les hiciera afeitar la cabeza por los barberos del regimiento, para que huyeran avergonzadas.

En la terrible retirada de Sir John Moore, el ejército in- (35) glés dejó abandonados centenares de mujeres y niños. Más de mil se encontraron en una granja a la salida de Astorga. Agotadas sus fuerzas por las largas y penosísimas marchas, bajo una lluvia torrencial, entre fangales, teniendo que salvar torrentes, rendidas, cayeron. Cuando los franceses descubrieron aquel campamento, hacía 48 horas que sólo vivían de cebada cruda. Esas fueron devueltas por orden del Emperador, que mandó socorrerlas. Otras que el ejército encontró dentro ya de Galicia, «fueron sacadas a »subasta al mismo tiempo que los caballos que montaban, y »yo mismo he visto, con posible escándalo —cuenta Fan»tín—, que no siempre eran ellas las que obtenían la prefe»rencia».

Quizás, en la lucha, no fueran más de compadecer los que murieran; caían luchando por la patria y la conciencia

del deber cumplido habrá llenado de serenidad sus últimos momentos; más triste fué la suerte de los que, enfermos, no tuvieron quien les asistiera, prisioneros, vivieron una
(36) existencia llena de padecimientos de cuerpo y alma. La Duquesa de Abrantes cuenta que en el cuerpo de ejército de su marido, en la frontera de Portugal, dominó una enfermedad extraña y alarmante; «los desgraciados morían »de nostalgia, nada podía salvarlos. Morían volviendo »los ojos al techo paterno y pidiendo que los llevasen a »Francia».

Los franceses no se preocupan de contar las miserias que sufrieron los patriotas, cuanto éstos padecieron está fuera de sus libros, pero nos dicen lo que pasaron ellos y por ahí podemos colegir lo que sufrirían los nuestros.

Fuera de las grandes ciudades que ocuparon de una manera relativamente permanente, Barcelona, Madrid, Salamanca, Burgos, los franceses no tenían ni podían tener hospitales, no por falta de seguridad sino por escasez de
(37) elementos. Aun en esas plazas, más atendidas, véase lo que había, según un testigo presencial. Habla Thiebault, gobernador de Burgos, refiriéndose a la época en que se hizo cargo de la plaza. «Durante las frías lluvias de Enero »gemían sobre la paja podrida y, podría añadir, expiraban »4.000 heridos y enfermos, casi sin médicos, ni ayudantes, »sin medicamentos, ropas ni vasos de ninguna especie. »Cerca de 5.000 asilados, llamados convalecientes, pero casi »todos enfermos, perecían en peor situación aún. Quise »hacer desocupar en tres horas uno de los depósitos en que »estaban y, aunque no he sido nunca delicado ni débil de »estómago, los olores y la suciedad eran tales que no pude »entrar, dominado por una sofocación y náuseas terribles. »Servicio no lo había de ninguna especie».

(38) »Los hospitales de Salamanca son depósitos de podre»dumbre que devoran a los enfermos»—dice Foy—. Las quejas por falta de medicamentos y medios de curación se repiten sin cesar. Cuando Massena se retiró, después

de la batalla de Bussaco, quedaron tendidos en el campo, abandonados a los paisanos portugueses, «todos aquellos »a quienes se les habían amputado las piernas o que esta- »ban gravemente heridos. Su desesperación era terrible»— escribe Marbot.

Donde las fiebres los castigan, el número de enfermos (39) aumenta constantemente y los regimientos ven diezmados sus cuadros. El que cae enfermo sigue, arrastrándose, detrás del cuerpo de ejército, mientras puede, y cuando las fuerzas le faltan, queda al fin abandonado para recogerlo cuando los franceses vuelvan por allí, si acaso vuelven. De 200 dragones que mandaba Reiset llegan a estar enfermos 130, y al fin él mismo, presa de las calenturas, cae en un delirio violento y tiene que abandonar el mando. En Septiembre de 1811 la división Foy, fuerte de 5.000 hombres, tenía más de 1.500 enfermos o convalecientes fuera de combate; registrábanse de seis a siete defunciones diarias. En las cercanías de Plasencia había de 5 a 6.000 enfermos del ejército de Portugal. El azote del paludismo, el abandono en que se les tiene, la perspectiva de una muerte oscura en cualquier rincón perdido, les roba ánimos y disgusta del servicio.

Napoleón escatimaba en el ramo de sanidad, el ejército (40) «de Moncey, no tenía ni ambulancias, ni transportes, ni ci- »rujano mayor, solamente algunos jóvenes inexpertos». «Los »hospitales—dice Percy, que fué médico mayor—estarían »desocupados bien pronto si los moribundos no reempla- »zasen a los muertos».

«A cada momento — escribe Blaze — llegaban jóvenes (41) »que por protección y para evitarse cargar con la mo- »chila, conseguían, sabe Dios cómo, en tres meses pasa- »dos en la Escuela de Medicina, el título de ayudantes de »cirujano, y con esto entraban a adquirir práctica a costa »de los que les tocaran en turno. Desgraciado el pobre dia- »blo que escapaba al cañón y les cayera en las manos, el »escalpelo le esperaba y entonces... era aquello bastante

»peor que escapar de Scylla para dar en Caribdis». El ejército imperial requería bastante más que eso, pero no lo tenía. Cuando se retira sobre el Ebro en el verano de 1808, «las enfermedades se multiplicaban al infinito—recuerda »Girardi—; casi todos los franceses estaban atacados de los »llamados cólicos de Madrid. A principios de 1809, sola»mente en Burgos había más de 12.000 atacados de sarna»; a principios de 1812, solo en el hospital de Madrid hay 1.100 enfermos; en Agosto, cuando José abandona la capital, huyendo de los aliados, quedan abandonados 600 enfermos que no se pueden llevar.

(42) A falta de hilas hacíanse las curas con estopa de la artillería; a la quina se sustituía con arsénico; una caja uniforme de amputaciones, un operador valiente, una cura idéntica para todos, que no se levantaba hasta la curación completa, y ahí acababa lo que los ejércitos napoleónicos, modelo de organización entonces, tenían para defender la vida del soldado.

(43) «Nuestros hombres—dice Rocca—perecían a cientos en »los hospitales, por falta de las cosas más necesarias». Marcel cuenta que habiendo sido destinado su regimiento a Jaraicejo, camino de Trujillo, en pocos días tuvo 400 soldados con fiebre, de 500 que eran, y un solo oficial sano, de 25. Su alimento consistía en habas secas y »un pan detestable. «Cuántas veces, tendido en el sue»lo, en medio de la árida llanura, bajo un sol ardien»te, muerto de sed, sin una gota de agua, sufriendo »el frío intenso de la noche, he deseado que una bala vi»niera a poner término a tantos sufrimientos. Sólo el que »las ha padecido puede comprender lo que son torturas »semejantes».

(44) Marbot, herido en el sitio de Zaragoza, cuidado por uno de los mejores cirujanos de su tiempo, cuenta horrores del hospital donde estuvo, junto a las esclusas del Canal Imperial. «La habitación no tenía puertas ni ventanas »y el viento y la lluvia penetraban libremente». El estaba

en el piso alto, debajo había una ambulancia llena de heridos, cuyos lamentos llegaban a sus oídos, agravándole el sufrimiento. Allí le mortificaba el olor nauseabundo de todo el hospital, la baraunda de doscientas cantinas establecidas en las cercanías, y todo eso acompañado por el redoblar de los tambores y el zumbido potente y sordo de los cañones que bombardeaban a Zaragoza.

Brandt, en vísperas de salir de Alagón, siéntese indis- (45)
puesto y, a la fuerza, se queda en lo que llamaban hospital militar. «Estaba instalado en un convento de frailes y más »parecía una caverna de asesinos. El tifus reinaba como »señor absoluto, la comarca estaba infestada por los »miasmas que desprendían los cadáveres, largo tiempo »insepultos, de la jornada de Tudela. Desde mi cama podía »observarlo todo los primeros días, que aún conservé el »conocimiento, y desde allí veía los detalles del entierro de »los que morían. Completamente desnudos eran arrojados »por las ventanas y caían al suelo, unos sobre otros, con »un ruido sordo como de sacos de grano. Cargábanlos en »seguida sobre carretas y los llevaban a una fosa inmensa »que abrían cien pasos más allá. Los españoles, a quienes »imponíamos esta faena, la desempeñaban con una alegría »diabólica. Con el dedo me señalaban los terreros, ya mu- »chos en número, que indicaban los lugares de otros tantos »enterramientos, y, por señas, me decían que aún había »tarea para rato». Tal espectáculo no era ciertamente el más a propósito para curar a un enfermo; a poco el delirio comienza y Brandt pierde el conocimiento; una noche, arrastrado por la fiebre, deja el lecho, deja la sala del hospital, y va a dar a la cuadra donde los soldados, moribundos o muertos, yacían en montones de cáñamo infecto con toda clase de inmundicias. Sálvase, al fin, gracias a la fuerza de su juventud, pero «el ruido mate de los cadáve- »res, al caer de las ventanas de aquel terrible hospital, per- »siguió sus sueños mucho tiempo».

Otras veces son los azares de la guerra los que vienen

a hacerse auxiliares de la enfermedad para agravarla. Gon-
(46) neville cae con la escarlatina en Molina de Aragón, mala residencia, atacada constantemente por los guerrilleros. Llévanlo a una casa sin puertas ni ventanas y, gracias a la costumbre española de hacer alcobas, puede tener algún abrigo. Durante el día la enfermedad evoluciona francamente y a la noche tiene una fiebre altísima, su piel está roja, pero a la una de la madrugada tocan llamada, el pueblo, abandonado antes por sus habitantes, va a quedar ahora limpio de franceses y no hay otro remedio que salir. «Era »una de esas noches frescas que suelen seguir en España »a los días de gran calor, una hora después de salir al cam»po mi escarlatina habíase retirado en absoluto, yo apenas »podía tenerme a caballo». Así va marchando hasta las nueve de la mañana que, por suerte, llegan a un pueblo grande y le preparan acomodo para trasladarlo en una carreta cubierta con una tela. En Monreal, por fin, puede detenerse y consigue que la escarlatina brote de nuevo y se salva.

Los transportes de heridos dan lugar a episodios dra-
(47) máticos. El viaje del general Leval, moribundo, desde Tortosa a Mora de Ebro, por un país de sierras defendido por guerrillas, podría figurar en cualquier novela; las salidas de pueblos amenazados debieron ser terribles, los convoyes de enfermos y heridos, «marchando tristemente, lenta»mente, en silencio, parecían convoyes fúnebres». Las descripciones de estos viajes dejan ver bien a las claras el terror que inspiraban las bandas de guerrillas. Constantemente presentes en su imaginación quítanles la gallardía marcial y en sus insultos a los patriotas, en las precauciones extremas, en la exageración de su guarda, traslúcese la agonía que pasaron y les hace parecer más bien caravana de fugitivos pacíficos que compañía de militares que vuelva de la acción.

Algunos de mis autores cayeron prisioneros, y describen la vida del cautiverio, vida triste que ellos tratan de en-

sombrecer aún más para aumentar el interés de su relato o vengarse de los patriotas que a tal trance los trajeron. A Lejeune lo cogió Palarea (el Médico), entre Toledo y Madrid, Billon cayó en manos de Perena en la famosa acción del Cinca, Blaze quedó al cuidado de los enfermos franceses que José abandonó en los hospitales de Madrid en su primera huida y cayó también prisionero. Todo insulto les parece pequeño para echarlo sobre la cabeza de los patriotas, sus quejas llegan a todo, al alimento escaso, el alojamiento miserable, a la grosería de los conductores, a la orgullosa jactancia de los jefes, pero en descargo de todo eso la fuerza misma de la verdad que se impone les hace confesar, contra su misma voluntad, las virtudes generosas de esos bandidos despreciables.

La conducción de los prisioneros era, para los guerrilleros, un problema serio. Hallábanse en el corazón de la península, las tropas francesas iban y venían en todos sentidos, la marcha rápida de los patriotas haciase entonces lenta por la resistencia pasiva de los prisioneros y su falta de costumbre de andar por sierras y montañas, muchas veces era forzoso desandar lo andado o dar larguísimos rodeos para llegar al punto de depósito, y si se veían atacados por el enemigo eran dos con los que había que contar, el que venía acometiendo y el que tenían entre las manos.

Los depósitos estaban necesariamente en lugar seguro, próximo a la costa, Lejeune fué llevado desde los montes de Toledo a Lisboa, Billon a Tarragona y de allí a las Baleares, Blaze desde Madrid a Cádiz. Las tropas francesas andaban tan cerca que más de una vez oían los convoyes (48) de prisioneros los cañonazos de alguna acción trabada en las inmediaciones o el tiroteo de las avanzadas. ¡Qué momentos de excitación debieron ser para los franceses aquellos en que se veían a un punto de adquirir la libertad o con toda esperanza perdida en alternativa rapidísima!

La gente de los pueblos salía en masa a recibirlos, todos querían ver enemigos vencidos, el vocerío y regocijo

eran iguales en todos, variaba sólo el trato que les daban. A juzgar por sus Memorias, en muchos eran amenazados seriamente por el populacho, en otros llovían piedras sobre ellos, y en ocasiones fué necesario que la escolta echara consideraciones a un lado y rechazase seriamente a los que
(49) amenazaban a los prisioneros. Que Plasencia toda estuviera asomada a las ventanas o llenando las calles para ver pasar a los prisioneros, entre los cuales se decía que iba un sobrino de José, compréndase bien, aquellas eran pruebas irrefragables de un triunfo con el cual los patriotas deseaban fortalecer su fe viendo testimonios que concordasen con ella. Los insultos cierto que no eran nobles pero nada debe sorprender que los que tanto sufrían desahogaran su cólera, llegado el momento, con denuestos que sólo los oídos ofendían. En cuanto mayores daños ninguna prueba hay de que jamás se hicieran. Lejeune cuenta que estuvo en peligro de ser ahorcado y se libró de ello arengando a los guerrilleros; no sería muy vehemente el deseo de venganza cuando la palabra torpe de quien sabía mal el idioma pudo contenerlos.

(50) En los tránsitos debieron pasar grandes privaciones, porque grandes lo eran también las de sus conductores y no iban a ser éstos tan abnegados que renunciasen a bienes y comodidades para dárselas a los prisioneros. Eran los patriotas gente dura y sufrida de la cual poco debía esperarse en materia de refinamientos.

Casos de caridad de los patriotas, tan despreciados y envilecidos por su palabra, los mismos franceses los cuen-
(51) tan mil veces. En una ocasión es un pobre cura que les dá su única camisa y mata la gallina que le queda, la que le han dejado los franceses, para obsequiarlos; en otra son las mujeres de Alburquerque que envían a los prisioneros alimentos; ya es un pobre oficial que les dá lo poco que tiene y los trata con la mayor consideración; ya una pobre mujer que les lleva cuanto en su casa hay en memoria de su hijo prisionero en Francia. Frailes, guerrilleros, hombres y

mujeres de todas clases y condiciones hay que los compadecen en su suerte y los consuelan. Nuestros oficiales son justos con ellos, y Blaze llega hasta a hacer elogios del Gobernador de San Lúcar, Lejeune de los militares que lo escoltaron.

Que después sufrieran en los pontones de Cádiz y en el destierro del islote de Cabrera, natural es, había hambre en España ¿cómo no habían de padecer de sus consecuencias los extranjeros, enemigos, invasores del suelo nacional, cuando caían prisioneros? Con los padecimientos de los que fueron nuestros prisioneros habría que comparar lo que se pasó en los pontones de Inglaterra, lo que los españoles sufrieron en los de Lisboa cuando Napoleón, amigo y aliado, los desarmó y puso en prisiones completando la traición, lo que padecieron los internados en Francia, sometidos a trabajos forzados en obras y caminos, por orden del Emperador.

Hombre hubo que pasó muchos meses en Cádiz dentro de los pontones; en Cabrera hay quien estuvo años; en uno y otro sitio debieron de morir muchos, y para que sus relaciones puedan apreciarse bien sería necesario contrastarlas con los testimonios de sus guardas, que no existen. Probablemente quedarán para in eternum, como cargo injusto contra nuestro nombre, los sufrimientos de los prisioneros franceses de Bailén y Aragón, que pasaron su cautiverio en el islote de las Baleares. Y es también muy humano que el que sufrió las amarguras y penalidades de la prisión escriba con hiel y sólo recuerde lo que sean ofensas y dolores, nunca los arranques de conmiseración que exculparían al ofensor.

La guerra aparece deformada en estos libros, las derrotas son siempre asuntos de enojoso recuerdo y los autores las esquivan. En realidad ellos sólo cuentan la mitad de la lucha, la que se hizo avanzando y venciendo; los retrocesos, los fracasos, dedúcense como consecuencia de la narración y la mayor parte de las veces vienen entre líneas.

(52) Brandt vuelve del saqueo de Beceyte; las guerrillas y el paisanaje le atacan, él no confiesa que lo vencieron, sólo dice que abandonó todo el botín que traían y que, sorprendidos en un desfiladero, del cual lograron salir, el coronel que los mandaba increpaba así a los soldados: «malditos »reclutas, ya no os queda que perder más que la vida; el »honor los habéis perdido, dejándoos arrollar por esa par»tida de bandidos».

(53) Para que los franceses confiesen una derrota precisa que sea espantosa, únicamente en casos extremos que no pueden pasarse por alto, como la retirada de Soult desde Oporto, o la desbandada que siguió a Vitoria, entran a detallar los hechos y confiesan paladinamente el desastre.

Así cuenta Castellane como al abandonar José a Madrid
(54) después de Bailén, se desbandó el ejército francés. Los paisanos españoles, convencidos, «contentábanse con quitarles »el armamento, sin hacerles daño alguno». Los franceses lo abandonaban sin resistencia. Lejeune, narrando el primer sitio de Zaragoza, dice: «unos miles de paisanos, afortu»nadamente mal capitaneados, cayeron de pronto sobre »nuestras avanzadas y nos causaron un momento de terror
(55) »pánico». Marbot refiere la desbandada de dos regimientos en Foz de Arouce. Marcel la de los soldados del 3.° de línea cerca de Cáceres. Jourdan otra de los soldados de
(56) Marmont el día después de Arapiles. Jourdan y Foy la de las guarniciones de los fuertes de Almaraz. Foy la que siguió a la batalla de Vitoria. Thiebault el pánico que hubo en Burgos una noche del año 12, en que se temió que asaltara la ciudad un cuerpo de tropas españolas. Pero todos estos incidentes o vienen compensados con el vencimiento de españoles o ingleses o atenuados por alegatos que quitan importancia al triunfo y, en todo caso, hacen resaltar mejor la valentía y genialidad de los franceses.

Fuera de casos como los que cito, para reconstruir la historia de sus desastres, hay que partir de indicaciones

incidentales que se deslizan en el texto a pesar del vigilante cuidado y el celoso patriotismo de los autores.

La guerra no fué así, no pudo ser así, para que los franceses salieran de la Península, fué preciso un período de retroceso largo y sangriento; en todo tiempo hubo lances de lucha en los cuales fueron arrollados, combates que explican las oscilaciones de ocupación y abandono, incomprensible si se tomasen estas Memorias como única fuente de estudio.

En el ciclo de la epopeya napoleónica ocupa España un lugar aparte; es el campo de las grandes miserias y de los padecimientos constantes, sólo comparable al gigantesco desastre de Rusia. Aquí las batallas son los menores acontecimientos de la guerra, las victorias no despiertan ecos, no tienen el esplendor que en otras tierras, lo importante es el vivir cuotidiano, y el luchar incesante, que ni traen gloria ni pueden aspirar a una línea de retórica grandilocuente en los boletines napoleónicos.

Los soldados que aquí pelearon creyéronse siempre con mejor derecho al premio que cuantos lucharon en otros campos. Cuando se habla de ellos, en los últimos tiempos del Imperio, se les nombra «los veteranos de la guerra de España», y al estampar estas palabras diríais que el autor se cuadra respetuoso, ante la legión que pasa tras las águilas vencidas, envuelta en una aureola de recuerdos inmortales.

CAPITULO IX

Historias de ladrones

Los generales de Napoleón eran hombres valientes; muchos dejaron fama de grandes militares, algunos fueron administradores notables, de lo que no nos quedan elogios es de su desinterés. La vida constante de guerra habiales formado un criterio de honorabilidad totalmente distinto del que hoy se aplica. Habia un convenio tácito en toda la sociedad napoleónica para considerar bonísima presa todo lo que fuera del vencido, y este derecho del más fuerte sólo estaba limitado por la libre voluntad de Napoleón o su propia imperial conveniencia.

Marcel, Parquin, muchos más, cuentan que en las pare- (1)
des de nuestros pueblos solía aparecer en grandes caracteres, escrito a no dudar por la mano de un hombre de filas, «guerra de España, tumba de soldados, ruina de ofi-»ciales, fortuna de generales». La frase ha pasado a la historia y dice más que cien volúmenes.

El vicio no era exclusivo de éste o del otro ejército. Pepé (2)
declara que lo mismo que en los otros se robaba en el ejército de Suchet, no obstante su disciplina más rigurosa. Thiebault confiesa que «en punto a robos, nada tenian que »echarse en cara el ejército de Andalucía y el de Portugal», y no deseando ir comprendido en la general condenación,

refiere que años después, caído ya el Imperio, hablando el general Taviel en un salón de París, decía:

—En la guerra de Portugal no he conocido más que un solo general que no robara, Thiebault.

—Supongo—observó la dama a quien hablaba—que Vd. entrará también en la excepción.

—Francamente, condesa—replicó Taviel—en dos ocasioncillas pudo la tentación más que yo».

(3) Esta afirmación y la defensa que Mme. Junot hace de la honorabilidad de su esposo, son las dos únicas alegaciones en pro del desinterés de los generales franceses, y, naturalmente, ni una ni otra convencen gran cosa.

Aquella sociedad militarista que se extendía por toda Europa tenía un fundamento de recíproco interés. El ejército daba su vida, el Emperador, en recompensa, les abandonaba los frutos de la conquista. Los ejércitos debían vivir sobre el país, los generales podían robar francamente, el que no lo hacía era tenido por un santo en opinión de todos, y como la vida de las personas austeras suele ser de una monotonía desesperante, esos hombres, si los hubo, ningún recuerdo han dejado.

Sentada la teoría del robo universal de deducción en deducción, se llegó a límites que el mismo Napoleón no había previsto, y sus propios generales vinieron a resultar aliados de Inglaterra. El bloqueo continental, coraza impenetrable contra la cual debían de estrellarse, según el pensamiento imperial, todas las artes del comercio británico, fué convertida en malla fina por los contrabandistas y vió ensanchados sus claros por los hombres de confianza de Napoleón.

(4) Precipitó éste la marcha sobre Lisboa a fin de apoderarse de las mercancías inglesas que allí existían y destruirlas; Junot, en un arrebato de audacia, atraviesa la Península a paso de carga, deja rezagado su ejército y con 1.500 hombres ocupa la ciudad. Cumplida la orden en lo que tiene de guerrero, resérvase el acuerdo sobre lo mera-

mente económico, embarga cuanto encuentra, quema... algo, y tras la cortina de humo, que hacen las mercancías menos valiosas al quemarse, las otras, las que el General ha sabido vender a buen precio, desaparecen sigilosamente.

Después, buques abarrotados de carga salían de Lisboa (5)
para Inglaterra con permisos que Junot vendía; por su cuenta y orden entraban al interior cargamentos enteros de manufacturas inglesas. Soult, en los breves días de su reinado de la Lusitania Septentrional, consintió el comercio de Oporto con Inglaterra. Cada Mariscal, siguiendo el procedimiento napoleónico de acomodar el código moral a la propia conveniencia, autorizaba nuevas transgresiones y daba un paso más en el camino de hacer de la guerra un arte útil.

Cierto que los Generales tenían en su favor disculpa
grande. En la extensa línea de costas del Imperio los con- (6)
trabandistas apelaban a mil medios para burlar las prohibiciones fiscales, y lo que los franceses no quisieran consentir buenamente alguien lo habría de hacer sin su permiso, y además, caso nunca visto ni esperado, sucedía que el mismo Emperador autorizaba la entrada de mercancías inglesas por medio de permisos que cotizaba a buen precio, y así resultaba en la práctica el primer enemigo de su propio sistema. La inmoralidad empezaba por lo alto y necesariamente había de cundir.

Apenas llegado a España Napoleón empezó a darles
ejemplos de alta enseñanza que en ellos no podían resultar perdidos. En los pocos días que estuvo en Burgos
«adoptó una medida que arruinó a gran número de propie- (7)
»tarios españoles». «Ordenó la confiscación de todas las »lanas que se encontraban almacenadas en la ciudad des»de la época del esquileo en espera de ocasión de ser em»barcadas por Santander». La razón que dió fué la de «in»demnizar a los franceses de las pérdidas que habían expe»rimentado en España». Así, desde el principio, ya tuvimos

que pagar a los invasores los daños que sufrían por destruirnos y devolverles lo que perdían arruinándonos, y nuestro daño se centuplicaba. Entre los innumerables decretos que Napoleón dictó en Chamartín, «decretos lanza»dos para deslumbrar a los españoles», según frase de Miot de Melito, sólo uno se cumplió rigurosamente, el Decreto declarando traidores a Infantado, Osuna, Fernán-Nuñez, Altamira, Castelfranco, etc., etc., y ordenando la confiscación de todos sus bienes «para atender a los gastos de la »guerra e indemnizar a los franceses o a los españoles »afrancesados».

El saqueo de los generales sólo dejaba tras sí, lo que ellos no veían.

(8) En Lisboa, las cuadras de un General guardaban 36 caballos escogidos, las del Gobernador Junot, 150 soberbios, tomados de las caballerizas del Príncipe Regente y de las de los grandes señores portugueses, y, entre tanto, el ejército francés carecía de animales de tiro, y por falta de baterías rodadas se perdía la Batalla de Vimieiro. Para apreciar la importancia de este hecho hay que saber que Junot era hombre que idolatraba a Napoleón, y seguramente lo habría seguido a Santa Elena si viviera cuando fué allá el Emperador.

(9) La costumbre de quedarse con lo ajeno llegó en ellos a constituir un hábito que no lo abandonaban ni en los momentos más difíciles. Cuando Junot se vió obligado a firmar la Convención de Cintra hubo que enviar al Emperador un correo especial con el proyecto de tratado. Presumiendo que al llegar el momento de la evacuación serían registrados sus equipajes, quiso llevarse algo por adelantado e hizo que ese correo llevara una pequeña valija en la cual nadie había de parar atención. Contenía una famosa Biblia en doce volúmenes, ilustrada por los maestros más famosos de Italia, regalo de un Pontífice a un Rey de Portugal, y valuada en 1.200.000 francos. Savary refiere que Mr. de Villoutreys, el que llevó a Madrid la capitula-

ción de Bailén, conducía en su carruaje equipaje valiosísimo, que nadie revisó, y ese fué el motivo de la lentitud con que hizo el viaje.

Convencidos de su valer, o llevados de las costumbres de ver ejemplos semejantes, no tienen inconveniente en confesar las estafas que realizaban y aún los proyectos que no pudieron llevar a cabo. En el franco entusiasmo con que robaban prescindían resueltamente de las mil trabas que hoy entorpecerían al que quisiera seguir su camino.

La vida de sus semejantes, la palabra empeñada, patriotismo, caridad, Código Penal, ni tenía importancia para ellos ni parecen haber sospechado que pudieran existir.

Napoleón, que conocía bien su gente, decía alto y claro (10) que los generales franceses habían venido a España a defender sus propios intereses y no los del Emperador. Tenían las onzas de oro un atractivo que ellos no sabían resistir y alejaban de su corazón los ideales de pura gloria militar.

A punto de entrar en España, Junot, ducho ya en acha- (11) ques de guerra reproductiva, ofreció a su jefe de Estado Mayor, general Thiebault, 300.000 francos, a condición de que éste se comprometiera a no tomar parte en Portugal en negocio alguno. Aceptó el otro la oferta y la condición, y allá fueron uno y otro en busca de gloria y de fortuna. Junot, tan fácil para ofrecer como para olvidar, no encontró ocasión de cumplir la palabra dada y en tanto que distribuía gratificaciones de cientos de miles de francos a civiles y militares, no tenía nada para su segundo. No le pareció a éste que las cosas debieran de quedar así, y buscando la manera de desquitarse dió al cabo con ella. Del puerto de Lisboa salían constantemente buques destinados al mundo entero (buques ingleses en su mayor parte), merced a permisos que el general gobernador cobraba entre 60 y 120.000 francos, según los casos. Avisaron a Thiebault de que uno de tantos necesitaba licencia, por la que estaba dispuesto a pagar los sesenta mil, y el general acudió a

Junot pidiéndosela y añadiendo, para mayor claridad, que la suma que percibiera se entendería entregada a cuenta de lo prometido. Después de pedir tiempo para reflexionar, y de pensar bien el caso, resolvió Junot que no podía concederse el permiso, y Thiebault continuó con la cuenta de ofrecimientos sin descargar un solo franco. Lo que Junot alambicara en su magín no se llegó a saber, si consta que Fissont, su hombre de confianza, recibió a las nueve de la noche la suma en cuestión, y que, tres horas después, el buque salía por la boca del Tajo.

(12) La única compensación que llegó a Thiebault, fueron 15.000 francos que Junot le envió, en vísperas de abandonar a Portugal, no se sabe si movido por su conciencia, si del propósito de ganar un amigo que abogara por él.

(13) Thiebault, tuvo mala suerte para los negocios por más que su voluntad fuera inmejorable. La jugada de Portugal no le salió provechosa como esperaba; la gratificación se evaporó casi totalmente, los caballos que tomó tuvo que dejarlos, un hermosísimo mosáico que sustrajo sin que los ingleses pudieran impedirlo llegó deshecho, el castillo de Bellas que le adjudicó Junot quedóse en Portugal, cuando quiso adquirir, poco menos que de balde, las Huelgas de Burgos, se le estropeó la combinación, y sin embargo todo esto no hizo al honrado general efecto que se pareciera al dolor que le causó el malogro de la estafa más segura y monumental que hubieran visto los siglos, y él, modestamente, califica de negocio. No fué suya la idea, tampoco lo fueron los trabajos preparatorios para realizarla, pero habíale tomado tal cariño que le apenó el fracaso a par de muerte y así lo confiesa. Va de cuento.

(14) A la llegada de los franceses a Lisboa circulaban en Portugal unos doscientos millones de francos en papel moneda, cuyo curso se vió considerablemente afectado por el temor de que los invasores no lo aceptasen. La autoridad suprema a la sazón, suprema y única, era Junot. Si éste declaraba por un Decreto que el papel portugués no podía

ser recibido en las oficinas públicas, el cambio bajaría instantáneamente; comprar entonces hasta cien millones era cosa sencilla, y seguro que el precio de adquisición no pasaría del 40 por 100. Que viniera entonces una serie de peticiones de todo el reino demostrando el daño inferido al comercio, que Junot confesara, ingenuamente, su error, que, en consecuencia, se reconociera el valor del papel, volvía éste a la par y así se ganaban, sencillamente, sesenta millones de francos bien contados. Thiebault, seguro de que el general daría el visto bueno a la operación, levantó cuantos castillos en el aire le sugirió su imaginación, prometió torres y montones a todos los suyos, y, al fin, quedóse sin nada. Nunca pudo comprender él por qué se negara su jefe, teniales éste acostumbrados a menos escrúpulos y andando el tiempo buscó negocios de la índole del rechazado. Verdad es que Junot tuvo siempre fama de loco y acabó suicidándose.

Soult no reparó nunca en medios para enriquecerse. (15)
En el ejército de Nápoles participaba de los beneficios del proveedor general, el último plazo, que cobró personalmente en París, importaba cerca de 400.000 francos. En Sevilla se apoderó de una colección riquísima de cuadros, que colocó desvergonzadamente en sus palacios. Robó en Austria, robó en Portugal, robó en Andalucía, robó donde quiera que estuvo. En 1815, según declaración de Lord Wellington, tenía en el Banco de Inglaterra 25 millones de francos. Cien veces formuló José acusaciones contra él, pero Napoleón, que lo necesitaba, echó un velo sobre tanto latrocinio. Al invadir el ejército francés la provincia de Santander, en Noviembre de 1808, fueron apresados, en Suances y en San Vicente de la Barquera, el navío inglés «Betsy» y hasta diez y siete buques más, cargados con azúcar, café, especias, bisutería, relojes, víveres, etc., etc. Aun cuando la presa correspondía a su ejército, Soult la reservó entera para sí y solamente a fuerza de fuerzas le pudieron sacar una pequeña gratificación.

(16) Lannes se llevó entero el tesoro de la Virgen del Pilar, según afirma la Duquesa de Abrantes. Cuenta ésta que el Cabildo de Zaragoza fué a ofrecerle la tercera parte de las alhajas de que se componía, proponiéndose dar el resto a Montier y a Junot. Lannes rechazó indignado su parte, mas a la tarde, luego que sus compañeros hubieron renunciado igualmente, lo reclamó por entero y se lo llevó. Según la Duquesa, valían las joyas más de seis millones de pesetas. Dejémosle la responsabilidad de ambas afirmaciones, pero conste que ella asegura tener el inventario completo y que encontrándose allí, a la sazón, su marido, tuvo motivos para estar bien informada.

(17) Los ejércitos andaban mal de Tesorería, pero no así los Generales. El regimiento en que servía Marcel tuvo que cobrar la gratificación de cien mil francos que concedió Napoleón a los que habían hecho la campaña de Alemania, para ello no hubo necesidad de traer el dinero de París, lo anticipó el general Mancune, a quien se lo pagó en Francia el habilitado del regimiento.

Tanto habían hecho la guerra por cuenta del Emperador y estaban tan identificados con éste que, a la postre, llegaron, por gradaciones insensibles, a hacerla por cuenta propia sin sospechar que su lealtad amenguara por eso.

(18) Caso se dió de que los soldados franceses no tuvieran los víveres más indispensables, y a la zaga de la columna llevasen los Generales rebaños enteros de ganado que se negaban a entregar, a pretexto de que eran de su propiedad personal. Forzados a entregarlos malvendían antes cuanto podían a los españoles y, con tal de guardar unos

(19) cientos de francos, privaban a los suyos del alimento. En Agosto del 1808 el ejército francés vivía al día, luchando con las mayores dificultades para poder subsistir, requisando cuanto encontraba. Los Generales franceses, Belliard entre otros, poseían rebaños de 7 y 8.000 merinos (robados naturalmente), que hacían pasar a Francia sustrayéndolos a sus propios hombres y evitando todo encuentro

con las tropas napoleónicas que se habrían apoderado de ellos para aprovisionarse. Esos rebaños habían ido de Extremadura, custodiados por soldados del primer ejército, cuyos hombres sólo recibían media ración de pan y, los más días, ni una onza de carne.

Los Mariscales obraban así, los Generales variaban algo el procedimiento pero llegaban al mismo resultado. Claparede, mandando la primera División del noveno cuer- (20)
po, convenció a su jefe, Drouet d'Erlon, de que el avance sobre Lisboa sólo se aseguraba con un flanqueo que batiera hasta más allá del Duero a las guerrillas portuguesas, «suponiendo combates—dice Thiebault—(que en las gue»rras de pueblos se inventan impunemente con algunos tiros »al aire, disparados contra las tapias, o contra patriotas in»defensos) levantó contribuciones enormes, de las que ja»más dió cuenta, no dejó un pueblo para explotar otro sino »cuando le hubo sacado hasta la quinta esencia. Esta »campaña de pillaje y concusiones le hizo bastante rico »para atender el resto de su vida a su lujo, a sus prodiga»lidades y a los caprichos de no sé qué señorita». Son palabras de un general francés, ¿qué no dirían los habitantes de los pueblos saqueados?

«Los oficiales superiores no se satisfacían sin arrancar (21)
»a los desgraciados habitantes hasta sus últimos recursos, »cada General, además de las contribuciones oficiales, que »eran abrumadoras, exigían otras por su propia cuenta. A »Burgos se le obligó a pagar de cuatro a cinco millones de »reales, la provincia de León dió dos y medio, Valladolid »cuatro y medio». «Mi huésped, que era antes riquísimo, »está hoy completamente arruinado» (Reiset).

Practicaban el principio de que todo puede reducirse a metálico y no vacilaban nunca en aplicarlo. Favor que les pidieran había de llevar compensación en dinero, pueblo que ocupaban había de darlo, queja que tuvieran contra alguien no podía perdonarse si no mediaba dinero.

El general Kellerman, jefe militar de noroeste de Espa- (22)

ña, «era un concusionario incorregible —dice Gonneville—, »encerraba en los calabozos de la Inquisición de Valladolid »a los notables de su distrito, y después concertaba su liber- «tad con las familias a cambio de oro que se embolsaba». Del mismo refiere Miot que tenía establecida una tarifa para rescate de los prisioneros que pasaban por su residencia.

(23) De Foy dijeron, oficialmente, mil atrocidades, y fué nombrado varias veces en la orden del día para vergüenza suya. La Junta de Plasencia no obstante saber la poca eficacia de sus quejas, acudió varias veces ante Marmont, reclamando contra los atropellos hechos, en nombre de Foy, por sus gentes. Achacábansele latrocinios vergonzosos, como el de robar ganado del parque francés de subsistencias de Toledo. José mismo se quejó a Napoleón de la conducta de Foy en Plasencia y Talavera.

(24) Darmagnac creyóse rey de su gobierno de Castilla la Vieja y estableció una Aduana en Pancorbo, donde cobraba un impuesto sobre las lanas que cruzaban por la carretera de Francia.

(25) En cierta ocasión, los guerrilleros burlaron la persecución de Thiebault valiéndose de una ingeniosa estratagema, no supo pensar en otra venganza que volver al pueblo donde había ocurrido el suceso y obligar a los menos pobres a pagar una crecida suma.

(26) Tenían fama bien ganada de ladrones, y ellos son los primeros en declararlo así. Blaze no puntualiza, pero acusa en globo a los Generales franceses de haberse llevado cuanto oro, cuanta pedrería y cuanta obra de arte existía en las iglesias de España. «¡Cuántos diamantes y rubís, »que habían brillado durante siglos en las poéticas y so- »lemnes ceremonias de la Iglesia católica, se han visto »adornando la garganta desnuda de una bailarina de »ópera!», «los magníficos cuadros que decoraban las »iglesias de España han tomado, casi todos, el camino de »Francia». «Si se hubiera fusilado alguno de nuestros afi-

»cionados a las bellas artes, que las protegían tan bien en »sus furgones con una buena escolta, la guerra no se ha»bría hecho nacional». «Verdad es que para eso habría »sido preciso que muchos se hubieran hecho fusilar a sí »mismos».

Reiset, refiriéndose al General que los mandaba en la (27) provincia de Toledo, dice: «¿qué hacer con un hombre que »no piensa más que en su mesa y en su cama, o su oro? Y »aún hay, desgraciadamente, muchos que son peores y »se preocupan más de sus intereses que de su reputación y »del bienestar de sus soldados».

En la última retirada de los franceses, la guerrilla de (28) Mina dió sobre un convoy en el que iban más de 1.200 empleados franceses que llevaban el fruto de sus rapiñas. La mayor parte cayó en poder de los patriotas, pero los soldados enemigos tuvieron aún tiempo de recoger alguna parte, y cuando Desboeus los encontró en Jaca «jugaban »por las calles con las manos llenas de dinero, se les oía »cantar en todas las tabernas». En vez de defender a los suyos habían preferido entregarse a la rapiña y tomar lo que dejaban los guerrilleros.

Miot, al hablar del botín que cogieron los aliados la no- (29) che de la derrota de Vitoria, dice: «las riquezas de los Gene»rales, de los oficiales, de los empleados civiles, adquiri»das en cinco años de guerra, de rapiña y de exacciones, »fueron presa del vencedor».

Maniere acusa a un General de haber obtenido un mi- (30) llón de francos en onzas de oro, de los vecinos de Toledo, en rescate de un cuadro de la Catedral y del puente de Alcántara que iba a volar. «¡Cuántas fortunas se hicieron »de igual manera!» dice, comentando el hecho.

Otros son más claros y dan los nombres. Gonneville (31) cuenta que a Darmagnac, que mandaba en Cuenca, se le atribuía la ruina de todo aquel país, «ruina que no resulta»ba, según decían, ni en provecho de las tropas ni en be»neficio del Tesoro Imperial». Parquín dice que el desta-

camento en que él formaba apresó en un vado del Duero una reata de arrieros que pasaba cargada de mercancías, y todo fué llevado a Zamora, donde el general Fournier Sarloveze se quedó con el botín para sí solo. Gonneville refiere también que habiendo hecho prisionero a un patriota lo llevaron al general Boussard, su jefe, y éste, después de dar audiencia a la madre y a la esposa del español, lo dejó en libertad; «todos los que conocían al General pensaron »que esto se había conseguido a precio de oro».

(32) Entre las peticiones que José hizo a Napoleón, cuando fué al bautizo del Rey de Roma, fué una la de que salieran de España cuatro o cinco Oficiales Generales que desolaban el reino con los impuestos que exigían en beneficio propio.

Dinero que parara a su alcance por fuerza iba a dar a
(33) su bolsillo. Los fondos secretos, para gastos de confidencias, no se aplicaban jamás a este fin. Al firmar Junot la Convención de Cintra, menos desinteresado de lo que nos lo quiere pintar su Duquesa, mandó que le llevasen a su palacio un millón de francos que había en la Caja del Gobierno. Reclamáronlo los ingleses y, conociendo la gente con quien se las habían, registraron todos los equipajes del General en jefe abajo. «Obligáronle a restituir infinidad de »objetos de valor y, entre otras cosas, una magnífica colec»ción de cuadros que el general Delaborde había sacado, »sabe Dios de donde».

Los más no se preocupaban de buscar procedimientos originales ni de afectar disimulo alguno, y seguían el camino derecho de exigir lisa y llanamente el dinero. Pedían como si fuera para el ejército y lo guardaban como si fue-
(34) se suyo. El caso es tan frecuente que todos hablan de él sin puntualizar nombres, como quien trata de cosas corrientes. «Frecuentemente tenía que reprimir las exigen»cias exhorbitantes de ciertos oficiales con los habitantes», dice Brandt. «Oficiales franceses—refiere Bigarré—, bajo »pretexto de hacer pagar el sueldo a las tropas, levantaban

»enormes contribuciones en especie que se guardaban». »El Emperador a quien José se quejaba de estas arbitrarie- »dades, castigó severamente alguna vez a los concusiona- »rios, pero estos ejemplos de rigidez eran poco frecuentes y »solo a medias remediaban el mal».

Era la de robar costumbre que traían arraigada de antiguo, y para ejercitarla sólo necesitaban hallar ocasión.

Girardín reconoce que el respeto de los españoles por (35)
el Rey garantizaba a Palacio de todo atentado; cuando los franceses llegaron el 20 de Junio, la antigua máquina funcionaba como si nuestro señor D. Carlos IV fuera a entrar por la Puerta del Príncipe. Al marcharse los franceses ocho días después, espantados por la noticia de Bailén, nada dejaron. En el pandemonium de aquella desbandada llegaron a extremos increíbles.

Los españoles decían que José, no pudiendo ponerse la corona en la cabeza la llevaba en el bolsillo. Los franceses obraron como si lo pensaran y recabaron su parte del botín.

José robó en el real Palacio, robó las caballerizas, la
yeguada de Aranjuez, los soldados saquearon los equipa- (36)
jes de José, los del Embajador de Napoleón. En la segunda jornada le habían quitado a aquél más de cuarenta animales de tiro; un General se llevó seis mulas con el hierro de la Casa Real, y esto lo hacían donde él estaba. Para poderse llevar los animales que arrastraban los furgones donde se encerraba la soberbia vajilla de los reyes prendieron fuego a los vehículos.

Cuando la tropa imperial se apodera de algo nadie (37)
piensa en tasarlo ni menos en pagar su importe, cuando dicen que lo compran, tampoco. En la primera fuga de José preguntó al alcalde de Bribiesca cuánto se adeudaba por víveres suministrados a los franceses; «todo, responde el »alcalde, y si el pago no llega pronto las tropas carecerán »de lo más necesario».

Su codicia era desvergonzada y franca. Hablando con (38)

Thiebault de ciertas exeeciones cometidas en Valladolid, decía el general Kellerman: «¿acaso se figuraban que yo »pasaba el Pirineo por cambiar de aires?».

(39) Los Mariscales cobraban sus enormes pagas cuando la tropa no tenía ni para percibir el más miserable prest. Los Generales que aún guardaban algún pudor tenían que rodearse de las mayores precauciones al hacer entrega a su sucesor si no querían verse envueltos en los robos de éstos.

(40) Especulaban los gobernadores con el hambre de sus administrados, los subalternos engañaban a los jefes y explotaban a su vez al pueblo, y en último término, éste pagaba con hambre y miseria el pecado de codicia insaciable de los tiranos que la suerte le había deparado. En Burgos robaban el ganado para enviarlo al matadero, los granos para especular con ellos, los soldados, después quemaban los carros para calentarse, y el labrador, puesto en el trance de morirse de hambre, cogía un arma y se echaba al campo. Belliard exigía al corregidor de Madrid 10.000 francos mensuales para gastos de mesa, otro General pedía 8.000, un tercero que le dieran la asignación que cobraba en Prusia.

(41) Los comandantes de puesto eran señores feudales hasta donde sus fuerzas llegaban. Darmagnac saqueaba los alrededores de Burgos en un radio de cinco leguas, y por medio de columnas volantes se apoderaba de cuanto había, acaparaba los granos, especulaba con ellos, no daba nada a las columnas que pasaban y lo guardaba todo en provecho propio. Otros tenían también sus zonas de robo, tenían ganados que pastaban en el glácis de la fortaleza o al pie de la cerca del pueblo, aves robadas en las cercanías, campos en los cuales cobraban el diezmo. Para los rebaños que cruzaban por la llanura inmediata eran todos más peligrosos que lobos hambrientos.

(42) Los modestos jefes de cantones conformábanse con exigir diez o doce raciones para ellos solos y cobrarlas en

metálico, los que mandaban plazas más importantes escatimaban raciones a los oficiales y soldados para lucrarse con su valor. Brandt acusa al Comandante interino de su batallón de traficar con el vestuario de los soldados y admitir calzado inútil. Gonneville dice algo más fuerte, afirma que el Comandante de la plaza de Tolosa tenía una tarifa de multas que debían pagar los pueblos en cuya jurisdicción desapareciera un francés, y se resistía siempre a dar escoltas que, protegiendo las vidas de los pasajeros, disminuyeran sus ingresos. Todo era materia de tráfico, el alimento, la salud, la vida de los hombres.

No había combinación útil que fuera para ellos demasiada baja o bastante despreciable. Thiebault habla de un jefe francés que hizo que un empleado del Ayuntamiento de Salamanca acompañara todas las mañanas a su cocinero a la plaza para pagarle el gasto de la compra. La Duquesa de Abrantes cuenta que un General estuvo alojado en la misma ciudad en casa del marqués de Scala, y pagó la hospitalidad llevándose, al marchar, cuanto había en ella. Lo que necesitaba en el campamento lo llevó al Sitio de Ciudad Rodrigo, el resto lo expidió en furgones a Francia. (43)

Blaze cuenta que un Comandante francés, prisionero en los pontones de Cádiz, no queriendo fugarse por miedo a perder el capital que allí tenía, en monedas de plata, delató a los centinelas españoles un complot que habían tramado sus compañeros para evadirse. (44)

Hasta donde llegaba la vergüenza de los militares franceses puede calcularse por la anécdota siguiente, que refiere Parquín:

El General Fournier Sarloveze fué en cierta ocasión de Zamora a Toro, y llegado que hubo, como se enterase de que el Gobernador militar, Poinsot, estaba enfermo, subió a visitarlo. Después de informarse de su estado, Fournier tendió la vista por la habitación y vió sobre la chimenea dos pilas de onzas de oro, con veinte monedas cada una. (45)

Sin más cumplidos cogió una de ellas, metiósela en el bolsillo y dijo a Poinsot:

—Querido colega, como es casi seguro que este dinero no procede de vuestras rentas de Francia, y siendo yo el General de la caballería de esta provincia, es muy justo que también tenga mi parte, la recojo y me voy. Buenas tardes y mejorar de salud.

Y Fournier, que tenia caballo y escolta a la puerta, partió a galope hacia Zamora.

Quedó Poinsot desconcertado por el momento, con el cinismo del otro, mas reponiéndose, hizo propósito de traerlo a mandamiento, y, un domingo, libre ya de sus calenturas, corrió a Zamora, entró sin hacerse anunciar en el comedor donde estaba Fournier con varios oficiales, y le dijo:

—General, sé que a quince pasos espabilais una bujía de un balazo, yo en cambio puedo daros una estocada a la altura del cuarto botón de vuestro uniforme, así es como respondo a los insolentes de vuestra especie, y salió de la habitación saludando a la concurrencia.

Fournier aceptó el desafío, no era hombre que retrocediera en ese terreno, pero los padrinos nombrados consiguieron evitar el duelo y arreglar todas las cuentas entre los dos Generales. Fournier guardó las veinte onzas y en compensación dió a Poinsot un caballo viejo que había sido de María Antonieta.

(46) Los oficiales envidiaban la suerte de los Generales, éstos, en cambio, mostrábanse quejosos cuando los oficiales, anticipándose, hacían presa en lo que ellos se proponían robar. Era una carrera al saqueo en la que todos luchaban por los miserables restos de la hacienda que quedaba a los españoles, nadie disimulaba su ansia, todos hacían la guerra por obligación y tenían el robo por oficio gustoso.

Unos a otros se acusan de concusiones, de extorsiones violentas, de robos; no hacen falta testimonios de extraños,

bastan sus propias confesiones para hacer la historia de los latrocinios del ejército imperial en España. Maravilla es que después del saqueo feroz de que fué víctima la nación durante seis años, quedase en ella cosa que valiera un maravedí.

CAPÍTULO X

Ruinas, asolaciones, fieros males.

Todo cayó en cerrado turbión sobre España en aquella terrible semana de años, digna de un Dios de venganza que quisiera castigar a su pueblo. Figuraos un ejército que en momentos, llega hasta contar 400.000 combatientes, con más la cáfila innumerable de cantineros, mujerzuelas, rateros, proveedores, trajinantes, carreteros, mercaderes de mala ley, que van tras sus pasos, y figuraos que caen sobre nuestra patria aguijoneados por la codicia, tolerados o estimulados por sus jefes, sin freno de caridad, creyendo combatir cuando roban como cuando matan o incendian, llevad todas las pasiones infames que duermen en el fondo de las almas al paroxismo por el temor a la venganza que amaga siempre y sin saber por donde, y tendréis una primera idea, así como el punto de partida para conocer el martirio que padeció nuestra madre desde 1808 hasta 1814.

Y cuenta que no es la memoria irritada de nuestros antepasados la que habla, son ellos, los que robaron, los que incendiaron, los que asesinaron, quienes cuentan todo esto, y, por tanto, no hay que hacer deducción ni baja. Verdad debe ser cuando lo confiesan. Aun sería justo añadir que más con mucho deben haberse callado, pero es tanto lo que ellos mismos declaran que no hace falta separarse de los propios términos de sus palabras.

Napoleón vino a regenerarnos; era España un país que
(1) había decaído de su pasada grandeza, necesitaba civilización, progreso, ciencias, y todo eso vinieron a traérnoslo las tropas del Gran Emperador.

En el Sitio de Zaragoza, cuenta Lejeune, los soldados
(2) franceses hacían trincheras y defensas con los libros de las bibliotecas conventuales. «Aquellos enormes volúmenes »en los que se refieren las vidas de los mártires, los infolios en pergamino, nos eran muy útiles. Apilábanse como »ladrillos y, ya estuviéramos en pie, o ya tumbados,
(3) »nos defendían perfectamente de las balas». Este saqueo de las bibliotecas aún no era lo peor. Por las noches los soldados, no encontrando madera, quemaban esos libros para calentarse o bien arrancaban hojas para hacer antorchas que alumbraran aquellos laberintos. «Nues»tros oficiales dolíanse de tal vandalismo, pero la ma»dera escasea mucho en las construcciones de Zaragoza y »era difícil hallar otros combustibles. Cuando les queríamos »hacer comprender el valor de los volúmenes griegos, lati»nos, o árabes, que destruían, decíannos—esos libracos »sólo sirven para ser quemados, no se entiende una pala»bra—. Así se perdió una valiosísima colección de manus»critos y documentos antiguos, de los cuales sólo aparecie»ron después hojas sueltas». (Lejeune).

(4) Leyendo esto dan ganas de romper en elogios a Billón, que robaba los libros de las bibliotecas para regalárselos a sus jefes.

Esto era en la guerra de calles, que en los campamen-
(5) tos del exterior la destrucción tomaba mayores vuelos. Allí ya no era solamente los libros los que pagaban el gasto, empleábanse sí para formar un piso sobre el cual dormir, para calentarse llevaban los ornamentos de los altares, las esfigies de madera dorada, las estátuas de santos, y todo se quemaba. Para hacer tiendas de campaña que los cobijasen no encontraban cosa mejor que los cuadros que había en las iglesias ocupadas; «esas telas pintadas y barni-

»zadas los abrigaban perfectamente del sol, de la lluvia, »del frío y de la humedad».

Lejeune, que refiere todo esto y se duele de la destruc- (6)
ción de las bibliotecas, no siente compasión, por esos destrozos. «Había que vivir». Todo el comentario que se le ocurre es compararle a una feria de pinturas de París viejo.

En Miranda, cuenta el Médico Percy, que los soldados (7)
robaban los ornamentos y los vasos sagrados, quemaban los altares, violaban las tumbas. En Cardeña quemaron las bibliotecas del Monasterio, profanaron los sepulcros del Cid y de Gimena y sacaron sus huesos para buscar el tesoro que suponían allí encerrado.

El aliado que más ayudó a Napoleón en su obra de destruir esta nación que no quiso doblegarse a su tiranía fué el fuego. Las Memorias francesas resplandecen en cientos de páginas con las llamas de los incendios que recuerdan sus autores. Ardió España en patriotismo, pero ardió también materialmente en una hoguera inmensa, que atizaron los invasores.

Saint Chamans, en un viaje, ve a lo lejos unas casas (8)
ardiendo. «Confieso—dice—que esa vista me causó gran »placer, porque comprendí que estábamos cerca de un cam»pamento de nuestras tropas; efectivamente, era la División »Delaborde». En una expedición por Aragón se apoderan los franceses, sin resistencia, de un Monasterio, una vez tomado, lo incendian, «para demostrar a los paisanos que »lo habían conquistado». El fuego era la señal indiscutible de posesión francesa y por ella los conocían así amigos como enemigos.

Familiarizáronse con esa forma de destrucción primitiva y la sistematizaron.

«Hubo que volver a descansar en Orihuela—dice »Brandt—y allí, a falta de otro combustible, se hizo fuego »con los muebles y la madera de las casas». «La madera (9)
»era poco común en el valle del Tajo—cuenta Naylies—y

»como los que nos precedieron habian quemado los mue»bles, las puertas y las ventanas, no nos quedaba otro re»curso que el de demoler las casas y todos los días se de»signaba cierto número a cada compañía. Más valía esto »que quemar las viñas y los olivos, que son la riqueza del »país». Ved por cuanto aún debemos estarles agradecidos por su caritativa precaución. «Tamames estaba abandona»do—refiere Marcel—nuestros hombres, que recibían harina »y no podían hacer pan por falta de hornos, destruyeron el »pueblo», y así, con los despojos, tenían leña y hacían hornos.

(10) En Plasencia alójase Marcel en un convento, donde se almacenaban más de mil balas de algodón, los soldados gritan alegres, deshacen los bultos, y forman, para descansar, magníficos lechos. De pronto, óyese la voz de ¡fuego!; era el algodón que ardía, y con tal rapidez, que hubo que saltar por las ventanas. «Dejamos tranquilamente que ar»diera el convento y pasamos la noche a la intemperie». Así, plácidamente, como satisfechos del hermoso incendio, aunque esto representara daños incalculables, molestias y descanso perdido.

En los conventos de Salamanca, donde se acuartelaron las tropas francesas, quemaron cuanto había al salir de la ciudad por última vez los invasores. «Aquellos edifi»cios donde antes reinaba el lujo y la opulencia estaban »casi quemados, o destruídos por completo», confiesa Marcel.

(11) La guerra de Galicia es un episodio de franca barbarie, notable aun en aquella guerra de grandes ejemplos. Marcel cuenta que en una excursión por las cercanías de Redondela quemaron más de sesenta aldeas, y añade: «todos los »días se destacaban batallones para expediciones seme»jantes».

(12) «En Portugal—dice Naylies—los franceses incendiaban »los pueblos, demolían lo que había perdonado el fuego, y »destruían cuanto podía ser de alguna utilidad». Es la bar-

barie de los hunos llevada al colmo por la constancia paciente del hombre moderno.

Cuando José iba de retirada, después de Bailén, a su (13)
paso por Lerma, los franceses incendiaron el palacio ducal. Podría explicarlo la rabia del vencimiento, pero a su regreso, tres meses después, no subsistía, para ellos, la causa, eso no obstante, continuaban poniendo su marca de fuego en cuantos lugares visitaban, y Lerma fué de nuevo visitada por el incendio. Girardín relata la noche que pasó allí en compañía del general Delorges, yendo camino de Madrid en busca del Emperador.

Estaba el general haciendo calurosos elogios de sus dragones, cuando llegaron a avisarle que aquellos soldados modelo estaban echando abajo las puertas de todas las casas.

—¿Para qué?—preguntó Delorges.

—Debe ser para buscar víveres.

—¿No se los han dado?

—No.

—Entonces es natural que los busquen, y el general se acostó tranquilamente.

A poco llegó noticia de que los dragones bebían cuanto vino encontraban.

—Nada más lógico—explicó el general—, han comido y quieren beber.

Más tarde llega otro aviso; los dragones habían puesto fuego a la villa por una porción de sitios.

—Deben estar borrachos.

—Sí, mi general, lo están.

—La gente que está borracha no sabe lo que se hace. Dad las órdenes para que no incendien esta casa.

—Ya están dadas, mi general.

—Entonces, buenas noches. Y el general Delorges, satisfecho de la conducta irreprochable de sus soldados, verdaderas señoritas, según él, quedóse dormido como un bendito.

(14) El rey José entró en Aranda, las campanas tocaban a fuego, alguien del séquito preguntó qué significaba aquello al primer centinela que toparon.

—Debe de haber fuego en alguna parte; esos cochinos de españoles lo están viendo continuamente y no acaban de acostumbrarse.

—¿Quién lo ha prendido?

—Ah, nuestros soldados seguramente.

¿Qué comentario sería tan elocuente como esa confesión de sincero cinismo?

En medio de los campos paseaban del mismo modo su instinto rabioso de destrucción.

(15) Después del saqueo de Beceite—cuenta Brand—se quemaron todos los olivos y se incendiaron las viñas. Yendo por tierra de Valencia encuéntrase Desboeufs en los huertos de naranjos. Las tropas que habían pasado antes habían quemado las moreras y los algarrobos; «nosotros, para li»brarnos del frío, nos vimos precisados a quemar los naran»jos, echábamoslos al fuego cargados de fruto, del que es»tábamos hartos». Toda la industria del hombre y sus esfuerzos de siglos desaparecían en una sola noche; el fuego, cargado de humo de la leña verde, no valdría ciertamente lo que una buena llamarada de sarmientos o desbrozo de poda, pero ¿y el placer de echar a la lumbre árboles enteros cargados de fruto y llevar la ruina al pobre pueblo que no hacía más que defenderse? Eso debió satisfacer sobre todo encarecimiento a las magníficas hordas imperiales, y bien se nota en la complacencia con que lo refieren sus cronistas de la clase de tropa, los que no se adornan con falsos humanitarismos y tienen demasiado arraigado el instinto brutal para no darlo al viento en las líneas de sus Memorias.

(16) Girardin resume sus observaciones con estas palabras: «quemar es un placer del que no se hastiaban nuestros sol»dados. Prendían fuego hasta a los campos de trigo a punto »de segarse; las espigas, doradas por el sol, ardían con

»facilidad suma, y no bien se habia puesto fuego a un cam-
»po cuando las llamas se extendian a enorme distancia. La
»pasión de quemar era tan grande entre estas tropas, que
»apenas salíamos de las chozas en que habíamos pasado
»la noche ya ardian».

Cuando la causa no era el instinto criminal de destruc- (17)
ción éranlo la imprudencia o los actos de guerra. Acampando junto al Gordo, los franceses incendiaron involuntariamente los campos de mies; todo lo consumió el fuego en torno suyo, y sólo por una casualidad afortunada, pudieron evitar que saltasen los armones de artillería. La noche que siguió al combate de Puente del Arzobispo ardieron los campos de las orillas del Tajo, incendiados por los obuses disparados durante la acción. «Torrentes de fuego—dice Naylies—impulsados por un »viento impetuoso, se precipitaban sobre todo cuanto »pudiera ofrecerles alimento y avanzaban espantosos. En »un momento vimos consumirse todo un bosque de enci-»nas. Las quejas de los heridos que huían por evitar el »incendio, el grito de desesperación de los desgraciados »que no podían huir, causaban horror. Algunos españoles, »con la pierna segada por una bala, arrastrábanse hasta »nuestros vivacs. Toda la noche oimos disparos de fusil, »y, de cuando en cuando, detonaciones semejantes a caño-»nazos. Eran las armas y las cajas de municiones dejadas »sobre el campo de batalla, que explotaban al alcanzarles »el fuego. Aun continuaba el incendio cuando marchamos »a la mañana siguiente».

Detrás de los franceses quedaba la desolación. La ca- (18)
ballería arrasaba los campos de mies, los ejércitos destruían las ciudades populosas, los pueblos, hasta en el retiro de las Sierras, el huracán de fuego asolaba la tierra; las ruinas eran huella clara del paso de las huestes imperiales.

«Las calles de Puente del Arzobispo estaban llenas de »cadáveres de hombres y caballos, que exhalaban olor

»pestilente. En Cazalegas habíase establecido una ambu-«lancia del ejército francés el día de la batalla de Talavera, »y las casas estaban llenas de cadáveres. El olor era inso-»portable; cuatro meses más tarde, aún se veían por las »calles miembros humanos esparcidos en medio de restos »de techumbres, muebles y maderos medio quemados». «Cruzamos Villalmazo—dice también Naylies—enteramen-»te abandonado, ofrecía la imagen más espantosa de la »guerra; sus casas, hechas cenizas, humeaban aún y las »ruinas estaban llenas de cadáveres. Llegamos el 27 a »Lerma, tuvimos que pasar por medio de las llamas que la »consumían, no ví un solo habitante».

(19) «Almaraz era un montón de escombros, los beligeran-»tes, que la habían ocupado tantas veces, habían demolido »las casas para obtener madera con la cual hacer puentes »volantes, que después quemaban, al acercarse el enemigo. »Un extenso olivar, situado a saliente del pueblo, había »sido quemado; por todas partes se veían huellas de nume-»rosos vivacs, la tierra estaba cubierta de balas, de tro-»zos de granadas, de restos de un parque de artillería, que »el ejército francés había hecho saltar». Refiriéndose a las inmediaciones de Toril, en tierra de Toledo, dice el mismo Naylies: «Aquel lugar y sus cercanías ofrecían la imagen »de la devastación más completa, las mieses habían sido »pisoteadas, los árboles cortados, las casas demolidas, la »iglesia incendiada, no se veía un solo habitante, era im-»posible procurarse alimentos. Para colmo de infortunio, en »un tiempo tan caluroso, en medio de la llanura sin árbo-»les, no había otra agua que la de un pozo lleno de »inmundicias y de cadáveres».

(20) «El camino de Valladolid (según se va de Burgos), era »el más desagradable que pudiéramos seguir—dice Reiset— »todo estaba arruinado, saqueado, quemado». Cuando hace alto el ejército, a orillas del Tietar, exclama Naylies: «aquel »lugar salvaje era preferible a los pueblos ardiendo que »veníamos encontrando de muchos días atrás». Era el ras-

tro de la guerra, que dejaban marcado los franceses con sangre y fuego.

Napoleón no pudo nunca pagar los gastos de sus gue- (21)
rras y dejó este cuidado, con otros muchos más, a los habitantes de los países vencidos u ocupados. Los soldados por fuerza habían de comer y cuando la administración militar no suministraba vituallas, buscábanlas ellos dónde y cómo podían. En Navarra y Vizcaya, cuenta Vigo-Rousillon, no llegaba nada de Francia, ¿qué ocurriría en las provincias del interior?

De los latrocinios de jefes y generales puede darse idea con ejemplos, pero la rapiña constante del soldado escapa a toda descripción.

El español que tenía algo, convencido de que su posesión precaria cesaría con la llegada de los franceses, perdíale apego, daba o destruía con indiferencia. A fuerza de tener suspendidos constantemente sobre la cabeza saqueos y muertes, las almas llegaron a estado semejante al de la época milenaria, y miraron los bienes materiales con desinterés próximo al desvío.

En los tiempos de la primera invasión los robos fueron menos frecuentes; la administración española cuidaba de procurar reservas de galleta y enviar por delante rebaños de vacuno, y la rapiña sólo aparecía cuando los aprovisionamientos se retrasaban, que la fuerza de la costumbre no (22)
podía vencerse. Marbot refiere que, al pasar la Sierra de Gata, el ejército de Junot (mucho antes del 2 de Mayo), se apoderó de manadas enteras.

A poco de empezarse la guerra, Fantín des Odoards, dice: «ya el afán de pillaje que nuestros soldados contraje»ron hace mucho tiempo, reaparece aquí y acabará por »exasperar al pueblo español». El que así se lamenta de la desmoralización del ejército acaba haciéndose a ella, y recordando con íntima complacencia la satisfacción que le proporcionó ese robar sistemático y constante. El refiere, regocijándose con el recuerdo, como, para surtirse de víve- (23)

res, en un pueblo de la vega del Tajo, acudió al procedimiento de secuestrar a los alcaldes de otros inmediatos y pedir su rescate en provisiones, amenazando con la muerte a los dos desgraciados si esas no llegaban antes de tres días. Consiguió lo que pedía, que los infelices españoles sabían bien como cumplían los franceses esas promesas de asesinato a mansalva, y él ríese de «su comedia» y se congratula de la ingeniosa invención. No piensa que eso fuera un crimen cobarde, ni que procediendo así justificaba la venganza que el primer guerrillero tomara en los soldados franceses que antes hallara a mano.

(24) En La Mancha robaron los soldados tantas mulas, que las daban a dos y tres por un luis de oro, y los oficiales las compraban para revenderlas después en Madrid con beneficio enorme.

(25) «No hay orden—escribe Reiset—, se roba de una manera vergonzosa». Thiebault refiere que los guerrilleros de D. Julián Sánchez encontraron en el cinto a soldados franceses del ejército de Portugal, hasta 180 onzas de oro por hombre.

(26) Pepé afirma que los soldados italianos que él mandaba, llevados por la emulación que en lo bueno y lo malo les incitaba a sobrepasar a los mismos franceses, habían contraído una costumbre invencible de robar.

(27) Su buena voluntad no hacía distingos, todo cuanto pudiera tomarse era presa aceptable. Marcel refiere que mientras el Regimiento 69 de línea estuvo destacado en Santiago de Galicia, salían, diariamente, batallones a saquear e incendiar los pueblos y aldeas de las cercanías. Al regreso instalábanse los soldados en las plazas de la ciudad y ponían al público los despojos de la razia. Cambiaban entre sí lo que les convenía y vendían el resto; joyas, piedras finas, sedas, tapices, salían en aquellos mercadillos de bandoleros. Cuando saquearon a Bilbao en 1808 llevaron el botín a Miranda, y la feria llegó hasta la misma antesala de José a ciencia y paciencia suya y de sus generales.

No hubo ocasión, por terrible que fuera, que pudiese curar a los franceses del frenesí de robo. Zaragoza rendida, (28)
más claro, las ruinas humeantes de lo que había sido Zaragoza, eran suyas, los cadáveres insepultos estaban esparcidos a millares por calles, iglesias, sótanos, plazuelas, la peste reinaba en el recinto y el Mariscal Lannes puso en todas las puertas de la ciudad guardias que impidiesen la entrada a los militares aislados. Tanta defensa de nada servía, contra las órdenes de los jefes y el peligro de la epidemia entraban los soldados, desde el primer día, por caminos accesorios, a saquear el sudario sangriento del pueblo inmortal. El vino, los restos de provisiones, pasaban al campo francés y llenaban vasos y marmitas; para ellos no había escrúpulos ni respetos que estorbasen.

Robaban a conciencia. Frecuente es dar con párrafos (29)
como este: «...dejamos la llanura y entramos en los pasos »de la Sierra de Béjar. Gracias a la actividad del quinto »Cuerpo, que nos había precedido, al hacer alto junto a la »villa de Valverde no encontramos absolutamente nada; las »casas, saqueadas, estaban tan limpias de víveres como de »habitantes», o «...mi batallón fué alojado en un convento »cuyos vinos gozaban de gran reputación. Desgraciada»mente las tropas del quinto Cuerpo habían pasado por allí »antes que nosotros y la bodega no era ya más que un re»cuerdo histórico».

Los ejércitos dependían, para su subsistencia, de lo que (30)
traían las partidas que salían diariamente a recorrer los alrededores y buscar lo poco que los habitantes hubieran dejado oculto o no se hubieran podido llevar. Eran esas partidas destacamentos numerosos, armados y bien dirigidos, que recorrían grandes distancias llevando recuas de mulos y caballos.

Metíanse por todos los caminos, subían montes, cruza- (31)
ban desfiladeros, reconocían minuciosamente chozas, cuevas, edificios de toda clase, y volvían, cuando volvían, a contar a sus camaradas sus hazañas y a compartir con ellos

el fruto de sus rapiñas. Ellos se aprovechaban de las ocasiones de hartura antes que nadie, y cuando el botín era abundante, gozaban ampliamente de él. El resto se repartía entre las compañías, según su contingente, y otra expedición de merodeo salía al campo. El saqueo de ayer obligaba a los merodeadores de hoy a dejar las comarcas próximas y buscar más lejos zonas no devastadas aún, y así separándose más y más del núcleo de las fuerzas, llegaban a retroceder hasta cuarenta leguas a retarguardia y extenderse a enormes distancias sobre los flancos. En Portugal la escasez llegó al punto de tener que comerse los borriquillos; los habitantes defendían como podían los escasos recursos de que dependía su vida y la de los suyos, y consecuencia de esto era un continuo perder soldados los franceses en aquella indigna pelea por el pan nuestro de cada día.

(32) «Era preciso batirse para tener el grano, era preciso ba»tirse para conseguir que lo molieran. Los horrores consi»guientes a este sistema de aprovisionamiento—dice Fan»tin—eran innumerables. Cada día caían nuevas víctimas. »Era una imprudencia diseminar así las tropas en tanto que »el enemigo estaba reconcentrado, pero sin almacenes, sin »medios de transporte, no había otro medio de vivir».

(33) Jourdan, que era todo un general, habla con la mayor naturalidad de los merodeadores de la Compañía, igual que pudiera hablar del teniente o del capitán. «La mitad del »ejército—escribe—se ocupaba en alimentar a la otra mitad». La Duquesa de Abrantes refiere que en cierta ocasión hubo que abandonar al ejército inglés los merodeadores, eran 1.200 hombres. El saqueo de palomares y gallineros que en la guerra de Alemania hacían algunos soldados para abastecer las mesas de los oficiales, quedó olvidado como juego de niños. Ahora el robo se acompañaba de formas que lo hacían cien veces más odioso. Para descubrir los víveres, que se suponían ocultos, los jefes de destacamento amenazaban con los más severos castigos a los

degraciados paisanos que cogían y al terror de la guerra aunábase la guerra del terror.

A la postre llegaron a organizar robos en gran escala y mandaron cuerpos de tres y cuatro mil hombres en busca de provisiones, ganado, dinero, que tomaban donde lo hallaban, sin pretexto alguno, por la suprema razón «de ese (34)
»derecho incontestable que se llama la fuerza», dice, cínicamente, D'Espinchal. Con este procedimiento daban estado legal al robo y en vez de los latrocinios aislados de merodeadores y bandidos tuvimos la espoliación en grande, franca, abierta, tal como la hacen los beduinos del desierto que a nadie pretenden civilizar. Así se hacia innecesaria toda administración militar y se simplificaba la guerra.

D'Espinchal estuvo en ese servicio de bandidaje y nos (35)
dejó relación de sus excursiones por La Mancha. «En Alba»cete—dice—encontramos innumerables depósitos de trigo, »cebada y vino, oculto todo en cuevas hondísimas, y nos »apoderamos de ello para hacer distribuciones regulares». «En Pozuelo di orden al alcalde para que enviasen a Al»bacete 50 bueyes, 300 carneros y 40.000 reales. En Cada»halso hice detener al Alcalde y a varios miembros de la »Junta, y bien pronto salieron para el Cuartel General 32 »bueyes, 200 carneros y 100.000 reales». «A la noche, en »San Vicente el Real, se nos entregaron 6.000 reales», etcétera, etc. Párrafos semejantes podrían citarse de unos y otros libros a pesar de que su interés debió llevarlos a ocultar la desvergüenza de esos robos inícuos.

Dejados a sí propios los soldados para fijar el cuánto de (36)
su ración tomábanla sin tasa y destruían sin fruto diez veces más de lo que aprovechaban. «He visto matar muchas »reses —cuenta Naylies— para aprovechar solamente al»gunos bocados». En la retirada de José sobre el Ebro, al pasar por San Agustín, se degollaron más de dos mil carneros, dice Girardín, los soldados que iban no pasarían de cinco a seis mil. En Somosierra se mataron reses para abastecer a 80.000 hombres. En Puente de Arzobispo los

franceses encuentran rebaños sin pastores que vagaban por aquellos campos, los soldados se apoderan de 20.000 carneros. «No he visto en mi vida destrozo semejante—dice »Marcel—en lugar de matar los que necesitasen tenían el »capricho de cortar pedazos de carne de los ANIMALES VIVOS, »que huían sobre tres patas para morir un poco más lejos. »Había que perdonarlos porque desde hacía una semana »no probaban ni una migaja de pan». ¿Sería maravilla que con tales vandalismos cayera sobre nuestra tierra el hambre como vino poco más tarde?

(37) Las Memorias francesas no hablan del robo constante, por la misma razón que no dicen que el sol sale todos los días o que se pasaba lista. Sólo cuando alcanza grado excepcional de barbarie o presenta detalles pintorescos lo consideran digno de mención. Rocca resume aquellos años de vandalismo en las siguientes líneas, que revelan la serenidad del que nada puede hacer por evitarlo y, al propio tiempo, ve caer el mal sobre cabeza ajena. «Los fran»ceses no podían sostenerse en España más que por el te»rror. El pillaje había llegado a ser indispensable para »subsistir». «Está a la orden del día—dice Fantín—. Fué »preciso regularizar el merodeo todo lo posible»—escribe el biógrafo de Foy.

(38) Refiriéndose a principios de 1809, dice Thiebault: «no »había servicios de ninguna especie. Los Cuerpos que pasa»ban corrían los alrededores para vivir y saqueaban de or»den superior. La guarnición misma no tenía más que lo »que traían las columnas móviles, y gracias a tan espanto»so estado de cosas, los campos, víctimas de la devastación »y los horrores más grandes, habíanse despoblado hasta el »punto de que en torno de la desgraciada ciudad de Bur»gos se había formado un desierto en cuatro o cinco le»guas a la redonda».

Las frases de Napoleón «veinte mil hombres viven en »cualquier parte aunque sea en un desierto», fué amplificada por ellos diciendo: «miles de hombres viven en cual-

»quier parte, en todo país se debe subsistir sea como »fuera».

El merodeo y el robo a mano armada llegaron a ser de (39)
práctica constante y se normalizaron, en los ejércitos franceses, como una función ordinaria de guerra. (Rocca).

«Era preciso que la tropa viviera—escribe Foy—no (40)
»se había preparado nada en cuestión de víveres, he tenido »que enviar a buscarlos a las casas deshabitadas y allí qui»zás se hayan cometido algunos excesos, ¿cómo evitarlos?» Para que el General admita esto en una comunicación escrita, preciso es que los soldados se hayan entregado a los mayores crímenes.

Si los innumerables hechos que comprueban el estado (41)
de robo permanente no demostraran la desmoralización del ejército francés, sería suficiente a probarla el empeño de Thiebault en decir que las tropas de su mando no tocaban jamás cosa alguna. En guerra hecha sobre principios de disciplina esa exculpación holgaría. «Los pueblos están »abandonados—escribe Foy—, los paisanos en fuga, esta »situación es consecuencia del terror que ha esparcido por »el país el ejército del Norte».

La impunidad llegó a ser ley hasta el punto de que en (42)
la guarnición de Pamplona causó INDIGNACIÓN que Dorsenne, cumpliendo una vez la Ordenanza, hiciere fusilar a dos oficiales que habían ROBADO en la casa donde se alojaban, un cofrecillo con 80.000 francos en alhajas.

Jourdán reconoce que eran ya intolerables los fraudes, (43)
las vejaciones y los abusos de toda especie que se cometían en el ejército. En Agosto de 1810 escribía José a Napoleón: «el robo y el bandidaje han llegado al mayor ex»ceso». Los soldados de la división Foy se entregaron en Aranda a la licencia más odiosa cuando se retiraban en 1812 ante los ejércitos aliados, según confiesa Jourdan también. En 1813, decía José a Clarke, Ministro de la Guerra del Emperador: «el soldado acostumbrado a vivir de lo que »encuentra no tiene el espíritu militar que debiera. El des-

»orden y el pillaje hacen progresos de día en día, los jefes »comprenden que el soldado debe vivir y todos se acos- »tumbran al espectáculo del desorden».

(44) La situación llegó a términos tales que el freno de la disciplina perdió su fuerza y se formaron batallones de salteadores. Cuando el ejército de Massena se hallaba frente a las líneas de Torres Vedras, «un sargento del 42 de li- »nea, francés, cansado de la miseria en que vivía el ejérci- »to, resolvió abandonarlo y gozar de la abundancia. Engan- »chó para esto un centenar de malas cabezas, y, al frente de »tal tropa, fué a instalarse en un convento abandonado »que se encontraba a retaguardia del ejército, suficiente- »mente provisto de muebles y, sobre todo, de provisiones »de boca, que él aumentó apoderándose por aquellos con- »tornos de cuanto le convenía. En su cocina, ollas y asado- »res, bien provistos, estaban constantemente a la lumbre »para que cada cual tomase lo que le viniera en gana. »Tanto en son de chacota como para expresar con una pa- »labra la vida que allí se hacía, bautizóse a sí mismo con el »nombre de Mariscal Caldero».

«Este miserable hizo robar gran número de mujeres, las »prostituyó, y con tal compañía y la ayuda de la pereza y »los vicios, bien pronto vió aumentada su banda con de- »sertores ingleses, franceses, portugueses, que llegaron a »sumar cerca de 500 hombres. Olvidadas todas las diferen- »cias y los odios de nación, esta canalla vivía en la mejor »armonía y en bacanal perpetua».

«Meses hacía que duraba este desenfreno, cuando un »destaçamento de tropas francesas, que merodeaban OFI- »CIALMENTE, persiguiendo un rebaño, llegó al convento que »servía de guarida al Mariscal Caldero. Sorprendidos que- »daron los franceses al ver llegar a éste a la cabeza de su »gente y ordenarles que respetasen sus tierras y devolvie- »ran el rebaño que acababan de coger. Los oficiales france- »ses negáronse, naturalmente, a atender a tal comunica- »ción, y Caldero dió orden a sus hombres de hacer fue-

»go. Cayeron franceses heridos y muertos, y el resto con »los oficiales, hubo de retirarse al Çampamento». El final, en dos palabras, fué la vuelta de los oficiales con tres batallones, el asalto del convento, y el fusilamiento de Caldero con los compañeros que no se habían presentado voluntariamente a Massena.

Llegaron los franceses a España con el vicio de la rapi- (45)
ña, propio de las antiguas bandas mercenarias, y al pasar el gran ejército, que del Norte venía a España, su propia patria sufrió los desmanes. Una vez en la Península, si la ocasión se presentaba propicia, el soldado francés robaba hasta sus propios almacenes o las provisiones que le estaban destinadas.

Cuando la derrota los aventó y repasaron en fuga los (46)
Pirineos, llevaron el vicio más arraigado aún y saquearon los pueblos de Francia como habían saqueado los nuestros. Ví con pena—dice Marc. l—que nuestros soldados »no recordaban que estábamos en una aldea francesa. Los (47)
»habitantes habían huído al acercarno; y el soldado trató »sus casas igual que trataba las de España». Girardín refiere que en el mediodía de Francia había posaderos que (48)
se negaban a recibir a todo militar francés, y Vivien describe una escena típica en la que tres oficiales atropellan la residencia de un General, tratando su propio país como territorio conquistado. Fueron allí como enemigos también, enemigos que hablaban el mismo idioma y desplegaban igual bandera, pero enemigos al fin.

Perdida la moral militar creían cumplir con su deber batiéndose en el campo de batalla y, una vez fuera de él, usaban del derecho de la fuerza, sin respetos ni frenos, para apoyar sus vicios y sus pasiones.

CAPÍTULO XI

¡Ay de los vencidos!

La experiencia de las guerras que habían hecho, enseñó a los soldados de Napoleón un desprecio soberano por el pueblo, del cual salían, y la veneración inconsciente de la aristocracia de la espada, en la cual soñaban entrar. Nunca habían encontrado resistencia más que en otros soldados, y con el criterio simplista que guiaba sus razonamientos, deducían que, pues la fuerza es la última razón y ésta solo saben oponerla los ejércitos, a los ejércitos tan solo se debía respeto.

Que nuestro pueblo se alzara contra ellos parecióles, al principio, risible, Murat se jactaba de que los cañonazos del 2 de Mayo quitarían a los patriotas toda gana de nuevos levantamientos. Pero fué muy al contrario, y cuando el soldado francés encontró que el pueblo despreciable, que él llamaba vil canalla, como hubiera podido hacerlo Luis XIV, oponía una resistencia que toda su ciencia guerrera no bastaba a dominar, encrespóse en forma tal que, dejando sueltos sus instintos brutales, no reconoció límites y llegó a cuantas crueldades pueden imaginarse.

No hay descripción que baste, precisa adentrarse en estos libros para comprender la guerra de nuestros abuelos. Hay que leer páginas de Billon o de Marcel, soldados hasta

la médula, imbuidos en los criterios despóticos de las huestes imperiales, para ver lo que era su barbarie. Ciento y más años pasados se borran de la imaginación y siente uno subir la misma llamarada de fuego que encendió el odio de toda la nación.

(1) Hay que reconstruir las escenas innumerables de atropellos bárbaros que la historia no puede recoger en sus libros, y en esas Memorias aparecen esbozadas apenas, recuerdos sin importancia que el autor deja caer al andar de la narración. Ved una entre muchas, en un pueblo cualquiera han entrado los franceses, los habitantes no han huído, quizás no han tenido tiempo, quizás es en los primeros tiempos de la guerra y confían en que la propia debilidad les servirá de amparo; piden los invasores, dan los españoles cuanto tienen, es un cuadro de robo tranquilo. De pronto, por la penumbra de un interior, pasa una moza, vénla los soldados, vanse a ella, la acosan, pretenden atropellarla, grita, a las voces aparecen su padre, sus hermanos, españoles, en fin, a defenderla; la escena cambia, el intento de noble protección ha disparado la cólera de sus invasores, su orgullo exige sangre, ya no piden, arrebatan; desgraciados los tristes habitantes del poblacho si no aparece algún jefe que imponga una sombra de disciplina, perderán vida y honra con la hacienda, y por todo epitafio a su desgracia tendrán una línea de cinismo brutal que condensa la carcajada infame en la que el soldado escritor se burla de su miseria hondísima, de su debilidad y de su infortunio. Entre las líneas de tales escenas veis aparecer con luz meridiana los motivos de la guerra, la sinrazón de la invasión, la ingratitud ciega, el despotismo omnipotente, el desprecio a todos los respetos. Para nosotros no había derecho, ellos tenianlo para todo. No habrían sido hombres los españoles, si al latigazo brutal de tantas ofensas no se hubieran echado al campo a tomar venganza.

(2) Los atropellos a mujeres indefensas, innumerables y ho-

rrendos, aparecen, generalmente, cuando dejan en buen lugar la conducta del que los refiere, muchos son tan brutales, que avergüenza recordarlos. «En el Maillo todas las »jóvenes habían corrido a refugiarse en un bosque, los sol»dados franceses organizaron una batida, llevaron cuantas »cogieron al pueblo, y allí las violaron». Del saqueo de Córdoba, Baste, que estuvo allí, refiere escenas horribles en las cuales tomaron parte los mismos Jefes y Generales, «im»primiendo sobre su frente el deshonor». No hubo mujer que fuese respetada, ni doncellas, ni religiosas, alcanzaron piedad de las tropas civilizadoras de Napoleón. Castellane cuenta que en el saqueo que siguió a la batalla de Ríoseco una mujer fué forzada por cuarenta soldados.

Es la nuestra una raza fuerte cuando seis años de tormento tan horrible no nos dejaron convertidos en un pueblo de locos.

El nublado de crímenes que ellos juzgan vulgares no encuentra apenas reflejo en estas crónicas. Los asesinatos no existían, pues siempre que un francés mataba se entiende que cumplía su misión y no hay para qué mencionarlo. Mataban indistintamente al amigo y al enemigo, español muerto enemigo de menos. Es característico el caso de aquel pobre cura de Somosierra, que después de acoger con toda atención a los franceses cuando van de huída, es muerto por ellos tres meses más tarde al volver triunfantes con el Emperador.

Para que los autores traigan a sus páginas las atrocida- (3)
des de los soldados precisa que pasen de toda medida. Tal fué su conducta, que en los mismos libros, escritos con tiempo y calma, aparece clara la fiereza con que nos trataban, el desprecio sobrehumano que sentían por nosotros y la soberbia que los inspiraba. Los más dispuestos a ver la razón de nuestro alzamiento, olvídanse cuando detallan los recuerdos de la guerra, y, al referir lo que ellos vieron, discurren sobre nuestros mayores como pueden haber pensado el cómitre de una galera o el capataz de negros al le-

vantar el látigo sobre los desgraciados que cayeron bajo su guarda.

LOS CASTIGOS

(4) Desde los comienzos de la guerra al alzamiento de un pueblo seguía indefectiblemente su castigo. Ellos no sabían aun lo que debían temer de los españoles, ni lo hubieran creído si alguien se lo hubiese anunciado, pero querían castigar la osadía de los hombres que se atrevían a defender la patria de su invasión traidora. Una vez que la nación toda se declaró en guerra con el Emperador, implantaron el sistema de terror trasladando a la pobre España las atrocida-
(5) des de los agentes de Robespierre. Para obtener víveres amenazaban con castigos terribles a los paisanos, si tenían interés en contener una población cerraban en sus fuertes a los patriotas más calificados y los amenazaban con la muerte al primer tiro que sonase.

Matar, fusilar sencillamente a un hombre, no siempre les satisfacía, buscaban refinamientos de crueldad, así lle-
(6) naban su afán criminal y al mismo tiempo creían llevar el terror a los pueblos ocupados. «Deteníase a diestro y a »siniestro—cuenta Thiebault—a los habitantes de las ciuda»des o a pobres diablos hallados en los campos. Preguntá»baseles, y sea que no tuvieran nada que decir o que no »satisfaciera la respuesta a los que interrogaban, se les so»metía a tortura. Un jefe de batallón, digno ayudante de »Dorsenne, era el más a propósito para tales horrores. Co»menzaba, generalmente, por atarles los pulgares y suspen»derlos de ellos, entonces los izaba y sacudía hasta que se »les dislocaban los brazos. Viejecillos, sacerdotes, murieron »así. Los que sobrevivían eran conducidos a los calabozos »de Burgos, y esto equivalía a una condena de muerte, sin »juicio previo».

(7) Refiere D'Espinchal que, a poco de llegar él a Valladolid, fué sorprendido un jefe de guerrillas. Era un joven de

19 años, pertenecía a familia distinguida, de las más ricas de la ciudad, el proceso, la sentencia y el suplicio no exigieron más de 24 horas, «fué descuartizado, su cabeza clavada sobre un poste en medio de la plaza, sus miembros »expuestos a las puertas de Valladolid». Blaze cita un caso semejante, sino es el mismo, pues la forma en que refieren no permite comprobaciones, pero con un detalle de crueldad infinitamente mayor. «Sufrió el más horrible suplicio »en la plaza de Valladolid—dice—FUÉ DESCUARTIZADO POR »CUATRO CABALLOS y sus miembros colocados sobre ruedas »en cuatro salidas de la ciudad».

Así repetían las enormes atrocidades que se recuerdan de las épocas de mayor barbarie, y cuenta que no copio imputaciones que requieran prueba alguna, son confesiones espontáneas de los propios franceses.

En un pueblo de Galicia desapareció en cierta ocasión (8) un sargento de caballería, las averiguaciones demostraron que había sido muerto por tres mozos de Peñausende, consiguióse que dos de ellos confesaran el hecho, y el jefe francés, cuyo nombre no ha quedado, pensó en el castigo. Hizo ir a buscar el cadáver, los autores tuvieron que recogerlo por sí mismos, llevarlo en una carreta, ir sosteniendo en ella aquellos restos que la putrefacción había deshecho, «llevarlos a la iglesia, oir el oficio y sermón que les predi»caron, y enterrarlo después con sus propias manos. No »he visto nada más espantoso que este castigo—dice Nay»lies, que refiere el caso—, la muerte misma parece menos »terrible». Y todo este aparato de horror con que se martirizaba a los que sólo eran culpables de matar a un enemigo de su patria, no excluyó que fuesen fusilados tres días después.

Del general Solignac cuenta Thiebault casos como los (9) que siguen: «un joven español ve a su padre maltratado »por varios soldados, corre a su defensa, y por este acto de »amor filial es fusilado a pesar de las súplicas del pueblo »entero». Un guerrillero es condenado a muerte en Burgos,

»mas como era natural de Logroño, el general lo lleva allá, »en una columna de marcha, que manda él en persona, »para que lo ejecuten en esta ciudad. Tres días fué el des»dichado en ese viaje de agonía». «Inútil crueldad—comen»ta Thiebault—; inútil crueldad que provocó mil muertes »en venganza de aquella que indignó a la provincia en»tera».

(10) Dorsenne, gobernador de Burgos, había hecho levantar tres horcas enormes sobre un altillo que se veía perfectamente desde las ventanas de su residencia. De ellas pendían constantemente tres guerrilleros o supuestos cómplices suyos. Una mañana, al levantarse, observó el Gobernador que una de las horcas estaba vacía, la familia del muerto había sustraido el cuerpo durante la noche para darle sepultura cristiana. «Inmediatamente Dorsenne hizo dar orden al «Comandante de la plaza para que cogiera UN HOMBRE »CUALQUIERA DE LAS PRISIONES DE LA CIUDAD Y LO COLGASE »DE LA HORCA VACÍA». El comandante, horrorizóse y, según Thiebault refiere, lloraba amargamente al pensar en lo que había hecho, en cumplimiento de la salvaje orden de su jefe. Un desgraciado, sin culpa ni proceso, fué ahorcado para satisfacer los intintos criminales de aquella fiera que Napoleón había enviado suelta a España.

Estos casos han sido guardados para vergüenza eterna de los franceses, por la pluma de sus propios compañeros, miles de hechos iguales pasaron al olvido, sin que nadie se tomara el cuidado de recogerlos. Si hubieran sido manos españolas las que tal hubieran escrito habrían surgido protestas y negaciones en montón; de la palabra de los franceses no cabe dudar. Ellos mismos confiesan que cada hora de mando de algunos de sus Generales era una hora de crímenes y de desgracias que reparar, y se sublevan ante el espectáculo de horror que daba su salvajismo.

Los que así demuestran sus sentimientos humanitarios son pocos, los más refieren los crímenes envolviéndolos en fórmulas de atenuación o disculpa. El derecho que creían

tener para atropellarlo todo los colocaba en un plano superior a nosotros. Cuando condescienden a concedernos alguna razón, léese entre líneas de sus párrafos la admiración que sienten por su propia magnanimidad. Al desnaturalizar todas las ideas y retorcer los conceptos para disculparse lo hacen espontáneamente, como si la verdad debiera ser también esclava suya. Obraron como tiranos y hablaban como déspotas.

Las venganzas

Con un cinismo irritante truecan los términos para arro- (11)
jar sobre nosotros su crimen, hablan de represalias cuando asesinan a nuestros paisanos, y creen justificarlo todo calificándolo de venganza. El derecho de defensa no existe ante su despotismo brutal, la vida y la libertad debieran haberlas abandonado nuestros abuelos sin alzar protesta alguna. Al sacrificarse por la patria aquellos hombres no merecieron de sus enemigos ni un poco de respeto ni una inclinación caballerosa ante su valor desgraciado.

Porque el 2 de Mayo salieron algunos disparos contra (12)
los mamelucos de las ventanas del palacio de Hijar, entraron en él y degollaron a cuantas personas había dentro (Marbot). El mismo terrible día, en Madrid, ve un padre que su hijo sale a la calle con dos pistolas, corre, se las quita, al volver a su casa tropieza con una patrulla, hallánle las armas y lo fusilan (Blaze).

Al pasar por Tordesillas la División Desolles, a fines (13)
de 1808, fueron muertos dos soldados franceses, si en combate, si en riña, si en castigo de algún desmán, no se supo nunca. Al ser encontrados, horas después, los dos cadáveres por el regimiento que seguía, los franceses tiraron a un pozo de más de 40 varas de profundidad a cuantos españoles encontraron. Con grandes esfuerzos pudo salvar Vivien, que lo refiere, a dos desgraciados que llevaban a rastras a sufrir igual suerte, y tuvo que poner guardia especial

para evitar que los civilizadores soldados de Napoleón tirasen peñascos sobre los que agonizaban allá abajo.

(14) Porque se encontró muerto a un francés cerca del convento de domínicos de Valladolid, cerróse de orden del Emperador y se fusilaron varios frailes. No bastaba la pena del talión y por cada imperial muerto habían de caer muchos patriotas.

(15) Gente de Zamora, mal armada y no bien dirigida, había logrado tomar cerca del villorrio de Peñilla una batería que los franceses no supieron defender; para CASTIGAR LA TRAICIÓN de este pueblo, mandó Napoleón en su alta justicia: «que fuese entregado al saqueo, que se quemase y no »se dejara piedra sobre piedra». Esto ocurría en los comienzos de Enero de 1809, la guerra aun no había hecho más que empezar en aquella parte de España, y Napoleón no tenía otro agravio contra los zamoranos que la pérdida de una batería tomada en buena lid.

(16) Su noción de la venganza los retrata. Puebla de Fuentes se defendió encarnizadamente, al terminar el combate quedaron los franceses dueños del pueblo. «*Teniendo que* »*vengar* la muerte de varios de nuestros valientes, ahorca»mos en la plaza al Alcalde y dos de sus adjuntos».

(17) En una acción junto a San Vicente, mueren cinco soldados franceses, los demás «para vengarlos», pretenden pasar a cuchillo 130 prisioneros que han hecho, «en gran parte heridos». Ha sido un combate franco, los españoles pelearon frente a frente, sin embargo, se habla de venganza. Cuando los patriotas se defendían debían pagarlo como si fuera un crimen.

Si estas escenas de horror las hubieran contado españoles, muchos otros detalles hoy perdidos, habrían quedado. Seguramente la imaginación no llegará jamás a formarse cabal idea de lo que aquí ocurrió. Véase un pasaje de las Memorias de Thiebault que es característico.

(18) Pasaba él por Burgos y fué invitado a comer, en unión de sus ayudantes, por el General Gobernador, Darmagnac,

antiguo cocinero, General de división, hombre sin otro mérito personal que su valor. Apenas entrados en el salón llegó al Gobernador una carta en la que le anunciaban que había sido muerto un soldado francés, y dice Thiebault: «Púsose a recorrer a grandes pasos la habitación donde nos »había recibido y, con su acento provenzal, nos obsequió »con el siguiente monólogo:—Pobre tunante, yo te vengaré, »yo te vengaré aunque sea sobre cien inocentes, sí, siento »que la cólera se apodera de mí, la sangre pide sangre—. »Aquello habría sido una escena propia de cualquier mal »teatrillo de los suburbios si no lo fuese de verdadero sal»vajismo. Yo estaba indignado, mis edecanes no lo estaban »menos, pero tuvimos que pasar dos horas con aquel ex»cocinero que, uniendo la ignorancia de un marmitón a la »brutalidad de una bestia, trataba a los hombres del mis»mo modo que había aprendido a tratar a los pavos o a los »conejos, terrorista siempre».

La rendición de Madrid se hizo mediante una capitula- (19)
ción, formal, pero los franceses se creyeron con derecho a tomar vengaza de la SOMBRA DE DEFENSA hecha un sólo día por los madrileños. En ese conato de justa resistencia hacían incapié los que habían atropellado a España a traición, ¿qué no tendríamos derecho a decir nosotros?

Un centenar de gallegos apostados en la orilla del Sil (20)
defendieron el paso del río frente a San Martín de Quiroga, contra una división francesa. Ney quiso TOMAR VENGANZA de enemigos tan encarnizados y mandó a Loison, el terrible «Maneta» de Lisboa, ejecutor de la justicia napoleónica, que supo dejar en todas partes recuerdo perenne de sus instintos de verdugo, que cruzáse el río aguas arriba. «No se podía encomendar a mejores manos nuestra ven»ganza—dice Fantín—, saqueó el cantón donde tantos dis»paros nos habían hecho, apenas llegaba ardían los pue»blos, nunca huracán semejante pasara antes por aquel »tranquilo valle. Los habitantes huían lejos, los que se en»contraron perecieron». Y añade Naylies, «Loison cumplió

»su cometido con una SEVERIDAD que justifica el terror que »inspiró a los españoles. San Clodio, Castro Caldelas, infi»nidad de pueblos y aldeas fueron incendiados, un poste »alzado a la entrada de cada poblado indicaba que aquel »incendio era el JUSTO CASTIGO de la muerte que habían »dado, tres meses antes, a un escuadrón de cazadores, y de »su conducta indigna cuando el paso por el desfiladero de »San Martín».

En el paroxismo del odio perdieron los franceses toda noción de justicia y así pudieron escribir tales carteles. Ellos, que han sabido ser valientes y estimar el valor de los enemigos, castigaban entonces, como crimen horrendo, la defensa audaz de un puñado de valientes contra todo un ejército que quería arrebatarles la libertad. Esa venganza la tomaban los que aseguraban proclamar el Evangelio de los derechos del hombre.

(21) La defensa del puente de Maurentán dió motivo para desatar una vez más sus instintos sanguinarios. «Forzamos »el puente y entramos en la villa que fué inmediatamente »pasto de las llamas. Ellas consumieron lo que el hierro no »alcanzó y la devastación más horrible destruyó a todo ser »viviente. Más de 400 españoles perdieron la vida, NOS»OTROS TUVIMOS DOS MUERTOS». «Los habitantes de Mauren»tan, que huyeron entre los peñascales, fueron perseguidos »y se mató gran número». Quitad todo lo que la jactancia francesa haya mentido, aumentad sus pérdidas, reducid el número de españoles muertos cuanto queráis, lo claro es el recuerdo del testigo presencial de un día de sangre en el que un pueblo inerme fué acuchillado por el terrible delito de no quererse entregar al extranjero. No se mataban soldados combatientes, degollábanse, impunemente, multitudes de mártires.

(22) Este castigar a los pueblos con procedimientos a lo Tamerlán no lo practicaron solamente los franceses en España. En Portugal, los vecinos de Arifana, habían dado muerte al capitán Lameth, y el General Thomieres, fué encarga-

do de cobrar la deuda de sangre. «Era un hombre muy ri-
»guroso para semejantes represalias». «Las tropas france-
»sas rodearon una noche la aldea y, exceptuando las mu-
»jeres y los niños, todos perecieron. Cuando terminó la
»matanza el incendio completó el castigo».

Ellos mismos reconocen que tales VENGANZAS «fomen- (23)
»taban la insurrección» y «exasperaban a los patriotas, tanto
»más cuanto que casi siempre caían sobre personas ino-
»centes». «Los Generales franceses—dice Jourdan—veían-
»se obligados a emplear medios rigurosos, que lejos de so-
»meter a los pueblos, sólo servían para irritarlos más aún».

«Nuestros Generales—dice Miot de Melito—creyeron (24)
»apagar en su origen el alzamiento por medio de rigores
»y ejecuciones militares, pueblos, ciudades, como Torque-
»mada y Cuenca, fueron entregadas a las llamas o al sa-
»queo, este medio terrible, en vez de amedrentar, aumentó
»el furor».

Ney, cuenta Rocca, «ensayó someter a Galicia por el
»terror, pero las medidas de violencia en lugar de abatir a
»los habitantes aumentaron su odio contra los france-
»ses y, como ocurre siempre en un país donde hay verda-
»dero patriotismo, esos actos de tiranía trajeron como con-
»secuencia represalias más violentas aún».

Era cuestión de resortes del alma, lo que en Austria o Alemania habría calmado, aquí originaba crisis de furor, entendíamos y sentíamos de otro modo y los cálculos de los invasores fallaban.

Y es lo más horrible que estas fieras que rivalizaban en (25)
instintos sanguinarios, tenían aun alguna disculpa porque obedecían a una orden de su amo. «Napoleón--dice Marbot--
»mandó fusilar inmediatamente a todo español no militar
»cogido con las armas en la mano». Cuando se dictó este decreto criminal no puedo decirlo, de cómo se cumplió con todo rigor sí hay abundantes pruebas. Y como para distinguir a un militar de un paisano no había otro criterio posible que el de atender al traje que se vistiera, y el tesoro de

los patriotas nunca permitió dotar de vestuario a cuantos acudían a filas, es indudable que no solo tropas irregulares y paisanos, sino soldados y oficiales de todas armas, cayeron bajo la orden sanguinaria del Emperador.

(26) Esto, que podría considerarse la última palabra del salvajismo, aún fué extremado por los Mariscales franceses encargados de realizar aquí la obra civilizadora del Imperio. «Augereau—dice Jourdan—considerando insurgentes a to»dos los españoles que defendían su patria y su indepen»dencia, mandó que se colgase de horcas, plantadas al bor»de de los caminos, a todo individuo cogido con las armas »en la mano que no formara parte de las tropas de línea». Soult, en un bando dictado el 9 de Mayo de 1810, quitó el distingo establecido por Napoleón, declaró que no había más ejércitos españoles que los que obedecían a José, y considerando partidas de bandoleros a las tropas patriotas, mandó que TODO español cogido con las armas en la mano fuera seguidamente juzgado, fusilado, y su cadáver dejado en el camino.

Así, de una plumada, España entera fué puesta fuera de la ley. Todo español que defendiera a la patria convertíase por ese hecho en un bandido, los franceses tenían derecho a atacarle como enemigo, perseguirlo como una fiera, y ahorcarle cuando lo alcanzaran como criminal probado.

Tales decretos, que habrían sido letra muerta cuando se dirigieran a hombres, fueron aplicados con rigor militar por las bandas imperiales. Una guerra sin cuartel como no se había conocido jamás en el mundo fué impuesta por Napoleón, y lo que él creyó medio infalible para doblar la entereza de los patriotas fué estimulante que llevó al summum su resistencia.

¡Y SAQUEOS!

Si la historia de las grandes miserias humanas hubiera de escribirse aquí se encontrarían para ella capítulos de intensidad prodigiosa.

Hay palabras que empequeñece el uso y no se llegan a conocer si antes no se medita sobre ellas. Saqueo quiere decir tanto como destrucciones, atropellos brutales, robos, incendios, violaciones, asesinatos, perpetrado todo ello en seres indefensos, una anticipación del fin del mundo reducido a los términos de una ciudad, sin el consuelo de la divina justicia y con más la burla brutal de los ofensores, el escarnio de todo sentimiento noble, y el imperio de la fuerza en su forma más indigna. Eso todo hicieron los franceses cientos de veces, con pretextos y sin ellos, por espontánea barbarie de las tropas o espoleados por sus propios jefes.

Tan penetrados están de que el saqueo es consecuencia (27)
necesaria de sus triunfos, que, cuando respetan algo, ellos mismos se sorprenden.

Sus descripciones de aquellas escenas respiran barbarie, los que las refieren son, muchas veces, hombres de corazón y entendimiento, pero la costumbre se ha impuesto y, para ellos, el saqueo es parte de la normalidad, así como una regla no escrita, privilegio de la gente de armas, que no hay para qué justificar. Todos declaran que los ejércitos
franceses robaban y saqueaban por donde quiera que iban. (28)
Por donde pasaban todo desaparecía. Buscando una razón al alzamiento que se extendió por toda España, fíjanse en el latrocinio de sus tropas, calculad si estarían convencidos de que habían paseado la devastación por nuestra patria.

Lógico es que tal pasara, cuando Savary, enviado espe- (29)
cial del Emperador, sólo habla de matanzas, de castigos y pillaje, hasta el punto de disgustar a los mismos franceses. Los subalternos seguían, naturalmente, tan altas inspiraciones, si alguno, como el Conde de Girardín, manifiesta su horror por tanta barbarie, es su opinión de tan poco valer que para nada cuenta.

«Como los habitantes se habían unido a los ingleses (30)
»en San Muñoz, saqueamos el pueblo» (D' Espinchal). «Los

»paisanos que quedaron en Oviedo hicieron algunos dispa-»ros sobre los franceses al acercarse, y esta temeridad causó »la ruina de la ciudad que fué saqueada» (Jourdan). En Tarragona «ni la edad ni el sexo protegieron a los desgracia-»dos habitantes. El soldado exasperado por una resistencia »de tres meses no respetó nada y degolló sin piedad» (Gonneville). En Coimbra, «diéronse las órdenes más severas pa-»ra mantener la disciplina, pero ¿cómo evitar el desorden »en una población absolutamente desierta? Los soldados se »esparcieron por todas partes y se entregaron al saqueo» (Jourdan). «Era muy tarde—en Almazán—para hacer dis-»tribuciones de víveres y no se pudo evitar que hubiese »media hora de saqueo para que las tropas proveyeran a »sus necesidades» (Rocca). Albarracín fué saqueado a pesar de la disciplina que dicen hacía guardar Suchet, «tenía que »pagar el FANATISMO de su Junta, que desde mucho tiempo »atrás venía esparciendo proclamas provocando a matar »franceses» (Brandt). Beceite, «el pueblo negro, fué saquea-»do metódica y concienzudamente», todos los habitantes habían desaparecido pero «todos eran rebeldes incorregi-»bles» (Brandt). Maurentan fué incendiado «para castigar »los horrores cometidos por sus vecinos con algunos dra-»gones que habían caido en sus manos» (Jourdan).

(31) Si los habitantes hacen resistencia, eso justifica el saqueo, si huyen eso lo explica, si las tropas no reciben vituallas saquean para comer, si el pueblo albergó una Junta de defensa hay que castigar tal atrevimiento, si los vecinos son patriotas exaltados o mataron algún francés hay que vengarse en ellos, si se ha hecho una sombra de defensa el pillaje es casi de derecho. Lo mismo saquean donde les daban cuanto necesitaban que donde se lo negaban, saqueaban cuando se oponían sus Generales, como en Oporto, saqueaban cuando iban de retirada con José, cuando invadían a Castilla bajo las órdenes de Napoleón. La casuística de los autores, porque estos se imponen la ímproba tarea de explicar lo inexplicable, encuentra motivos plausibles

para cohonestar todos los crímenes, y cuando, al cabo, faltan pretextos, se saquea porque sí y se cuenta como la cosa más natural del mundo.

«Los coraceros que habían quedado destacados saquea- (32)
»ron las casas para matar el tiempo» (Brandt). «Permití a »mis soldados hacerse con provisiones y tomar algún botín, »había que dejar alguna cosa a aquellos valientes» (Billón). «En Calahorra, los soldados de la división Desolles saquea»ron todas las casas de las afueras y muchas de los arraba»les» (Girardin). Naylies, al venir por primera vez, se aloja en El Escorial, en una casa «abandonada, que los soldados »franceses habían saqueado». En Villarreal de Alava «las »mejores casas sólo tenían paredes y techo» (D'Espinchal). Después de la batalla de Medina de Ríoseco, cuando los franceses salieron en dirección a Villabrágima, el camino quedó señalado por los objetos robados por los soldados. «La mayor parte les eran inútiles—dice Castellane—y los »abandonaban, cansados de llevarlos».

Así, con naturalidad, como quien habla de travesuras de muchachos. Leyendo esto juraríais que el autor sonríe complaciente mientras escribe. Debajo de esas sencillas líneas hay muertes, lágrimas, el hambre, la ruina de pueblos enteros, pero esos pueblos eran españoles, ¿qué podían importarles tales duelos a las bandas que marchaban bajo la protección de las águilas imperiales?

Los primeros saqueos, primeros en el tiempo, fueron el (33)
de Córdoba (7 Junio 1808) y el de Cuenca (3 Julio siguiente). Apenas había comenzado aún la guerra, ni una ni otra ciudad hicieron resistencia, pero el ejército francés las saqueó de la manera más completa. En Córdoba, desde el General hasta el último soldado, todos se encanallaron, saciándose en pobres mujeres y asesinando hombres indefensos. Cuando el ejército francés salió a poco de aquella ciudad, Dupont, General en jefe, tuvo la paciencia de estarse cinco horas sentado sobre un tambor viendo desfilar el convoy de carros, así lo afirma Baste, testigo presencial. En ese convoy

iba el fruto del saqueo, recobrado más tarde en Bailén. El saqueo de Cuenca llenó de indignación al mismo José, que se creyó en el caso de pedir justicia a su hermano contra el General Caulaintcourt, que cometió tal crimen. Estos saqueos ocurrieron cuando el alzamiento no era apenas conocido, los franceses podían suponer aun a España sumisa y no tenían ofensa ni descalabro que vengar. Uno y otro son a modo de ante-comentarios a la historia de la guerra. Ellos justifican cuanto los patriotas puedan haber hecho de cruel para defenderse de un enemigo que, cuando nos brindaba amparo y protección, tales atropellos cometía.

(34) En la especie de tregua que siguió a Bailén continuaron su labor destructora, saquearon camino de Francia, saquearon dos días seguidos a Miranda, que nunca les había negado las subsistencias, saquearon a Bilbao.

(35) En la gran invasión que capitaneaba el Emperador, pueblos, ciudades, villorrios, todo fué saqueado. Pion lo recuerda con indiferencia, sólo se le ocurre añadir que a pesar de todo él no había sufrido más que un poco de frío. ¿Qué dirían los desdichados habitantes, sin techo ni hogar, vagando por el campo en los días crudos de Noviembre?

(36) El catálogo completo de los saqueos sería interminable, poned la relación de todos los pueblos por donde pasaron los franceses, y, si alguno quedó libre del azote, otros lo sufrieron repetidas veces. Generalmente, la descripción se reduce a una sencilla mención del hecho, como por ejemplo: «Almazán sufrió media hora de pillaje» o «En Saldaña una »parte de la población se atrevió a esperarnos y la devas»tación habitual fué mucho menor». Sólo cuando el saqueo toma proporciones extraordinarias se detienen a referirlo. Páginas enteras dedican a los de Salamanca, Coria, Plasencia, Castro Urdiales, y al sin igual de Burgos. Saqueos injustificados, hechos de pura maldad, dignos de recordarse para padrón de vergüenza de los criminales.

(37) Salamanca había sido morada y cuartel de los franceses, pero eso y los buenos recuerdos que de la ciudad debían

tener no la libró de verse saqueada cuando José fué contra los ingleses, después de los Arapiles. Decían que los habitantes habían maltratado a los heridos y enfermos que quedaron en la ciudad. De tales ofensas no hay prueba alguna; sí la hay de que José llevaba tras sí 90.000 infantes y 20.000 jinetes, que todos ellos tomaron parte en el pillaje y que no hubo piedad para ella. Cuando quisieron poner fin al saqueo tuvieron que hacer salir los soldados al campo.

«En Alcalá —cuenta D'Espinchal— la infantería se en- (38)
»tregó a los excesos más horribles, saqueando y destruyen-
»do, amparados bajo el manto de la noche. Apenas si los
»oficiales pudieron salvar las casas donde se hospedaban.
»Por mi parte, solo sable en mano, y ayudado por mis hú-
»sares, pude defender de la deshonra a una familia en la
»que había varias jóvenes que iban a ser presa de una sol-
»dadesca ebria y feroz».

En Plasencia las tropas de todas armas rivalizaron en ardor para destruir. «El saqueo ha sido completo y no he »visto jamás—dice Fantín, práctico ya en tales lances—ciu-»dad más cuidadosamente deshecha».

El saqueo de Coria, referido por Naylies, serviría muy (39) bien de fondo a una tragedia, tal fué el cuadro que no puede ocultar su indignación y abomina de aquella destrucción vandálica.

Pero lo que pueden considerarse las dos obras maestras de los franceses en el arte maldito de la destrucción son los saqueos de Castro Urdiales y Burgos, conocido eso ya nada falta saber.

El de Castro hiciéronlo franceses e italianos, aquéllos (40) echan sobre éstos la culpa. Nos lo cuenta Marcel, soldado con pretensiones de don Juan, que escribe recordando a Retiff y a Laclós, y ve ocasión de colocar una aventura amorosa en cada alojamiento que ocupa. Las campañas que ha hecho curtieron su piel como su moral y fuerte ha de ser la impresión para que él la sienta, pero el pillaje brutal de Castro Urdiales pasa todos los límites y él mismo

se confiesa horrorizado. «Los soldados habían encontrado »licores de toda especie, vino, aguardiente, todos o casi to»dos estaban ebrios y se dejaron ir a excesos abominables »que los oficiales no pudieron impedir. Tiraban por las ven»tanas a los habitantes, que iban a caer sobre la punta de las »bayonetas de los que esperaban abajo. Violaron todas las »mujeres, sin que se salvara ni la tierna infancia, ni la an»cianidad. No se veían por las calles más que cadáveres, »mujeres desnudas que huían y soldados borrachos. Que»riendo salvar a una de manos de estos caníbales estuve a »punto de recibir un tiro, y fué mi salvación un soldado del »6 de línea que me obedeció». «El fuego se había apodera»do de muchas casas, y cuando nosotros salimos de la villa »dos días después no se podía pasar por la mayor parte de »las calles. La guarnición apagó más tarde el incendio».

(41) Burgos fué saqueado en presencia de los Mariscales franceses, del rey José y del Emperador. «Los oficiales »cerraban los ojos; había que vivir». Las bandas napoleónicas sintiéronse poseídas del mismo entusiasmo destructor que traían siglos atrás vándalos y hunos, y asolaron la ciudad.

(42) La batalla ocurrió en la mañana del 10 de Noviembre, al saber la derrota las gentes huyeron; los que no pudieron emprender la marcha, niños, mujeres, ancianos, encerráronse en la Catedral a pedir misericordia al Señor y esperar la muerte.

(43) Burgos no hizo defensa, la derrota fué tan fulminante, la llegada de los franceses tan súbita, que por un impulso común todos salieron de sus muros, y cuando el enemigo entró, por la soledad de sus calles, pudo creerla muerta. Entonces empezó el saqueo; por días y días los soldados, sueltos a sus malos instintos, destruyeron, quemaron, robaron. Cuando Saint Chamans entró el día 11, ardía por tres puntos distintos.

(44) Los fuegos de los vivacs franceses ardían en calles y plazas alimentados por muebles, cuadros, restos y astillas

de mil objetos, y desde las ventanas del salón que ocupaba el Emperador podía verse sin más que echar la vista sobre la plaza que está delante.

Las tropas que iban llegando encontrábanse con el es- (45)
pectáculo del saqueo; del interior de las casas salían zumbidos de voces, gritos confusos, veíanse cruzar los hombres buscando afanados víveres, dinero, alhajas. Después aprendían que el desorden no paraba allí, que el ejército carecía de provisiones, que no debían esperar distribución de nada, y los recién llegados dejaban de ser ejército y corrían a aumentar la banda inacabable de salteadores.

Echaban abajo puertas y ventanas, cogían cuanto ha- (46)
llaban, destrozaban los muebles para buscar dinero, la ciudad presentó enseguida el mismo aspecto que si la hubieran tomado por asalto.

José entró en Burgos el día 12 y el saqueo continuaba. (47)

Castellane cuenta que un oficial de Estado Mayor pudo (48)
salvar una mujer sobre la cual habían ido 50 soldados.

La noche no traía reposo. En iglesias y conventos ha- (49)
bían encontrado los franceses miles de cirios y hachones y a su luz corrían de un lado para otro en su faena de rapiña.

Todos los que vieron el cuadro de destrucción de la ciudad (50)
castellana, alumbrado por blandones gigantescos, guardaron de él memoria perdurable. Marcel, soldado sin cultura, regocíjase ante la iluminación que hizo en Burgos su regimiento, «incomparablemente más hermosa que las más »brillantes de París». Fantin tiene un arranque de compasión para tanta desgracia.

Ni el palacio arzobispal, en el cual Napoleón se albergó, había sido respetado. Muebles destrozados, charcos de vino, botellas rotas, eran allí salpicaduras del fangal en que se revolcaban las huestes imperiales. Tal era el desorden que mucho después de haber entrado Napoleón en su cámara se encontraron tres españoles escondidos tras una cortina. Ellos hubieran podido acabar todas las guerras con un arranque.

(51) Después de destruir la ciudad, los soldados llevaron su obra de desolación al monasterio de las Huelgas, al Hospital del Rey, a San Pedro de Cardeña, y nada respetaron. «Atraído por la esperanza de un rico botín, un regimiento »de dragones, no vaciló en profanar las tumbas del Cid y »de Jimena, y por buscar tesoros imaginarios rompieron las
(52) »tumbas y abrieron los sarcófagos» (Reiset). Los enterramientos de los Reyes Viejos de Castilla, fueron también profanados, sus huesos esparcidos por la iglesia, sus cenizas aventadas. Los cadáveres de las religiosas veíanse tirados en el polvo, el suelo estaba cubierto de osamentas y restos de mortajas, era el fin de la tierra en todo su horror.

(53) Lejeune entró el día 20, «el desorden era espantoso—di»ce—quince días duró el saqueo».

(54) Miot vió, muchos días después de la batalla, bajo las ventanas del Arzobispado, una hoguera alimentada, toda la noche, con instrumentos de música y muebles.

(55) Dos meses más tarde Thiebault pasó por Burgos, «al »montar en mi cochecillo de camino pude lanzar la última »mirada sobre el fuego de un vivac en el cual un grupo »de soldados, con toda la alegría de su alma, acababan de »echar un piano entero». La ciudad tenía cientos de cadáveres insepultos, caballerías muertas, montones de escombros y de inmundicias cubriendo las calles.

(56) De aquel vandalismo, «con gran dolor de nuestros sol»dados—dice Fantín—sólo se libró la Catedral». Alguien, no se sabe quien, cerró las puertas y la soldadesca no pudo entrar a robarla. Así se salvaron de la destrucción sus maravillas y de la muerte los inocentes que habían entrado a implorar piedad a nuestro padre que está en los cielos.

Desde la capital de Castilla, quemada, profanada, destruída, Napoleón dictó decretos que querían ser olímpicos, arreglando a España a su antojo. Nadie quiso enterarse de ellos pero el fuego de la hoguera de Burgos pareció propagarse e inflamar a la nación entera.

CAPÍTULO XII

Prisioneros.

El tratamiento que sufrieron los prisioneros españoles a manos de los imperiales fué horrendo. Para conocerlo no hay que buscar el testimonio de los nuestros, basta cien veces, basta copiar lo que ellos confiesan y repetir sus palabras.

Cuanto sufrieron en el islote de Cabrera los prisioneros franceses que allí llevó su triste suerte, nada es comparado con lo que padecieron los nuestros en mil parajes y ocasiones. Si allí pasaron miseria, hambre, las mismas tenían en España los que habían de proveerles, y común fué la suerte. En la historia del triste destierro, contada por ellos, no hay maldades de hombres ni otra cosa que la reunión de circunstancias, desgracia que nadie deseó. En la vida de los prisioneros españoles bajo las bayonetas francesas hubo la maldad voluntaria del carcelero, la crueldad del verdugo, la burla indigna del soldado de oficio que no se acuerda de que hay patria ni menos piensa que pueda tenerla el enemigo.

Llegaban a esos extremos por impulso espontáneo de (1)
su brutalidad, sin que precediera provocación ni hubiera pretexto.

Convoy que cogían era botín de la soldadesca. Que

fuera de gentes pacíficas, que la escolta depusiera las armas sin pelear, poco importaba, las mujeres sufrían los más repugnantes atropellos, robábase cuanto había, los jefes franceses tolerábanlo todo y al recordarlo en sus Memorias ni lo niegan ni lo disculpan. Habíanse acostumbrado a una vida de desorden y sus escenas no despertaban en ellos protesta alguna.

(2) Mataban en el calor de la refriega a cuantos cogían, mataban a los que alcanzaban en las derrotas, mataban después a sangre fría a los que se habían librado de anteriores degüellos, hacían la guerra sin tregua ni piedad que el mundo no había visto desde los tiempos de los vándalos. Describiendo el final del asalto de Castro Urdiales, dice Foy: «a las dos y media de la mañana sólo quedaban cien »españoles en el Castillo». «Una compañía subió por esca»las y todos fueron muertos o precipitados al mar». Lapisse toma a Alcántara, «todos los que tenían armas en las »manos fueron pasados a cuchillo». Soult se apodera de Puente del Arzobispo, «los ligeros viéronse detenidos por »las dos torres que flanquean el Puente, desde las cuales »partia un violento fuego de fusilería, hundiéronse las »puertas y los españoles que se encontraron fueron preci»pitados sobre las rocas que salen del lecho del río». Los zaragozanos defienden heroicamente el convento de San José, al fin toman los franceses lo que no era más que «un montón de ruinas y miembros humanos», tanto valor debiera haber impuesto respeto a las bandas napoleónicas, pero no conocían tal sentimiento, «gran número de com»batientes fué pasado por las armas», dice Lejeune, testigo presencial.

(3) La alegría del triunfo no los hacía más compasivos. Después de la batalla de Tudela las tropas victoriosas de Lannes siguieron hasta Alagón a los soldados de Palafox, «el camino estaba cubierto de cadáveres, la mayor parte »voluntarios sin uniforme», cuenta Brand, que pasó por allí al siguiente día. Después de la acción de Burgos los

franceses que perseguían los restos del ejército de Belvedere encontraron refugiados debajo de un puente a 69 españoles, «los soldados franceses se dieron EL PLACER DE CAZAR»LOS. No hubo manera de impedirselo», dice Castellane. En 1812, pasando D'Espichal por Bailén custodiando un convoy, fué atacado por los patriotas, refiriendo la acción dice: «el enemigo tuvo 60 muertos, comprendiendo en esto »a los heridos, QUE FUERON REMATADOS por nuestros soldados. Gran número de fugitivos fueron acuchillados por la »caballería».

Desgraciado del español que tropezaba en su camino (4) con los invasores, si llevaba alguna prenda que pareciera de soldado francés moría, si se les antojaba que era guerrillero moría, si había alguna forma de suponerle malos propósitos moría. ¡Qué de crímenes no vió entonces esta tierra de España! Ella podría decir como subieron al cadalso, que los franceses levantaban donde quiera, aquellos ahorcados que jalonaban los caminos, los que vieron Fantín, Blaze, Lejeune, la Duquesa de Abrantes, y dejaron tal recuerdo en su memoria que ni el tiempo lo llegó a borrar.

Si se iba muy deprisa en el campo mismo se ejecutaba la sentencia allí dictada, si había vagar llevábase a los infortunados a servir de espectáculo, que no de ejemplo, a ciudad o pueblo donde fuesen conocidos. A momentos la lectura de estos libros hace dudar si Napoleón envió a dominarnos un ejército de guerreros o una banda de maníacos criminales.

Casos infinitos de estos asesinatos refieren los autores (5) como incidentes de la vida ordinaria y sin mayor alcance. «Persiguiendo a Palaresa, refiere D'Espinchal, encontramos en el Monasterio de Guisando cinco hombres, «fueron fusilados»; siguiendo a Chaleco, cuenta él mismo, se hicieron once prisioneros, «fueron fusilados»; y así, con igual naturalidad e indiferencia, ese y otros cien, confiesan crímenes brutales que ellos estiman actos que ni disculpa requieren».

(6) «Nuestros soldados no querían hacer prisioneros—escribe Castellane—, son bandidos (decían), cuando vamos »solos nos matan». «Muchos españoles se habían refugiado »en almiares de paja, nuestros soldados los atravesaban a »bayonetazos, y cuando los obligaban, de este modo, a »salir, les tiraban a tenazón, como si fuesen liebres. He »visto un español saltar tres muros y caer al vigésimo dis»paro que le hicieron». Los soldados franceses «rara vez »daban cuartel a los españoles que cogían con las armas »en la mano», dice Rocca, «Era preciso que los oficiales »mostrasen gran rigor con las tropas, para conseguir que no »matasen a los paisanos que cogían», afirma Saint Chamans.

(7) Fantín, con la imperturbable serenidad del que se cree al abrigo de toda censura dice, refiriendo el paso del Ave, en Portugal: «a pesar de su extraordinaria agilidad, muchos »no pudieron escaparse y hemos matado gran número. En »aquel montón de gentes no había soldados, solamente »paisanos, así NO HEMOS HECHO PRISIONEROS».

(8) Los Generales franceses acabaron por comprender que la lucha debía de cambiar de carácter, concedieron beligerancia a los patriotas y convinieron en respetar en lo sucesivo a los prisioneros, pero los soldados no cambiaron de sistema. Habíase dado suelta a sus instintos brutales y no hubo forma de encauzarlos; «todo español, cogido por las »descubiertas, por los flanqueadores, en una palabra, lejos »de la vista de los Generales franceses, era, como antes, »implacablemente degollado». No hacía falta procedimiento ni sombra de aparato de justicia; el último soldado servía de juez, de acusador y de verdugo, y todos han encontrado olvido para sus crímines o cronistas complacientes que refieran benévolamente los más horrendos atentados. Matar friamente a los prisioneros «sería justicia», escribe D' Espinchal, compendiando en dos palabras el sentir brutal de los soldados imperiales.

(9) Del saqueo de Beceite llevároнse los franceses dos frai-

les prisioneros; al regreso a Tortosa, viéronse atacados por el país alzado en armas. Lo primero que se le ocurrió al comandante de la expedición, al verse acorralado por los patriotas, fué «saltar la tapa de los sesos a los dos frailes». Bien decía Fantín, con bárbara sinceridad: «los frailes, »nuestros grandes enemigos, han sido objeto de nuestra »venganza, donde quiera que los hemos alcanzado».

Los que tal escriben, asesinan tranquilamente, y serenos lo recuerdan, son los mismos que llaman criminales a los patriotas, porque en defensa de su honra o su hacienda mataban a un soldado francés o a una gavilla de foragidos con uniforme.

Y aun hay más horrores. Todo lo escrito hasta aquí son crímenes de soldados, a quienes disculpa en parte su propia brutalidad, lo que no puede tenerla y sólo se vió en aquella guerra, y hecho por los franceses, fué que los prisioneros, terminada la acción, fuesen degollados como reses, sin otro objeto que el de saciar la sed infame de venganza.

Después de una acción, pasa Saint Chamans por Ecija, (10)
«allí entregué los prisioneros al Comandante de la plaza, »creo que los ahorcaría, pero no me acordé de enterarme »de ello». ¿Para qué? ¿Qué importaba la vida de unos cuantos patriotas españoles, soldados o paisanos? «Entre los »prisioneros—escribe Fantín, refiriéndose a la acción de Braga—se perdonó a todo el que llevaba uniforme». De los demás nada dice, la muerte aun era poco para ellos, dársela era darles al propio tiempo la gloria, y para negarles ésta, el desprecio del soldado francés los olvida.

En la desbandada que siguió a la acción de Alba de (11)
Tormes, los franceses cogieron muchos prisioneros, reuniéronlos en la villa y los dejaron bajo la custodia de las compañías de ligeros. El capitán que las mandaba «no quiso »fusilarlos antes de saber si había efectivamente orden para »ello». Al día siguiente, llegó a Alba el General Lorcet—guardemos su nombre para perpetua infamia—y en el mo-

mento mismo gritó: «No me perdonéis a esa canalla, des-»pachádmela. No había acabado aún, cuando los ligeros »comenzaron a hacer fuego sobre los desdichados prisione-«ros». Así murieron todos los que allí estaban, según Marcel 600. Los asesinatos de Carrere, en Nantes, las matanzas de Septiembre, en París, todos los crímenes que los franceses han cometido quedan oscurecidos ante este asesinato infame, hecho a sangre fría, sobre hombres indefensos, soldados todos, defensores de su independencia y del honor de la patria. ¿Sabéis cual era su gran delito? Haber derrotado poco tiempo antes en los campos de Tamames a aquel mismo ejército que ahora los hacía prisioneros.

(12) Vencido nuestro ejército en la batalla de Medellin, «el »campo—dice Jourdan—se transformó en un lugar de ma-»tanza. El furor de los soldados había sido provocado por »las amenazas de los españoles, que no habían cesado de »gritar que no darían cuartel. Querían además vengar la »muerte de 70 cazadores hechos prisioneros en Miajadas y »cobardemente asesinados». 12.000 hombres dice Jourdan que perecieron en esa carnicería. Ved como la disculpa, con las voces dadas en el ardor de la pelea, ¿en qué batalla no las habrán proferido los combatientes? ¿En qué triunfo no se habrán olvidado? Esos 70 soldados franceses que se dicen asesinados, habían muerto días antes en el encuentro de Miajadas, en que el General Henestrosa supo sorprender a los jinetes franceses y causarles 150 bajas, según confesión de Rocca, que fué testigo del hecho.

De este modo, escribiendo para ellos y afirmando con la seguridad del que se cree árbitro de la verdad, hicieron esa leyenda injusta y falsa que a los españoles nos toca desvanecer e importa hacerlo con argumentos sacados de sus propios libros.

¿Con tales procedimientos cómo no había de producirse un odio mortal en el alma de los españoles de entonces si al leerlos hoy sentimos aún que la pasión nos enciende en ira? Ellos mismos, que fuerzan la imaginación para

cargar a los patriotas con los crímenes más atroces, no pueden decir nada que se parezca a este y a los horrores que voy a copiar.

«Podrían escribirse tomos enteros con las atrocidades (13)
»cometidas por una y otra parte en esa desgraciada gue-
»rra»—declara Blaze—. «Hay pocos horrores con los cuales
»no se hayan manchado unos y otros—dice Nayles—los
»unos por odio implacable, los otros por represalias».

No cabe confesión más paladina de su barbarie. ¿Qué fuerza puede tener la atenuación que ellos pretenden conseguir, acusando a los patriotas de idénticos crímenes?

Lejeune tuvo ocasión de pensar más alto. Prisionero de (14)
Palarea, con la cuerda al cuello, pudo reflexionar sobre lo que valían los procedimientos civilizadores del Emperador, y, aunque escribió muchos años más tarde, pasada ya la sombra de todo peligro, ved como recuerda sus sentimientos de entonces: «Esta guerra ha tomado un carácter atroz
»que se podría quitar si en vez de castigar con la muerte a
»los insurgentes fueran enviados a Francia o se hiciese des-
»pués de cada batalla un canje de prisioneros». «Nuestros
»conductores nos dejaban entrever que iban á apresurar
»nuestro canje para poner término a las crueldades que, de
»parte y parte, provocaban espantosas represalias».

Afirman los franceses que los patriotas mataban a heri- (15)
dos y enfermos y ellos mismos se encargan de demostrar lo contrario. Lo que no quieren comentar, pero de sus relatos resulta, es como se portaban con los heridos españoles. «Encontramos unos cincuenta carros de éstos—dice Nay-
»lies—, aquellos desgraciados nos pedían la muerte como
»un favor, la mayor parte debieron perecer aquella terrible
»noche». Cuenta Marcel: «al amanecer alcanzamos al regi-
»miento y vi desgraciados españoles tendidos en las calles,
»atravesados a bayonetazos, que habían pasado al raso una
»noche de frío espantoso».

Tales fueron los horrores que sobre España acumularon los franceses que aun la suerte de los que morían en el pri-

mer momento pudo ser envidiable, y el perdonar la vida a los prisioneros una nueva forma de martirio.

A veces los Generales franceses no se encontraban con ánimos para decretar una degollación en masa y los prisioneros eran enviados a Francia; desgraciado del que emprendia aquel calvario inacabable. El soldado francés no conocía la piedad, la desgracia no le inspiraba compasión,
(16) ni el heroismo del enemigo respeto. Cuando Soult encargó a Brandt la custodia de Blake, que iba prisionero a Francia, dijo: «le hará usted los honores como General en Jefe y le »guardará usted como a un granuja». No habia motivo para que el Mariscal tratase en tal forma al General español, vencido pero digno y valeroso siempre.

(17) «Vivaqueamos junto al puente de Cherta, con un frio »vivísimo, los prisioneros, al aire libre, sin fuego, sufrian »horriblemente». «No podíamos impedir que los soldados »estuvieran descontentos de la misión que tenían y paga»sen su mal humor con los prisioneros que conducían». «Los primeros días, sobre todo, pegaban sin consideración »a los que trataban de escaparse o parecían tener deseo de »hacerlo, y más de uno guardaba de ello señales». (Brandt).

(18) «Por una incuria culpable de las autoridades de Valen»cia los prisioneros habían salido sin víveres, en aquella »etapa sólo se encontraron 150 gramos de pan para cada »francés y un poco de vino para los españoles». «Al si»guiente día hicimos doble etapa, nevaba, soplaba el vien»to con tal violencia que los hombres, un tanto débiles, »caían al suelo. Marchábamos de uno en fondo a causa de »la nieve que, fuera del sendero conservado por nuestros »pasos, tenía más de sesenta centímetros de altura. Una lí»nea de cadáveres marcaba nuestro camino, eran los prisio»neros que el rigor del temporal y la falta de alimento ha»cían caer agotados y los que nosotros FUSILÁBAMOS, »tanto para abreviar su agonía como para evitar que otros »simulasen desfallecimientos». «Llegó la noche, los prisio»neros marchaban unos en pos de otros sin fuerzas para

»abrirse camino. Ví una mujer, joven y hermosa, convulsa »sobre la nieve, la levanté, la ayudé a andar, y hubiera »querido salvarla, pero estaba demasiado débil y la tuve »que abandonar». «Entre los muertos, que se hallaban a »cada paso, ví otras dos mujeres». «Todos los prisioneros »que ví morir de hambre y frío caían de igual manera. Al »primer malestar sucedía una debilidad que iba aumentan»do y parecía embriaguez. Aquellos desgraciados hacían »eses marchando con la cabeza y los brazos colgantes; le«jos de dar gritos veíase que ni para hablar tenían fuerzas. »Eso no obstante seguían andando, a poco que se les ayu»dase, hasta lanzar el último suspiro». «Al fin, hacia media »noche, la nieve cesó de caer y entramos en Sarrión». «El »suelo estaba cubierto de cadáveres y moribundos que pe»dían por señas terminasen con su existencia, cogían a »nuestros soldados por el capote pidiéndoles este triste ser»vicio». «Los prisioneros iban, en su mayoría, descalzos y, »para cubrirles los pies, quitábamos alpargatas y zapatos a »los vecinos de los pueblos que cruzábamos». «A la maña»na siguiente supe que la jornada de la víspera había cos»tado la vida a más de trescientos prisioneros españoles y »que, durante la noche, también habían muerto muchos» (Desboeufs).

«Encontramos a los prisioneros de la batalla de Uclés— (19)
»refiere Rocca—muchos de ellos caían agotados por el can»sancio, otros morían de inanición, cuando no podían an»dar eran implacablemente FUSILADOS».

Caridad no sabían los franceses lo que fuera. Cuando se (20)
ablandan y ceden un bocado de su pan a los prisioneros que mueren de hambre, admíranse de sí mismos y lo anotan como acción digna de recuerdo y se espacian comentándola. Desboeufs contribuye en cierta ocasión a evitar que fusilen, a sangre fría, a unos frailes prisioneros, y se enaltece por ello considerándose un héroe de abnegación.

Todo eso, padecimientos, miserias, hambre, olvidábanse

(21) ante la idea de la patria, y los mismos voluntarios que habian soportado, adustos y rudos, tamañas calamidades, estallaban en sollozos al dejar la tierra de Aragón y cruzar el riachuelo que marcaba el límite de su país.

Cuantos de los prisioneros llegaron a Francia no cabe decirlo, de inanición, de frío, de enfermedades, morian mu-
(22) chos, otros lograban escaparse, muchos eran fusilados infamemente en el camino. De los prisioneros hechos en Zaragoza escribe Napoleón a Clarke: «salieron 12.000, mueren de 3 a 400 diarios, no llegarán ni 6.000», y Marbot afirma, aludiendo a los mismos, «más de las dos terceras partes se »fugaron antes de llegar a la frontera y volvieron a matar »franceses». «Todos los dias hacemos prisioneros—dice »Reiset—pero antes de llegar a Francia se han perdido más »de la mitad porque los convoyes son demasiado grandes »y en cada punto de etapa se escapan muchos. Otros mue»ren de miseria y cansancio y un cierto número son fusila»dos». «Los que se escapan vuelven inmediatamente sus »armas contra nosotros».

De las fugas de prisioneros hay recuerdos en todas las
(23) Memorias, buscad una relación de conducción de españoles y allí vereis ejemplos a cada instante. Lo mismo lo hacían en medio de las dificultades del camino que bajo la amenaza de castigos y las represalias criminales. Poco importaba que se conminara con matar los que quedaban, otros se fugaban. Todos oían a los franceses con igual indiferencia, dispuestos a intentar la huida en la primera ocasión.

(24) No lo hacían ciertamente porque los soldados franceses los dejaran huir, como pretende Brandt, ni porque compraran a sus centinelas como indica él mismo echando esta culpa sobre tropas extranjeras, sino porque su voluntad resuelta era volver a las filas patriotas y el pueblo estaba de su parte siempre para ayudarles. ¡Pobres soldados, encerrados en las plazas sitiadas meses y meses, o cruzando campos y montes, sin percibir una paga quizás en años enteros, ¿de donde iban a sacar el dinero para esos sobornos? Hu-

biéranlo tenido y antes de que llegara el caso de que intentaran la fuga se lo habrían robado sus guardas.

«Llevaba yo la orden—refiere Brandt—de hacer fuego (25)
»sobre todo el que intentara escaparse; durante la primera
»jornada, de Tortosa a Cherta, oí frecuentes disparos que
»probaban que esta consigna era fielmente cumplida».

Desboeufs relata la conducción de los prisioneros hechos (26)
en la rendición de Valencia. La primera noche, «no habien-
»do podido tomar las medidas necesarias, a causa de la os-
»curidad y del temporal, se escaparon más de 1.500 hom-
»bres». «Al salir de Murviedro algunos prisioneros se esca-
»paron de las filas huyendo por entre los árboles de la mon-
»taña. Los ligeros llevároнle dos al General Pannetier que
»los hizo fusilar». «Dos días después encontráronse 28 pri-
»sioneros en la cripta de una iglesia; el General, para con-
»ciliar sus deberes con LA HUMANIDAD, dió orden de que los
»sortearan y, de cada dos, salvábase el que sacaba la bola
»blanca, el otro era fusilado en el acto. Los 14 cadáveres
»quedaron insepultos al borde del camino». Desboeufs, que cuenta estos horrores, aun tiene el cinismo de decir que los españoles no seguían «los ejemplos de humanidad que les daban los franceses».

Girardin encontró en un camino multitud de cadáveres, (27)
entre ellos los había «de prisioneros españoles que habían
»tratado de burlar la vigilancia de su escolta, O QUE NO HA-
»BÍAN PODIDO SEGUIRLA».

Copio una página de la Duquesa de Abrantes. (28)

Era después de la rendición de Astorga. Invitada por un amigo fuese a ver desfilar la primera columna de prisioneros. «Hacía un tiempo delicioso, el principio de nuestro pa-
»seo fué muy agradable pero al fin tornóse lúgubre. Hacía
»algunos momentos que oía yo disparos a corta distancia.

»—¿Qué es eso?—pregunté.

»El que me acompañaba no lo sabía, y lo preguntó al
»jefe del batallón que custodiaba los prisioneros».

»—No es nada—respondió con la mayor indiferencia—;

»alguno de esos bribones españoles que finge tener algo en »los pies para no andar. He dado la orden de que remedia- »ran eso. ¡Malos de los pies! Si les hiciesen caso todos es- »tarían cojos y no recobrarían las piernas más que para re- »unirse con don Julián a la vuelta del camino.

»Al principio creí haber entendido mal, pero el Coman- »dante me dijo claramente que fusilaba a todos los que no »podían andar para que no se reunieran a las guerrillas. En »aquel momento volvía yo un recodo de la carretera y vi »caer dos hombres. El golpe me llegó al corazón, sentíame »morir.—Volvamos, volvamos—dije a Magnien—. Dios »mío, ¡qué horror!.»

(29) No sólo se fusilaba a los prisioneros. «En Madrid—cuen- ta Morvan—, buscando prisioneros que se habían escapado, »aprehendiéronse muchos ciudadanos inocentes a los cua- »les se fusiló». Tomada Zaragoza bajo una capitulación en la que se prometía respetar especialmente a los sacerdotes, los franceses dedicáronse a registrar la conducta pasada de los frailes y hacer ejemplo en ellos. «Metíanlos en sacos y »los arrojaban al Ebro. El río, poco aficionado a estos pe- »ces (así lo dice la Duquesa de Abrantes) los devolvió a la »orilla y el pueblo de Zaragoza pudo ver a sus frailes »ahorcados y ahogados». Basta para que aparezca en todo su valor lo que era la lealtad de los franceses con nosotros.

(30) Un oficial francés, testigo presencial de tanta barbarie, dice resumiéndola: «Medidas tan violentas, tomadas contra »enemigos desarmados, que debieran ser protegidos por su »misma debilidad, no podían ser justificadas en ningún »caso por la necesidad de las represalias, eran tan crueles »como impolíticas, alejaban el fin de la conquista y la su- »misión definitiva de los pueblos vencidos. Es cierto que »impedían a los paisanos españoles volver a sus ejércitos, »pero sustituía en cambio una guerra de emboscadas a la »de batallas campales, en las cuales nuestra superioridad de »táctica nos hubiera dado la victoria. 400.000 franceses te-

»nian que luchar contra doce millones de habitantes ani-
»mados por el odio, la desesperación y la venganza».

No le subleva la injusticia, no protesta de los crímenes, lamentase de que su procedimiento terrorista no les diera el resultado apetecido, y despertara contra ellos el odio de la nación entera. Más crueles que Breno olvidan por completo a los vencidos y sólo se duelen de que el vencedor no lo fuese aún bastante.

De los españoles que llegaron a entrar en Francia, prisioneros, poco sabemos, pero lo que nos dicen los libros franceses basta para ver claro cuanta fué su desgracia.

La policía tenía orden de hacerles insoportable la vida (31)
a fin de forzarles a alistarse en las filas imperiales, pero nuestros paisanos se resistían tenazmente a servir a Napoleón, y éste, para castigar su entereza, destinábalos a los trabajos forzados, preferentemente a la desecación de marismas y pantanos; primero en la costa Oeste, después en el interior de Francia, al fin en la isla de Walcheren. Para ellos, escribe Napoleón, «recomendaréis un régimen severo, »son fanáticos a los cuales no se deben consideraciones». »Al principio mandaron mil a Flessinga, otros mil a Bres-»ken», donde murió gran número de ellos. En 1811 el contingente había aumentado considerablemente, a Flessinga iban cinco batallones de prisioneros españoles, cinco al Helder, cinco a Cherburgo.

«¡Cuántos dejan sus huesos en tierras de Francia! Caste- (32)
»llanos tirados en los húmedos llanos del Poitou, valencia-
»nos semi-moriscos, segados por la tisis en el Jura friísimo
»o los lluviosos Cevennes, rudos aragoneses llevados a los
»pantanos de Zelanda, dejados allí casi desnudos mientras
»se queman a su lado fardos de paños ingleses! Separados
»por su idioma, por su altivez nativa, por sus costumbres,
»mezquinamente alimentados por el gobierno francés,
»robados por los agentes de avituallamiento, acosados
»por la policía, harapientos, sucios, mueren y mueren en-
»sanchando de día en día en los cementerios «aquél rincón

»de los españoles» a donde nadie lleva ni oraciones ni »flores».

(33) Morvan, resumiendo, con espiritu que quiere ser de justicia, las desgracias de sus prisioneros, y de los nuestros, termina: «así entre los deseos de la Junta Central que quie»re hacer el bien y los del Emperador, que, llevado por su »rabia impotente, tiende al mal, Rochefort y Walcheren »igualan a Cabrera».

Habeis leído palabras de franceses, los nuestros no han aportado ni una sola a estas quejas. ¡Qué no sabríamos si sus voces, apagadas para siempre, hubieran dejado algún eco!

LA NACIÓN EN GUERRA

CAPÍTULO XIII.—La resistencia pasiva.
" XIV.—La acción del pueblo.
" XV.—A matar franceses.
" XVI.—Por sendas y caminos.
" XVII.—Correos del Emperador.
" XVIII.—Lo que eran las guerrillas.
" XIX.—Perfiles de guerrilleros.
" XX.—La crónica no escrita de las guerrillas.

CAPÍTULO XIII

La resistencia pasiva.

Solos, desde el momento en que el pueblo declaró que estaba en guerra con Napoleón, los franceses quedaron solos. Fué una sensación extraña, que jamás habían conocido. Como si todo lo que les rodeaba se retirase de ellos y las distancias más cortas se hicieran infranqueables. «Los (1)
»que han servido en la guerra de España—observa la Du-
»quesa de Abrantes—, saben bien que bastaba que dos
»personas se alejasen a dos leguas la una de la otra para
»encontrarse tan separadas como si una estuviera en París
»y la otra en la provincia más lejana».

Si lograban vencer una resistencia y avanzaban veíanla surgir de nuevo sobre el camino ya andado que se cerraba sobre sus propios pasos. Las victorias parciales de nada servían, los patriotas tornaban a ocupar el lugar que habían dejado los franceses y se desquitaban en cuanto podían. Era la marcha angustiosa en un banco de niebla que (2)
parece ceder por todas partes y cediendo os envuelve y aprisiona.

El instinto llevó a la nación a inventar táctica, a crear servicios y adivinar la fuerza de principios nunca aplicados.

La primera invención fué la guerra del vacío. Combatir a un enemigo aislándolo, nadie lo había pensado, el pue-

blo lo hizo espontáneamente en toda España y se forjó un arma contra la cual nada podía el genio del Emperador ni la fuerza de sus ejércitos. Si hablaban nadie los escuchaba, mandaban una orden y no llegaba, cuando buscaban a una persona no daban con ella.

Al principio huían las gentes por odio al invasor de la tierra y temor a sus tropelías, después a conciencia de que la huída era una forma de ofensiva con la cual combatían y trastornaban todos los planes del enemigo.

(3) En otros sitios, dicen los franceses, la desolación y el hambre quedaban como huellas de nuestro paso, aquí nos precedían.

Tal fué el ejemplo, que pronto cundió, siguiólo el Zar y fué mortal para los franceses en campos de nieve como en páramos abrasados.

Llegar a poblado, ver las calles solas, las casas desamparadas, como si la muerte se hubiera llevado de un aletazo la gente toda; hallar que os han abandonado la hacienda, pero huyen de vosotros como de apestados, tener por testigos de lo que esperábais entrada triunfal pobres hogares desolados, la tristeza muda de las cosas, es perder la satisfacción de la victoria y reducirla a una posesión miserable, sin gloria ni alegría. Cuando los soldados franceses

(4) entraban en los pueblos sentían la bofetada de desprecio y se vengaban en cuanto hallaban con furia centuplicada, ellos mismos lo confiesan.

Las poblaciones que Thiebault y Lejeune habían visto recibir entusiasmadas a las tropas francesas de la invasión, quedaban desiertas, meses después, a la sola noticia de su llegada.

(5) «Aquella desolación era terrible—dice Naylies—, el odio »multiplicaba las soledades». La frase podrá ser incorrecta pero es gráfica.

(6) «Los valles, antes poblados, eran ahora desiertos inaca»bables. Al acercarse a los pueblos no se veían subir esas »columnas de humo que en todas partes forman una se-

»gunda atmósfera sobre los parajes habitados. En las cer-
»canías reinaba ya el silencio; a momentos oíase la voz de
»algún soldado perdido que llamaba a sus compañeros o
»los disparos de los patriotas que iban a buscar víctimas en
»las filas enemigas, luego nada. Una vez dentro, sólo el re-
»loj de la iglesia, que lanzaba sus campanadas sobre calles
»y plazas abandonadas y el resonar de tambores y trompe-
»tas contra los muros de las casas solitarias». Cerradas
unas a piedra y lodo, en completo abertal las otras, daban,
cada cual a su manera, impresión hondísima de tristeza.
Algún animal que salía huyendo o se asomaba cauteloso
al alero de un tejado eran los únicos seres que allí vivían.

Desde los bosques y las breñas más próximas presen- (7)
ciaban algunos habitantes la devastación de sus hogares
«y su odio crecía como el fuego». Desde allí llegaban a los
franceses los gritos de sus maldiciones.

A medida que los franceses entraban España adelante, (8)
más solos estaban pueblos y aldeas. Rocca entró en Bur-
gos, en Almazán, desiertos, así encontró Ney, a su paso
por Guadalajara, todos los del camino, así los hallaron
Desboeufs, Marcel, Gonneville, en Valencia; Lejeune, Rei-
set, Castellane, Naylies, Girardin, en Castilla toda; Fantín,
en las Vascongadas; Foy y Saint Chamans en la Montaña
de Santander; Brandt, en Aragón y Navarra; Marbot, Marcel,
Fantín hasta en el fondo de Galicia; Miot y Grivel, en An-
dalucía; Naylies y Reiset, en Salamanca y Extremadura;
D'Espinchal y Reiset en la Mancha. En algunos es tal la ob-
sesión de la soledad que a cada momento vuelve la misma
nota del abandono de los pueblos con significativo mar-
tilleo.

Nadie quedaba, los hombres que podían tomar las ar- (9)
mas, iban al ejército o formaban en las masas del pueblo
en guerra, el resto de la población marchaba a refugiarse
en los montes o en el bosque más próximo, y no volvía en
tanto que hubiera franceses en el lugar. A veces, así que el
enemigo se iba, aparecían ellos saliendo de todas partes en

bandadas, como si los vomitara la tierra, otras duraban tanto las ausencias, que las mieses, verde cuando ellos partieran, maduraban y, en pie, caia el grano de la espiga o se pudria en ella, si antes no se incendiaba el campo. Naylies refiere un caso caracteristico; cuando él estuvo acampado en las orillas del Tajo, los hombres de Cebolla y otros pueblos, que habian huido a los montes, volvian a recolectar la aceituna. Al pasar «lanzaban miradas furtivas »a sus viviendas para ver si aún estaban en pie. Los propie»tarios de las que habiamos destruído mostraban la mayor »desesperación, iban al trabajo echándonos mil maldicio»nes. Todas las noches repasaban el Tajo cargados de oli»vas, nunca pudimos convencerlos a quedarse en Cebolla. »Por más que les deciamos que si habitaban sus casas se»rian más respetados, preferian añadir ese sacrificio a los »que habian hecho, con tal de evitar nuestra presencia.

(10) »Los habitantes de los pueblos de la Sierra que se »creian expuestos a las visitas de los franceses—dice Roc»ca—enviaban a los viejos, a las mujeres y a los niños, a »las alturas inaccesibles y ocultaban los objetos de más »valor en cuevas. Sólo los hombres quedaban en el pobla»do para defenderlo o hacer incursiones en la llanura con»tra los pueblos que no quisieran alzarse también en »armas».

(11) En algunos casos, eran tan del último momento las fugas, que los soldados franceses iban viendo al otro lado de un río los grupos de paisanos que huia o las cabezas que aparecian a momentos por entre las mieses espiando sus movimientos. En otros, la llegada era repentina o la gente los tomaba por tropas inglesas y no se iba más cuando, conocidos ya, tornaban a pasar, todo estaba desierto. Ocasión hubo en que solo conocieron el engaño cuando ya habían aportado todas sus provisiones a los supuestos ingleses. «Convencidos de su error desaparecieron a todo correr de»jando desierto una vez más el pueblo».

(12) Rocca encontró en un islote del Duero un campamento

de mujeres y niños ocultos entre la maleza de aquellas breñas, el único hombre que había era un sacerdote anciano. Gonneville cuenta haber visto todo un pueblo cruzar un río huyendo de los franceses. Las mujeres gritaban desaforadamente, los pequeños iban subidos en los hombros de los padres. Era la emigración en masa de los tiempos antiguos ensombrecida por la tristeza de abandonar los hogares que aquellos no tenían.

Cuando los que vieron la guerra dicen—«desierto»—hay que creerles, no hacen una figura retórica, exponen sencillamente la verdad.

Y esto fué de todos tiempos, lo mismo al venir con Na- (13)
poleón el gran ejército que en las últimas huídas de José y en las marchas sin fin de tropas francesas por tierras de España, así en poblaciones grandes como en insignificantes villorrios. «En Valladolid era muy fácil encontrar alo»jamiento porque los principales habitantes habían aban»donado la ciudad» (Broglie). «Cuando entramos en Pla»sencia no quedaban 20 habitantes», escribe Marcel. En (14)
Reinosa, en Coria, en Cuenca, no había un alma, en Burgos hasta las monjas huyeron de sus conventos. En Buitrago quedaba un solo habitante cuando entró el Emperador y lo hizo alcalde.

«A no ser por los disparos que a cada momento se (15)
»oían habríamos podido jurar que todo el país estaba des»poblado» (Marcel).

Durante dos días siguió Rocca el curso del Duero, río (16)
arriba, desde Almazán, sin encontrar ser viviente ni tener la menor noticia del enemigo. Saliendo Desboeuf de Valencia anduvo ocho días seguidos por pueblos completamente desiertos; en el centro de la Península un batallón francés marchó cien leguas sin encontrar un solo habitante. En algunos pueblos los invasores encontraban un paralítico o algún anciano decrépito; en otros oían una voz, una sola, que parecía alzarse a responderles, la de un loco que los vecinos no habían podido llevarse al partir.

(17) Fantin des Odoards, nota que en Saldaña quedaron algunos vecinos, y Castellane hace igual observación de Santillana; por fin en León encontraron una población que no había salido de sus hogares y su asombro fué grande.

(18) En la fuga llevábanse los españoles los ganados, los carros, cuanto elemento de transporte existía y así los franceses encontrábanse doblemente aislados y no podían contar con otros medios de comunicación que los que llevaran con su ejército.

(19) Si las autoridades francesas querían anticiparse y mandaban por delante la orden de requisar carros y ganados la medida resultaba contraproducente; hombres y animales desaparecían como por encanto. Tal sucedió a Brandt en el primer punto de etapa que encontró en territorio español.

(20) Cuando la huída no era posible los patriotas ocultaban tras un silencio hosco sus opiniones y sus noticias. Sacando energías del fondo del alma separáronse de las nociones de lucha conocidas de siempre, del silencio hicieron arma de combate y enmudecieron. Era tan grande su voluntad de resistir que ni de su propia debilidad se convencieron y la fe les dió recursos para vencer.

Españoles y franceses vivían entonces dentro de unos mismos muros sin que se establecieran comunicaciones entre ellos. «Aunque alojados en las mismas casas—re-
(21) »cuerda Naylies—, teníamos pocas relaciones con ellos, »recibíamos los víveres y comíamos aparte». Cuando algo averiguaban los imperiales era por lo que traslucían en la cara de los patriotas que no podían ocultar su alegría. Nosotros mismos no creeríamos los extremos a que llegaron si el testimonio de los enemigos no lo probara. Perseguida una guerrilla, en la provincia de Burgos, por el General Thiebault, vióse a punto de ser copada y de perder su tesoro de 50.000 duros procedentes de los donativos y contribuciones que habían recogido. Faltos de tiempo los guerrilleros para ponerse en salvo, si llevaban la carga de sus dineros, abandonaron el pueblo y dejaron el tesoro en el

sótano de una casa, a la cual, de acuerdo con el propietario, prendieron fuego. Los franceses persiguieron poco a la guerrilla, entraron en el pueblo y vieron el incendio, y como los vecinos que en el quedaban, con indiferencia absoluta, dejaban arder la casa sin intentar siquiera salvarla. Siguió el fuego hasta destruir la vivienda, los franceses salieron muy ajenos de que a dos pasos de ellos se encontraba, guardado por el silencio de todo un pueblo, tal montón de dinero. Sólo mucho tiempo después llegaron a saber la burla que de ellos habían hecho.

«La unanimidad de los españoles es tal—escribía José (22)
»a Napoleón en Agosto del 8—que no encontramos un
»solo espía. Dieciseis días hace que salimos de Madrid y en
»este tiempo no he recibido una sola confidencia. Ningún
»español quiere servir contra los insurgentes».

Gonneville, siempre dispuesto a negar a los patriotas (23)
todo mérito, dice: «hay que hacer a los españoles la justicia
»de confesar que para nosotros era muy difícil encontrar un
»espía entre ellos».

«En vano tratamos de encontrar espías--escribe Reiset--; (24)
»nuestras promesas y nuestro dinero de nada sirven».

«El Estado Mayor—cuenta Jourdan—no se podía pro- (25)
»curar espías y así no tenía otros informes que los que da-
»ban los cuerpos que hacían la descubierta».

«En España podíamos encontrar alguna vez un pai- (26)
»saje ameno, lo que no encontrábamos jamás era un amigo.
»Los dos sexos estaban animados de igual espíritu de ven-
»ganza; donde quiera que hubiese un español allí tenía-
»mos un enemigo implacable» (Naylies).

«¿Cómo hacer nada—exclama Girardin—en un país (27)
»donde ni por dinero ni con amenazas se podía decidir a
»un solo hombre a hacer oficios de espía? ¿Qué hacer en
»una tierra donde todos los habitantes huyen de nosotros
»o nos combaten?», dice Fantin.

«No hay español que denuncie a otro—afirma Reiset—, (28)
»la solidaridad que tienen entre sí es verdaderamente ad-

»mirable, apóyanse todos y, sea por principio, sea por te-
»mor, lo cierto es que los espías son muy raros por
»mucho dinero que se ofrezca».

(29) «En toda la guerra de España era una particularidad »notable la dificultad que teníamos para encontrar espías »que, a la postre, resultaban siempre desleales» (Duquesa de Abrantes).

(30) Los españoles evitaban toda conversación; si alguien les dirigía la palabra callaban, si se veían obligados a responder mentían. Para obtener contestaciones, los franceses habían de dirigirse a los niños. En su afán de adquirir noticias, los imperiales recogían cuanto papel hallaban, abrían todas las cartas, detenían a los caminantes, a los labradores, a cuanto hombre o mujer pasaba, y les interrogaban, los registraban o los detenían.

(31) Nada bastó, y entonces recurrieron al terror. Cuando se quería enviar una comunicación de importancia cogíase a uno o dos españoles entre los de mayor prestigio, se les encerraba con centinelas de vista, se les entregaba el pliego que había que llevar y se les amenazaba con la muerte si en tantas horas no habían hecho que llegara aquél y que viniera la contestación. Otras veces si, marchando por un camino, o cercado en un puesto, necesitaba un jefe francés enviar un parte o averiguar el paradero del enemigo, buscaba a los padres de mayor familia, cerrábase a ésta en lugar seguro, soltaban a aquéllos y bajo amenaza de fusilar a esposa e hijos, si no traía la contestación o los informes, se le obligaba a salir en busca de la noticia o a llevar el parte.

Esto lo hacía un hombre como Thiebault, del cual no se cuentan las crueldades atroces que a otros hicieron famosos, gobernador que asegura haberse hecho querer de sus administrados y no en provincias remotas sino en Salamanca, que sólo corto tiempo se vió libre de la ocupación en Burgos, donde en toda la guerra no faltaron nunca ejér-

(32) citos imperiales. El testimonio es irrecusable, puesto que él

mismo lo confiesa, como igualmente lo confiesa D'Espinchal. Convencido aquél de su infamia, pretende atenuarla diciendo. «No necesito manifestar que en casos tales, cuan-»to mayor es la necesidad de formular amenazas menos »valor hay para cumplirlas».

En estos casos todo lo que conseguían amenazas y pro- (33)
mesas era o que el confidente forzado no saliera del pueblo o que ocurriera lo que Blaze dice en su sincero comentario: «Cuando a un pobre diablo se le aprisionaban mujer »e hijos y se le decía anda, vete, para mañana tienes que »volver y decirme lo que hacen Mina, Longa, El Pastor o »cualquier otro, cuantos hombres tienen, donde están, etcé-»tera, etc., y, si me engañas, ahorco a tu familia, ¿qué ocu-»rría? Que si el paisano volvía, era después de habérselo »ido a contar todo a los guerrilleros y que éstos le ense-»ñaban la lección o se arreglaban de manera que la ver-»dad de hoy no lo fuera mañana».

El que, por caso raro, consentía en servir a los france- (34)
ses, caía muy pronto en manos de los patriotas y la horca era con él. Si escapaba con menos podía considerarse afortunado. Los traidores no encontraban perdón y los pa-«triotas igual fusilaban a un alcalde que a un ciudadano »cualquiera».

Según Desboeufs los guerrilleros cortaban las orejas a (35)
los traidores que se avenían a servir de espías y correos a los franceses. Verdad o no, lo cierto es que la vida fué dura en aquellos tiempos, se daba o tomaba sin gran aparato, y el que hiciera oficio de traidor sabía de antemano que sus hermanos no conocían la clemencia.

Buscaban guías los franceses y tampoco los encontra- (36)
ban; si a viva fuerza obligaban a algún desgraciado a mostrarles los caminos, llevábanlos por rodeos o los extraviaban. «Tomamos a los dos paisanos por guías—refiere »D'Espinchal—con promesa de una buena recompensa si »nos dirigían bien, mas, después de muchos rodeos, vimos »que nos habían perdido. Dos pistoletazos fueron el pago

»de su infidelidad». Para encontrar Gonneville un guía que le acompañara de Toro a Tordesillas tuvo que recurrir al procedimiento de buscar un padre de familia y encerrarle a la mujer y sus cinco hijos con amenaza de matarlos sino le llevaba a su destino segura y prontamente.

Lamentándose Rocca de los movimientos que tuvo que
(37) hacer en la provincia de Soria sin más guía que la de un mal mapa francés, viéndose obligado a marchar a tientas, desorientado siempre, dice: «no habiéndome podido pre»veer de un guía, a la salida de Almazán, nos extraviamos »y anduvimos nueve horas para recorrer 16 kilómetros. »Esta dificultad de encontrar guías era de cada momento». El mismo cuenta también que marchando sobre Soto de Cameros en persecución de Porlier, por más que preguntó a más de sesenta labradores por el paradero de éste, «no »hubo uno solo que no tratara de engañarme—escribe—di»ciendo que no había visto a los guerrilleros y que no esta»ban estos en Soto. Esto, a pesar de que los caballos, muer»tos de cansancio, que hallábamos tendidos a cada paso »en el camino, nos revelaban la proximidad del enemigo».

El aislamiento de los franceses siguió al movimiento de
(38) independencia instantáneamente, fué inmediato y completo. El ejército de Junot, dueño de Lisboa, vió cerradas sus comunicaciones con Francia desde el primer momento. Dice la Duquesa de Abrantes: «Estaban tan aislados como si se »encontrasen en América. Junot en Lisboa no recibía inin»guna noticia de Francia!, ¡ninguna de Inglaterra!!, ¡¡ninguna de España!!! En todas partes un silencio de muerte».

(39) Su Jefe de Estado Mayor puso decidido empeño en hacer llegar a su esposa una nota con las palabras «estoy bien» y para ello, bajo pretexto de favorecer a los soldados españoles, presos en los pontones de Lisboa, organizó un correo que los españoles no interceptasen. Dentro de cada una de las cartas de soldados que iban a destinos próximos a la frontera francesa incluyó una suya, abierta, con sólo aquellas dos palabras. Así pudo conseguir, por fin

transmitir tan breve mensaje. De sesenta notas que envió llegaron a París tres no más.

En Septiembre y Octubre de 1808 las tropas de Napoleón, con José al frente, estaban todas recogidas del Ebro a los Pirineos, pero las comunicaciones no por eso eran más (40) fáciles ni más seguras y, en la parte ocupada, militar francés que viajaba solo por el camino de Bayona era indefectiblemente robado o muerto. Del resto de España apenas si tenía noticias el Cuartel General, y de cuantas corrían pocas eran ciertas. «Los periódicos de Madrid (periódicos »patriotas) llegaban con regularidad pero nada decían de »los proyectos del enemigo que se hallaban siempre rodea»dos del mayor misterio».

Durante toda la guerra cuantas noticias reciben de pro- (41) yectos o resoluciones del gobierno español llegan dislocadas, con un grano de verdad en montes de falsedades, y al fin ellos mismos acaban por no creer ninguna.

Jamás se vió separación tal de dos castas de gente en una misma tierra. Napoleón entró en España el 4 de No- (42) viembre y no menciona en sus boletines al ejército inglés hasta el 5 de Diciembre. Hasta muchos días después no tuvo idea del paradero aproximado de éste. En ese tiempo los soldados ingleses estaban en Salamanca, Cáceres, Avila, llegaban en su avance hasta El Escorial, pero el Emperador omnipotente no lo supo. La retirada de Moore la conoció Ney por un soldado inglés que hizo prisionero; los dos ejércitos no distarían aquel día más de diez leguas el uno del otro. En 30 de Noviembre de 1808, los ejércitos franceses habían batido todos los nuestros y la mitad de la Península parecía sólidamente ocupada, sin embargo, Ney no pudo hacer que llegara al Cuartel General, establecido en Aranda, una comunicación expedida de Alagón.

Soult entró en Galicia en los comienzos de Enero de (43) 1809, en seguimiento del ejército inglés de Moore, y desde ese momento ya no tuvo comunicación con el interior de la Península ni menos con Francia. Cuando a fines de Fe-

brero, se apresta a entrar en Portugal y llega a las riberas del Miño, apenas las conserva con Santiago, vía Pontevedra, la última carta suya que llega a Madrid es del 24 de Febrero, desde entonces ya no se sabe de él hasta que vuelve a Galicia a últimos de Mayo. Bien decía Fantín: «la »marcha de nuestro ejército aseméjase a la de un buque »que va abriendo surco en el mar y lo vé cerrarse tras sí »apenas ha pasado». Una vez dentro de Portugal quedan cortados del resto del mundo, ni los demás les comunican cosa ninguna ni ellos pueden hacer nada con su recursos
(44) propios. A los tres meses de pasar el Miño aun no saben si otros cuerpos entraron en Portugal, no saben qué es de Ney que quedó en Galicia con su ejército. Soult intenta romper el cerco para averiguar si Victor ha entrado por Extremadura, como le prometieron, y su gente no puede pasar de Amarante, no en la dirección de Lisboa, que el Empera-
(45) dor había prescrito, sino en vuelta hacia Galicia. Tan ajenos estaban los franceses a cuanto ocurría fuera de su vista que dudaban si sería cierto que las tropas imperiales habían evacuado la Península como en Portugal se decía. El diario de Fantín tiene en 28 de Abril estas líneas: «desde que »entramos en Galicia, es decir, desde hace cuatro meses, no »hemos recibido ningún correo de Francia». Por fin en Mayo vuelve Soult a pasar el Miño con los restos de su ejército y pisa de nuevo tierra española, cuando da con el ejército de Ney recibe noticias, las primeras desde que en Enero saliera de León. Aun desde allí las comunicaciones eran tan difíciles que su llegada a Lugo (23 Mayo 1809), no se supo en Madrid hasta trece días después, y de un parte que remitió el 25 de Junio, desde la Puebla de Sanabria, sólo llegó a Madrid el duplicado en 5 de Julio, el original no se recibió. Ya en Zamora pudo Soult recibir órdenes de Napoleón, las últimas databan de medio años atrás.

Estar en la Península era algo así como habitar en otro planeta, y esta separación del resto del mundo abatía la moral del soldado como una derrota continuada.

Mientras Soult estaba aislado en Oporto, los demás (46)
ejércitos hallábanse en idéntica posición. Napoleón ordenó a Víctor que avanzase sobre Portugal para ponerse en contacto con Soult, a quien suponía ya sobre Lisboa, y Víctor, en vez de avanzar, retrocedió a Miajadas y Santa Cruz por temor, no a ejércitos regulares, ni menos a ataques de ingleses, a la reunión de patriotas en la Sierra de Guadalupe, que amenazaban el paso de Almaraz. Ney, en Galicia, con 16.000 hombres no podía hacer más que guarnecer algunas plazas y abandona sus comunicaciones que fueron bien pronto interrumpidas. El General Maucune, que ocupaba a Santiago, tuvo noticias de que un cuerpo de ejército español salía contra él de Vigo. Todos los días mandaba partidas de descubierta que volvían sin averiguar nada. Una mañana entró mal herido por las calles un soldado del 15 Regimiento de cazadores, era el único sobreviviente de una patrulla de ocho que, por puro azar, había dado con nuestras tropas. Días hacía que éstas se hallaban a menos de dos leguas de Santiago, diríase, que era un ejército fantasma.

En tanto que los franceses se batían en Auñón con los (47)
soldados del Empecinado, la columna del General Blondeau anduvo todo el día por las inmediaciones y entró a la tarde en Sacedón sin tener noticias del combate ni por sus gentes ni por los españoles heridos que cruzaban el Tajo. De un pueblo al otro no hay dos leguas.

En Agosto de 1810, tomada la plaza de Almeida, avanzó Massena sobre Coimbra y de allí a las líneas de Torres Vedras, que defendía Wellington, y una vez más se dió el caso de Soult. Desde que se internó en Portugal, dice Miot: «todas las comunicaciones con España se cerraron so- (48)
»bre él y estuvimos largo tiempo sin tener noticias directas »de la expedición». De esas incomunicaciones angustiosas nadie debió tener sensación tan intensa como la Duquesa de Abrantes, que quedó en Ciudad Rodrigo mientras su esposo iba mandando uno de los cuerpos de ejército. En

muchos pasajes de sus Memorias aparece como el recuerdo de una pesadilla que no se puede desechar. «Era la primera »vez que se veía—escribe—un ejército de 60.000 hombres »cruzar un riachuelo, internarse por la otra orilla y al »siguiente día reinar el silencio más absoluto sobre tal »multitud». En otro lugar dice: «el ejército de Portugal, »tres cuerpos con más de 60.000 hombres, estaba a 50 »leguas de nosotros y no teníamos noticia de él».

En Noviembre de aquel año, abriéronse momentáneamente las comunicaciones; Foy, escoltado por un batallón, pasó desde Villafranca de Portugal a la frontera francesa para ir a dar cuenta al Emperador del estado de la campaña; después cae otra vez un muro impenetrable entre
(49) franceses y franceses. Para restablecer algún tanto las comunicaciones, precisa que venga D'Erlon con 12.000 hombres y deje una buena parte en la frontera (Diciembre 1810); a esa fecha hacía ya tres meses que Massena estaba aislado en absoluto de su mundo. Por ese cuerpo de ejército mandó la Duquesa de Abrantes a su marido una carta fechada el 15 de Noviembre y que él recibió en 28 de Diciembre. Contestóla al siguiente día enviándole respuesta por dos aldeanos portugueses a quienes debía dar ella 1.200 reales al recibirla; esta segunda carta se entregó el 10 de Febrero, próximamente a los tres meses de escrita la primera.

(50) En Enero de 1811, escribe Foy desde Ciudad Rodrigo: «hace siete días que me veo detenido aquí en la ejecución »de órdenes importantes de S. M. el Emperador. El General »D'Erlon ha ido a reunirse con el Mariscal Massena, no se »sabe ni dónde ha ido ni el camino que sigue. El General »Claparede recorre la tierra entre el Duero y el Mondego; »nadie sabe dónde está.» Tres meses más tarde Massena encarga a Foy que haga llegar, a todo trance, una carta al Mariscal Mortier, que operaba en la orilla izquierda del Tajo y del cual nada sabía. Esa falta de noticias le había obligado a aquél a retroceder en su camino.

Por falta de comunicaciones no pudo Massena sitiar a (51)
Abrantes, para lo cual hubiera necesitado llevar de España abundantes municiones de artillería; la división que había quedado en Celórico no bastaba para conservarlas. Sólo pudo verse en contacto con los demás ejércitos imperiales cuando vencido, casi sin pelear, retrocedió sobre España y trajo noticias de sí mismo.

Ya en España, después de la batalla de Fuentes de (52)
Oñoro, Massena quiso enviar al Gobernador francés de Almeida la orden de evacuar la plaza y hacer volar las fortificaciones; para ello tuvo que ofrecer 6.000 francos de recompensa y sólo se presentaron voluntarios tres franceses, de ellos llegó uno a Almeida.

La amenaza a las comunicaciones era constante y de todas partes. En Abril de 1809, después de las derrotas de Uclés, Medellin y Ciudad Real, Sebastiani, en La Mancha, (53)
veiase cortado de Madrid y Victor completamente sitiado en Extremadura. Para mandar un parte necesitábase protegerlo con grandes destacamentos. Los ejércitos franceses perdíanse en España como las caravanas en el desierto.

En Octubre de 1809 Jourdan habla de partes fechados (54)
en Salamanca el 9, que no habían llegado a Madrid hasta el 21, «porque las comunicaciones habían estado interceptadas varios días.» En Julio de 1812, Marmont se excusa de no haber esperado al ejército del Centro para dar la batalla de los Arapiles por no haber recibido la carta en que se le anunciaba la llegada. «No seria la primera vez —escribe Jourdan—que la dificultad de las comunicaciones habia trastornado las operaciones de conjunto».

En Octubre de 1812 los ejércitos franceses del Norte, (55)
del Centro y de Portugal, van sobre Wellington para vengar la derrota de Arapiles, y los ingleses retroceden, pero los imperiales no pueden continuar unidos; Caffarelli tuvo que retroceder al Ebro para «restablecer las comunicaciones con Francia, que se podian considerar cortadas desde que él se había alejado». En 1812, Soult considerá-

base poco menos que rey en Sevilla, pero tuvo que retirar sus puestos de La Mancha y perdió las comunicaciones con Madrid.

(56) A medida que la guerra avanza, la acción del pueblo se hace más efectiva. En 1813, en vísperas de irse ya definitivamente, el 15 de Febrero hacía dos meses y medio que no recibían noticias de Francia; el 16 llegaron correos con despachos, cuya fecha más reciente era 4 de Enero. En Junio siguiente todo es poco para conservar las comunicaciones con Francia, y esa causa es la que motiva directamente la concentración de sus fuerzas sobre el Ebro. En la batalla de Vitoria no estuvo presente el cuerpo de Clausel, porque las órdenes que se le enviaron llamándolo no llegaron a él. Mandó Jourdan al siguiente día otras a Foy y también las interceptaron los patriotas. En 1812 escribía Foy a Marmont, refiriéndose a una comunicación que no había recibido: «son tantas las cartas que se pierden, »que no me sorprende que esa no haya llegado a mis »manos».

A principios de 1813, «los correos llegaban a Madrid
(57) »treinta o cuarenta días después de haber salido de París, »y las órdenes dadas por Napoleón en los primeros días »de Enero sólo pudieron cumplimentarse a fin de Marzo».

Así, siempre, reducidos a no saber más que de sí mis-
(58) mos y a contar con sus propias fuerzas, vense imposibilitados los invasores para concertar las operaciones con la seguridad que lo habían hecho en todos tiempos y lugares. El restablecimiento de las comunicaciones, siquiera fuese momentáneo y se redujera al paso de un correo, era considerado como gran progreso.

Esa cuestión fué capital en toda la guerra, bien puede decirse que en la lucha tuvieron más importancia los ataques que cortaban a los franceses sus bases de retirada o aprovisionamiento que las mismas batallas campales. Consideraban ellos tan importante esto, que cuando fueron al segundo sitio de Zaragoza se destacó Mortier sobre Cala-

tayud, con 9.000 hombres, para mantener las comunicaciones con Madrid.

No había forma humana de que concertasen nada, tiempos y distancia dejaron de ser cantidades traducibles en cifras y se convirtieron en indeterminaciones que dependian de una voluntad extraña y rebelde. Los franceses necesitaban diseminarse para subsistir y vivir siempre esparcidos, y cuando las contigencias de la lucha exigían las concentraciones éstas eran imposibles, el pueblo, sin la menor idea de lo que fuera táctica, la inventó tal y tan buena que hizo imposible practicar aquel primer axioma del arte napoleónico de la guerra que prescribía «reunirse para »combatir».

CAPITULO XIV

La acción del pueblo.

En las primeras huídas las gentes no debieron pensar más que en abandonar los pueblos, después, al encontrar la devastación que dejaban los franceses a su paso, comprendieron que debía hacerse algo más y cada cual ideó la manera de sustraer a los invasores los bienes que quedaban. El medio que antes encontraron fué el de llevarse cuanto podían; en Galisteo—dice Naylies—los habitantes »no habían dejado nada en las casas». D'Espinchal hace igual observación, refiriéndose a los pueblos de La Mancha; Fantín, de los de Galicia. (1)

Pero esto no siempre era posible; o los franceses no daban tiempo a cargar con ello, o faltaban los medios de acarrearlo, o los caminos eran tales que no había que pensar en semejante cosa, y entonces fuerza era destruir, o guardar bien guardado, lo que no se quería que fuese a manos enemigas; granos, vinos, dinero, reses, todo se llevaba a los sitios más escondidos, a los pozos más hondos, a lo más áspero de las sierras. «En Extremadura, los habitan»tes de uno y otro sexo y todas edades habían huído des»pués de destruir hornos, molinos y provisiones de toda »especie, habían hecho un desierto entre su ejército y el del »Emperador» (Jourdán). Cuando José se retira sobre Va- (2)

lencia en el verano de 1812, «los habitantes huían llevándose los ganados, destruyendo hornos y molinos, encontrábase trigo, mas no harina», dice él mismo.

Españoles y franceses seguían una lucha callada bajo la mortal y clamorosa de los combates, los unos ocultando, buscando los otros. Aquéllos al irse tapiaban tinajas o montones de grano, enterraban cántaros cerrados, y cuando en
(3) la casa deshabitada entraban los franceses «era de ver »cómo sondeaban la tierra con las baquetas, cómo medían »igual que arquitectos, la línea exterior de las casas y, luego, el interior de las habitaciones, para comparar los resultados y descubrir por tan científico método el escondrijo». «Allí donde encontraban razón para sospechar entraban con piqueta y azada y, en muchas ocasiones, aparecía el depósito oculto».

De esos días de éxodo son los tesoros que más tarde aparecieron y, aun hoy, en ocasiones, se encuentran en el espesor del muro de algún caserón viejo, o enterrados en sótanos a una vara del suelo. La huída no permitía llevar el dinero, correr por montes y valles con un saco de monedas era acumular, voluntariamente, un riesgo evitable a los muchos que la guerra traía consigo. Una orza de barro, débil caja de caudales, recibía el depósito de onzas o doblones, una pellada de yeso cerraba la boca, y así preparada, iba a dormir en el sitio más escondido de la casa. Luego venía la marcha, la vida de aventuras de la guerra que impedía volver al hogar, moría el dueño, lejos quizás del pueblo, sin poder advertir el lugar del escondite, y allí quedaban, fuera del mundo, las monedas amarillas esperando el afortunado golpe de piqueta que las sacara a luz para dar un buen día al descubridor y una leyenda más al fondo de tradiciones.

Al fin, la guerra consumó las ruinas del país, llenó de odio las almas, y se peleó como si cada francés fuera enemigo jurado de todos nosotros. Allí donde eran las mieses
(4) la riqueza única quemáronse los campos, en las regiones

de la sed, donde el agua es la vida, secáronse las fuentes o se corrompieron.

«Aquellas hermosas llanuras—dice Marcel refiriéndose (5)
»a la Vera de Plasencia—cubiertas de mies pronta a ser se-
»gada, convertianse en campos de cenizas cuando nos-
»otros nos acercábamos. En menos de una hora los pue-
»blos de veinte leguas a la redonda estaban informados
»de nuestra llegada y de la ruta que llevábamos. En cada
»localidad un hombre estaba apostado de vigia sobre el
»alto más próximo al pueblo, tenia un haz de paja atado
»al extremo de una pértiga y, tan luego como divisaba
»nuestra vanguardia, daba fuego a las mieses. Esto se re-
»petia de lugar en lugar hasta donde nosotros fuésemos».

En Extremadura, los patriotas, antes de huir, llenaban (6)
los manantiales de cal, en La Mancha los cegaban, en la Vega de Granada echaban bacalao podrido en los algibes y las aguas se corrompian, en otras provincias rompian las cañerias para que las aguas se perdieran o tiraban cadáveres e inmundicias a los pozos.

Nada de esto se hacia obedeciendo órdenes sino por voluntad de todos. Rostopchine mandó el incendio de Moscou, aquí no hubo que mandar nada, hízose a la española, individualmente, sacrificándose la Nación en cada uno de sus hijos. Si alguna vez se hace el éxodo de los (7)
pueblos apoyado en el ejército, como en las retiradas de Cuesta sobre Llerena y Monasterio, esto no significa imposición de fuerza armada, sino simple coincidencia de pensamientos.

La caza de las subsistencias era una base principalísima de la guerra; después de pelear por ocupar una posi- (8)
ción habia que pelear por el pedazo de pan o por el haz de forraje, y no era esta la parte menos empeñada de la lucha ni tampoco la menos mortífera. «En esos combates, »en los cuales sólo conseguiamos la mitad de lo que nece-
»sitábamos—dice Jourdán—, perdiamos muchos hombres».
»Los habitantes seguíamos a distancia—refiere Naylies—

»y se ocultaban entre las mieses mientras nosotros cortá-»bamos y agavillábamos la provisión del día, mas cuando »veían que habíamos cargado las acémilas y volvíamos al »campo, una granizada de balas llovía sobre nosotros de »todas partes a la vez, y, en muchas ocasiones, nos veía-»mos obligados a abandonar nuestra provisión para correr »detrás de aquellos demonios».

En su lucha constante contra el hambre, la sed y el sue-
(9) ño, los franceses maldecían a España y su gente, y volvían el pensamiento a aquella Alemania, «Patria de guerra», donde los pueblos dejaban el pelear a los soldados y alojaban serenamente al vencedor.

(10) «Ese odio implacable de nuestros enemigos, ese conti-»nuo cuidado de hacer daño, esos ejemplos de abnegación »hicieron impresión sobre la moral del soldado acostum-»brado a vivir entre los buenos alemanes y tan tranquilo »un día de batalla como si estuviera en su campamento». (Naylies).

(11) «Los que habían hecho campaña al otro lado del Rhin, »acostumbrados a no conocer enemigos fuera del campo »de batalla, encontraban muy triste no poderse fiar de los »habitantes ni aun en los alojamientos». (Grivel).

(12) «Allí—dice Blaze—odiaban al ejército pero querían a »cada soldado; en España se odiaba igualmente a cada »soldado que a la masa entera». Allí, en los intervalos de paz, el soldado francés era amigo de la familia, trabajaba en el huerto, echaba una mano a las faenas caseras, cortejaba a las mozas. Allí había un franco guerrear los días de combate y descanso tranquilo en los intervalos; aquí no habia descanso ni cuarteles de invierno, cualquier día era bueno para «matar franceses»; allí un soldado solo imponía la ley a todo un pueblo, aquí «los ejércitos enteros se »consumían, faltos de reposo, en fatigas, velas, e inquietu-»tudes continuas». Allí se sabía donde empezaba el campo enemigo, aquí todos los puestos eran avanzados porque el enemigo estaba en todas partes, «era la Nación entera»,

y el horror de la lucha os sobrecogía cuando menos lo esperábais.

A la entrada de Mondragón de Guipúzcoa ve Fantín (13)
tres hombres ahorcados de un cerezo, TRES INSURGENTES, cuando llega al pueblo de Aranguiz se aloja en casa del alcalde, no hay cama, no hay paja, no hay alcalde, sólo las cuatro paredes y una mesa; es lógico, el hijo del alcalde es uno de los tres ahorcados de Mondragón.

El aislamiento en que se veían los invasores resaltaba más por el violento contraste que hacía con cuanto les rodeaba. Mil hechos que no podían escaparse a su observación les recordaban a cada instante la circulación febril de vida nacional que los envolvía. El silencio tornóse la más aguda de las pesadillas porque detrás de él sentían todo (14)
un pueblo que no pensaba ni vivía nada más que para mal suyo. Aun allí donde el cuerpo nacional parecía más adormecido respondía instantáneamente, cada español ponia en juego sus energías y el enemigo se encontraba con una fuerza manifestada en formas tan variadas que no había posibilidad de precaverse de sus ataques. Cuando las columnas de prisioneros pasaban por los pueblos, los vecinos tenían buen cuidado de dejar entreabiertas las puertas de sus casas, los soldados procuraban mezclarse con los espectadores y deslizarse por una de ellas, inmediatamente se cerraba y aquél prisionero volvía a poco a los ejércitos nacionales.

Para la Patria cada español era un agente, un espía, o un soldado; noticias, sospechas, cálculos, todo cuanto se creía importante, era llevado inmediatamente a conoci- (15)
miento de las autoridades nacionales o de los jefes ingleses. «Wellington estaba siempre al corriente, por los paisa»nos, de los movimientos del ejército francés» (Reiset). En Febrero de 1813, Foy pretendió sorprender la guarnición inglesa que defendía a Béjar, pero se le frustró el plan y hubo de retirarse a toda prisa porque los paisanos de Medilla previnieron al coronel Harrison de lo que se tramaba

y hubo tiempo de apercibirse a la defensa. «Los españoles »—dicen Thiebault y Gerardín—conocían todos nuestros »planes y movimientos, en cambio nos ocultaban los su»yos con la mayor facilidad». Jourdan reconoce que las noticias que recibían los franceses no eran nunca ni precisas ni fidedignas.

(16) Cuando Wellington entró con su ejército en España por primera vez, los partes que llegaban a José tan pronto decían que iba hacia «Salamanca como sobre Talavera». «Las »noticias que teníamos de sus fuerzas y movimientos—es»cribe Blaze—rara vez eran exactas, ellos sabían hora por »hora todo cuanto hacíamos». «Los viejos, las mujeres, los »niños, estaban todos contra los franceses y servían por lo »menos de espías». Rocca, que dice esto, refiere que un chiquillo de ocho años fué en una ocasión a meterse como jugando, entre los caballos de una partida de húsares, y cuando ellos le mandaron que les sirviera de guía los llevó a una emboscada. «De pronto echó a correr por entre las »peñas tirando al aire la monterilla y gritando con todas »sus fuerzas: ¡Viva Fernando VII! En el mismo momento »empezaron las descargas contra nosotros».

No tenían confianza en nadie y pretendían defenderse contra la hostilidad general, que, callada, sentían acechándolos constantemente.

(17) A espaldas de los franceses, de noche, por caminos extraviados, corrían las órdenes del Gobierno patriota, pasaban los caudales de su Hacienda, iban los soldados a incorporarse a los ejércitos. Así podían aparecer éstos cuando el enemigo los creía deshechos, y bajo las mismas bayonetas francesas se realizaban los planes trazados en Cádiz.

Por entre las filas del ejército de Lannes, en marcha a sitiar a Zaragoza, filtrábanse millares de aragoneses que corrían a defender la ciudad sagrada.

Los recursos del país eran todos para los guerrilleros o para el ejército español. La Junta Central y la Regencia

tuvieron hombres, caballos, víveres, dinero, allí donde los franceses no podían encontrar un sorbo de agua. El Gobierno sitiado en Cádiz era el Gobierno de la Nación y todos acataban sus órdenes o procuraban adivinarlas. El principio napoleónico de vivir sobre el país no podía aplicarse, porque España entera era un erial para los franceses.

Los palafreneros de Palacio llevábanse los caballos de (18)
Caballerizas a los ejércitos patriotas, bajo la vista misma de José (Girardín).

El verdadero sostén de la lucha era el pueblo alzado en guerra que estaba siempre allí donde a los franceses no les conviniera. La importancia de este movimiento sólo se alcanza cuando se lee en los partes de los enemigos el cúmulo de dificultades que hacía surgir ante ellos la acción (19)
del patriotismo omnipresente. Ellos tenían que guardar sus comunicaciones, mantenerse cerca de las bases de aprovisionamiento, defender a Madrid, no perder el contacto entre sus ejércitos para coordinar los movimientos, impedir que por entre los claros que dejaran, penetrasen los cuerpos españoles y Wellington en pos de ellos, y eran tantas las condiciones que había que llenar para cada operación que, paralizados por el temor de caer en mayor mal, muchas veces quedaban inactivos.

Rocca asegura que los vecinos de Irún, «como todos
»los españoles de la frontera, llevaban cuenta exacta de (20)
»los franceses que entraban en la Península y de los que
»salían heridos y, por sus informes, arreglaban las opera-
»ciones los guerrilleros».

Luego que, cruzada la raya, entraban por nuestra tierra adentro, la misma vigilancia se cernía sobre ellos, donde quiera que iban, para recontarlos y averiguar sus proyec- (21)
tos. El Coronel de un regimiento llega a un pueblo y pide dos mil cuatrocientas raciones para su gente. Tenéis mil ochocientos sesenta hombres, replica el alcalde, y os daré otras tantas raciones; están dispuestas.

A fin de aislarse de ese espionaje, acordonaban pueblos (22)

enteros, como si fuera posible poner puertas al campo, rodeábanse de centinelas y descubiertas en los descansos, salían de las ciudades sin previo aviso, a horas desusadas, mentían a todo propósito para despistar a los guerrilleros, inventaban ejércitos en los que nadie creía.

(23) Los españoles, decía Girardín, «unidos por su odio »contra los franceses, formaban un haz tan apretado, que »para romperlo habría sido preciso matarlos a todos. Esta »unión era el resultado de un carácter nacional, del cual »no pueden formarse idea los que no han estado en condi»ciones de estudiarlo.» Esa cohesión que adquirió entonces el cuerpo nacional hizo posibles, para los españoles, movimientos de rapidez no conocida antes. Las noticias circulaban, para ellos solos, por conductos vedados a los franceses. Miot indica que antes de llegar José a Madrid, ya sabían los españoles la retirada de Dupont de Córdoba y las últimas operaciones del ejército de Castaños. Los madrileños supieron el triunfo de Bailén cuatro días después de la batalla, cinco antes de que el Gobierno intruso recibiera el primer parte. El famoso Boletín 29 en el que Napoleón daba cuenta, a su modo, del desastre de Rusia, lo conocieron los patriotas de Burgos el último día de 1812, y de allí corrió a Portugal y Cádiz; los franceses de Madrid no lo recibieron hasta el 16 de Enero siguiente.

(24) Hablando de Galicia, dice Naylies: «en lo alto de los »montes veíamos señales hechas con palos de 50 a 60 pies »de altura que, a manera de telégrafos, indicaban la direc»ción que seguíamos. Los derribábamos, pero tres o cuatro »días más tarde estaban en pie de nuevo.» «Otras veces »valíanse de espesas humaredas para ir corriendo la noti»cia de nuestra aproximación».

(25) Cuando los invasores sufrían un descalabro, anticipábales la noticia el gozo que se pintaba en la cara de los españoles que los rodeaban. Así tuvo Thiebault, en Burgos, la primera impresión de la retirada de Soult de Portugal; tal satisfacción revelaban los españoles que, a pesar

de su silencio, los imperiales tuvieron por confirmados los rumores que corrían de una derrota.

Los espasmos violentos de alegría y la misma forma imprecisa en que se transmitían las noticias, eran causas de error frecuentemente. Cuando en Madrid se supo que (26) los ejércitos de Wellington y Cuesta se habían reunido, la imaginación y el buen deseo de los patriotas llevaron el hecho a remotas consecuencias; se dió al ejército francés por derrotado, se aseguró que José había tenido que capitular, que las tropas aliadas llegaban para tomar a Madrid, y «una inmensa multitud se dirigió al Puente de Toledo y »al de Segovia para ver entrar a los ingleses».

Los ingleses no entraron esa vez, pero los patriotas tampoco perdieron la esperanza por tan poca cosa; desde el comienzo de la guerra se habían acostumbrado a la desgracia y no les hacían mella los contratiempos. El poderoso optimismo que los dominaba a todos no daba lugar a que los sucesos adversos obrasen en los ánimos causando impresiones proporcionadas a las alegrías que traían los triunfos.

Napoleón empleaba, de muy atrás, las noticias como arma de guerra, los patriotas hicieron lo propio y, obrando en razón, dieron por falsas cuantas venían de los franceses. Así quitaron su fuerza al arma contraria y no porque supieran que el Emperador esgrimía la mentira, ni atendiendo a la traición con que los franceses entraron en España, hiciéronlo por instinto y por carácter.

Creer en los triunfos de los franceses habría sido ceder a ellos y entregarse; resistir de verdad era negarse a todo, a obedecer sus órdenes, a pagar sus tributos y aceptar (27) sus ideas. Las más altisonantes proclamas de Napoleón caían en el vacío del mismo modo que sus amenazas. Para despreciarlas no necesitaban los patriotas discurrir, bastábales con cerrar oídos y entendimiento por instinto y, con ello, fortalecían su fe en el triunfo, porque sólo lo satisfactorio admitían. El optimismo que los llenaba hacía-

les verlo todo conforme a sus deseos e interpretarlo en sentido favorable a su causa. Thiebault asegura que el simple hecho de que su esposa no consintiera en permanecer en Burgos, fué interpretado por los guerrilleros como indicio seguro de su triunfo.

(28) «Las noticias de las victorias de los franceses no abatían el valor de los españoles—dice Brandt—. No creían »nada y sólo se acordaban de Bailén». «Ningún español »se avenía a admitir que España estuviese vencida—escribe Rocca—y ese sentimiento que estaba en el alma »de todos era el que hacía invencible a la Nación, a pesar »de tantas pérdidas y de las frecuentes derrotas de sus »ejércitos».

(29) Las convenciones en que se fundaba la teoría de la guerra perdían su fuerza al pasar el Pirineo; los Mariscales encontrábanse con que su ciencia más probada era falsa y no tenían postulados a que acogerse. Jourdan confiesa que dos batallas como las de Medellín y Ciudad Real, dadas en cualquier nación, la habrían sometido, aquí «ocurría lo contrario».

(30) «En los grandes estados militares del centro de Europa »—escribe Rocca—una sola batalla o la ocupación de un »país daban a los franceses víveres, municiones, caballos, »armas, hasta soldados. En España, por el contrario, las »fuerzas francesas disminuían a medida que avanzaban »por la necesidad de destacar cuerpos para combatir la »población, procurarse víveres y guardar larguísimas comu»nicaciones. Su ejército se encontraba muy pronto, aun »después de las victorias, en la situación del león de la »fábula, que se destruía con sus propias uñas al tratar de »matar las moscas que lo asediaban sin descanso».

(31) Un General sabe bien cuando le han vencido; un ejército, por aguerrido que esté, padece en su moral con la derrota, pero cuando un pueblo no quiere enterarse de que lo han derrotado o le quita el vencimiento toda su importancia, poco vale que le derrotéis en una, en dos, en veinte

batallas; para conquistarlo, precisa que se destruyan todos sus elementos de lucha, que se mate a todos los combatientes, que se haga tabla rasa de la tierra y se la deje huérfana de hombres, y a tanto no llegaba el poder de Napoleón.

Si abandonar el campamento de esta noche para que en él duerma a la siguiente el enemigo, nada significa; si la huída es una forma de lucha y la desbandada entra en la táctica; si la batalla campal es un acontecimiento sin más importancia que la que puedan tener una parada o una gran revista; si la contienda empieza cuando acaba la batalla y no hay instante ni lugar en que no se pelee, ¿de qué sirven la ciencia de los generales y el arte magno de la guerra?

Los franceses creyeron durante mucho tiempo que dispersarnos era vencernos. Más adelante cambiaron de modo de pensar cuando conocieron mejor al país y al pueblo. Convenciéronse de que las facultades militares de todas las naciones no pueden medirse por el mismo rasero, que esas aptitudes pueden ser muy diversas, siendo todas grandes, y que siempre es peligroso despreciar demasiado al enemigo. (32)

Derrotáis decididamente a un pueblo, como en Uclés (13 Enero de 1809), y a los dos meses (28 Marzo), se os presenta otra vez en Medellin, lo derrotáis y, a los cinco meses (11 Agosto), levanta frente de batalla en Almonacid, lo derrotáis y tres meses después vuelve a pelear en Ocaña, ¿qué habéis conseguido más que matar unos cientos de hombres que mañana reemplazarán otros tantos miles? (33)

«Cuando el ejército de Castaños llegó a Cuenca—dice (34)
»Rocca—después de la derrota de Tudela, estaba reducida
»a 9.000 infantes y 2.000 caballos; un mes más tarde, en
»Uclés, ese mismo ejército contaba con más de 25.000 hom-
»bres. Después de la derrota del ejército de Blake en Espi-
»nosa, el marqués de la Romana apenas pudo reunir en
»Galicia 5.000 hombres, a los comienzos de Diciembre ya

»tenía 22.000 en las cercanías de León.» Estos números no son exactos, pero su exageración misma prueba con más fuerza la verdad del hecho y el efecto que produjo a los franceses.

(35) «El ejército de Extremadura habíase dispersado en fin »de Diciembre (1808) frente a Puente del Arzobispo, reor»ganizado enseguida y reforzado a las órdenes del general »Cuesta, había reconquistado de los franceses el Puente de »Almaraz y volado un arco, con lo cual detuvo completa»mente la marcha de nuestras tropas» (Rocca). «Quince »dias después de la batalla de Medellin, el ejército español »se había repuesto de sus pérdidas y, fuerte de 30.000 »hombres, vino a ocupar delante de nosotros los pasos de »las Sierras» (Rocca). Después de la derrota de Almonacid, la Junta Central—dice Miot—«había creado, como por »encanto, un nuevo ejército de 50.000 hombres, bien equi»pados, bien armados, con numerosa artillería, que se »reunió al pie de Sierra Morena a las órdenes del general »Areizaga».

(36) Refiriéndose a las batallas del Otoño de 1808, en las que nuestros ejércitos fueron constantemente derrotados, dice Bigarré: «Esas acciones habían mermado considera»blemente las fuerzas españolas, pero no habían traído »ningún resultado definitivo». «Las victorias eran inútiles »—añade Rocca—por el carácter indomable y perseverante »de los españoles». «Todos esos triunfos, gloriosos para »las tropas imperiales—observa Jourdan—adelantaron muy »poco la conquista de España. Los españoles vieron en »cada francés un enemigo y un espoliador, en el rey un »instrumento de la tiranía de Napoleón, y persistieron en »la gloriosa resolución de reconquistar su independencia».

(37) Al saber la derrota de Medellin, «el gobierno español »no se dejó abatir. Como el Senado romano había dado »gracias al cónsul Varo después de la derrota de Cannas «por no haber desesperado de la salvación de la República, »así la Junta Central decretó que Cuesta y su ejército

»habían merecido bien de la Patria y les concedió iguales »recompensas que si hubieran sido vencedores. En aque- »llas circunstancias censurar a Cuesta y a su ejército habría »sido confesarse vencidos. Quince días más tarde, el ejér- »cito español se había repuesto». Medio año más tarde, cuando el desastre de Ocaña aniquiló una vez más el ejército nacional, la Junta tuvo el mismo valor cívico para afrontar la situación, propuso recursos supremos, se sobrepuso al infortunio, y arremetió de nuevo la ímproba tarea de arrojar a los extranjeros del suelo de la Patria.

En los tres meses que van desde la rota de Medellín (38) al triunfo de Talavera, los franceses, dueños al parecer de Extremadura, no podían vivir en el territorio ocupado, la victoria de nada les había servido, los habitantes habíanse ido hacia la parte de Llerena dejando un desierto entre el ejército del Emperador y el de los patriotas.

La Romana, batido en Monterey por Soult, observa que (39) los franceses han dejado un hueco por el cual puede deslizarse; lánzase, se apodera de Villafranca del Bierzo, va sobre la raya de Asturias, enciende allí de nuevo la guerra, levanta en armas a todos los paisanos y, cuando los franceses tienen la primera noticia, ya Bonnet se ha visto precisado a abandonar el Principado y acercarse a Santander. Jourdan, que cuenta todo esto y califica de fuga desordenada la marcha de la Romana, no se percata de lo absurdo que resulta la idea de un ejército que va en huída y, eso no obstante, sitia y toma ciudades fortificadas y continúa batiéndose como si marchara en victorioso avance, y es que hasta los franceses que más de cerca vieron nuestra guerra, formaron una idea equivocada de ella y no la vieron en toda su verdad. Lograran los fines de los españoles y poco les importaba a ellos que fuera por los medios reconocidos por la ciencia militar o por artes nuevas creadas por el genio guerrero de la tierra.

Después de la caída de Gerona, de la que tan benefi- ciosos resultados esperaban los franceses, «la situación de (40)

»Cataluña—dice Jourdan—era desastrosa; numerosas »bandas de migueletes y somatenes recorrían la provincia, »interceptaban las comunicaciones y tenían a los franceses »bloqueados en las plazas, los puestos y las posiciones que »ocupaban». A raíz de la victoria que consigue en Medellín el mariscal Víctor, «no puede abandonar la comarca »entre el Tajo y el Guadiana, ni comunicar con el cuerpo »de ejército de Soult», que estaba en Portugal. Triunfantes quedaban tan bloqueados como en otros países cuando los vencían.

Las Memorias francesas están llenas de arranques de
(41) sincera sorpresa ante la facilidad con que las fuerzas españolas, deshechas, tornaban a presentarse ante ellos. «Los »españoles—dice Rocca—no desmayaban por la duración »de la guerra». Jourdan, Jefe del Estado Mayor del Rey intruso, que, como tal, tuvo idea más completa del conjunto de la guerra, da rienda suelta a su asombro ante la tena-
(42) cidad del espíritu de resistencia, que nada sojuzgaba. «Los »españoles—dice Marbot—tienen un mérito inmenso; »por más que fuesen derrotados, nunca perdían los ánimos. »Huían, iban a reunirse más lejos y volvían al ataque »algunos días más tarde, siempre animados de nueva »confianza que, desvanecida cien veces, no era destruída »jamás».

Napoleón pretende anexionarse la orilla izquierda del
(43) Ebro, el Gobierno español aprovecha la ocasión para atizar el fuego del alzamiento, las guerrillas se multiplican hasta el punto de que «hizo falta emplear un ejército entero para »mantener las comunicaciones con Francia». Sorprende O'Donell a Schwartz en La Bisbal y consigue una victoria completa, «los catalanes se electrizaron y la audacia y »ferocidad de los paisanos no tuvo límites», dice Jourdan. El resultado siempre era el mismo, triunfantes o vencidos los patriotas encontraban motivo para avivar el espíritu de independencia.

El tiempo no estaba aquí de parte de los invasores, los

días no traían consigo cansancio al cuerpo ni las derrotas alejando la posibilidad del triunfo, desmayaban el ánimo. El estado de guerra fué un accidente más de la vida; contá- (44)
base con ella como con la lluvia del invierno o el sol del estío; el estoicismo de la raza la aceptó y venció despreciándola. «Tuvimos que conformarnos—dice Miot— con »seguir una lucha que el tiempo y los acontecimientos fa»vorables para nosotros, en vez de aplacar, hacían más »encarnizada».

El orgullo fué coraza que defendió al alma nacional de muchos desfallecimientos, concentróse en sí misma y levantó una barrera de desprecio entre ella y (45)
los invasores. Al asegurar Marbot que el pueblo admiraba a los jinetes de Murat y a los granaderos del Gran Ejército, nos trasmite impresiones propias, los patriotas no admiraban nada de eso, tenían entre el alma y los ojos un velo de pasión y solo a través de él veían. Un observador que pudo ver más de cerca lo que había en nosotros, Thiebault, dice, refiriéndose a un caso semejante: «el Emperador se había equivocado por completo »creyendo hacer un gran efecto moral sobre los espa»ñoles. La Guardia Imperial no causó ninguno y en »cuanto a los mamelucos, que hubieran producido verda»dera sensación en el circo de Franconi, sólo sirvieron para »que los españoles se riesen».

José entró en España acompañado por la Asamblea de Bayona en pleno, cien carruajes con Ministros, Generales, Obispos, Grandes de España le seguían, llegó a San Sebas- (46)
tián a las dos de la tarde, las autoridades habían mandado colgar las casas, así se hizo, pero «ni una sola persona se »asomó a las ventanas, cuando asistió al día siguiente a »misa la concurrencia era grande pero nadie parecía preo» cuparse del Rey».

«Napoleón no hizo en Madrid la entrada triunfal que (47)
» acostumbraba en todas las capitales de Europa, pretendía »que se lo impedían las formalidades de la etiqueta que

»debía guardar con su hermano José, para él ya Rey ex-»tranjero. Siguió acampado con su guardia en los altos de »Chamartín, dando leyes a España y esperando el someti-»miento de esta Nación, a la que consideraba aterrorizada »ante el éxito fulminante de su campaña» (Rocca).

Por vez primera encontró Napoleón un pueblo que
(48) ni sentía curiosidad por verlo ni se doblegaba ante su nombre famoso. Ni aún bajo la presión de las bayonetas condescendían los españoles a adularle. El día que cruzó a Madrid para visitar el Palacio nadie le siguió ni se detuvo a verlo pasar, ordenó una gran revista y todos sus anuncios no lograron llevar «ni un solo espectador español».

(49) «Este odio profundo y, aún más, esa indiferencia des-»deñosa, hirieron profundamente a Napoleón y, probable-»mente, influyeron en sus proyectos ulteriores—dice Miot »de Melito».

(50) La constancia, la fe ciega en el triunfo, no nos abandonaron ni cuando los ingleses nos dejaron entregados a nuestras propias fuerzas, ni el año 9 en que las derrotas llovieron sobre nuestros ejércitos, ni el 11 cuando perdimos a Tortosa, a Tarragona y Cataluña entera parecía dominada, ni el 12 cuando Valencia y el Regente Blake cayeron en poder de los franceses. José esperaba que la entrada de los prisioneros de la Batalla de Ocaña sería una lección para el pueblo de Madrid, sus mismos secretarios reconocen que ningún efecto hizo.

(51) Era guerra de voluntad y para llegar al triunfo no bastaba la lucha material. «No eran fortalezas ni ejércitos—»dice Rocca—lo que había que vencer en España, era el »sentimiento de que estaba animado todo el pueblo, era el »alma de todos y de cada uno lo que había que dominar y »atrincheramientos de esa clase no se toman con balas ni »con bayonetas».

(52) «Napoleón no quiso nunca entender la guerra de Espa-»ña. Creía posible terminarla como había terminado las

»guerras contra el Austria, la Prusia, o la Rusia, guerras en »las cuales bastaba derrotar a un General para vencer a »toda una Nación, en tanto que para reducir a España »habría sido preciso batirla derrotando a cada uno de sus »hijos» (Rocca).

CAPITULO XV

A matar franceses.

Después de dar soldados a los ejércitos y hombres a las guerrillas quedábale a la Nación una reserva enorme de energías, y como el pueblo no entiende de batallas campales y eso de organizar ejércitos es negocio difícil, llevó la guerra donde pudo, como pudo, al lado de las tropas cuando las había, apoyando a los guerrilleros siempre que la ocasión se presentaba, a falta de todo eso por sí y ante (1) sí, sin preocuparse de reglas y ordenanzas. «Cada provin-»cia, cada pueblo, cada individuo, sentía crecer incesante-»mente su afán por rechazar al enemigo común. El odio »nacional que existía contra los franceses puso una especie »de unidad en los esfuerzos no dirigidos de los pueblos y »se vió suceder a la guerra regular un sistema de guerra en »detalle que convenía perfectamente al genio indomable »de la Nación española y a las tristes circunstancias en que »se encontraba» (Rocca).

Los ejércitos imperiales no siempre se encontraban delante, otros cuadros de hombres regimentados, con uniforme, noción de disciplina, o sometimiento a un jefe, mas donde quiera que estuviesen, viéranlo o no, sabían que (2) estaban en presencia del enemigo. «Allí no había jamás »descanso completo--dice Fantín en un paraje de sus Memo-

rias—, y en otros: «El enemigo estaba en todas partes y en »ninguna. Enemigo nuestro lo era cada español». «Muchas veces—dice Brandt—íbamos muy lejos a buscar los enemigos que estaban a nuestro lado. Un día los soldados que hacían ejercicios de tiro en una pradera junto a Sádaba, »viéronse tiroteados por españoles emboscados detrás de »un seto a los cuales fué imposible encontrar».

El odio siempre presente de los patriotas imponíales una zozobra perpetua a los imperiales y esto era ya un primer triunfo.

Levantada la nación en armas dió a la lucha mil formas distintas, todas y diferentes también de cuanto antes se conociera. Unas veces fué el desconcierto vehemente y tumultuoso del alzamiento en masa, otras el heroismo obscuro de la guerra de calles, en todo tiempo y lugar la persecución implacable de cuanto fuera francés.

(3) «Constantemente teníamos que luchar, no contra difi»cultades militares imprevistas, como las que se encuen»tran en la guerra regular, sino contra obstáculos sin nú»mero que nacían del espíritu nacional, que se renovaban »y multiplicaban al infinito según las circunstancias». (Rocca).

(4) En Extremadura la Junta provincial y Cuesta, dieron el primer impulso al alzamiento general creando la Cruzada; en Andalucía, en Asturias, en Galicia, surgió tan espontáneamente que no hay forma de señalar primacías en la gloria de la empresa. Naylies pretende haber visto nacer el movimiento. «Desde hacía algunos días nos veníamos »percatando de la agitación de los ánimos; los paisanos »estaban menos tratables y se preparaba el incendio que »abrasó a Galicia».

Generalmente surgía el alzamiento en masa cuando y donde menos lo esperaban los franceses. En medio de Ex(5) tremadura, cruzada por ejércitos enemigos, «preséntanse de »pronto grandes aglomeraciones de paisanaje en las mon»tañas de Guadalupe y Deleitosa». A principios de 1810

José se consideraba rey de hecho de toda la Andalucía, de »pronto encuéntrase con la realidad desconsoladora. «Ha»bíanos maravillado la profunda tranquilidad que reinaba »en los llanos, la mayor parte de las grandes ciudades »habían enviado comisiones al rey José, pero esa calma »era aparente, sólo existía en los valles o donde los fran»ceses tenían muchos soldados; los habitantes de Murcia, de »Granada, o de la Serranía de Ronda, los de todas las »montañas que cruzan, rodean o avecinan a Andalucía, de »las que la separan de Portugal o Extremadura, habían to»mado simultáneamente las armas» (Rocca).

Al saber la aproximación de los franceses encendíanse (6) en la obscuridad de la noche fogatas que servían de señales, el toque angustioso de rebato llevaba su clamor de campanario en campanario, y las gentes se echaban al campo. Contábanse los hombres por millares. Naylies habla de los 4.000 que seguían al Abad de Casoyo, de las masas de paisanos que defendían los valles de Galicia, de los que se echaron sobre dos batallones acuartelados en Ribadavia.

Atacaban sin táctica ni plan, como su odio les daba a (7) entender, mataban como podían. Veíanlos los invasores en lo alto de los cerros expiando sus movimientos, aproximábanse, retrocedían, no llegaban a luchar cuerpo a cuerpo pero tampoco desaparecían nunca, y lo mismo disparaban al acometer que al huir. Apostábanse de preferencia en los desfiladeros y angosturas de los caminos y tan pronto como un caballo caía y la columna entera se veía obligada a detenerse, para franquear el sendero, redoblaba su audacia y bajaban tratando de cerrar el paso. «En la montaña los »Serranos burlaban los esfuerzos de nuestras tropas con su »modo de combatir, aun cuando ellos fueran menos en nú»mero. Retirábanse de peña en peña, de posición en posi»ción, al aproximarse nuestras masas, sin cesar de hacer »fuego y de acosarnos, aun huyendo destruían columnas »enteras sin que nosotros pudiéramos vengarnos» (Rocca).

No podían resistir el empuje de masas de tropas orga- (8)

nizadas, nadie había pensado en darles uniformes, carecían de armas, de organización, de hábitos militares, mas cuando obligados por la presión del enemigo, envueltos, se veían forzados a retirarse, desbandábanse para irse a reunir poco después en otro punto. Allí había de todo, soldados que no podían juntarse a sus banderas, hombres del campo y de las ciudades, caballeros, menestrales, frailes, que, como arma más efectiva, blandían su crucifijo y desde los puestos de mayor peligro alentaban a los combatientes.

(9) En las obras de defensa, la población toda trabajaba a la una, poniendo en ella su alma entera. Naylies dice haber visto en la orilla del Miño más de cuatrocientas mujeres, entre ellas muchas religiosas, trabajando bajo una lluvia torrencial en la construcción de trincheras. «Manejaban las »unas la pala o el azadón rivalizando con los hombres más »fuertes, otras sacaban la tierra en cestos o en la falda »para echarla fuera de la zanja, los niños que no podían »trabajar llevaban a sus padres la comida y el vino, varios »frailes, remangados los hábitos y desnuda la cabeza, dirigían la obra, estaban en todas partes y se ponían allí »donde mayor era el peligro».

(10) Ante esta fuerza desorganizada, anárquica, antítesis decidida de lo que es un ejército, pero representación de la voluntad resuelta de un pueblo, tuvo que retroceder Ney, y abandonarle Galicia entera. «Su ejército ni allí ni en Astu»rias había hecho conquista duradera, combatido sin cesar »por los habitantes de los pueblos y las bandas de campe»sinos, a los cuales era imposible reducir». «Las batidas «que se había pretendido darles resultaron infructuosas» (Rocca). Si por rara casualidad llegaba a cerrarse con alguna «desbandábase por los montes para ir a reunirse más »lejos y nada se había adelantado» (Naylies). Las expedi»ciones que los franceses hacían frecuentemente al corazón »de la Serranía de Ronda dispersaban casi siempre a los »enemigos, sin reducirlos, y nuestras tropas volvían a la »ciudad después de sufrir grandes pérdidas» (Rocca).

Para someter el valle de Orres envió Soult tres divisiones de infantería y una de dragones. La división Laborde y la segunda brigada de la división de caballería ocuparon la villa de la Rua, lugar de 60 vecinos, el resto de los jinetes, una brigada más, y dos divisiones de infantería, recorrieron el valle en todos sentidos. No consiguieron éxito alguno, tal dice Naylies. (11) (12)

Fantín describe los trabajos que pasó su columna siguiendo la orilla derecha del Sil, bajo el fuego de los paisanos que los acosaban desde la margen opuesta, castigándolos sin piedad. Amparados de la defensa del río, que no podían cruzar los franceses, disparaban los gallegos, desde las laderas de la orilla izquierda, sobre las filas del ejército enemigo que ofrecía fácil blanco, y así tuvieron que seguir hasta que el puente Montefurado les dió paso y permitió ocupar ambas orillas. (13)

En la Serranía de Ronda, los habitantes de Setenil, los de Olvera, los de Campillos y cien sitios más, caían en masa sobre los franceses y combatían sin descanso. (14)

«Jamás pudimos reducir a los habitantes de Montejaque, lugar de «50 vecinos, a media legua de Ronda», dice Rocca. ¿No hay acaso todo un poema de gloria ignorada en esas dos líneas que dedica el soldado extranjero al valor constante de unos hombres olvidados?

Y la defensa de Grazalema ¿por qué no la recuerda la historia?

Tres mil hombres de tropas aguerridas mandó Soult contra un puñado de serranos y sólo pudieron hacerlos salir del pueblo cuando se les hubieron acabado las municiones. Corrieron a buscar refugio en la montaña, «después »de haber hecho sufrir considerables pérdidas a nuestros »soldados»—dice Rocca—y tornaron a ocupar la villa tan pronto como los franceses salieron. Un mes más tarde una división de tres regimientos de infantería marchó a recorrer las montañas, rechazaron a los patriotas de todas partes pero no pudieron apoderarse de Grazalema. Atrinche- (15)

rados sus defensores en la plaza que hace de centro del pueblo, dejaron avanzar hasta ella a la extrema vanguardia, «doce húsares y cuarenta ligeros, y de ellos ninguno »volvió a salir, cayeron todos bajo el fuego que salía por »todos lados. Cuantos se mandaron después sufrieron la »misma suerte, sin hacer daño ninguno a los enemigos» (Rocca). La división de infantería regresó sin poderse hacer dueña de aquel montón de casas que defendían paisanos desorganizados y Grazalema, «Plaza de armas de los serranos», siguió siendo un pedazo de la España libre.

En muchas comarcas, en las llanuras principalmente, el alzamiento en masa no podía traducirse en acometidas directas a las masas de tropa, y la lucha hubo de tomar forma distinta. El ejército francés avanzaba y nada parecía oponerse a su paso, los invasores tenían toda la tierra por suya, pero era la tierra que pisaban, sólo esa, donde aun
(16) no habían puesto la planta era campo enemigo todavía, la que acababan de dejar lo era ya otra vez. Delante del ejército francés, detrás, en torno suyo, la población entera espiaba los movimientos para descubrir el instante de flaqueza y aprovecharlo. Mientras ellos avanzaban, a su mismo paso, a retaguardia, sobre sus flancos, avanzaban también los patriotas, enemigo informe y cambiante como una nube que, a todos momentos, los envolvía. «Los destacamentos, »que salían de ronda para hacer excursiones o reconoci»mientos, iban envueltos desde que ponían el pie fuera »hasta que regresaban, por una nube de patriotas»
(17) (Rocca).

En las marchas, seguíanlos por los flancos del camino, saltando de peña en peña, guiados por los curas o los alcaldes, que corrían por las alturas encauzando los movimientos de aquel enjambre de hombres, hasta las mismas puertas de las plazas que ocupaban iban acompañados por los disparos y la persecución de los patriotas, y hom-
(18) bre que caía del caballo era hombre muerto.

El soldado de descubierta que se aventuraba solo, el

rezagado que perdía contacto con el grueso de la columna, los que se apartaban a buscar una fuente, los merodeadores que se echaban fuera de la ruta a batir la entrada por cuenta propia, o a buscar presas a su afán de robar, caían siempre. Todo lo que se desprendía del núcleo guerrero, por poco que fuera, desaparecía indefectiblemente segado por la hoz implacable del pueblo en guerra. De las zanjas, de los setos, de la choza abandonada, de la taina miserable o el redil perdido salían tiros o pedradas, salían hombres que los apresaban para llevarlos muy lejos o matarlos si se resistían, salían mujeres o niños a ayudar a la obra de venganza. A la noche, unos cuantos franceses más faltaban a las listas y así un desgaste continuo corroía los efectivos de su ejército y llevaba cifras enormes a la columna de desaparecidos.

Para defenderse de este enemigo, las columnas francesas (19) avanzaban lentamente. «No se podía retrasar nadie cin»cuenta pasos del cuerpo de tropas sin peligro de la vida» —apunta Broglie—. «Los jefes de la retaguardia obligaban »a todos a seguir el núcleo de la columna, quisiesen o no, »y se empleaban para ello los medios más violentos», Marbot dice que al regresar él de Bayona, entre el 11 y el 13 de Mayo de 1808, ya encontró un jinete francés muerto en Pancorbo, y dos infantes en el desfiladero de Somosierra.

En algunas provincias los paisanos no abandonaban (20) jamás el trabuco o la escopeta. «Los labradores—recuerda Rocca—empuñaban la mancera con una mano y con la »otra un arma siempre pronta, arma que enterraban al »aproximarse los franceses si no se creían bastante fuertes »para reunirse y combatirlos». «Los hombres, ocupados en »las faenas del campo—dice Miot—, cogían el fusil oculto »en la tierra si veían pasar un francés solo, y en cam»bio, para el destacamento que cruzaba por su terreno, no »eran más que pacíficos agricultores». Refiriéndose a las orillas del Miño, escribe Fantín: «entre los habitantes de »esta comarca reina un pánico terrible, huyen siempre a

»nuestra llegada, pero desgraciado del soldado que se »aleja solo, es inevitablemente degollado». «Como ban»dada de buitres vengadores—añade Rocca—seguían de »lejos las columnas francesas para asesinar a los soldados »que, cansados o heridos, se rezagaban durante la marcha».

(21) Detrás de las divisiones francesas, pero inmediatamente después de ellas, seguían montados en borriquillos los enfermos o heridos, con el fusil en una mano y en la otra, a guisa de látigo y espuela, la bayoneta. «Nuestros solda»dos no podían alejarse de la ruta, o quedar a la zaga de »la columna, sin exponerse a ser muertos por los monta»ñeses; no podíamos nosotros, como en Alemania, dejar »ambulancias en cualquier lugar, ni enviar sin escolta, a »los hospitales, a los soldados enfermos» (Rocca).

(22) La nube de patriotas seguía tan de cerca a los franceses, que Reiset habla de soldados asesinados a pocos metros de la retaguardia, casi bajo sus ojos, sin que fuera posible darles auxilio, y Castellane, cuenta haber visto llevarse a un soldado con el mulo que guiaba, «a cuarenta »pasos de la última fila de retaguardia».

(23) El 24 de Noviembre de 1812, el general Bonté iba de Ledesma a Corrales, provincia de Zamora, llevaba cuatro compañías de línea y marchaba a poco más de cien metros delante de la tropa. De pronto el capitán Alvarez, de la guerrilla de don Julián Sánchez, cayó con doce lanceros sobre él y lo llevó así como a dos criados que le acompañaban, sin dar tiempo a que las tropas lo defendieran. Un cuarto de hora antes había ocurrido lo mismo a M. Leitao, oficial portugués afrancesado, y a varios soldados aislados de la misma División (Girod de l'Ain).

(25) No había instante de reposo. Fantín en 1810, cuando la dominación francesa parecía más asegurada en España, escribe: «Hoy en este país, por donde quiera que vayamos, »en poblados como en el campo, los franceses necesitamos »un refugio seguro donde dormir al abrigo de los puña»les». Por la misma época, Grivel llevó el mando de un

convoy de Cádiz a Madrid y refiere que nunca durmió en los pueblos donde hizo alto; formaba un vivac fuera de él con todas las precauciones posibles como si el enemigo estuviese presente.

Yendo Junot de Valladolid a Astorga, en medio de su escolta, sintió silbar una bala cuando nada ni nadie se veía. El tiro había partido de un cerrillo a la derecha del camino, dos oficiales subieron inmediatamente a él pero nada descubrieron. El empeño que se puso en buscar al que disparara fué perdido. A un oficial de la escolta del General Mouton le hirieron el caballo en la montaña de Santander, marchando en el centro del ejército; «no se »pudo alcanzar al culpable, que desapareció entre las »peñas» (Castellane). A orillas del Duero, el General Dorsenne y toda su comitiva, fueron saludados por una descarga hecha desde la otra margen por un grupo de guerrilleros. «Enviáronse soldados en su persecución, pero no »alcanzaron a nadie» (Broglie). «El jefe de correos del »primer ejército había sido muerto por los españoles al »adelantarse unos minutos a su escolta» (Rocca). Incidentes análogos se repiten a centenares. (26)

Las máximas guerreras de Napoleón fallaban en la Península porque estaban hechas para situaciones de lucha completamente distintas de las que aquí existían. Todo lo que él decía a Foy de que «los ejércitos deben »tener tres jornadas de fondo para poder combatir a van»guardia o a retaguardia», y «que las comunicaciones »deben establecerse por destacamentos que vayan y ven»gan cada ocho días llevando enfermos y heridos, refuer»zos, dinero, municiones, correos, etc. etc.», estaba pensado recordando las campañas clásicas de Alemania o Austria, pero aquí ni los ejércitos maniobraban con libertad, ni los destacamentos garantizaban nada, ni era posible arreglar de antemano los cálculos como en un tablero de ajedrez y llevarlos a la práctica con rigor matemático. (27)

La llegada al poblado ponía término a la fatiga del

camino, pero no a sus peligros. Ni la presencia de los vecinos ni su ausencia podian valer como indicios de seguridad. Cuando los habitantes dejaban desierto el pueblo, no siempre se iban lejos, y en infinitas ocasiones, tan pronto como se montaron descubiertas y avanzadas, empezó contra ellas la acometida de los hombres de la comarca entera, y las balas de las escopetas apostadas en lugar bien escogido, fueron a buscar a los centinelas con tenacidad paciente.

(28) Si eran recibidos con apariencia de cordialidad, si el alcalde y el cura les facilitaban el auxilio de su autoridad, si las mujeres y los chiquillos salían a presenciar la entrada de los franceses, eso nada demostraba; sonaban los ruidos del trabajo mientras ellos estaban, la vida parecia seguir su curso normal, más en cuanto habian dejado atrás la última casa del pueblo, «todo cesaba y los habi»tantes acudían a acosar a nuestros destacamentos desde »las rocas y a atacar la retaguardia. Esta guerra que no de»jaba un momento de descanso al espíritu, embotaba el ar«dor del soldado y acababa con su paciencia». Otras veces, ni aún esperaban a que salieran los franceses, y, sin temor a sus brutales venganzas, lanzábanse sobre ellos en los poblados. Estando Gonneville de paso en Lecumberry, fué atacado el pueblo por las guerrillas de Mina. La guarnición francesa tuvo que encerrarse en el fuerte, Gonneville salvóse gracias a la prontitud con que huyó de la casa en que se hospedaba. Mientras tenia así cerrados a los franceses, Mina atacó, y casi destruyó en el camino de Pamplona, la escolta de un convoy que había salido del pueblo media hora antes.

(29) «En Valdefuente se descubrieron los cadáveres de diez »soldados de infanteria, ocultos bajo un montón de paja; »habían sido muertos aquel mismo día durante el descanso »que un batallón había hecho allí» (Naylies).

Entrar en los pueblos podía ser más fácil que salir de ellos, y el valor acreditado de los franceses encontraba en

quien ejercitarse dentro de tapias como fuera de ellas. En (30)
la retirada de Soult de Andalucía quedó una compañía de
ligeros en Morón, para cubrir la retaguardia. No bien llegó
la orden de que esa compañía se replegase cerraron los
habitantes la Puerta mayor, que daba salida a la villa, y
acometieron a los ligeros que quedaron muertos dentro de
la población casi en su totalidad; sólo escaparon con vida
catorce hombres, que al ver la acometida de los patriotas
huyeron saltando los muros de huertas y jardines.

En sus correrías por la serranía de Ronda vióse ataca- (31)
do Rocca, en Olvera, por el paisanaje de aquel pueblo y
de los inmediatos, cayeron franceses, no dice cuántos, per-
dieron bagajes, salieron a uña de caballo, y así llegaron,
perseguidos, abandonando los heridos que caían, acorra-
lados por el nublado de patriotas, a las puertas de Ronda,
cuya guarnición tuvo que salir a protegerlos.

Después venía otra fase de la guerra más decisiva y
franca aún.

El ejército imperial no podía marchar siempre com-
pacto, tenía que extenderse sobre el país para distribuir su
carga, necesitaba enviar batallones o compañías a buscar
provisiones o llevar partes, y, desde el punto y hora que
esos cuerpos salían a su cometido la guerra popular se in-
tensificaba en torno suyo a medida que la tropa napoleó-
nica perdía cohesión, disminuía su fuerza moral mu-
cho más que su número, y los patriotas aumentaban las
esperanzas y probabilidades del triunfo. De estas acciones
infinitas no quedó recuerdo escrito, nadie redactó parte so-
bre ellas porque nadie mandaba, y habría sido difícil las
más de las veces saber a quien debería enviarse, pasó su
recuerdo de boca en boca, de los combatientes a sus hijos,
y, fundidas después unas con otras en la memoria de las
gentes, formóse la tradición imprecisa que aun hoy vive.
Son los libros de nuestros enemigos los únicos datos con- (32)
cretos que subsisten de aquellas aventuras. En las Memo-
rias hay casos innumerables de encuentros de destacamen-

tos en todos los rincones de España, y aunque siempre tenga buen cuidado el autor de hacer resaltar el valor de su gente y atribuirles el triunfo, la pátina sombría de la narracion dice más claro que palabras podrían pintarlo la agonía de terror en que vivian los franceses.

(33) A punto de llegar a Francia el convoy en que iba Broglie, ven en el camino que seguían un pueblo iluminado, y la primera idea que se les ocurre es sospechar que se halla ocupado por los guerrilleros. Adoptan toda clase de precauciones, hasta los inofensivos oficiales de administración militar sacan sus espaditas; cuando llegan al poblado encuentran que todo fué una falsa alarma. Y es que en todo veian posibles asechanzas y el miedo hacía que surgieran fantasmas.

(34) Los jefes que mandaban los fuertes o gobernaban las ciudades por los franceses, no se desprendían de un sólo hombre de la guarnición sin la mayor resistencia, cualquier aglomeración de paisanos, por motivada que esté, les hacía pensar en un nuevo 2 de Mayo. «En aquel país—dice Fa»tín—cuando uno estaba encargado de la seguridad de los »demás no podia dormir más que con un solo ojo».

(35) Jourdán y D'Espinchal hablan de destacamentos aniquilados en La Mancha, éste último de una compañía entera destruída en Cazorla por los habitantes; Naylies menciona una compañía de infantería muerta, hasta el último hombre en Torrejoncillo, Marcel un escuadrón de 64 húsares degollados en una noche en Camariñas, Rocca de batallones enteros degollados por los paisanos en el término, también, de una noche, de setecientos franceses ahogados, de una vez en el Miño.

(36) «Si fuese a referir todos los acontecimientos de este gé»nero—dice Jourdan—mis Memorias no tendrían término. »Su multiplicidad, la imposiblidad de preveerlos, demos»traban que si teníamos sobradas tropas para derrotar a los »ejércitos españoles que nos presentaban batalla no tenía»mos ni con mucho, bastante para mantener sometidos a

»los habitantes de las provincias conquistadas». «Las gue-
»rrillas—consigna D'Espichal—sólo esperaban, para ata-
»carnos, que estuviéramos distribuídos en destacamentos».

A principios de 1812 los 75.000 franceses que había en (37)
Asturias y Castilla la Vieja no bastaban «para contener las
»poblaciones, asegurar las comunicaciones, y perseguir las
»guerrillas» (Jourdan). El pueblo solo, sin necesidad de dar
batallas, ocupaba a ese ejército y lo desgastaba lentamente
con su acción paciente y firme.

Para que los patriotas se lanzasen sobre los destaca-
mentos franceses no precisaba que estos fueran numerosos
ni que estuvieran muy aislados. Marchando el escuadrón (38)
de D'Espinchal a retaguardia del ejército de Andalucía,
de Hinojosa del Duque a Espiel, encontróse cortado del
grueso del ejército, al pasar un desfiladero angosto, por los
peñascos que hacían rodar los patriotas allí apostados. Los
caballos no podían avanzar sobre los trozos de roca, retro-
ceder era imposible la muerte hubiera sido segura porque
los paisanos bajaban ya las laderas haciendo fuego sobre
ellos, mas tan cerca estaban de la infantería, que ésta oyó
los primeros disparos y retrocedió en su auxilio.

«Los destacamentos encontraban escasa resistencia en (39)
»las llanuras pero se veían obligados a abrirse un camino
»por la fuerza de las armas desde que entraban en las
»montañas. Las pérdidas que, a diario, experimentaban los
»franceses en algunas partes de España, para procurarse
»víveres y asegurar las comunicaciones, equivalían, por lo
»menos, a las que hubieran sufrido si hubieran tenido
»que luchar constantemente con enemigos en batalla cam-
»pal» (Rocca). La misma comparación hace Naylies, la más
grande que un soldado francés podía concebir para encare-
cer el daño que hacía esta guerra de sorpresas y acciones
constantes.

Era una guerra incesante. La palabra no basta a expli-
carlo; hay que reproducir los detalles para formar idea de (40)
lo que puede significar. Contando un episodio de la lucha

en Galicia, dice Jourdan: «durante su marcha el General Heudelet no cesó de combatir, las alturas y los desfiladeros estaban cubiertos de insurgentes y el toque de rebato se oía por todas partes. El puente que hay entre Franqueyra y Canitra estaba defendido por barricadas y 1.500 a 1.800 hombres. Derrotólos al día siguiente y los persiguió hasta las alturas de Ribadavia, donde hicieron frente unidos a otra banda más numerosa. Reunida la división de nuevo los atacó y puso en fuga matándoles mucha gente. Durante los días sucesivos columnas enviadas en todos sentidos para limpiar la comarca, libraron infinidad de combates y mataron sinnúmero de paisanos. Las tropas que llevaron los Generales Francesqui y Heudelet sobre Allariz y Gincio encontraron otro grupo numeroso de españoles».

(41) Era la guerra de todos: pueblo y ejército la hacían como cosa propia, y al auxiliarse mutuamente no creían contraer mérito con nadie. Reducir a cifras el ejército de la Nación sería labor imposible. Jourdan dice que el de las Juntas sumaba 150.000 hombres en Noviembre de 1808, del alza-
(42) miento en masa nadie intentó jamás hacer la cuenta.

En cambio cuando los aliados invadieron a Francia los guardias nacionales rehuían el peligro y abandonaban a los oficiales del ejército que los mandaban; los paisanos recibían a sus propios soldados como enemigos, y cuando se creían al abrigo de su fuerza los insultaban.

Rocca nos cuenta cómo fué herido volviendo a Ronda de la parte de Setenil, donde fué a buscar paja. Es un episodio que da la impresión de lo que fué aquella guerra. Ronda estaba fortificada por los franceses pero las sierras
(43) que la rodean eran españolas.

Al amanecer del 1.° de Mayo salieron de la ciudad unos 50 hombres de a caballo y los muleteros que llevaban la recua. La experiencia que Rocca tenía de la guerra de España le hacía marchar siempre sobre aviso. A media legua de Ronda dieron con un desfiladero, lugar a propósito para

emboscadas, pero libre, por el momento, pudieron pasarlo sin daño. Al salir de él vieron a lo lejos un grupo pequeño de gente que subía un cerro. Rocca, desconfiado siempre, entendió que eran guerrilleros, mas su capitán, nuevo aquí, opinó lo contrario, y cada cual prosiguió en paz su camino. Al fin, sin tropiezo formal, los franceses llegaron a Setenil, «la lentitud y mala voluntad de los muleteros españoles »que habíamos llevado para cargar la paja nos hizo sospe»char que algo se tramaba, y esas sospechas se aumentaron »cuando vimos, en el momento que nos preparábamos a »emprender el regreso. un paisano a caballo que, desde »una altura lejana observaba nuestra marcha y partía se»guidamente a galope como para ir a advertir a los ene»migos. Una vez que habíamos forrajeado, emprendimos »la vuelta hacia Ronda, iban doce húsares, después el con»voy de mulas, y detrás el capitán y yo con el grueso del »destacamento. Como a cosa de dos tiros de fusil antes de »llegar al desfiladero que más nos preocupaba, vimos un »hombre subido a un árbol que cortaba ramas a gran»des hachazos y me adelanté a preguntarle si había visto a »los guerrilleros. (Después supe que era uno de ellos y »cortaba el ramaje para obstruirnos el paso del desfiladero). »Respondióme, afectando redoblar su actividad, que su »trabajo no le permitía ocuparse de lo que hacían los »demás. Entre tanto el capitán había interrogado a un niño »de 5 ó 6 años que le había respondido en voz baja y tré»mula, como si temiese que le oyeran, algunas palabras »entrecortadas y confusas, a las cuales no dimos importan»cia porque en aquel momento vimos a nuestra vanguar»dia y la cabeza del convoy que aparecían al otro lado del »desfiladero y subían la cuesta de enfrente. En ese instante, »cuando el convoy casi había pasado y el grueso de la »tropa francesa marchaba por el estrecho sendero que »hacia el desfiladero bordeado por setos de huertos y jar»dines, sonaron los disparos de los guerrilleros». Cayeron soldados franceses, cayeron caballos, Rocca lanzóse por

encima de los cuerpos que obstruían el paso y recibió dos balazos. Pasó el que pudo y nadie pensó en revolverse contra los que atacaban, cuyo número probablemente sería menor que el de los franceses.

Cuando se vieron al otro lado del desfiladero, Rocca comprendió que para llegar a Ronda sin perder el conocimiento debía apresurarse, porque la sangre que perdía era mucha y se decidió a tomar por un atajo. El capitán y los soldados le dejaron ir sin más compañía que un hombre que llevaba el caballo de la brida. De los muertos y heridos que quedaban atrás, de Rocca que marchaba expuesto a ser atacado, de todos los que era obligación defender nadie se acordó, sólo tenían los franceses un pensamiento, llegar a Ronda y resguardarse tras sus muros fuertes de las balas de los patriotas.

Unió los esfuerzos de los españoles durante la guerra un sentimiento invencible, hondísimo, de odio al francés. Odio que todos sentían por igual, en el que se inspiraban acciones y pensamientos, tan claro y unánime que no pudo escapar a la observación de nadie. Veánse algunas líneas
(44) a modo de ejemplo: «Insurgentes eran todos los españoles »(Rocca». «El odio que este pueblo tiene a los franceses se »muestra en todas las clases sociales. Podrán encontrarse »muchos defectos a los españoles, pero ciertamente no tie»nen el de ser hipócritas». «Nos detestan hasta las mismas »rameras que enriquecemos. Desde Irún a Cádiz todos nos »tienen horror (Fantín)». «En este pueblo cada habitante »era un enemigo encarnizado, feroz, lleno de astucia, que »no pensaba más que en hacer perecer todo lo que fuera »francés». «No se encontraban más que miradas de odio, y »en todos los momentos de la vida era indispensable »tomar las precausiones de seguridad más minuciosas »(Gonneville)». «Aranda, pueblo muy pobre, pero ani»mado contra nosotros de los mismos sentimientos de »odio que parecen ser los de España entera» (Girardín). «Los enemigos que teníamos en Madrid, es decir, la mayor

»parte de la población (Miot)». «El ejército francés tenía »que luchar contra todos los habitantes de la península »(D'Espinchal)».

Y así los demás.

A medida que el tiempo fué pasando los patriotas (45) aprendieron a guerrear, las guerrillas adquirieron la consistencia y el número de cuerpos de ejército, de la caza de hombres y destacamentos se pasó a operaciones más concertadas e importantes. D'Espinchal escribe en 1812: «esta »nación tan valerosa, tan orgullosa de su independencia, »no está ya reducida a defenderse, nos ataca con todo el »ardor y la energía que inspira una buena causa».

Como se impone toda fuerza también se impuso a los invasores la del aborrecimiento español, sincero, franco, siempre pronto a la acción, y contribuyó como nada a que se percataran de la razón que nos asistía y a que se enervaran su instinto bélico. La acción del pueblo fué la que contuvo en España cientos de miles de soldados franceses y la que entregó otros tantos a la muerte. Sin ella mal hubiera podido hacer Wellington en la península lo que inútilmente intentaron los ingleses, con fuerzas superiores, en Sicilia y Holanda, sin ella, fácil empresa habría sido para el Emperador llevar el vuelo de sus águilas triunfadoras hasta las mismas torres de Lisboa.

CAPITULO XVI

Por sendas y caminos

Por las sendas y caminos de la España vieja, pasaron los brillantes batallones del Gran Ejército, las tropas abigarradas del alzamiento, guerrillas de Mina y el Empecido, brigadas inglesas y portuguesas, cuatro naciones en armas que ventilaron sus derechos y sus odios en nuestrros campos. Si ellos contaran sus memorias, veriamos la guerra tal cual fué y aprenderiamos la crónica de infinitas aventuras que pasaron como los remolinos de sus polvaredas.

¡Caminos de mi tierra! Paréceme estaros viendo cuando leo: «estaban intransitables, desde que habiamos salido de »Polonia nunca habiamos visto fangales semejantes». «Hombres y caballos se hundian en lodo hasta las rodillas». «Un jinete de cazadores desapareció hundido hasta la ca»beza» o «los caminos eran horribles, utilizables solamente »con las mulas o las carretas del pais; fué preciso poner a »la cabeza del convoy una compañia de zapadores que los »ensancharan para el paso de la artilleria y, a pesar de »esta precaución, cada tres o cuatro dias necesitábamos »hacer un alto para recomponer los trenes». (1)

«De Benavente a Astorga—dice Marbot—vadeamos va»rios rios. En la provincia de Toledo, después de haber (2)

»andado desde las cinco de la mañana hasta la una de la tar»de, no habíamos hecho más que una legua, tan horribles »eran los caminos».—refiere Reiset—. En tierra de León, el ejército que mandaba Napoleón en persona, tardó tres días en hacer la jornada de uno. Thiebault, con un convoy ordinario empleó tres días en andar, A MARCHAS FORZADAS, las once leguas que hay de Salamanca a Ciudad Rodrigo; dos meses, cuenta Marcel, tardaron los cañones de sitio en hacer el mismo camino, menos de un kilómetro por día.

(3) «En La Mancha era necesario juntar los tiros de muchas »piezas para poder arrastrar una sola»; de ese modo conseguían que la artillería hiciese una o dos leguas por jornada. Para llevar de Tuy a la frontera portuguesa la artillería de Soult hubo que construir puentes en muchos sitios, ensanchar caminos, hacer saltar masas de roca, en más de un pueblo fué preciso echar casas al suelo para dar anchura a las calles que no permitían el paso de los armones, yendo a Calamocha «los soldados tenían que em»pujar las ruedas de la artillería en las subidas, retenerlas »en las bajadas». «A partir de Tarazona, los caminos eran »senderos montuosos, cubiertos de guijarros y rocas». El camino de Toro a Valladolid, dice Gonneville, «llamábase »camino real, y esto significaba que se podía seguir sin va»cilar por los que andaban por primera vez».

(4) Los arroyos se vadeaban, cruzábanse los torrentes bajando y subiendo sus escarpadas laderas, y cuando se llegaba a un río con las aguas crecidas, sin puente, porque jamas lo hubiera, o por obra de destrucción del enemigo, allí era el ingeniarse para pasar al otro lado miles y miles de hombres o esperar que la corriente bajara y dejase los vados al descubierto.

Lo que se llamaba camino, era muchas veces, el carril abierto por las ruedas en su paso repetido, monte arriba y monte abajo, buscando la menor distancia a desprecio de todo.

(5) Así maldicen de ellos los que tenían que andarlos. «De

»Hinojosa a Agreda—dice Sprangzi—se anda más de una »legua sobre trozos de roca». «Yendo a Cervera hay que »llevar los caballos del diestro». «De Tamames a Béjar »sólo pueden ir las carretas del país y aun éstas a media »carga».

En la marcha de Napoleón, por Castilla, tras los ingleses, eran tales las dificultades que en la etapa de Valderas, (6) el 28 de Diciembre, sólo 100 infantes de la Guardia Imperial llegaron, los caballos se hundían en fango hasta los corbejones, un fusilero se suicidó no pudiendo soportar las penalidades de la marcha, y tres días después, en la jornada de Astorga, Marbot asegura haberse visto suicidar por igual motivo, a tres granaderos. Dos años más tarde, refiriéndose a los mismos parajes, dice Reiset. «andamos hun»didos en fango hasta las rodillas».

De cuando en cuando tropiézase con un elogio que (7) agrada más por lo inesperado. El camino real de Madrid a Francia debía ser magnífico, a juzgar por los encomios que de él hace Blaze, Miot, Marcel, cien más; de otros se oye también hablar aunque raras veces. Sprangzi dice: «de »Grajanejos a Madrid, camino soberbio». «De Astorga a la »Coruña, calzada magnífica, no hay en toda Europa otra »más hermosa, ni más firme, ni mejor conservada». «El ca»mino de Aranjuez a Madrid, es hermoso». Gonneville dice lo propio del que iba de Valencia a la Junquera. La Duquesa de Abrantes califica de inmejorable el de Madrid a Badajoz; Grivel, el de Andújar a Bailén. «Los caminos rea»les de España son magníficos y los puentes sólidos y muy »cómodos—escribe Reiset—, y en otro pasaje, «cruzamos el »de Guadarrama y seguimos su magnífico camino hasta »San Rafael». Quizás en estas alabanzas de excepción, entre por algo la comparación con los caminos que de ordinario se encontraban.

Para cruzar a España, había entonces algunas leguas de calzadas soberbias, sombreadas a trozos por olmos o chopos, con fuentes y abrevaderos en ocasiones, obra de Car-

los III y Floridablanca, mas faltaban pronto, y al cabo de ellas empezaba el camino desigual, lleno de baches, y cuando éste se perdía, ya todo el campo era camino si no se hallaban por suerte las cañadas y cordeles de la Mesta, las roderas abiertas por las carretas, o las sendas y veredas de los peatones. Andar por tales caminos sin guía y pretender desenmarañar por sí mismo los secretos de sus encrucijadas, era, para los franceses, ir a pérdida segura. Todo esto era un arma más que la tierra esgrimía contra los invasores, retrasando su marcha, dificultando sus movimientos y haciendo imposible todo cálculo.

Cuando en viaje, por el corazón de la Península, os encontréis al pie de uno de esos puertos que hay que ganar a fuerza de revueltas de un camino que se hiergue frente a vosotros, y asombrados de lo que os espera, echais la vista a derecha e izquierda, pronto descubriréis algo más sorprendente todavía, una faja, entre cauce seco de torrente y surco de alud, que tiene por suelo la roca de la montaña, por traza la línea de mayor pendiente, y sube monte arriba recta a la cumbre, despreciando el auxilio de las curvas como si aún le pareciera suave la cuesta. Miradla bien, por ella pasaron un día cañones de sitio, parques de artillería, la impedimenta de ejércitos enteros. Así eran de difíciles los movimientos.

(8) Habla Naylies de una expedición por Extremadura, y dice: «Cuando llegamos a lo alto de la montaña que era muy »elevada, tuvimos que descender una pendiente tan rápida, »que aún llevando los caballos del diestro fué imposible evi»tar que cayeran algunos a los precipicios por donde corre »el Guadaleja. Los primeros dragones que bajaron al valle »parecían pigmeos, a los que aun estaban en la cumbre.» «Para ir de Onteniente a San Felipe—refiere Reiset—pasa«mos el puerto, era el camino tan difícil que tuvimos que «echar pie a tierra y marchar con los caballos cogidos »de las riendas la mayor parte del camino».

(9) Las sendas y desfiladeros de la Península dejaron hon-

dos recuerdos a los invasores, que vieron en unas destrozarse las piezas de su artillería y tuvieron que sacrificarlas por sí mismos en otros y destruir la impedimenta para poder avanzar.

La marcha por esos caminos era un incensante guerrear. (10)
Correrlos era jugarse la vida, y al retrasar o anticipar un viaje, nadie sabía si no estaba acaso preparada la ocasión de su propia muerte. Había aventuras a manta, jornadas sin sorpresa o encuentro con enemigo era jornada extraordinaria. «Si un oficial portador de despachos hubiera »retrocedido cada vez que oía disparos, habría necesitado »meses para cualquier comisión». Gonneville cuenta como caso raro su viaje de Pamplona a Tudela, sin ver un fusil enemigo (tres días).

Pasaban constantemente por la carretera de Irún tropas (11)
francesas que iban o venían, más no por eso estaba más segura que las otras. «En Irún—dice Saint Chamans—cru»zamos con un correo francés que nos advirtió habían «dis»parado sobre él en el primer pueblo que íbamos a pasar, »aún estaba pálido». En la primera etapa de su viaje, hallóse Marbot con un oficial de órdenes muerto, y heridos los dos gendarmes que le acompañaban, «un cuarto de »hora que me hubiera adelantado—dice—y el muerto era »yo». Contando su entrada en España, dice Pepé, «llegué a »Jaca, allí estaba un General con varios oficiales superio»res esperando el paso de algún destacamento fuerte para »ir a Zaragoza, que distaba cuatro jornadas, y cuyo cami»no estaba amenazado por la guerrilla de Mina».

Este era el saludo, después hacíanse tan frecuentes los (12)
encuentros de este género, que sólo en ocasiones excepcionales los mencionan.

Al volver Gonneville a España, después de una tempo- (13)
rada en su tierra, cuida de entrar en compañía de su batallón, «compañía tanto más útil cuanto que viajar solo era »imposible siquiera fuese a un kilómetro de la frontera». Entrar en la Península era, para los que la conocían, vol-

ver al infierno donde toda angustia y terror tenían su asiento. Recuérdanla como un tormento horrible que se ha sufrido y, pasados muchos años, «al abrigo ya de todo peligro», siguen conservando la misma precaución aquí aprendida de defenderse con cuidado extremo.

(14) Todo el camino de Mondragón a Salinas de Alava, próximo a Francia, guarnecido por tropas escogidas, cruzado a diario por destacamentos de gendarmes y convoyes fuertemente escoltados, era lugar de ataques y sorpresas constantes. Bourgoug cruza la Península en 1812, «cada »día de viaje fué señalado por un combate y algunos hubo »dos. Así llegamos a Bayona».

(15) La vida del camino real era triste, una atmósfera de inminente peligro llenaba de desasosiego al más valiente, durante horas y días, la faja blanquecina estaba desierta, ni viandante ni jinete daban vida al paisaje con su presencia, y cuando la vista alcanzaba a columbrar criatura humana, era el primer movimiento hacer alto para ponerse en guardia y observar lo que se acercaba, tropa o convoy, y tropa o convoy de gente armada seguramente, que el viajar solo era viajar muy aventurado y hacerlo sin armas ir a desgracia segura. Esos mismos encuentros no eran tampoco frecuentes, «cada dos o tres días, en la carretera »de Francia—dice Rocca—encontrábamos un convoy. Al »llegar a los pueblos, en vez de la turba de muchachos y »desocupados que acuden en tiempo de paz a recibir a »los forasteros, tropezábamos con un puesto francés que »daba el alto desde detrás de una empalizada o al res»guardo de una casa fuerte».

(16) Para que en la soledad hosca y agresiva de los campos encuentren algo los franceses, es preciso que se echen fuera de las vías trilladas y entonces dan con la caravana de vecinos que, huyendo de ellos, abandonan su pueblo, o con el campamento de mujeres que han ido a esconderse lejos de todo paso de gentes.

(17) El comercio pacífico había desaparecido. Ya no se

veían por los caminos aquellos enormes coches de colleras con tiros de seis y ocho mulas, ya no se veían los grupos de viajeros pacíficos que marchaban en compañía, la escopeta colgada del arzón para defensa contra malhechores. Los viajes habíanse dejado para mejores tiempos, el que salía de su casa era para pelear o para menesteres de la Patria, y el más importante de todos era luchar por ella. Las Memorias no hablan a penas de arriería ni de reatas ni galeras; cuando aparece un rebaño, en seguida se sabe cuántos hombres lo custodiaban y de qué General era. Nadie pensaba en mandar su hacienda a sitio lejano, se consumia lo que daban de sí la tierra o la industria de los hombres, y el sobrante se ocultaba con cuidado extremo. Arrieros, traginantes, carreteros, mayorales, postillones, la familia toda de tralla y látigo, que antes daba vida al camino, esperaban dias más serenos recogidos en sus hogares o formaban en las filas de ejércitos y guerrillas.

«Por todas partes se veían restos, carros destrozados, (18)
»osamentas insepultas y cuerpos de caballos desgarrados
»por los buitres, que infestaban el aire», dice Lejeune.
«Los caminos—cuenta Fantín—estaban sembrados de ca-
»dáveres», de racimos de patriotas o franceses colgados de los árboles, de esqueletos de hombres o caballos blanqueando a lo largo de las sendas, de animales medio destrozados por las aves de presa o de campos de batalla donde aún esperaban la última misericordia los cuerpos de los muertos.

Pensad la impresión de horror que produciría tropezar (19)
de improviso con los pies de un ahorcado, como les ocurrió a la Duquesa de Abrantes y a Lejeune, o encontrarse en medio de una calzada, «cuerpos mutilados de france-
»ses, pedazos ensangrentados de uniformes, esparcidos
»aquí y allí, cadáveres de cuyo gesto y postura se deducía
»aún la espantosa lucha que habían mantenido antes de
»morir». Fantín, marchando por Galicia, vió un campo próximo a la carretera, de cuyo suelo, recién removido,

salían brazos y piernas de soldados franceses, muertos por los patriotas y por ellos sepultados mal y de prisa. «Nues»tros soldados—dice—fueron allá a aprender una lección »de prudencia contemplando los tristes restos de sus cama»radas, visibles aún bajo las pulgadas de tierra que los »cubrían». Gonneville, en viaje a Jaca, encontró en un valle del Pirineo un desierto en el que se veían cientos de osamentas de polacos muertos al entrar en España.

Todo eso cruzando la soledad de campos yermos, sin
(20) sembrados ni verdura que alegrase la vista, ni trazas de labor de hombre. Nadie se cuidaba de echar semilla en la vecindad del camino, sabiendo qne no había de recoger la mies; la guerra era un incendio efectivo y por donde ella pasaba quedaba la desolación. Aun lejos de los caminos, el labrador no cultivaba más que lo estrictamente necesario, trabajaba sin gusto, y esa siembra, mal atendida, corría después los mayores riesgos. Los brazos, que antes se empleaban en la agricultura, tomaban las armas o caían en la inercia; los rebaños emigraban o desaparecían.

(21) Hasta las pobres ermitas, los santuarios que, en la soledad de los montes y valles ofrecen consuelo a la piedad sencilla, habían perdido su inocencia, «aquellos lugares »propicios, en otro tiempo, a la oración, lo eran ahora para »las emboscadas, y al humo del incienso había sucedido el »de los fogonazos». Algunos presenciaron escenas sangrientas y hasta verdaderos combates.

(22) Había ventas y paradores; ventas y paradores que, en épocas normales, poco más podían ofrecer que el abrigo de su techo y sus paredes. La Duquesa, que las vió en tiempo de paz, cuenta horrores de ellas, de sus cuartucos sucios y mal olientes y de las sorpresas que se tenían en ellas. En su odisea de 30 días a través de la Península, antes que pisarlas, prefería dormir en la silla de postas.

(23) Son las posadas de los pueblos, dicen Rocca y Naylies, verdaderos caravanserrallos; sólo se encuentra en ellas alo-

jamiento y lugar para el ganado, el viajero ha de llevar consigo las provisiones, y duerme sobre la manta del caballo. Por esta descripción puede juzgarse cómo serían las ventas que había en mitad del campo. Cuatro muros ennegrecidos por el tiempo o el incendio, con techo, y a las veces sin él, franca la entrada al viento y a los hombres, porque ventanas y portón se han ido en humo, tiempo ha, para calentar a algún beligerante, cámaras vacías y pesebres sin un grano. unas bardas cerrando el corralón y allí un pozo que dará agua de beber si, por suerte, no se pudren en él cuerpos de franceses. En esas «casas abandonadas» podían guarecerse la gente del convoy de la lluvia o la nieve, o hacerlo base de defensa momentánea, después seguirían su camino y el caravanserrallo quedaba triste y solo otra vez, más ahumado, más ruinoso, con algún pedazo menos de madera en la techumbre y algún muerto más en la oscuridad de sus cuadras.

Calzadas, las que había, carreteras o carriles, eran camino de las tropas del Emperador, de sus convoyes o impedimenta, campo conocido de encuentros o sorpresas, la vida nacional no las necesitaba, igual circulaba por ellas que en torno suyo o muy lejos, intensa y continua. Por sendas y trochas pasaban sus correos, sus verederos, oficiales de órdenes, agentes patriotas, miembros de las Juntas, alistados, espías, soldados, guerrilleros, los hombres todos del pueblo en guerra, que tenían el campo por suyo y sabían encontrar siempre el atajo o daban, en lo más enriscado de los montes, con alguien que los guiara a Norte fijo. Los correos de los patriotas no precisaban camino, ved lo que Naylies dice de los verederos: «Para llevar partes o »noticias, empleaban jóvenes ágiles y vigorosos que colo- (24)
»caban cerca de cada poblado y en lugar conveniente. »Siempre había uno en el puesto, ojo y oído alerta, en »cuanto recibía un parte corría, a campo traviesa, a dejarlo »en el inmediato a otro camarada. De este modo llegaban »las comunicaciones al Corregidor o a la autoridad militar,

»mucho más a prisa, y más seguramente también, que si »las condujeran a caballo. Nunca caían en nuestras manos »estos mensajeros».

(25) Mientras los franceses ocupaban la Sierra de Gata y Extremadura entera, el Marqués de la Romana hubo de ir a Sevilla a tomar posesión de su cargo en la Junta Central, y cruzó los parajes donde estaban los franceses acampados, muy cerca de ellos, con su escolta de 60 jinetes.

(26) Los viajes del francés hacíanse muy de otro modo. «En »España—dice Blaze—no viajábamos aislados, se iba en »convoy, con vanguardia, retaguardia, prontos siempre a »hacer fuego». «Para viajar con seguridad—apunta Caste»llane—era preciso marchar en grandes destacamentos». Vivien, para llegar a Madrid, cuenta que fué aprovechando la escolta de correos o la compañía de regimientos enteros. «Una semana hace que espero aquí una escolta para ir a »unirme a mi regimiento»—escribe Reiset desde Madrid. En Enero de 1811, escribe Foy al Mariscal Berthier, desde Ciudad Real: «ocho días ha que estoy aquí sin poder ejecutar »las órdenes de vuestra alteza. No he encontrado ningún »destacamento que me escoltase hasta el Cuartel General »del príncipe Essling».

(27) «Los ejércitos franceses—recuerda Rocca—no podían »hacer venir sus víveres y sus municiones, sino bajo la »escolta de fuertes destacamentos, que eran atacados incesantemente y, muchas veces, apresados. Nuestras comu»nicaciones sólo se hacían apoyándose en grandes movi»mientos de tropas (Grivel).

(28) Para ir de Valladolid a Madrid «era preciso llevar, por »lo menos, de 150 a 200 hombres de escolta» (Reiset). En el segundo viaje de Foy desde Portugal a París, llevaba 350 soldados de a pie y 90 caballos, «débil escolta», comenta su biógrafo Girod de l' Ain.

(29) Cuando Grivel recibió la autorización para volver a Francia encontróse con la sorpresa de que sólo podía regresar cuando lo hiciera un convoy con otros muchos sol-

dados y oficiales. «Si no necesitáis el convoy—me dijeron— »él, en cambio, os necesita. Cruzar a España entonces era »una operación militar, y cuando nuestro convoy estuvo »completo no contaba menos de 1.200 bayonetas. Iba man- »dado por un Teniente Coronel bajo las órdenes del bravo »General Dombrowski».

(30) Reiset recibe en 1810 la orden de encargarse del mando de un convoy, «hay que tomar las mayores procauciones— »escribe en su diario—porque los brigands (guerrilleros) se »pasean por todas partes y su audacia es increible». Llevaba de escolta los húsares hannoverianos, el 22 de dragones y muchos otros cuerpos de diversos regimientos del segundo ejército.

(31) Refiriéndose a los tiempos de mayor seguridad, dice Saint Chamans: «en aquella época no se viajaba en España »con menos de 3 a 400 hombres de escolta y, frecuente- »mente, con más». Cuando Marbot sale de España, lleva »500 granaderos de la Guardia Imperial, gente escogida».

Ved el ejemplo de un viaje hecho en los comienzos de 1812. cuando el Ejército francés llegó en España al punto máximo de su dominación y Napoleón no tenía otra guerra que distrajera su atención y poderio.

(32) A Bayona, última etapa de la Europa segura, habian ido llegando durante dias y días tropas, oficiales, empleados destinados a España, familias en viaje al interior de la Peninsula, y alli se habían detenido en espera de que se formase un convoy. Urgia mucho ponerlo en marcha porque en él venian dineros para el rey José, qùe siempre tuvo de ellos necesidad grande; mas, a pesar de esto, hubo quien esperó muchas semanas en tanto que se reunian las fuerzas que iban a dar escolta.

(33) Por fin un dia, el Gobernador militar corrió las órdenes, reunióse todo el contingente y el convoy lanzóse a cruzar la frontera; venían 2.200 infantes del ejército de Sajonia, un centenar de oficiales que habían de incorporarse a sus cuerpos, los viajeros no combatientes, dos cañones, y, como

impedimenta, los furgones del Tesoro y otra media docena de carros con efectos militares. Al llegar al Bidasoa encontraron un destacamento salido de Irún a reforzarlos, y juntos fueron a descansar aquella primera etapa. Allí se detuvieron un día a esperar el correo que venía tras ellos, y al fin, en la madrugada del 4 de Febrero, mucho antes de romper el día, emprendieron la marcha.

(34) Iban 600 hombres de vanguardia; 600 más flanqueaban el convoy, los restantes iban a retaguardia, en el centro los furgones, la gente civil, los oficiales. En esta disposición, andando unas cuatro leguas por jornada de diez horas, fueron marchando, siempre a la defensiva, bajo la amenaza constante de las guerrillas que veían, o cuando menos, presentían cercanas.

35) La primera mañana, a la vista aún de Francia, pasaron junto a un fortín, inexpugnable para quien no llevase artillería, y allí oyeron la relación de los sitios sufridos por la guarnición. A la segunda etapa, en Tolosa, villa defendida por un batallón de infantería, supieron que la víspera, en medio de la plaza, habían sido muertos tres soldados.

(36) En Tolosa hallábanse 80 hombres de la Guardia Imperial que debían pasar a Vitoria, mas como días antes un destacamento había sido deshecho por los guerrilleros de Mina y no era cosa de exponer tropas escogidas a igual suerte, esperaban compañía con quien hacer el viaje y se incorporaron al convoy. Entre Tolosa y Villarreal, dieron en el lugar de la refriega; gran número de cadáveres franceses se veían aún por el suelo, y el jefe de la expedición hizo darles sepultura. El alto fué coreado por las descargas de los guerrilleros apostados entre las breñas, pero nadie pensó en buscarlos.

Quizás el viaje se hiciera por país conquistado, pero ciertamente no lo parecía.

(37) La jornada siguiente aumentáronse las precauciones, veíanse asomar por las alturas a los guerrilleros amagando un ataque y, a la noche, llegados a Mondragón, ocuparon

militarmente la villa y sus afueras y montaron servicio de avanzadas. En la casa mayor del pueblo, donde se albergó el Comandante de la expedición, extendida sobre una mesa, para recordar una vez más la amenaza constante, estaba la proclama de Mina, que declaraba guerra a muerte a franceses y afrancesados. A la noche algunos guerrilleros se acercaron a los puestos avanzados, mataron a un francés e hirieron cuatro más.

Al siguiente día iban a pasar los montes de Arlaban, (38) campo de hazañas de las partidas navarras y, aun cuando allí había un fortín, adelantóse de Vitoria, para proteger el paso del convoy, un batallón que fué a mitad de camino a encontrarlo y lo llevó al fin de la jornada.

En Vitoria encontraron otro convoy que venía de Castilla y marchaba a Francia. Después de las angustias del viaje reposaron en la compañía de amigos y compatriotas, el convoy descansó ocho días y se reforzó de nuevo. Cuando salió a proseguir el viaje iban 2.699 soldados de infantería, dos cañones, cuatro armones, 25 lanceros polacos, 30 dragones, los oficiales, la impedimenta, etc., etc. (39)

Entre Vitoria y Miranda cruzáronse con otro gran convoy de enfermos y heridos que regresaba a Francia. Para la llegada a Pancorbo salió a protegerlos un destacamento de 600 hombres con dos cañones más. En Monasterio de Rodilla tuvieron que librar un combate con gente allegadiza que se había reunido de aquellas cercanías; pudieron escapar a Longa, que no llegó a tiempo para atacarlos, y al fin, a los 18 días de salir de Irún, entraban en Burgos. (40)

Descansaron en Burgos dos días y salieron reforzados (41) por otro batallón y 50 lanceros. La llanura castellana con sus horizontes abiertos no les libró de la eterna zozobra. En Celada estableciéronse militarmente sobre los montones de adobes y tapial, restos únicos de la villa. En Dueñas dióles seguro la fuerte guarnición que la ocupaba. A pesar de lo fácil del camino no pasaban de cuatro leguas sus jornadas y cuatro emplearon en llegar a Valladolid.

(42) Allí ni aun la presencia de muchos miles de soldados que la defendían, de los cuerpos de tropas que sin cesar cruzaban en todos sentidos, bastó a librarles de la obsesión de los guerrilleros; los enemigos estaban dentro de la ciudad misma, no había medio de saber quienes eran y en cualquier vuelta de esquina podían presentarse.

(43) Después de tres días de parada el convoy púsose otra vez en camino; formaban la escolta 3.000 hombres de infantería, tres cañones, 60 lanceros, 50 dragones, un pequeño ejército, y la impedimenta se componía de 62 vehículos de toda especie con oro, víveres, efectos militares, franceses, españoles, mujeres, niños, todo un pueblo.

A medida que avanzaban España adelante, el convoy acortaba el paso; la etapa primera, saliendo de Valladolid, fué a Valdestillas y allí hizo alto dos días para aclarar el nublado de guerrillas que se venían encima. Cuando siguió la marcha tardáronse diez horas en andar 23 kilómetros que hay a Olmedo

(44) Aquí empezaban los pinares de Segovia, reforzáronse vanguardias y flanqueadores, los cañones se cargaron con metralla, el destacamento de dragones cerraba la marcha, todo como si el enemigo estuviera a la vista, y esto en una jornada de menos de tres leguas, que partía de Olmedo, ciudad fuerte, guarnecida, y acababa en Coca, tras de cuyos muros estaban dos batallones de ligeros y 50 dragones, y tenía a medio camino un fuerte artillado en la posesión del duque de Granada.

(45) Al salir de Coca hubo una pequeña escaramuza con guerrilleros; al llegar, a la noche, a Santa María, encontráronse otro gran convoy que marchaba a Francia; en él iban muchos Generales, el Mariscal Víctor, la favorita de José. Al día siguiente entraron en Segovia.

(46) Allí reforzaron la custodia del convoy varios destacamentos de la Guardia Real. Cuanto más se acercaban a la ciudad de los afrancesados mayor era el temor y la necesidad de guardarse. La víspera de la llegada, en Guadarrama,

basta que unos caballos se escapen para producir gran alarma; los oficiales salen de sus alojamientos y los puestos avanzados hacen fuego.

Por fin, el 11 de Marzo, treinta y siete días después de (47) haber pasado la raya, llega el convoy a Madrid, escoltado por 4.000 hombres.

Había venido por el camino de Francia, camino guardado por destacamentos innumerables, con fortines, castillos y ciudades muradas.

Por los otros caminos, la marcha era más difícil aún. Cuando D'Espinchal sigue su ruta, tarda veintiseis días en andar 92 leguas que hay hasta Sevilla.

En cuanto a los incidentes del viaje, son semejantes. En (48) Tembleque, encontraron los restos de un escuadrón acuchillado la víspera por Palarea; poco antes de Santa Cruz de Mudela, mientras el convoy cruzaba un puente, era sorprendido un puesto dejado para cubrir la retaguardia; más lejos, tiroteo con un grupo de paisanos; entre Guarroman y Bailén, ataque formal de unas guerrillas.

La moral del soldado no podía mantenerse bajo la im- (49) presión de peligro constante que acechaba de todas partes a la vez. En ese mismo viaje que refiere D'Espinchal, la escolta del convoy, a poco de salir de Bailén, se estuvo tiroteando con otra tropa francesa, que venía de Antequera a proteger su marcha.

Las escoltas, en los demás casos, eran proporcionadas o (50) superiores a la que cita D'Espinchal. Gonneville va de Pamplona a Tortosa, con un convoy de municiones, defendido por 1.500 infantes y la caballería del Gran Duque de Berg con dos cañones. Un convoy, en que fué él mismo de Valencia a Cuenca, iba defendido por 2.000 hombres y otro por 6.000 de todas armas y una batería completa.

Nada refleja mejor el azoramiento que dominaba a los (51) invasores en estos viajes, que el hecho que recuerda Girardin. Era en Diciembre de 1808, Girardin iba en un convoy a Madrid, Napoleón estaba en Chamartín preparándose

para salir contra los ingleses, acababa de pasar por Castilla el Gran Ejército, de los Pirineos a Madrid, todo estaba libre de tropas españolas, nuestros aliados se retiraban sobre la Coruña, la carretera de Francia daba paso franco a la invasión. El día 22, cuando hacían la jornada de Aranda a Boceguillas, caída ya la noche, el convoy (3.000 hombres), encontróse cortado de repente, una columna de españoles insurgentes atravesó el camino real, iban infantes, jinetes. El que marchaba a la cabeza preguntó si eran ingleses o franceses, y, sin esperar la respuesta, siguió adelante; marchaban como el que va perseguido por fuerzas superiores. El convoy se detuvo; la vanguardia, asombrada, mandó hombres a enterarse de lo que ocurría; nadie pensó en oponerse al paso ni hacer fuego contra aquel rebaño de hombres que marchaban huidos. Dejáronlos pasar, y, cuando el camino quedó libre, prosiguieron a Boceguillas. Los ejércitos españoles estaban muy lejos de aquellos sitios, los hombres que cruzaban el camino de Francia debían ser algún grupo que se desprendiera del ejército del centro y viniera perseguido de la parte de Soria o Guadalajara, por fuerza eran muy pocos, pero pocos o muchos, nadie les interrumpió la marcha.

(52) Estos grandes convoyes, protegidos por verdaderas divisiones, hacían lo que pudieran llamarse servicios extraordinarios. Marchaban al paso, con ellos se tardaba en llegar, pero había probabilidades de hacer el viaje; cuando se llegaba al punto de etapa, había que empeñar una nueva lucha, para encontrar algún rincón bajo techado, donde lograr descanso, y esto no siempre se conseguía, pero al fin se estaba seguro. Estos eran los que aprovechaban las damas de la Corte josefina, los generales, los altos funcionarios afrancesados. Pero las necesidades de la guerra imponían servicios más rápidos, había que aprovisionar a las ciudades ocupadas, llevar armas y municiones a los ejércitos, después precisaba conducir los heridos a los hospitales, prisioneros a los depósitos, y todo eso había de ir custodia-

do, si se quería que llegase a destino. Los convoyes llevaban siempre escolta proporcionada a los posibles riesgos, y, además, de los puntos destacados, salían tropas a proteger su paso.

Para asegurarse de que el camino estaba libre de peli- (53)
gros, enviaban por delante destacamentos de descubierta que lo explorasen. Nunca parecían excesivas las seguridades, y así, cuando dos convoyes podían marchar unidos, esperaba el uno al otro, para aumentar su poder defensivo, aun cuando esto dificultara la marcha y el aprovisionamiento.

Así que en un punto cualquiera de la Península se em- (54)
pezaba a preparar un convoy, salían emisarios a transmitir la noticia a los guerrilleros. En el camino que aquel había de recorrer, se combinaban los ataques. Blaze dice: «La »guerra estaba en todas partes y en ninguna. Si el convoy »iba bien custodiado y en orden, todo marchaba perfecta»mente; si la fuerza era escasa o iba mal prevenida, el ata»que era seguro». «Yendo de Valladolid a Segovia—dice Saint Chamans—encontramos la guerrilla de Saornil; no »nos atacó gracias al fuerte destacamento de infantería que »nos escoltaba».

Desde que pisaban el camino hallábanse expuestos los (55)
convoyes a las acometidas de los patriotas y sólo estaban seguros cuando se veían dentro de muros otra vez. Foy fué atacado por una guerrilla, al pie mismo del castillo de Pancorbo, ocupado por una guarnición francesa. A la vista de los puestos fortificados, a las puertas de Valladolid, los asaltaban los patriotas sin que les detuviera el miedo a los refuerzos que pudieran salir contra ellos. Más de una vez tuvieron que presenciar las guarniciones de los fortines como destrozaban los españoles la escolta de un convoy, sin atreverse a salir del recinto protegido a prestarle ayuda.

A una legua de Irún, el imprudente que se aventuraba a (56)
adelantarse al convoy para entrar en Francia, caía en ma-

diados, era frecuente que éstos cortasen los últimos eslabones y se apoderasen de hombres y cosas a la vista de la escolta.

(57) En Junio de 1808 habla ya Jourdan de apresamiento de convoyes por los patriotas de La Mancha.

Cuando había probabilidades de buen éxito, aspiraban nos de los patriotas. En los mismos convoyes, bien custo- a apoderarse del convoy; necesitaban armas y provisiones, y era doblemente satisfactorio tenerlas a costa del enemigo. Cuando tal aliciente faltaba, conformábanse con unas horas de tiroteo y rescatar algunos prisioneros. Bastaba saber que se iba a matar franceses, para que la gente, sin vacilar, se echase al campo. El ataque al convoy, era incidente de todos los días, y cuando aparece, se adivina que el autor lo estaba temiendo.

Para asaltar un convoy, no precisaba que los españoles tuvieran fuerza proporcionada a la que lo custodiaba; contaban aquéllos con que la necesidad de defender la impedimenta ataba la acción de la escolta y, fiados en eso, acometían a todo riesgo.

Unos cuantos hombres, mal armados, esperaban el paso en sitio conveniente; alguien observaba la marcha del enemigo, y, cuando éste llegaba al lugar escogido, una descarga a quema ropa o un ataque rapidísimo a la bayoneta caía de improviso sobre la caravana.

(58) Los paisanos que, a la fuerza, ayudaban a portear el convoy, unas veces huían, otras retrasaban o anticipaban la marcha para dar en el lugar a la hora precisa. Grandes y pequeños coadyuvaban a la acción contra el francés. Todos marchaban a una, todos, sin que nadie tuviese que dar la voz de mando, iban con plena voluntad porque obraban por impulso propio y espontáneo. El sacrificio dejó de ser sobrehumano para tornarse usual porque el ejemplo arrastraba y cada español lo hacía en causa propia.

(59) Y por fin, después del cuidado de custodiar convoyes y defender comunicaciones, quedaba el no menor de dar

escolta a los Generales que ciertamente no viajaban solos. Que Thiebault diera a su mujer por defensa 110 infantes y 30 jinetes, o que Marmont llevara para su guarda 200 hombres cuando fué de Extremadura a Salamanca, nada significa. La Duquesa de Abrantes declara que la escolta que llevaron, ella y su marido, al ir a Francia, era un pequeño ejército. Cuando madama Dorsenne iba de Burgos a Valladolid llevaba, como parte de la escolta, un regimiento entero de la Guardia Imperial. Al enviar Massena a Foy (60)
a Paris para dar cuenta del estado de la campaña de Portugal, le dió para su custodia una brigada de tres regimientos de infantería. Al regresar con las instrucciones vino con un cuerpo de ejército. Asi se cumplía el aforismo de Thiebault de que si en la guerra el camino mejor conocido es siempre el más corto, así también debe considerarse más directo el más seguro.

Por obra de la perseverante acción de los patriotas, el ejército francés pasó de su ofensiva usual a una defensiva vergonzosa; sin tener frente a sí tropas que merecieran nombre de tal, encontraba que el trabajo de sostenerse a sí propio, en el país que decía conquistado, era empresa de titanes y que a la contienda magna de grandes combates y efectos teatrales en la que era maestro su Emperador, se sustituía una guerra sin batallas, guerra oscura, guerra odiosa, en la que el contrario tenía siempre derecho a los lauros, como vencedor cuando triunfaba, como mártir cuando sucumbía.

CAPITULO XVII

Correos del Emperador

Cuando hablan de la guerra incesante que se hacía en España a sus convoyes, dicen los franceses que los patriotas iban llevados por la codicia, en la persecución de correos, no pueden alegar tan ruin motivo y aún hay quien confiesa que «para mejor declarar sus fines y razones, los españoles dejaban los cadáveres en los caminos »y los dejaban sin desnudarlos ni robarlos». (1)

Es un hecho cierto que desde que en el fondo del alma española surgió el propósito de hacer la guerra a Napoleón, espontaneamente, como primer movimiento ofensivo, presentóse la caza a los papeles franceses. Sin que nadie lo mandara guerrilleros o individuos aislados, dedicáronse a sorprender correos y tomar valijas para llevar después cuanto cogieran a quien pudiese aprovechar las noticias y esto empezó a raíz del 2 de Mayo, cuando España no había declarado todavía la alta traición de Bonaparte empezó con el primer hombre que presintió el despertar de las energías de la raza y se lanzó a la lucha. Grive estaba en Madrid el día del alzamiento, refiriéndose a los siguientes, dice: «Nuestras comunicaciones con la parte »Norte de España no sufrieron al principio, mas con el »Mediodía no fué así: empezaron a faltar correos cuyas (2)

»valijas habían sido robadas. Han sido salteadores—decía-»mos—pero los españoles sabían mejor a qué atenerse».

Nadie pensó en reglamentar esa persecución ni dijo cómo había de utilizarse el botín, pero los resultados no por eso fueron menores.

Fué esa idea una obsesión de todos, y de siempre, fué además intuición felicísima, porque no cabe suponer que a nuestros mayores se les apareciera todo el alcance de lo que hacían cortando las comunicaciones a los franceses, y más que por razonamiento obraron por instinto.

Aquella precaución extrema que cuentan tenía el Mariscal Berthier los días de combate, de enviar las órdenes de Napoleón por tres y hasta cuatro personas que partían, independientes unas de otras, para asegurar su llegada, no hubiera podido aplicarse aquí. En nuestra guerra no se concertaban grandes operaciones, sino combates de ocasión; el ejército francés habría sido pequeño para dar tantos correos, y cuanto mayor fuera el número de hombres lanzados por los caminos, mayor sería también el de víctimas que harían los patriotas. Al detener un correo los (3) españoles buscaban, ante todo, averiguar los propósitos del enemigo para oponerse a ellos en detalle y matarle hombres, que los ejércitos franceses resultaran incomunicados y la alta combinación estratégica se emprendiera o no era cuestión secundaria. La guerra a los correos sirvió también para algo más: dió a conocer los planes políticos de Napoleón, los nombres de traidores y afrancesados, las situaciones difíciles y los momentos comprometidos de las tropas enemigas, la impotencia de la sombra de rey que había en Madrid y la debilidad del Emperador omnipotente que lo amparaba. De ella salieron textos para los periódicos patriotas, motivos para reanimar el espíritu de resistencia en los instantes de decaimiento, ella quitó a los generales franceses toda confianza en el apoyo mutuo y creó una atmósfera de terror en torno de jefes y oficiales que mataba sus energías.

La correspondencia del Emperador con José y los Ma- (4)
riscales, hacíase por medio de estafetas escoltadas de puesto en puesto desde el Bidasoa hasta los confines de la España ocupada. La correspondencia particular amontonábase en las casas de Correos y se llevaba una vez al mes a Francia en galeras. «La correspondencia no es fácil. »Tienes que armarte de paciencia—escribía Reiset a su »esposa—. Sucédeme a veces que llevo una carta en el »bolsillo durante más de un mes antes de que la pueda »depositar en una estafeta, y aun entonces no puede darse »por salvada».

Fué gran error de Napoleón no quererse dar cuenta jamás de esa condición especial de la guerra de España. Mientras él creía poder dirigir las operaciones desde París, los jefes de ejércitos estaban sin recibir órdenes ni noticias suyas muchos meses seguidos.

En algunos cuerpos de ejército no había correos, y las (6)
únicas cartas que llegaban eran las que llevaban los oficiales de Estado Mayor; además Napoleón había mandado que los partes de sus Generales fueran conducidos, no por soldados dedicados a este servicio, como en los tiempos de la República, sino por ayudantes de campo, para que de este modo el hombre pudiera explicar las dudas que dejara el papel. En las Memorias hay gran copia de aventuras de esos oficiales.

Mientras las guerras habían ocurrido en Alemania, (7)
todo marchó bien. «Aquellas gentes—dice Marbot—no »podían pensar en la idea de atacar a un correo francés, »pero desde que se entró en España sucedía todo lo con»trario. Aquí no eran posibles los viajes en posta que los »franceses hacían al lado allá del Rhin, burlándose de »cocheros y zagales, había que acortar la marcha, acomo»darse a las imposiciones del enemigo, hacer altos forza»dos, esperar escoltas y medir los pasos antes de darlos. »El primer árbol habría servido de horca al imprudente »que se hubiera arriesgado solo por un camino».

(8) Aun los que quieren pasar por más valientes confiesan haber estado muchos días esperando en una etapa a que llegase la escolta que los había de acompañar a la siguiente. «Caminamos cinco días y cinco noches a caballo a paso corto »flanqueados por buenas escoltas—dice Broglie»—Los correos »nunca llevan bastante escolta y muchas veces son víctimas »de su imprudencia». «De cada diez cartas que se escriben »cinco o seis, por lo menos, se pierden», escribe Reiset.

(9) «Precisa haber hecho la guerra de España—dice Bigarré—para saber los peligros que corríamos los oficiales de »Estado Mayor que íbamos a alguna comisión del ser[illegible]), »de un ejército a otro, recorriendo el país». «Más de 200 ofi»ciales de Estado Mayor—cuenta Marbot—fueron muertos »o hechos prisioneros en este servicio, durante la guerra». Así ocurría que tan pronto como un oficial dejaba de dar cuenta de si lo tenían todos por muerto, y cuando volvía a aparecer felicitábanlo y se regocijaban todos, igual que si hubiera resucitado de entre los muertos, apunta Bigarré.

De los otros, de los verdaderos correos, que viajaban constantemente y cayeron a miles bajo las balas patriotas, no hay recuerdos. Sus valijas fueron a las Juntas, a nuestros Generales, al ejército inglés, y sus huesos blanquearon perdidos al borde del camino hasta que una mano piadosa les dió sepultura.

(10) «Al pasar el Bidasoa cesaba toda seguridad», y desde ese momento, «en cuanto un correo encontraba ocasión de »aumentar su escolta, lo hacía». «Desde que se ponía el »pie en España, así los oficiales portadores de despachos, »como los correos del Gobierno, eran escoltados por los lla»mados Gendarmes de Burgos, cuerpo formado en esta »ciudad con hombres escogidos, cuya misión era asegurar »las comunicaciones». El Emperador, que pretendía resolver todos los problemas como si pelease contra ejércitos, puso especial cuidado en organizar ese cuerpo pero sus servicios jamás llegaron a lo que se esperaba de él, según cuentan los mismos franceses.

«Frecuentemente—escribe Rocca—perdían los puestos (11)
»muchos soldados por acompañar a un solo correo algunas
»leguas». «Estoy en Calzada de Oropesa—escribe Reiset—
»no haciendo otro »servicio que el de correspondencia.
»Oficio fastidioso, córrese más riesgos y se sufre más que
»frente al enemigo, y no hay esperanza de ganar ni gloria
»ni provecho».

«Acosándonos sin cesar (los guerrilleros), dice Blaze, (12)
«fatigaban a nuestros soldados, los hacían caer enfermos,
»ocupaban la mitad de las fuerzas en proteger los correos,
» y muchas veces se ha dado el caso de que un batallón
»no bastara para escoltar una carta». «La mitad, ¡qué digo
»la mitad, casi todo el ejército!, se ocupaba en servir de es-
»colta a los correos». «Bien puede afirmarse que el penosí-
»simo servicio de escolta ha causado más desgracias a la
»Francia que las mayores batallas campales». Cuando Pa-
larea apresó a Lejeune, la escolta de éste eran de 25 drago-
gones y 69 infantes escogidos; con él iban otros correos
que había ido recogiendo por el camino, todos perfecta-
mente armados.

«Al salir de Andalucía—refiere Rocca—atravesé La (13)
»Mancha y tuve que detenerme muchos días en cada eta-
»pa para esperar la vuelta de las escoltas que lleva-
»ban regularmente municiones al ejército sitiador, de
»Cádiz. Alguna vez, harto de esperar en malas posadas, me
»aventuraba a ir solo de un pueblo al otro. Los comandan-
»tes de los puestos de correspondencia no podían dar es-
»coltas más que para el servicio indispensable del ejército».

Muchos oficiales en comisión de servicio o haciendo de (14)
correo tenían que salir sin escolta y, a falta de fuerza que
los defendiese, fiaban su vida a la posibilidad de pasar ig-
norados de los patriotas. Un guía fiel, unas horas de bue-
na fortuna, un caballo seguro, era cuanto podían tener y
con eso salir de noche o a horas desusadas, echarse fuera
de los caminos, no entrar en los pueblos, marchar a rienda
suelta, y evitar, en lo posible, todo encuentro, habían he-

cho cuanto podían para salir con bien del paso. Pero esos medios ni eran de siempre ni tampoco siempre servían, y la astucia tenía que ayudarles a buscar recursos nuevos. Cuando acababa de ocurrir un ataque a correo o convoy cruzaban rápidamente seguros por la confianza de que los guerrilleros se habrán alejado momentáneamente; en los pasos especialmente peligrosos quitaban los cascabeles a las caballerías para evitar que el ruido advirtiera su presencia al enemigo; si había especial temor de topar con guerrillas dejaban el camino directo y tomaban los más seguros aunque fuesen más largos; las noches de agua y tormenta, en que la lluvia y la oscuridad podían contribuir a ocultarlos, aprovechábanlas con positiva satisfacción.

(15) Los oficiales que hicieron viajes de correos guardaron de ellos recuerdos imperecederos, y el terror que los dominara, cuando estamparon apresuradamente sus primeras notas sobre la mesa de una Venta o en el Cuerpo de Guardia del Cuartel, debió ser tan intenso que aún se trasluce en sus memorias a pesar de los años pasados y de haberlas escrito en plena paz, con la serenidad del que cuenta peligros que ya no volverán.

(16) Al recordar la muerte de un compañero, hay en su acento el temblor del que cuenta cosas muy íntimas. «El po»bre Curnillón partió de Sevilla seis horas después de mí, »y fué asesinado en la Venta de la Portuguesa» (Saint Cha»mans). «Allí habían muerto hacía pocos días el coronel »Marbeau, el capitán Menard y otros dos o tres oficiales que »iban en comisión» (Lejeune). «Lameth recibió un balazo »y cayó, encontrándose su cadáver entre unas matas fuera »del camino. Aquella tristísima noticia me hizo mucha »impresión». Diríase que lloran por sí mismos. Es que la bala que mató a los otros pasó silbando sobre sus cabezas y aun sienten el escalofrío del peligro pasado.

Verdad es que como desconocían nuestras costumbres, casi en absoluto nuestra lengua, su imaginación interpre-

taba a su capricho cuanto veían, y ayudados por el terror, fantaseaban a todo vuelo.

Vivían bajo una amenaza constante y llevaban tan fija la noción del peligro, que la vida era una incesante tortura. Los guías veían acechanzas en todas partes, las conversaciones de viajeros o soldados encogieran el alma al mismo Roldán: cuando en sus narraciones no está presente el enemigo parece oirse el ruído apagado de sus pasos o amartillar de escopetas en la sombra. «Cerca de Mondragón mos- (17)
»tráronme un lugar en el cual, la víspera, habían asesinado »franceses. El cazador que me había escoltado desde Ver- »gara fué muerto al regresar a su puesto». «A cien pasos »del camino habíamos visto hombres armados con fusiles »(Castellane). «En San Lúcar insistieron mucho en el peli- »gro de cruzar los llanos que hay hasta el Puerto de Santa »María, me dijeron, ayer, la escolta que ha pasado, perdió »tres hombres» (Lejeune). Véase qué ambiente de terror revelan estas frases entrecortadas por la angustia.

«Cada vez—refiere Gonneville reproduciendo sus sensa- (18)
»ciones de entonces—cada vez que en una de aquellas no- »ches obscuras, que yo prefería para ponerme en camino, »me dirigía hacia las puertas del pueblo, veía abrirlas y, »luego, las oía cerrarse detrás de mí, dejándome completa- »mente entregado a mí mismo, se me encogía el corazón. »Después la tensión misma del instinto de conservación »excitado me distraía y cambiaba la disposición del ánimo. »Atento el oído, sondeando la obscuridad con la mirada, »trataba de percibir el menor ruído o divisar el objeto más »pequeño y, al mismo tiempo, los recuerdos de familia y los »efectos del corazón me separaban la imaginación del peli- »gro presente».

Al salir Lejeune en su último viaje de correo, tal prisa (19)
llevaba por llegar a Puerto de Santa María, que cuando su asistente le gritó que se le iban cayendo las monedas de oro que llevaba en el cinto no pensó en detenerse y siguió espoleando el caballo, hasta que corridas dos leguas, al

otro lado de un arroyo, se cree en salvo y para a hacer recuento de su pérdida.

(20) Una sola noche de correo, llevando un parte por caminos dominados por tropas francesas, hace decir a Saint Chamans: «el verdadero valor no consiste en desconocer »el miedo sino en dominarlo».

Salir del despacho del General o de los salones donde se reunían las pequeñas cortes de los Mariscales, y lanzarse por las calles de Burgos o Valladolid a buscar las puertas de la ciudad y entrar en la noche obscura, caminar a ciegas en lo desconocido sabiendo que la muerte espera acechando en cada revuelta, debió ser impresión fuertísima que templaría las almas enteras y habrá deshecho en terrores inenarrables a los tímidos. El papel que llevavan era su mayor enemigo, por ganarlo había miles de hombres dispuestos a matar al correo a quien no conocían, a quien en la paz habrían hecho mercedes con alma y vida y ahora cazaban como pieza real. ¡Cuántos de ellos salieron con los pliegos guardados bajo el dolman, seguros en la silla, jóvenes, valientes, y dieron con una muerte oscura, ignorada muchas veces! Iban buscando el rollo de monedas de oro, el ascenso, soñando con gloria, mujeres, victorias, y la bala de un trabuco terminaba con hombre y ensueños en un instante. Muchos cayeron en poder de

(21) los patriotas y se encontraron con el cautiverio por recompensa, otros pudieron temer que tal iba a ser su suerte y escaparon a ella gracias a la caridad de algún jefe de postas compasivo.

No todos tienen la sinceridad de confesar sus terrores pero sin quitarles una línea de su fama merecida de valientes, bien puede asegurarse que otros muchos debieron sentir lo que Gonneville y Saint Chamans declaran.

(22) Era servicio de peligros y fatigas, sin gloria, nadie lo buscaba, los Generales excusaban de él a sus ayudantes cuanto podían, echándolo sobre los de otros cuerpos. En ocasiones óyense quejas de oficiales correos que se ven

empujados por una orden tras otra hasta que la suerte los lleva entre jefes amigos.

Si viajaban de noche pensaban en los martirios que, según ellos, inflingían los patriotas a cuantos franceses caían en sus manos, si era de día los incidentes más triviales despertaban instantáneamente temores de muerte. La (23) aglomeración de curiosos que, necesariamente, había de producir la llegada de un oficial francés a cualquier pueblecillo no abandonado, renovaba cada vez la idea de peligros inminentes.

Yendo Gonneville de correo de Tordesillas a Valladolid, al pasar el puente de Simancas, encontróse con unos (24) arrieros que viajaban con sus reatas de mulas en el mismo sentido. Los animales obstruían el paso, y al oir el galope de los caballos revolviéronse y parecieron querer acercarse a ellos. La imaginación del oficial francés vé allí un peligro, «los arrieros—dice—tienen merecida reputación de ser »la gente más pendenciera de España, y ya se comprenderá »cual sería el resultado de una reyerta con una docena de »aquellos mocetones armados cada cual con su escopeta. »La posición hubiera sido ridícula y peligrosa, afortunada»mente nada ocurrió».

Otra vez, sobre el mismo camino de Valladolid, a un (25) cuarto de la ciudad, defendida por miles de franceses, otro incidente, sin importancia, lo sume en terror. Marchaban de noche, el postillón delante, de pronto, cerca de un árbol cu ya sombra oscurecía el camino, oyóse una voz que llamaba al guía, paróse éste a hablar con los que allí se encontraban. El francés no pensó que aquellos pudieran ser trabajadores inofensivos que descansasen de la faena del día, o pobres viandantes que reposaran antes de continua la jornada; para los franceses cada español era un enemigo y de todos esperaban la muerte. «Pareciame evidente que »aquello era una emboscada y que el postillón era cóm»plice de los que allí aguardaban la presa. Pensaba yo que »mi suerte iba a ser caer al llegar bajo el árbol, que, proba-

»blemente, me apuñalarian para evitar el ruído de un dis-
»paro que pudiera dar la alarma a la tropa de las puertas.
»Saqué suavemente mi sable y lo dejé pendiente de la mu-
»ñeca, cogí una pistola con cada mano y me apresté a de-
»fenderme lo mejor que pudiera, persuadido de que había
»llegado mi última hora. Mucho tendría que escribir para
»dar cuenta de los pensamientos que cruzaron por mi ima-
»ginación en aquel momento. Manuelo (así) partió por fin
»a galope y yo hice otro tanto con los sentimientos que
»debe experimentar el que se lanza a un abismo. Pasé junto
»a un grupo de españoles que no conté, que no me dijeron
»una palabra, y cuyas armas, si las tenían, no pude ver.
»Diez minutos más tarde estaba en Valladolid en medio de
»una guarnición francesa». Estas palabras llevan en sí el suspiro de satisfacción que daría la noche aquella Gonneville cuando se encontró galopando por las calles de la ciudad castellana. Y cuenta que no debió ser un cobarde, si lo hubiera sido no le habrían encomendado viajes amenazados de graves peligros ni él se habría decidido a contar tan ingenuamente sus sensaciones de terror si no tuviera la convicción de que no menguaría su reputación de soldado.

(26) Los riesgos que se presentaban eran, a veces, tales, que los correos retrocedían sin poder cumplir su misión ni atreverse a desafiarlos. «El oficial de Estado Mayor que he »hecho partir a Alagón el 30 de Noviembre — escribe Ney »a Berthier en Diciembre de 1808—para anunciar V. A. mi »movimiento sobre Sigüenza, acaba de regresar. No pudo »pasar de Agreda; los paisanos se habían situado en los »montes para interrumpir las comunicaciones».

Conocer bien la lengua del país era un medio poderoso de defensa en muchas ocasiones en que había tiempo de parlamentar, pero esa arma por fuerza debió faltarles casi siempre, si hemos de juzgar de cómo hablaban el castellano por la forma en que lo escriben. Alguna vez les sirvió la pedantería inocente de curas pacíficos que, a trueque de

lucir su saber, allanábanse a servirles de intérpretes y mediadores hablando con ellos en un latín híbrido, mal pronunciado y peor entendido. Ocasión hubo en que la semejanza de uniforme con los ingleses los hizo pasar momentáneamente por amigos y permitió que burlasen la vigilancia de los patriotas.

Peligros y temores aparte, estos viajes, prestábanse a (27)
mil aventuras más o menos desagradables para los caballeros que las corrían. Unas veces el guía dejábase caer maliciosamente para abandonarlos, otras, era la mula o el caballo viciado el que aprovechaba la oportunidad de que se hubiesen apeado para darles una coz y marcharse a trote corto camino de sabe Dios donde.

En Enero de 1809 Galicia estaba ocupada por los franceses, los ingleses habíanse embarcado, nuestro ejército era una sombra que seguía por los montes, las marchas eráticas del marqués de la Romana. Bigarré, ayudante del (28)
rey José, iba en viaje de correo y, al llegar al relevo que había más allá de Villafranca del Bierzo, a cuatro leguas, donde esperaba encontrar el puesto francés y los mozos de postas, sólo dió con los cadáveres de ocho soldados franceses y hubo de pasar la noche entera en vela sin otra compañía que la de su asistente, temiendo que a cada momento volvieran los patriotas a dar cuenta de él como la habían dado de la guardia del relevo.

De todos los modos que había en aquellos tiempos de correr por España ciertamente no hubo otro más arriesgado, ni más rico en lances, que el de ser correo del Emperador, y el que tuviera vocación por la vida de andanzas y peligros podía tomar el oficio, seguro de no tener que llamarse a engaño.

La intensidad que tuvo la persecución de los correos fué
tal que solo con ejemplos cabe dar idea de ella. En No- (29)
viembre de 1807, dice Thiebault, que ya los paisanos de Valladolid mataron un correo. Segur fué asaltado en las inmediaciones de Aranda en Mayo de 1808 (probablemente

por el Empecinado). En los días en que Napoleón estaba en Madrid, cuando todo el camino hasta Irún era un cuartel francés, un correo con su escolta de dragones, fueron destrozados a la vista del mismo Aranda.

(30) «Los españoles apresaban constantemente nuestros »correos y estafetas» (Castellane). «En todas partes me »decían ayer, o hace pocos días, asesinaron aquí a tal co»rreo» (Lejeune). «Los bandidos (brigands) se apoderaban »de los correos, de las estafetas, y de los oficiales de órde»nes que, para marchar rápidamente, se hacían acompa»ñar por escoltas reducidas» (Jourdan). «Todos los días nos »cogían correos en todos los caminos» (Reiset).

(31) Las sorpresas de los correos lo mismo ocurrían en las llanuras de Castilla que en las montañas, en unas y en otras mandaban los franceses flanqueadores y descubiertas; la experiencia les había enseñado que toda cautela era poca. Los patriotas aprovechaban las ondulaciones del terreno para caer sobre ellos cuando menos lo esperaban.

(32) «Entre Tolosa y Vitoria me tirotearon guerrilleros de »Mina—dice Lejeune—; en el paso de Pancorbo los de »Borbón. En el camino de Andalucía, refiere él mismo, «en »varias ocasiones me hicieron disparos de fusil y dos veces »me hizo observar mi asistente la polvareda que alzaban »hombres que iban en mi seguimiento. Entre Ecija y La »Carlota fuí perseguido por los guerrilleros». Bigarré da ejemplos de repetidos acosos: «en Santa María siguiéronme »los guerrilleros. Otra vez fuí perseguido en Salinas. Hasta »la ciudad de Zaragoza me fueron persiguiendo las guerri»llas». «Entre Segovia y San Rafael estuve a punto de caer »en manos de una partida». «Apresuréme a salir de Jaca. El »comandante de la plaza me anunció que unas guerrillas »patrullaban el camino hacia ocho días y quería llegar a »Zaragoza de día». «El camino directo de Córdoba por Al»calá estaba cubierto de guerrillas y ni me lo dejaron se»guir» (Lejeune).

Si pudiésemos hacer la historia de todos los correos

franceses cogidos por los patriotas, y de las consecuencias que esto tuvo para la guerra, seria de provechosa lección para mostrar la parte principalísima que nuestro pueblo tuvo en ella.

En Julio de 1808 ya escribe Grivel: «no se puede contar (33)
»con comunicaciones diarias y aparece claro el inconve-
»niente de las distancias, así como el de tener a todo e
»pais en contra nuestra. Los correos no escoltados no pa-
»saban, los militares aislados tampoco. Comenzaba a en-
»treverse que antes de poco sería necesario un batallón
»para escoltar una carta o una orden algunos kilómetros».

En Octubre de 1810, Azanza, enviado por José a Pari (34)
para exponer al Emperador sus pretensiones y sus quejas, escribió a su amo una larga carta en la que revelaba claramente la decisión de Napoleón de obrar como dueño y señor de España, su propósito de considerar a José como un servidor más, y su olvido de todas las promesas. El correo que la conducía fué sorprendido por los patriotas, y esa carta, con todos sus anejos, entregada al marqués de la Romana y publicada primero en el «Memorial militar y político del ejército de la Izquierda», y más tarde, en otros periódicos patriotas. Los comentarios que le pusieron aclaraban su alcance como alumbrado con luz meridiana, y el efecto que hizo la publicación fué enorme, los propios cortesanos de José lo reconocen.

Calcúlese cual no sería el del famoso Boletín 29, en el (35)
que Napoleón daba cuenta del desastre de Rusia. Los patriotas lo leyeron 16 dias antes de que lo vieran José y sus gentes y, cuando éstas pensaron en atenuar el efecto, España entera estaba llena de la noticia y los ánimos de los patriotas más convencidos que nunca de su seguro triunfo.

Para compensar a los correos de los peligros en que (36)
vivían, dábanles gratificaciones espléndidas. Por el viaje de Valladolid a Toro (64 kilómetros) y regreso, pagaban 500 francos; por el de Zamora a Valladolid (96 kilómetros) y vuelta, 600.

(36 b.) En aquellos tiempos, ni aún durante la paz iban muy deprisa las noticias para lo que ahora significa esa palabra. Napoleón, a quien podemos suponer mejor servido que persona alguna, supo en Paris la abdicación de Carlos IV a los nueve días de firmada en Aranjuez. Las cartas del Emperador tardaban generalmente, desde París a Madrid, seis a ocho días, las de Bayona de cuatro a cinco; como viajes excepcionales encuéntranse en las Memorias de Chlapowski el de éste de Bayona a Madrid en dos dias (Junio de 1808), y en las de Marbot, el que éste pretende haber hecho en dos días y medio sobre el mismo trayecto, Finalmente la carta de Murat del 30 de Abril de 1808 (una de la madrugada) fué recibida por Napoleón el 2 de Mayo en la noche, y es el despacho más rápido de que se tenga noticia fidedigna.

(37) Entablada la guerra, o no llegaban los correos o empleaban plazos larguisimos, aun medidos por el criterio tolerante de entonces. De Tudela a Zaragoza empleó tres dias Gonneville, de Bayona a Vitoria tardó Girardin cuatro, el parte de las acciones de Vadollano y Mengíbar llegó a Madrid en seis días (menos de 300 kilómetros), y de la batalla de Bailén no se tuvieron noticias hasta siete días después que ocurriera. Lejeune, dándose prisa, fué en once días de Bayona a Madrid; doce tardaron desde Lugo y Ciudad Rodrigo a Madrid los correos que envió Soult a José en Mayo y Octubre de 1809; en los comienzos de 1813 las órdenes de Paris estaban en Madrid a los 41 días de firmadas y cuando el ejército francés se concentró en el Norte, y se aseguraron un tanto los correos, tardaron 25.

Defender todas las comunicaciones era imposible, convenciéronse de ello y renunciaron a conservar entera la red que hubiera convenido a sus planes. La carretera de Francia, la que iba a Sevilla, el camino de Portugal, tenían importancia grande y fué preciso dedicar fuerzas y dinero a protegerlas para que pudieran pasar con relativa seguridad armas, provisiones, dinero, los correos de Napoleón.

Esto era nuevo para ellos y las Memorias dan detalles, a cada paso, de esos caminos militares. Las grandes poblaciones como Vitoria, Burgos, Valladolid, Segovia, Sevilla, (38) tenían guarniciones considerables y eran los puntos de descanso. En el intermedio había puntos fortificados, ya de antiguo, como Pancorbo, cuyo castillo fué restaurado, Coca, tras de cuyos muros se recogían constantemente dos batallones de ligeros, Olmedo, restaurado igualmente y guarnecido. El Puerto de Miravete lo habían defendido con tres fuertes, el Puente de Almaraz con dos. Pero todo eso no era suficiente, de uno a otro punto habrían ocurrido batallas campales constantemente si no estuvieran ligados por un sistema de defensas, y para eso estaba la gendarmería de Burgos y los fortines y blocaus en cada pueblo o villorrio que sirviera de punto de etapa. Entre éstos mismos, cuando las distancias eran demasiado grandes, se levantaban reductos intermedios guarnecidos por destacamentos de 100 hombres.

Para llegar a la idea de estas vías militares necesitaron (39) los franceses adquirir la experiencia que les dió nuestra guerra. En un principio creíanse que bastaba dejar en los puestos de etapa cuatro hombres, protegidos por el nombre prestigioso del Imperio para que nadie osara llegar a ellos. y miles de soldados fueron víctimas de este error de su orgullo. Thiebault se envanece de haber sido quien primero pensó en establecer la defensa completa de la vía militar y se extiende en demostrar las ventajas que reportó. Otro General vino después y mandó deshacer lo hecho; «esos atrincheramientos denotaban miedo y los que esta»ban a sus órdenes no debían temer nada». «Balandrona»das—comenta Thiebault—que nuestros soldados pagaron »con su sangre, mientras esperaban que esas defensas, más »necesarias que nunca, fuesen restablecidas».

En los montes escogían los franceses, para establecerse, (40) los castillos roqueros, que restauraban, o algún convento o palaciote situado en alto, que dominase fácilmente la

comarca circunvecina; en los pueblos tomaban la iglesia o convento, si servían para el caso, sino dos o tres casas aisladas a la entrada. En cuanto la guarnición francesa llegaba al puesto donde había de establecerse, su primer cuidado era fortificarlo, abrían un foso en torno de lo que escogieran, rodeábanlo de una fuerte empalizada, tapiaban todos los huecos del exterior dejando una sola puerta de entrada bien defendida, acribillaban de troneras las paredes, emplazaban cañones siempre que era posible y con eso y encerrar víveres y municiones para aguantar un sitio de 15 días, quedaban aquellos cuarteles convertidos en verdaderos fuertes. Para montar la guardia los centinelas no necesitaban salir de puertas afuera, ni, en muchos casos, se habrían atrevido a ello. De lo alto de la torre o palomar, si no había otra cosa, o del castillete que armaban sobre la casa fuerte, al amparo de las chimeneas, atalayaban la tierra y daban el alto a la primera persona que apareciera.

(41) A esas condiciones de defensa de que se rodeaban debían los franceses no ver destrozadas la primera noche las guarniciones de esos puestos destacados. Era preciso »estar continuamente en guardia para evitar sorpresas en »las que se perdía la vida y la honra» (Brandt). Constantemente se veían atacados por los españoles, y más de una vez resultaron insuficientes y se vieron obligadas las guarniciones a rendirse. La situación en que se hallaban era perfectamente conocida de los jefes. Napoleón tenía mandado que las escoltas sólo salieran de día y las guarniciones tenían orden de no alejarse del fortín más de 50 pasos, salvo caso de excepcional urgencia. No pocas veces presenciaron desde el seguro de sus empalizadas cómo destrozaban los patriotas algún convoy o se apoderaban de un correo, sin atreverse a salir en su ayuda.

La Iglesia, casona, o lo que fuera, estaban en el pueblo pero no tenían más comunicación con él que la indispensable para aprovisionarse. Los franceses sabían que el mismo transeunte pacífico que cruzaba por las calles del pue-

blo podía ser emisario de los guerrilleros, espía suyo, quizás el jefe de la partida, que venía a reconocer el fuerte (42)
y preparar el ataque. Cuando llegaba la noche, los franceses encerrados en los fortines oían cantos y música con que se regocijaban en el pueblo. Los guerrilleros volvían, a su propia casa tal vez, y descansaban o se divertían a la vista de los invasores que, señores y dueños en apariencia, no se atrevían a salir de sus reductos ni entreabrir los portones ferrados que los defendían.

Durante el día los centinelas apostados en torre o tejado (43)
disparaban un tiro tan pronto como veían acercarse un grupo de gente, y en dos minutos toda la guarnición estaba sobre las armas.

Por la noche las precauciones eran otras, ved como las (44)
describe Fantín, que tuvo ocasión de conocerlas de cerca: «Cuando, caída la tarde, llegaba un destacamento, o un »correo con su escolta, el centinela, después que los de »fuera habían respondido al ¡quién vive!, gritaba—alejarse »cien pasos o hago fuego—. Ya que los recién llegados »habían obedecido la orden, un cabo y un soldado, jugán»dose la vida en defensa de todos, salían de puertas afuera »y, cerradas éstas sobre ellos, dirigíanse a los que habían »venido. Examinábanlos allí, les interrogaban, veíanlos »con ayuda de una linterna que llevaban, y sólo cuando, »terminada la inspección, estaban seguros de que no se »trataba de estratagemas de enemigos, se abría la fortaleza. »Todo era preciso tratándose de tales adversarios, porque »en los azares de la lucha, los españoles tenían muchas »ocasiones de apoderarse de uniformes y armas francesas, »algunos aprendían bastante de nuestra lengua para con»testar a las primeras preguntas de un centinela y, en repe»tidas ocasiones, lograron sorprender la guarnición de »puestos menos prudentes dándose por soldados extravia»dos o escolta de convoyes».

«La guarnición de un fortín, establecida entre Zamora (45)
»y Salamanca, había sido sorprendida y degollada. Otro

»puesto situado a cien pasos de las puertas de Zamora, ce-»rrado en edificio solidísimo y aislado, lo fué también una »noche sin que la guarnición de la plaza oyera el menor »ruido ni pudiera concebir la menor sospecha» (Gonneville).

(46) La vida en los puestos destacados era un castigo. «¡Cuántas veces un pobre oficial se veía condenado a pasar »semanas, meses enteros, con un destacamento de treinta »o cuarenta hombres en una vivienda aislada, transforma-«da en reducto, separado del resto del mundo, y teniendo »que contar solo consigo mismo! Para procurarse víveres, »agua potable, precisaba hacer excursiones peligrosas por »parajes donde todo hombre que encontrara, todo el que »viera o de quien fuera visto, era un enemigo o un espía. »La situación de esos comandantes de puesto asemejábase »a la de un hombre sentado en un barril de pólvora y ro-»deado de gentes que tratan de prenderle fuego. Si saltaba »culpa suya era, sino saltaba nadie se lo agradecía».

(47) Ellos sabían bien lo que era aquel vivir en zozobra constante, y todo lo que debía temerse de enemigos como los patriotas, y cuando algún oficial francés petulante pretendía desafiar los peligros del camino, sin la defensa de escolta numerosa, ellos eran los primeros en llamarle a medidas de prudencia. Nadie conocía mejor las tristes aventuras de la ruta que ellos, vanguardia constante perdida en el campo de la lucha, amenazados a todo momento, sin esperanzas de auxilio y en diario contacto con el enemigo.

(48) Naylies dice que la guarnición de Coca «estaba tan »aislada, que sólo veía los correos que escoltaba. La lle-»gada de un convoy era para ella un acontecimiento, »entonces se permitía salir de sus muros para tener el pla-»cer de hablar con otros franceses». Y aun esa hallábase en el camino de Valladolid a la Corte y por fuerza vería gentes; las que realmente pasaron tiempos duros, fueron as otras, aisladas en medio del país alzado, sin ver más que enemigos y, para alternar con éstos, los destacamen-

tos franceses que allí hicieran alto y tampoco les merecían bienvenida. Porque los que llegaban no eran bastantes para levantar la sensación de terror, daban una acometida seria a los víveres, jamás sobrados, y aumentaban las molestias del alojamiento nunca holgado. La soledad absoluta era para ellos el menor mal

Finalmente, para completar el sistema de defensas, que podríamos llamar fijas, establecieron los franceses otra movilizada, columnas volantes que corrían los campos o andaban cerca de ellos protegiendo comboyes y correos o peleando con las guerrillas. Thiebault habla de cuerpos de 400 a 600 hombres destinados a ese servicio entre Burgos y Miranda; Naylies dice que toda su brigada estaba en las inmediaciones de Madrid con el mismo fin; la Duquesa de Abrantes refiere que todo el Octavo Ejército se distribuyó sobre el camino de Madrid a Santander y Bilbao. Véase si Napoleón conocía poco la guerra de España cuando pretendía guardar las comunicaciones de Madrid a Alcalá con 25 jinetes y 50 infantes. (49)

Cambió la guerra sus objetivos, y lo que debiera ser accesorio tornóse aquí principal, los ejércitos sirvieron para juntar vituallas, llevar órdenes, para todo menos para pelear en batallas campales, y el Emperador de los combates épicos encontró por primera vez que todos sus triunfos aparatosos ni aún bastaban para asegurarle unas pocas leguas de camino.

CAPÍTULO XVIII

Las guerrillas

Fueron la sorpresa de las sorpresas, lo que no podían circular que existieran ni Napoleón, ni José, ni los Mariscales que habían hecho todas las guerras. Antes de sonar el primer grito del alzamiento, Napoleón esperaba encontrar resistencias, contaba con ellas y contaba también vencerlas a poca costa. Pensaba en Morla, en Castaños, en el viejo Cuesta, pero no contaba con Mina, ni con Francisquete, ni con el Abuelo, porque no existían aún para la historia, y después que existieron tampoco quiso tomarlos en consideración el César. No podía entrar en sus cál- (1)
culos la «organización del desorden», la forma nueva de amotinarse todo un pueblo tomando algo de la disciplina de los ejércitos, mucho de la indisciplina nativa, y el resto del espíritu aventurero de los pueblos que forman a España.

«El odio nacional al francés había puesto una especie (2)
»de unidad en los esfuerzos no dirigidos de los pueblos y
»a la guerra regular, vióse suceder un sistema de guerra
»de detalle, que convenía perfectamente con el genio indo-
»mable de la nación española y las circunstancias desgra-
»ciadas en que se hallaba» (Rocca). «Este género de gue-
»rra irregular, más fácil que otro alguno, atrajo a los sol-

»dados dispersos de los ejércitos regulares los cuales, libres »de la disciplina militar, cerca de su casa que rara vez per»dían de vista, encontraba así sin riesgo, y casi sin trabajo» »un botín asegurado y el placer de la venganza». (Miot)

Las guerrillas eran la forma más organizada del alzamiento que concebia el pueblo, estaban por bajo del ejército regular pero eran más que alarmas o somatenes. Con ellos daba el valor nativo todo su rendimiento y se sastifacía el afán democrático de la raza, enemiga de privilegios.

(3) Cuando Napoleón vió invadido el suelo de Francia acordóse de sus enemigos de acá y quiso crear las guerrillas, pero faltaba el elemento hombre y la iniciativa cayó en el vacío. «En vano trató el Gobierno de armar las po»blaciones y organizar la guerra de paisanos—dice Miot—«Si en algunas localidades del Bajo Rhin y los Vos»gos respondieron, los demás departamentos ocupados o »amenazados, no siguieron tan patriótico ejemplo».

No basta que haya valientes, que tengan armas, y quieran pelear, precisa una resistencia de hierro, la frugalidad del que sabe hacer una comida con cebolla y pan, despego a las comodidades de la vida y desprecio de cuantas nociones de guerra contenía el catecismo militar del Gran Imperio. Hubiera tenido que hacer de nuevo la generación que él gobernaba para inculcarle las ideas fundamentales que llevaba en el cerebro cualquier guerrillero de Espoz y Mina o el Empecinado. Eran los franceses de Napoleón demasiado militares para que pudieran entender lo que había de nuevo y de bueno en nuestro sistema de guerra. Los patriotas de entonces, como edades atrás los de Viriato, peleaban según su instinto guerrero les inspiraba y sin pensar en las reglas de la lucha. Desgastaban al contrario con el cansancio, disminuían su número en escaramuzas contínuas y, por medio de movimientos desconcertantes e imprevistos, lo abatían. Hacían todo esto porque contaban con su manera de ser y por eso lo hacían bien. El Gran Federico o Montecúculi habríanse desdeñado de

pelear en esa forma, pero los patriotas no se picaban de ser estrategas, combatían como sabían, engrandecieron la guerra pequeña poniendo en ella toda su alma, que era muy grande, y tal la transformaron que los maestros del arte llegaron a desconocerla y los vencedores de siempre ni supieron luchar ni tuvieron energías para ello.

Era condición de vida de las guerrillas la imprecisión y la movilidad. Tenían de los ejércitos organizados la idea de la obediencia a un jefe, pero las analogías no iban mucho más allá. Hay que ir a los batallones de Mina o Longa, en los últimos tiempos de la guerra, para encontrar algo semejante a fuerzas regulares. Un ejército ha de estar en alguna parte y cabe averiguar sus movimientos, la guerrilla estaba en todas partes y en ninguna y mal podíais calcular donde se presentaría aquella noche. Formábase, (4)
deshacíase, y volvía a organizarse muchas veces, dice Miot. La disciplina es. en fin de cuentas, lazo que ata a los hombres y los que ella une han de marchar a compás o ella no existe, las guerrillas no necesitaban tal regla y marchaban como Dios y ellas querían.

«Un ejército invisible se extendió sobre casi toda Espa- (5)
»ña como una red de la cual no se escapaba ningún solda-
»do francés que se alejara un momento de su columna o
»su guarnición. Sin uniforme y, en apariencia, sin armas, los
»guerrilleros escapaban fácilmente a las columnas que los
»perseguían y, muchas veces, las tropas que iban a com-
»batirlos pasaban por medio de ellos sin saberlo» (Miot).
«¡Cuantas veces—dice Brandt—hacíamos marchas forza-
»das y agotábamos las fuerzas en busca de un enemigo que
»teníamos a nuestro lado!» «Cruzábamos un pueblo sin sos-
»pechar que entre los habitantes que nos miraban pasar,
»entre aquellos hombres de aspecto pacífico, envueltos en
»sus capas, u ocupados en cualquier trabajo, estuviesen los
»guerrilleros que acababan de ocultar sus armas y sus ca-
»ballos al acercarnos y no nos atacaban porque no tenían
»fuerzas bastantes. Así que partíamos tomaban las armas

»de nuevo, y si un hombre quedaba rezagado, estaba perdi-
»do, lo mataban sin piedad» (Reiset).

Cuando Sir John Moore refería a lord Castlereagh las tropelías inauditas de sus soldados en las poblaciones es-
(6) pañolas, añadía por vía de consuelo, «sólo puedo alegar en »su favor, que llegada que sea la hora de combatir, estos »hombres serán disciplinados de nuevo y sabrán cumplir »con su deber». Algo así podrían haber pensado los jefes de guerrillas; sus hombres faltarían a las listas pero en el momento de pelear allí estarían todos y algunos más.

Las guerrillas formaron el núcleo verdadero de la resis-
(7) tencia nacional, a ellas fueron los hombres de buena voluntad que no encontraban cerca jefes militares, los soldados que se perdían en las desbandadas, los restos de ejércitos derrotados, en torno suyo se condensaba la resistencia pasiva, todo cuanto había de mala voluntad contra el francés, que era mucha, y lo que el espíritu nacional daba de valor indómito y deseo de venganza.

El pueblo entero se veía encarnado en ellas como la
(8) manifestación más española de la lucha, y cuanto podía hacer por ayudarlas otro tanto hacía. Las órdenes de los guerrilleros eran obedecidas sin discusión, para servirles todo habitante estaba pronto a ser correo, o espía; cuando encontraban ocasión de batirse a su lado lo hacían sin vacilar. «Los guerrilleros—dice Reiset—tienen una ventaja »enorme sobre nosotros; son protegidos y advertidos del »menor peligro por sus compatriotas y prevenidos de la »aproximación de nuestras tropas».

(9) Sus victorias enorgullecían al pueblo que tenía fe en ellos y contaba con su protección. Los babitantes de Madridejos mostrábanse arrogantes por los triunfos de Francisquete, que operaba en aquellos contornos y los defendía. Al acampar los franceses en el valle del Tajo en 1809, los serranos de Gredos llamaron varias guerillas que los protegieran y gracias a ellas se salvaron del merodeo.

(10) «Mandadas las guerrillas por jefes audaces y valientes

—dicen Naylies y Foy—, interceptaban los correos, se apo-
»deraban de los convoyes, hacían prisioneras las guarni-
»ciones, mataban a los rezagados». Mucho de esto hacian-
lo ya los españoles sin necesidad de jefes que los manda-
sen, las guerrillas llegaron mucho más allá. Ellas dieron
mil pequeñas batallas, asaltaron los puestos fortificados y
apresaron convoyes. De los prisioneros que vió llegar Gri-
vel a los pontones de Cádiz, todos, o casi todos, lo habian
sido hechos por las guerrillas. Con el ejercicio de la guerra,
sus jefes llegaron a aprender táctica en la mejor de las es-
cuelas, hicieron combinaciones y coadyuvaron a las empre-
sas de los ejércitos regulares. Los campesinos que llevaban
víveres a las ciudades cautivas de los franceses viéronse
castigados, los comerciantes que conducian mercancías por
los caminos, les tributaron peaje. Los guerrilleros llegaron a
tener Aduanas en la frontera de Francia, y los mismos fran-
ceses preferian circular sus productos bajo el salvo con-
ducto de Mina, a llevarlas en los convoyes acompañados
de fuertes escoltas.

«Las guerrillas mantenían las comunicaciones de Cádiz (11)
»con el interior de la Peninsula, hacían creer que La Ro-
»mana habia derrotado a los franceses, o que los ingleses,
»saliendo de Gibraltar, los habian destruido cerca de la
»costa. Estas voces, hábilmente esparcidas, eran recibidas
»siempre con entusiasmo por inverosímiles que fueran; la
»esperanza, siempre renovaba, excitaba en el pais nuevas
»insurrecciones parciales y falsos triunfos, publicados a
»tiempo, traian muchas veces como consecuencia victorias
»efectivas» (Rocca).

Los caudales que la codicia de Napoleón se veia obli- (12)
gada a sacrificar a la guerra de España eran frecuente-
mente detenidos en el camino y pasaban a reforzar el te-
soro de las guerrillas. «Los escasos recursos que ofrecia el
»país estaban a la disposición del primer jefe de guerrillas
»a quien se le ocurriera interceptar un convoy» (Girod de
l'Ain).

(13) Los cuerpos destacados del grueso del ejército sabian desde su salida que los acechaban las guerrillas, y en muchas ocasiones, fueron destruídos hasta el último hombre.

(14) Y con ser mucho todo esto, aun no fué la obra principal del ejército del pueblo. Cuando las tropas regulares fueron deshechas y los franceses creyeron tener a España por suya, encontraron con gran sorpresa, que seguia manteniendo el campo un enemigo, invisible, pero con el cual era fuerza contar. Ese enemigo paralizaba la marcha de los convoyes o los obligaba a desandar lo andado, peleaba en cien sitios a la vez, derrotado o vencedor estaba siempre dispuesto a nuevos combates y era una dificultad constante para toda operación que se intentara. Los Mariscales del Imperio, como Soult y Jourdan, se veian obligados a confesar que las partidas de guerrilla eran una traba para todos sus planes.

(15) Ese incesante combatir ocurria en todas partes, «detrás »de los vallados de pitas y chumberas habia guerrilleros »apostados que nos saludaban a tiro limpio» (Blaze), los puestos fortificados eran objeto de sus ataques y estratagemas, navegando Lejeune por el Guadalquivir vióse atacado por guerrilleros apostados en las márgenes. Cuando entorpecidos sus movimientos por los prisioneros que conducian, iban medio huidos por montes y riscos, dejaban su presa oculta y se lanzaban sobre el enemigo. «Acosán»donos sin cesar fatigaban a nuestros soldados que mo»rian de cansancio» (Blaze).

(16) Los periódicos franceses no se cansaban de amontonar improperios sobre los guerrilleros, de llamarlos cobardes, de declararlos indignos de llevar armas, de anunciar una y otra vez su destrucción, «podiamos calificarlos de bandi»dos—dice Blaze—, de canalla vil y abyecta, puesto que »así lo habiamos convenido, pero eso no impedia que »cumpliesen muy bien con su deber». Los franceses que estaban en España sabian a qué atenerse mejor que los gaceteros de Paris y conocian la fuerza inmensa de las gue-

rrillas. Ellos estaban convencidos de que el genio militar de Napoleón nada podía contra la resistencia tenaz de la nación que no se rendía. Todas las adulaciones de los Generales no adelantaban un sólo paso la pacificación de España. Los guerrilleros eran dueños del campo, las tropas imperiales tropezaban a cada instante con ellos. Mina era el rey de Navarra y había llegado a condenar a muerte al que obedeciera a los franceses sino lo hacía bajo la amenaza de las bayonetas. El mismo Napoleón cedía a la fuerza de los guerrilleros cuando mandaba que ninguna escolta saliera al camino de noche. Nada más expresivo que los partes de los franceses que relatan el cúmulo de dificultades que oponía la acción del patriotismo omnipresente.

«El Arte magno de las guerrillas—dice Blaze—es ata- (17)
»car siempre y no verse jamás forzados a aceptar combate. »En el momento que las buscábamos desaparecían y caían »sobre nosotros como buitres cuando las esperábamos me- »nos, esto lo hicieron a la perfección». «De antemano sa- »bían que si se veían atacados y dispersos debían reunir- »se en tal otro punto donde nadie los esperaba». «Como »las guerrillas no se baten sino cuando ellas quieren—es- »cribe Reiset—tienen frecuentemente pequeños éxitos y »hay que estar siempre en guardia cuando se va de mar- »cha». «Durante un mes—refiere Naylies—perseguimos al »Empecinado sin poderle obligar a combatir, si se veía »estrechado muy de cerca indicaba un punto de reu- »nión a su gente y se dispersaban por las montañas. De »pronto caían sobre un puesto a quince leguas del sitio en »que habían desaparecido». Cuando un jefe de guerrillas »había hecho una expedición, toda su tropa se diseminaba »ocultaban las armas, y se daban cita para tal o cual día a »20 o 30 leguas de distancia».

Este sistema de guerrear hizo efecto extraordinario a los invasores. Privábales de las ventajas de su educación militar, de su táctica, perfecta entonces, de lo que el genio

de Napoleón y los talentos guerreros de sus Generales podian hacer en batallas campales, por eso se desatan en improperios contra los soldados españoles que dejan las filas del ejército regular y van a hacer la guerra nacional en las guerrillas.

(18) Los combates eran a corta distancia, arma blanca generalmente, las retiradas se hacían sin gran prisa. A veces hablábanse, ya se conocian. «¿Cómo sigue tal General?— »le preguntaba un guerrillero a Naylies entre dos trabuca- »sos—¿tan ladrón como siempre? ¿Y fulano, es todavía »tan cobarde?»

(19) Eran los guerrilleros un enemigo fantasma que podía desvanecerse como nube de humo refugiándose en las montañas, que «sólo atacaban cuando estaba seguro de »hacerlo con ventaja, que acometía de frente si era muy »superior en número o sorprendía con emboscadas». ¿Qué son estas frases sino ventanales abiertos que dejan ver el campo de la guerra con colores de verdad? Si los autores confesasen francamente que habían sido vencidos no lo dirían más claro que en esas quejas saturadas del amargor de la derrota. Enemigos nuestros que nos odiaban y fueron testigos de la lucha, compendiaron en ellas su visión de la guerra de guerrillas, ¿hubiéranlo hecho si con ellas hubiésemos logrado el triunfo?

(20) Poner en cada sitio y momento más hombres que el contrario principio es de Napoleón y no hay que protestar de él; acechar al enemigo y sorprenderle, lección también del propio maestro que España acababa de recibir y no podía olvidar tan aina.

(21) También hay quien confiesa paladinamente los triunfos de las guerrillas harto ya de las mentiras y baladronadas de los periódicos oficiales. A pesar de nuestros insultos y de «aparentar siempre que les hacíamos demasiado ho- »nor ocupándonos en matarlos—dice Thiebault—fué pre- »ciso poner frente a hombres tan despreciables la Guardia »Imperial, a quien tantas victorias daban fama de invenci-

»ble. Ciertamente huían todos ante ella, pero esas fugas, »que eran una necesidad para las guerrillas, le servían en »la táctica que habían adoptado contra nosotros. ¿De qué »se trataba?, de matar, y hay que confesar que cien dispa- »ros a la una no hieren muchas veces a nadie, en tanto »que diez tiros aislados matan o hieren a varios. Con las »guerrillas no había combates de duración limitada, era »una lucha continua, sin descanso ni interrupción, no per- »dían la ocasión de acechanza o emboscada, aprovecha- »ban todas las horas, todos los lugares, y acababan siem- »pre por perseguir a los que las habían perseguido. Las »guerrillas no mataban nunca muchos hombres de una vez, »más como renovaban insensantemente los golpes, nos- »otros concluímos por gastar, sin resultado alguno, un ejér- »cito escogido que tanto interesaba conservar».

Las guerrillas corrían todo el país, así donde había muchos franceses como donde eran cortas las guarniciones, no sólo las montañas y los riscos que se prestaban a de- (22) fensas fáciles, sino también los terrenos abiertos. «Igual »pasaban las guerrillas por entre nuestras guarniciones »que por medio de nuestras columnas», dice Grivel. Mar- bot, el mayor fué hecho prisionero en las inmediaciones de Madrid por unas guerrillas que «se habían deslizado en- »tre las tropas francesas y marchaban impunemente mer- »ced a las noticias que los paisanos le daban».

Marchando Fantín por la tierra llana de Castilla, cerca (23) de Burgos, los encontró, pasaban en pequeños grupos, eran pocos para ofender a los franceses y éstos los dejaron se- guir sin molestarlos. «Iban favorecidos por las ondulacio- »nes del terreno». Cierto que es empeño de rebajar los méritos ajenos poner en cuenta la pobre protección que pudieran dar a los guerrilleros los altibajos de la meseta castellana.

El odio de los franceses a los guerrilleros fué tan hon- (24) do como el que éstos les tenían, pero los franceses no solamente por enemigos los aborrecían sino por serlo de

modo tan fuera de lo conocido. Cuando hablan o escriben los llaman bandidos, insurgentes, partidarios en los momentos de mayor transigencia, guerrilleros sólo cuando ya por fuerza tienen que reconocerles la beligerancia y admitir que existen como fuerza combatiente. El nombre era una bandera y por sí mismo les ofendía. Cuantos insultos saben decir otros tantos les arrojan; son cobardes, sanguinarios, criminales, asesinos, bestias, salvajes, caníbales, si algo les distingue es su feroz barbarie. La más sencilla maniobra en ataque o defensa es motivo para que se desaten en injurias sangrientas contra ellos.

Es atacado Foy al pie mismo del castillo de Pancorbo
(25) por una guerrilla, la escolta francesa huye a la desbandada y él se ve obligado a escapar solo con su criado, para los soldados franceses encuentra la disculpa de que era gente nueva, (formaban en la Guardia Imperial, luego es de suponer fuesen hombres escogidos), para los guerrilleros que los derrotan, les ponen veinte hombres fuera de combate y les despojan de cuanto llevaban, sólo tiene palabras de insulto, «eran una canalla cobarde y miserable, si no hu»bieran sido hombres sin ningún valor ninguno de nos»otros se hubiera salvado», y, de este modo, para el lector que no se detenga a pesar y pensar las palabras, la impresión final siempre es contraria a los españoles que vencieron en efecto, pero debieran haber aniquilado a los franceses.

Cuanto más pretenden afectar desdén olímpico hacia los guerrilleros, más se ve que la realidad se les impone y
(26) una confesión sincera arrancada por la fuerza de los hechos desvirtua sus desprecios. Después de referir Blaze cómo la escolta de su convoy había ahuyentado a los guerrilleros que atacaban, concluye diciendo: «Cuando se via»jaba por España veíase uno obligado a detenerse a cada »momento. Fracciones del convoy iban quedándose suce»sivamente en sus destinos y la columna, debilitada, nece»sitaba nuevos refuerzos para ponerse en marcha». Toda

la jactancia de los desprecios se convierte en humo ante la franqueza de esta declaración.

Y más que todo lo que se pudiera decir valen estas apreciaciones hechas con la justicia que debe suponerse cuando es alabanza de nuestros hombres y procede de franceses: «Las tropas se han visto asaltadas constantemente por »las guerrillas que ocupaban las montañas sobre nuestros »flancos y retaguardia; varias veces, los destacamentos que »marchaban por el camino real, han encontrado formadas »en él compañías o destacamentos del Pastor y se han vis»to obligados a combatir para llegar a sus destinos» (Foy). «Las bandas de Mina y Longa, se habían aguerrido y no »temían medirse con las tropas imperiales» (Foy). «Los »guerrilleros sostenían a veces el combate y en un encuen»tro, entre Lodosa y Lerín, destruyeron dos batallones del »ejército de Portugal (Jourdan). ¡Qué lejos está todo esto ya de aquel desprecio soberano hacia las guerrillas y aquel destrozarlas con sólo acometer, de los primeros tiempos. (27)

Al fin les dieron la beligerancia y admitieron canjes de prisioneros. «Envié dos reconocimientos por el camino de »Almodovar y Villamayor al encuentro de un oficial de »Chaleco, esperado como parlamentario para tratar del »canje de prisioneros» (Reiset). (28)

Queriendo deshonrarlos en su origen, dicen de las guerrillas que nacieron en las nubes de contrabandistas que pululaban en España a la vera de las aduanas provinciales, y hay que decir, que entre todos los guerrilleros que tuvieron alguna fama, y fueron legión, no hay ni uno sólo que proceda de esas bandas. Otras veces aseguran que los desertores alemanes, polacos, franceses, eran los más osados y los más emprendedores, y, sin embargo, en ninguna parte se ven aparecer esos guerrilleros. Otros hablan de presos fugados de las cárceles, de bandidos, de frailes hastiados de sus conventos, lo esencial es atacar la fama y rebajar los quilates del patriotismo. Según Bigarré, iban arrastrados por la codicia; según Blaze buscando (29)

ganar fama en su villorrio, para D'Espinchal, estimulados por el placer de la matanza.

(30) De entre las líneas de aquellos mismos que más los infaman, surge con un relieve prodigioso la figura sencilla y varonil del guerrillero. Copio de Fantín des Odoards: «Antes de nuestra invasión había más de cien mil contra»bandistas, vagabundos y ladrones, acostumbrados a la »vida aventurera y siempre bien armados. No hay en el »mundo canalla más ágil, más sobria, ni más emprende»dora. De ahí salieron las guerrillas. Reunidos esos cien »mil pilletes, no aguantarían diez minutos contra cuarenta »mil franceses, divididos en trescientas partidas, que se »deslizan por todas partes, hieren y desaparecen, haciéndonos un daño prodigioso. Estos cosacos son más peligrosos que los del Don».

Suprimid las mentiras que acumula la pasión, rebajad la cifra de cien mil, tomad los datos de la descripción con imparcialidad y ved si no resulta que los guerrilleros eran hombres valientes y emprendedores, que sin artimañas de táctica ni preparaciones militares se lanzaban a la lucha cuerpo a cuerpo, y jugándose la vida, lisa y llanamente, combatían como podían, de hombre a hombre, comían poco y lo que había, no perdonaban momento de ofender, tan luego estaban aquí como a diez leguas y en su noble afán de librar a la Patria de invasores, entraban por todos lados sin temor a privaciones ni peligros.

(31) No todos escribieron con tanta pasión. Naylies habla de los «vagabundos y malhechores que profanaron el »pabellón nacional, y bajo el grito de Fernando y libertad »cometieron toda clase de crímenes», pero también reconoce «que el amor a la Patria y al rey legítimo armó el »brazo de españoles generosos que querían reconquistar »la independencia». Rocca escribe: «soldados de línea dis»persos, habitantes del llano o de la montaña, formaron »las guerrillas, curas, labradores, estudiantes, simples pas»tores, fueron sus jefes». La Duquesa de Abrantes sabe ser

»noble con los enemigos que tantos sustos la dieron. «En »el corazón de algunos jefes de partidas hubo grandes y »nobles pasiones, la venganza, el espíritu de empresa, el »amor de la Patria».

Ganas debieron darles más de una vez de suprimir las guerrillas de sus Memorias, mas sobre ser imposible separarse de tal modo de la verdad, era asunto demasiado original para que ellos no lo trataran a su modo, claro está, pero con cierto cariño. Gracias a ellas, su imaginación puede extenderse en invenciones sin cuento, sobre motivos de las partidas de «brigands» o de «insurgentes», hacen episodios pintorescos y fantásticos y marchan con toda libertad en plena novela.

Al referir Lejeune su regreso de Cádiz a Madrid, y cómo (32)
le hizo prisionero D. Juan Palarea (El Médico), dice que éste le esperaba desde ocho días atrás en las inmediaciones de Cabañas. Grande había de ser la importancia de una persona y no la tenía ciertamente Lejeune, para que tanto tiempo se perdiera en acecharla, pero más aún que eso arguye tal espera una organización exquisita de las informaciones de los guerrilleros el que éstos pudieran saber en tierra de Toledo el viaje de un simple coronel que pasaba a Francia, sin cargo de importancia ni papeles que merecieran especialmente aprehenderse.

Afirmación es esa que corre parejas con las de Naylies (33)
y Miot de Melito, cuando dicen que las guerrillas se dividieron el reino entre sí y operaron cada cual en la región que les fué asignada. Para decir esto como para afirmar seriamente lo que dice Lejeune, hay que olvidar lo que fué nuestra guerra. Las guerrillas nacieron a impulsos de iniciativas aisladas, el Gobierno Central no les dió ser, las admitió como hechos consumados, cada cual fué libre de operar dónde y como quiso, mal podían repartirse nada cuando apenas si sabían las unas de las otras y sólo tenían relaciones casuales entre sí. Cierto es que cada una acudía preferentemente a determinados lugares, pero esto no

obedecía a convención alguna sino a su manera de pelear, que exigía conocimiento del terreno y sus habitantes, y esto sólo podían tenerlo en regiones limitadas, pero aun así y todo, hubo jefes que se movieron en zonas extensísimas. El Empecinado anduvo desde Valladolid al reino de Valencia, Porlier iba de Asturias a las montañas de Logroño y Soria, Mina corría toda Navarra, entraba por un lado hasta la costa vasca y por el otro en el reino de Aragón, Palarea moviase en toda Castilla la Nueva. En los sitios en que ellos combatían haciánlo a la par otros muchos guerrilleros con independencia completa, sin que nadie pensase que hubiera paraje acotado para uno y que debiera estar vedado a los demás.

De criminales los califican una y otra vez. Que en el furor de la contienda se hayan cometido crímenes, deberíamos suponerlo aun sin oírselo a ellos, que no en vano se desatan las pasiones de todo un pueblo y se da campo libre a odios y razón fundada a venganzas, pero mucho de lo que cargan a la cuenta de los guerrilleros, cierto que no les afrenta. ¿Qué de extraño tiene que se vieran muertas escoltas enteras de convoyes? ¿Qué lo de cantineras caídas al lado de sus maridos o de hombres ahorcados de los
(34) árboles?, como cuenta Naylies, ¿que se encontraran en el suelo del camino, cuerpos de franceses desnudos y mutilados? como refiere D'Espinchal. Azar de la guerra es morir o salvar la vida, y en cuanto a heridas y mutilaciones, natural es que caigan a los que pelean. ¡Qué poco recuerdan los franceses que esto escriben lo que ellos hicieron en el pobre cuerpo de españoles pacíficos que contra nadie iban y no habían cometido otro delito que vivir en la tierra donde nacieran!

(35) Los pocos cargos de positiva barbarie que formulan los libros de Memorias, son tan imprecisos e infundados que, bien considerado todo, antes hablan en favor de los guerrilleros de quienes eso no más, y tan vagamente puede decirse. Hablan de un General empalado, de mujeres des-

cuartizadas por un guerrillero, de un asistente de Marcel crucificado, de un oficial francés atado entre dos tablones y aserrado, pero de todo eso nadie da la noticia directa, todo son referencias o alusiones, sin puntualización de lugar ni fecha. Esas atrocidades tienen todo el carácter de conseja de cuerpo de guardia, parece que está uno asistiendo al nacimiento de una tradición forjada al calor del odio a los españoles, del terror de los que esperan verse indefensos en cualquier momento y del deseo de ofender con la palabra cuando ya no se pueden esgrimir otras armas. Sobre esos núcleos de invención, rudimentarios aún, no se han superpuesto colaboraciones de extraños, nadie ha tratado de hacerlas verosimiles, son la mentira original y desnuda.

Por el terror que hubo de pasar Gonneville acusa a (36)
Mina de que fusilaba a cuantos franceses cogia: por el despecho de verse vencido prorrumpe Billón en insultos contra Baget, que lo hizo prisionero. Motivos tan humanos hubieron de arrastrar a los otros a falsear la verdad injuriando deslealmente a los enemigos. Ese terror y esas malas pasiones sólo pueden concebirse leyendo estas Memorias. No es en hechos determinados sino en el tono general de la narración, en lo que se adivina entre lineas, donde se encuentran reflejados los pánicos y tormentos morales que sufrieron los franceses en España. Veían en el campo una bandada de aguiluchos y los tomaban por guerrilleros. Si se decía que tal o cual guerrilla acababa de hacer prisionero a un destacamento, creíanlo sin más averiguaciones. «Cuando un convoy era atacado vèíanse frecuentemente »veteranos, que no habían temblado en cien batallas, echar »una mirada inquieta sobre la escolta y temer una especie »de muerte que no estaban acostumbrados a desafiar. Yo »he presenciado cómo abandonaban su carro y corrían con »las muletas a ponerse a la cabeza del convoy» (Naylies).

Muchas veces los encuentros se reducían a avistarse, (37)
los guerrilleros eran pocos para acometer y los franceses no

pensaban en atacarlos; otras, ni aun se veían unos a otros, los patriotas acababan de cruzar o llegaron poco después, pero aun ese paso de la sombra del enemigo merece, para los franceses, un recuerdo.

(38) Girardín cuenta un episodio que pinta aquellos tiempos.

Había salido él de Vitoria, camino de Francia, el 3 de Octubre de 1808. El ejército francés estaba entre el Ebro y la frontera, y la carretera de Irún daba paso constantemente a los refuerzos que iban entrando para preparar la campaña del Emperador. Al subir la cuesta de Villarreal vió aparecer un sargento que avanzaba a escape tendido y, así que llegó a su lado, le participó que los guerrilleros estaban asaltando en medio de las montañas un convoy que llegaba escoltado por suizos. Girardín no había oído ningún tiro, los soldados que iban con él tampoco; díjoselo así al recién llegado, pero éste insistió:

»—¿Son muchos?—preguntó Girardín.

»—Lo menos cuatrocientos.

»—No veo ni uno.

»—¡No los veis, mi General! Todos esos que pasan a »nuestro lado gritando «sálvese el que pueda» los han visto.

»Era aquello una desbandada en toda regla. El sargento, »bien convencido de lo que afirmaba, díjole:

»—En fin, mirad, esos bosques están cubiertos de guerrilleros.

»—Sólo veo obreros que cortan leña o ramaje.

»—Hacen que trabajan pero tienen las armas escondidas. Han hecho más de 30 disparos.

»—No he oído ni uno solo».

Girardín continuó el camino y llegó a los carros del convoy que seguían abandonados, sin que nadie pensase en atacarlos, en medio del camino. Entonces vieron que llegaban en sentido opuesto un oficial y soldados, montaña abajo, a proteger el convoy. Esparciéronse por los bos-

ques inmediatos, cogieron unos cuantos trabajadores, y los llevaron a donde se estaban reuniendo de nuevo las fuerzas del convoy. Aquellos hombres no tenían armas, el oficial que los capturó aseguraba no haberles visto ninguna, no había oído ningún disparo, eran obreros que trabajaban en el campo, pero los había detenido porque PARECÍA QUE TENÍAN INTENCIONES DE HUIR, y los llevaba para colgarlos, »como había ahorcado por la mañana a otros, en Mon»dragón».

El miedo hacía que unos abandonasen el convoy que nadie atacaba, el miedo hacía al otro cometer asesinatos infames, una y otra vez, sin vacilación ni remordimiento. «Yo estaba a menos de 300 pasos del lugar donde decían »haber ocurrido el ataque—escribe Girardín—, no oí un »tiro, no vi a nadie. Cuando la fuerza es la encargada de hacer justicia por sí sola esos son los resultados».

Después de esto, nada extraña leer que los empleados de José, yendo en los convoyes, palideciesen al oir disparos de guerrilleros y buscasen refugio donde creyeran encontrar la mayor defensa.

No os dirán que los guerrilleros eran tenaces, que su patriotismo estaba a prueba de abatimientos, pero escriben: «de las guerrillas era preciso defenderse, aun después »de los mayores triunfos. Hay que estar siempre alerta con (39)
»la pistola en la mano, o resguardarse detrás de algún »muro para no ser sorprendido» (D'Espinchal). Tal como éstos se descubren los granos de verdad de ley entre las armas que amontonó la vanidad sin límites de aquellos hombres.

Por amor a España, los guerrilleros sacrificábanlo todo, hasta su indómita independencia; Naylies da testimonio de ello. No obstante su carácter—dice—eran sumisos al Gobierno nacional y obedecían sus órdenes. Eran insurrectos para franceses y afrancesados, pero acataban a la Junta Central «que recompensaba con honores y grados a los que »realizaban hazañas notables».

(41) Las guerrillas fueron muchas, pero cada una de ellas era poco numerosa; sólo el terror de los franceses y su deseo de realizar la propia gloria, pudo forjar las cifras fabulosas de 4.000 hombres que atribuyen a la de Palares, 7.000 a la de don Julián Sánchez, 12.000 a las órdenes del Empecinado y 20.000 a las de Mina. Cuando éste tuvo más, al fin de la guerra, no pasó de siete a ocho mil hombres, el Empecinado nunca pasó de 4.000 en su mayor auge, y don Julián quizás de la mitad. Del mismo modo son falsas las de 3.000 que dicen seguían a Porlier y 6.000 a Villacampa. Difícil era, además, que los contrarios pudieran averiguar su número cuando ellos mismos tenían poca seguridad de ese detalle, y su forma de pelear imposibilitaba a los enemigos todo recuento. La cifra de 60.000 hombres que da la Duquesa de Abrantes como total de las guerrillas españolas es puramente imaginaria; lo es igualmente la de 100.000 de Fantín. Quizás hayan tenido más, quizás menos; nadie hizo la cuenta, y en muchos casos sería harto difícil, aun muy por alto.

(42) Bigarré, precisando los daños causados por los guerrilleros, llega a establecer cifras que Dios y él sabrán como pudo haber calculado y no hay forma humana de comprobar. Las guerrillas—dice—«han causado más pérdidas a »los ejércitos franceses que todas las tropas regulares du»rante la guerra de España; está probado—sería curioso sa»ber donde—que nos asesinaron cien hombres diarios. Así »durante el período de cinco años, han matado más de »ciento ochenta mil franceses, sin perder por su parte arriba »de veinticinco mil».

Sobre la trascendencia que las guerrillas tuvieron véase lo que ellos mismos escriben.

(43) La Duquesa de Abrantes dice: «El daño que hicieron »las guerrillas fué inmenso. Los ingleses quisieron negarlo »y sin embargo la evidencia es positiva. ¿Cuál fué el moti»vo verdadero de las desgracias de la tercera expedición de »Portugal? Precisamente la falta de noticias, la imposibili-

»dad de que un cuerpo comunicase con otro, y esto en toda »la extensión de la Península; la imposibilidad de hacer »pasar un despacho, como no fuera escoltado por 200 »hombres, en tanto que los españoles y el ejército inglés se »comunicaban telegráficamente; por último, la imposibili»dad de hacer llegar convoyes de víveres, sin que los escol»tase un batallón entero, en tanto que los enemigos tenían »su pan, cocido, cortado y dispuesto para distribuirse en »cada pueblo». «Las guerrillas nos hicieron una guerra mu»cho más terrible que un ejército regular. Prueba de ello es »que nuestras armas siempre triunfaron cuando se les opu»sieron tropas regladas, en tanto que desaparecíamos, sin »combates y sin gloria, bajo el puñal del campesino, por »las fuentes envenenadas o la lanza del guerrillero».

«La movilidad de imaginación de los españoles y el (44)
»mismo espíritu exagerado de independencia, que habían »perjudicado las operaciones lentas e inciertas de los ejér»citos regulares de las Juntas, aseguraron la duración de la »guerra nacional y puede decirse que si había sido fácil »vencer a los españoles era casi imposible someterlos» (Rocca). «Las guerrillas nos hicieron mucho más daño »que los ejércitos españoles en las batallas campales» (Saint Chamans). «La presencia de las guerrillas equiva»lía, para nosotros, a la de un ejército terrible» (Marcel). «Más daño nos hacían los guerrilleros que el que pudiera »hacernos un enemigo formidable en batallas. Sus éxi»tos, exagerados por el odio nacional, multiplicaron las »partidas en toda España y, cada cual en su provincia, nos »causó todo el daño imaginable» (Naylies). «... las guerri»llas que han representado en la guerra de la Península »papel tan importante, hicieron imposible un gobierno re»gular y contribuyeron poderosamente a librar a su patria »del yugo extranjero» (Miot). «Las guerrillas nos perse»guían sin cesar, causándonos evidentes pérdidas: cada »día nos destrozaban algún pequeño destacamento» (Blaze). «Las guerrillas han contribuído poderosamente a expulsar

»a los ejércitos franceses» (Bigarré). «España debe su sal-»vación a las guerrillas» (Girardín).

(45) D. Julián Sánchez fué fantasma que amargó la existencia de Junot y su esposa los tiempos que pasaron en tierras de Salamanca; si salían al campo temían verlo presentarse; en la ciudad oían el eco de sus llamadas; para escoger residencia calculaban cual estaría mejor defendida de sus ataques. Y no sólo a una mujer imponía miedo la amenaza del patriota, los mismos gobernadores de las ciudades deseaban no atraer su atención hacia la plaza que ellos defendían; hombres había que caían enfermos sin otro mal que la tensión nerviosa de un terror prolongado.

(46) Al salir de Salamanca, camino de Francia, fué escoltada la Duquesa por un pequeño ejército, y en el momento de perderse la figura del jinete castellano, surge la amenaza, más terrible aún, de Mina, y acompañándola va en todo el curso de su viaje, hasta que pone el pie al lado allá del Pirineo.

(47) La guerra de guerrillas deprimía la moral del soldado, y esto que la Duquesa dice del hombre de filas, fué aplicable a cuantos franceses vinieron, hombres, mujeres, ya anduvieran por el campo ocupados en pelear, ya vivieran en el seguro de las ciudades fuertes. Cuando quiera que los autores dejan aparecer su sentir más hondo, veis como oscurece las páginas del libro la sombra vengadora de los guerrilleros.

CAPÍTULO XIX

Perfiles de guerrilleros.

«Al principio, los jefes de guerrillas eran sólo a modo
»de enseñas, en torno de las cuales se reunían los patriotas (1)
»para combatir», dice Rocca.

No hacían falta precedentes ni galones; mandaba el que
los otros juzgaban digno de mandar. De las clases más hu- (2)
mildes salieron los más famosos; Mina y el Empecinado
fueron mozos de labranza; Sánchez, labrador; hubo pasto-
res, cocineros, frailes. Porlier nunca fué Marqués más que
de apodo, la aristocracia de los grandes guerrilleros la hu-
bieran formado Merino, un cura, y Palarea, un médico.

Su vida era ruda aún para gentes avezadas a las fatigas (3)
de la guerra. Marchaban por montes y breñas, sin curarse
de buscar caminos trillados, hacían marchas de dos leguas
por hora durante muchas seguidas, abrianse paso por el
corazón de los bosques y cruzando cuantas aguas halla-
ban, sin buscar puentes. Sus recursos eran como de hom-
bres sencillos. «Llegamos—dice Lejeune—cruzando el
«bosque a las márgenes del Alberche. La barca estaba
»rota, el río era hondo y no se veía vado. Don Juan Pala-
»rea), quería poner el río entre él y los franceses. Vió una
»vacada que pastaba en una pradera y mandó a varios ji-
»netes que acercaran la manada. Una vez ésta al borde

»del agua picaron al ganado con las lanzas para hacerle »atravesar la corriente. Veinte pasos más abajo de la va- »cada, que rompía la fuerza del agua, pasaron los guerri- »lleros casi a nado».

(4) Tenían los centros de operaciones en nidos de aguilas sobre lo alto de los peñascales o en pueblecillos perdidos en el corazón de las sierras. Comían lo que la suerte les deparaba en el camino, eran frugales aún en las ocasiones en que tenían con que saciar su hambre, no llevaban provisiones o eran tan cortas que pronto se les veía el fin. Cuando faltaban suplíanlas con lo que el campo diera. Lejeune cuenta haberlos visto intentar comer reptiles asados en las brasas, «después de quitarles la piel sólo les quedaban »vértebras y algunos huevos y hubo que tirarlos». Si no había nada, el cuerpo hecho ya a las privaciones, recibía una lección más de mortificación.

(5) El mismo autor refiere que la sobriedad conque vivían era causa de frecuentes jaquecas en los guerrilleros, y cuando el dolor era muy intenso, metían la mano en agua hirviendo y así que se hinchaba cortaban con una navaja la vena más prominente, dejaban correr una sangría abundante, y, aliviados con eso, cauterizaban la herida con yesca encendida y tornaban a seguir la ruta.

(6) Con razón podía decir Marbot, el mayor, que había vivido con los guerrilleros, en calidad de prisionero, que no había curso de educación comparable con el método español para curar a los jóvenes de sus propensiones a la molicie, y él había aprendido más los diez días que pasó entre las guerrillas que en todos sus años de colegio.

(7) A pesar de la acusación que formulan los franceses contra los guerrilleros que asesinaban a sus prisioneros, son innumerables los casos que se encuentran en las Memorias, de oficiales y soldados que salvan la vida. Del Capuchino, dice Saint Chamans, que, prisionero a su vez de los franceses, no se le mató por los muchos que él había perdonado; Lejeune, refiere su viaje con los compañeros

apresados en tierra de Toledo y llevados a Portugal por la gente de Palarea; Parquín cuenta, que entrando en una venta de Castilla dió con la guerrilla de un tal Aguilar el, cual generosamente le perdonó la vida y le dejó en libertad. «Confieso—añade—que el resto del tiempo »que estuve en España, aproveché todas las ocasiones de »prestar servicios a cuantos españoles cayeron en mis ma»nos». Marbot, el mayor, dejó el recuerdo favorable para los guerrilleros, de cómo lo trataron los días que lo tuvieron prisionero.

Mina, muy lejos de fusilar a sus prisioneros, como dice (8)
Gonneville, los llevaba a los barcos ingleses que hacían crucero delante de las costas de Vizcaya y Guipúzcoa. Las infamias que contra él amontona la Duquesa de Abrantes no merecen crédito alguno. Sólo sabía lo que le contara Caffarelli, Gobernador de Vitoria, que necesitaban deshonrar de alguna manera a los que tan de cerca le asediaban. Ella misma reconoce que los guerrilleros no eran feroces por naturaleza, y en hombres tales no se conciben los refinamientos de crueldad que se les achacaban. Más adelante, hablando de Mina, dice también: «No eran de naturaleza »cruel, ante de acusarle hay que pensar en lo que tiene de »terrible la guerra de guerrillas».

Mérito grande era en ellos no sacrificar a cuantos fran- (9)
ceses cogían cuando éstos ahorcaban o degollaban sin tregua a paisanos, guerrilleros y soldados. Y cuenta, que para ellos, guardar los prisioneros y llevarlos a los depósitos de Portugal o la costa, representaba trabajos sin cuento. Habían de andar cientos de leguas por provincias batidas por ejércitos franceses, veíanse expuestos a ser apresados a su vez, a cada instante tenían encuentros con destacamentos que se les cruzaban en el camino, su marcha era una lucha constante con los hombres y las cosas. La voluntad y energía triunfaba al fin de todo, y cuando, a la postre, entregaban sus prisioneros, pagábanselo estos, cargando sobre ellos cuantas acusaciones de salvajismo podían dis-

currir. No pensaban en la grandeza de alma de aquellos hombres y se acordaban sólo de las penalidades pasadas. ¿Cómo no habían de ser duros con los otros los que no tenían piedad de sí mismos?

Por esa misma constante parcialidad son más de estimar los elogios que, en ocasiones, se encuentran dirigidos a los guerrilleros.

(10) Cada vez que Brandt habla de Mina, lo hace con respeto verdadero; «un jefe como Mina nos hubiera puesto »aquel día en grave aprieto». «No nos explicamos cómo »Mina no aprovechó aquella ocasión». Cuando menciona a Villacampa, siempre lo llama «el infatigable». Refiriéndose a éste, dice Gonneville: «estábamos en las avanzadas »y teníamos delante a Villacampa, más guerrillero que »General, pero frente al cual había que estar siempre »alerta».

(11) En Vitoria vense una vez los franceses en situación apurada, su jefe Caffarelli es atacado en su propio Cuartel general, irritado uno de los oficiales, por los errores de quien los había traído a tan mal paso, exclama: «no nos »habría pasado esto, si Caffarelli mandáse las guerrillas y »Mina el ejército del Norte», y añade Thiebault: «sin em»bargo, Mina no estuvo esa vez a la altura de sí mismo».

(12) Jourdan llama a Mina «hábil partidario», pero todos estos elogios nada son al lado del que hace la Duquesa de Abrantes. «Mina es un hombre—dice—que recuerda todo »lo que la antigüedad nos cuenta de hermoso, hasta subli»me, cuando habla de aquellos héroes que servían a la »Patria por la Patria misma, derramando su sangre porque »la sangre debe cimentar las libertades..., es el hombre de »su país, el mártir de la Patria. No cabe duda de que Mina »fué cruel, feroz a veces, pero, según los muchos informes »que de él he adquirido, era su carácter grande y generoso. »Naturalmente ignorante, no conocía la manera de hacer »la guerra, pero era valiente, tenía un juicio muy claro y »poseía una perseverancia a prueba de todo lo que puede

»abatir a los más fuertes. No quiso recurrir a Inglaterra »para el sueldo de su tropa, a quien pagaba con mucha »regularidad. Se creó recursos para no tener que ver con »nadie».

(13) «Mina llegó a hacer un trato con los Generales franceses para que todo lo que no se relacionase con la guerra »y procediera de Francia, fuese escoltado por él y sus guerrillas, pagando por ello una cantidad que empleaba en »pagar sus tropas». Y aun cuando esta afirmación de la Duquesa no sea absolutamente exacta, basta que entre los invasores haya corrido como válida para probar la importancia que llegaron a conceder a Mina y su gente.

(14) La admiración de los guerrilleros no terminó en nuestros enemigos con la guerra. Años después de acabar ésta, fué Mina a Perpignan y Desboeufs se apresuró a visitarle. Recuerda con orgullo los menores incidentes de la entrevista; no le habría satisfecho más haber sido agasajado por un rey.

(15) De don Julián Sánchez escribe la Duquesa: «debo decir »que tenia gran reputación de honradez y valor. Era ambicioso, pero, después de todo, ¿qué hombre no lo es? »Era todo un caballero. No puedo tener queja de él, pudo »poner en ejecución su proyecto de apoderarse de mi persona sacrificando alguno de los suyos y no lo intentó. »Don Julián fué un hombre distinguido al cual sólo faltó »campo de acción».

(16) Al referir los propósitos de secuestro de su interesante persona, que ella supone en don Julián, y figurarse cómo pediría él su canje al General Junot, dice: «llevaba el propósito de apoderarse de mi, pero de preservarme de toda »ofensa», y más de una vez insiste en la misma frase para fijar bien la idea de nobleza que del guerrillero tenia.

(17) No los guerrilleros, que apenas dejaron recuerdos escritos de sus acciones, los mismos franceses, nos dan pruebas de los servicios que aquéllos prestaron a la Patria. «Don »Julián Sánchez—refiere Marbot—se había encerrado vo-

»luntariamente en Ciudad Rodrigo con los 200 jinetes de »su tropa y prestado grandes servicios, haciendo ataques »frecuentes contra las avanzadas de nuestras trincheras. »Cuando la falta de forraje hizo molesta la presencia de »los 200 caballos, don Julián, en una noche oscura, salió »silenciosamente de la ciudad con sus lanceros y, cruzando »el puente sobre el Agueda, que las tropas del Mariscal »Ney se habían olvidado de cerrar, cayó sobre nuestros »puestos, mató varios soldados, rompió nuestras líneas y »se fué a reunir con el ejército inglés».

(18) De ropa andaban mal, al salir al campo no llevaban armas y su vestuario eran la chaqueta de paño pardo, calzones de lo mismo y zahones, una montera o un trapo liado a la cabeza. Después los azares de la guerra irían dándole equipo y traje, y el que la suerte les deparó, se lo encapillaron a la buena de Dios. «Unos iban vestidos de »campesinos, otros de dragones, de cazadores o de infan»tes franceses, porque cuando mataban a un soldado se »apoderaban de su uniforme. A veces con un traje de dra»gón y charreteras de oficial de infantería, conservaban las »polainas, el pantalón o el chaleco de paño del país, o con »una pelliza de húsar llevaban sombrero cordobés» (Naylies). «Los de caballería no solían llevar por todo uniforme »más que un chakó y una chaquetilla con varias filas de »botones; los infantes iban casi siempre con la camisa, »calzones y un sombrero de paisano» (Reiset). «En cierta »ocasión—dice Naylies—ví un guerrillero que, con los »harapos más indecentes, llevaba un tricornio de oficial »General francés. Otro, que parecía ser uno de los jefes, »llevaba traje de oficial superior de administración militar, »chakó y una faja roja, montaba un soberbio caballo anda»luz cubierto de cintas de la Legión de Honor, y las conde»coraciones de esta orden colgaban sobre el pretal y la »grupa de su montura. Era un valiente, se retiró el último, »mandando la retaguardia».

(19) La Duquesa de Abrantes, única persona que los supone

uniformados, sólo dice: «Aquel hombre llevaba un traje »pardo y un sombrero recogido a un lado con una pluma »roja, en una palabra, era perfectamente semejante a los »hombres de las guerrillas de don Julián». Traje pardo llevaban y aún llevan, los labradores de aquella provincia; el uniforme queda reducido a recoger un ala del sombrero y ponerle la pluma roja, cierto que a menos sería difícil llegar.

Lejeune tuvo ocasión de verlos de cerca durante el (20) viaje que hizo en su compañía de Toledo a Portugal. Sus fisonomías enérgicas, su hablar vehemente, el color moreno, los ojos negros, las cejas fuertes, los dientes blancos y sanos, la frente afeitada, la pelambre a lo catogán, cayendo espesa y abundante sobre la nuca y el pecho curtido apareciendo por la camisa mal ajustada, quedáronle indeleblemente grabados en la memoria. En el traje—dice—no había uniformidad, algunos llevaban pellizas de húsar, otros chaquetones azules, pardos o negros, calzón de piel o terciopelo, la rodilla al aire, polaina de becerro y alpargatas o zapatones vaqueros con espuela, canana para mucha cartuchería, pañuelo liado a la cabeza con las puntas atrás, encima calañés de fieltro más o menos negro, según estuviese de nuevo y, destacándose sobre el conjunto pardo de la figura, la pincelada roja de una faja de seda o lana a la cintura, y el filete de un listón, rojo también, en el sombrero.

Iban jinetes en caballejos secos y peludos, descendientes directos de Rocinante, con silla la que se había podido agenciar, bocado amarrado con cuerdas, y estribos de madera, y esta pobre caballería, que nos describe el que viajó (21) muchos días con ella, es la que Gribel, que una vez la vió de lejos, califica de «bien montada y equipada».

Ni aún los que aspiraban a organizar militarmente a sus hombres, como le ocurría a Porlier, pudieron llegar a grandes lujos. Tres o cuatro hileras de botones y vuelta y vivos encarnados sobre la chaqueta parda era todo lo que

se habia podido adelantar en el camino de la uniformidad. El resto del traje era tan desparejo como puede imaginarse, contando con que el único almacén de aprovisionamiento eran los campos de batalla y se vivía tan al día que los que llevaban mochila eran la excepción.

(23) Los serranos de Ronda que asediaban la ciudad, enviaron un parlamentario a intimar la rendición a los franceses. Era un teniente de húsares de Cantabria, que por todo distintivo llevaba unos hilos de plata en los flecos de la faja y un espadón antiguo. Acompañábale un carabinero con uniforme nuevo (el único que habia entre todos ellos), y en funciones de trompeta un pastorcito que habia sustituido la zamarra de su traje habitual por un dolmán verde. Ved ahí todos los lujos que los hombres de la serranía habían podido juntar para vestir con decoro su representación. El trompetilla, avergonzado, del cuerno de buey que tocaba, dejólo caer como al descuido cuando vió acercarse a los soldados franceses, temiendo parecer poco militar. Todo eso no impidió que los franceses desalojaran la plaza aquella noche.

(24) Si se exceptúa Gonneville, que se empeña en dotarlos de armamento soberbio, cuando los vieron estar conformes en que iba a una con el vestuario. Llevaban fusiles de todas procedencias, escopetas de caza los más, armas españolas, inglesas o francesas, con bayoneta o sin ella, sable o machete, o nada de ello.

Entregado a las manos pecadoras de los franceses, el tipo bravío y adusto del guerrillero conviértese por ley natural en trasunto ridículo de personaje de opereta y de las aventuras de campo libre y camino real, llenas de naturalidad y vida, salen capítulos ridículos de novela francesa.

(25) Parquin nos regala el siguiente.

Yendo él de expedición por tierra de Valladolid, persiguiendo a los guerrilleros, hubo de pararse a descansar en la Nava del Rey, donde fué atendido por un servidor extraordinario. Era un criado, «especie de Fígaro», inteligente,

movido, servicial, que liaba cigarrillos con verdadera maestría, tocaba la pandereta, bailaba y cantaba canciones alusivas a los franceses y a María Luisa. Este servidor, arrancado del escenario de la ópera cómica, desaparece a media noche como tragado por la tierra, al siguiente día nadie sabe dar razón de él, y sigue el misterio hasta que Parquín recibe una carta, por la cual sabe que el tal servidor era el propio Pastor en persona, que había hecho el papel de criado para conocer más de cerca a los franceses, y encantado al parecer, de Parquín y su gente, les escribe «EN FRANCÉS» descubriéndoles el enredo y confesando que como «le costaba trabajo pelear con hombres que apreciaba, iba a pasarse a otra provincia a buscar adversarios. Firmaba «El Pastor.—Jefe de guerrillas».

Jauregui, El Pastor, lo había sido hasta comenzar la guerra, apenas si sabía leer, de francés estaba ayuno, si cantaba sería alguna tonada bronca de zagales, cuando firmase se le ocurriría todo menos titularse jefe de guerrillas. Como los demás que lo eran sabía que le bastaba estampar su nombre, si acertaba a trazarlo, para que todos conocieran al que suscribía, su nobleza tosca no entendía de quintas esencias de cortesía, y pensar que fuese a cambiar de sitio de sus hazañas por aprecio que hubiera cobrado a un francés, en sólo una noche, sería pensar en lo imposible. Y por si alguna prueba faltase de lo falso de toda esta historia, el mismo Parquín se encarga de darla. Para prestar «color local» a la carta, pone en la pluma del Pastor esta frase que ningún español dijo jamás en tal sentido por bárbaro que él fuese: «Sois unos verdaderos car... (diablos «traduce Parquin) que sabéis vivir como sabéis batiros». El que escribió esto, ni era español ni sabía como eran los guerrilleros.

Por el deseo de deshonrar a los patriotas y, también llevados del afán de glorificarse a sí propio, dice Thiebault que D. Julián Sánchez anduvo en tratos con los franceses para pasarse a ellos, y Miot, reproduce la insinuación refi- (26)

riéndose a varios guerrilleros de La Mancha. Ningún cargo les habría dolido más, de haberlo conocido, ni habría rebajado más su reputación de patriotas sinceros. ¿Qué fundamento hubo para que eso se pudiera escribir?, no se sabe hoy, todo ha quedado sobre la palabra de los autores y está cierto que no es prueba suficiente para dar por buena la acusación. Miot confiesa que el general Virués, que iba a avistarse con los manchegos, no pudo pasar de Madrid y «las esperanzas concebidas con sobrada facilidad, »se disiparon prontamente». Thiebault hace una fantasía sobre lo que se proponía ejecutar y los planes que habría iniciado tan luego como D. Julián hubiera consumado la traición propuesta. Cuando todo debía estar, según él, a punto de concertarse, he ahí que llega la noticia de la retirada de Massena, y los patriotas, viendo a los franceses vencidos, desisten de su propósito y continúan la lucha. Este relato tiene todas las señales de ser una novela fraguada por Thiebault, para ilustrar sus fastos de Gobernador de Salamanca. En las cuatro páginas que dedica a tan importante asunto no hay una sola indicación precisa de fechas, lugares, personas, ni testigos, todo está en una indeterminación absoluta. Cuando Thiebault escribía sus Memorias, y más aún, no proponiéndose su inmediata publicación, tenía libertad para consignar cuanto quisiera, como lo hizo en otros capítulos de su libro, de menor trascendencia por cierto, y en los cuales se compromete la honra de gentes de su clase y de su Patria, el no hacerlo en este caso, quita valor al cargo y lo reduce a una calumnia vulgar. Tiempo le habría faltado a Thiebault para dar nombres de los pueblos donde se celebraran las entrevistas, para repetir el del intermediario, para detallar la marcha de a intriga, única en España, y de grandísimo mérito para él, por tanto.

(27) La noticia de los contados guerrilleros que fueron traidores y se afrancesaron, pasó a la historia y entre ellos no estuvo nunca D. Julián Sánchez. Foy reconoce que sus

tentativas cerca de los guerrilleros de la provincia de Avila fueron inútiles, las de Thiebault lo fueron también, y cuanto dice sólo puede tomarse como fantasía inventada para su propia glorificación.

Naylies, cuenta por qué se echó al campo un guerri- (28)
llero del campo de Toledo, llamado Camilo. Copio porque esta explicación no sólo a este guerrillero, a muchos puede aplicarse: «Era un hacendado rico de las in»mediaciones de Talavera que por dos veces había sufrido »resignado que saqueasen su casa y robaran sus ganados» »pero habiendo visto violadas a su esposa y sus dos hijas »por los franceses, juróles odio eterno y no darles cuartel. »Echóse al campo, todo el que caía en sus manos era in»molado sin piedad».

La fisonomía del guerrillero, agreste, varonil, ceñuda, no puede sacarse de los bocetos que pintó el enemigo. Sus virtudes han de ser apreciadas por quien los mire con imparcialidad, ya que no con simpatía, sus faltas prestábanse demasiado a la caricatura de los extraños, sus arranques podían pintarse como crímenes sin más que torcer la interpretación de los motivos. Los soldados franceses hicieron sin esfuerzo, del héroe popular un muñeco de teatro o espantajo patibulario, y los guerrilleros no fueron ni uno, ni otro. Su exterior descuidado y pobre no hacía justicia a su corazón, y quien lo juzgara por la vista había de equivocarse, más aún quien los viera como enemigos.

De su existencia dejaron memoria imperecedera pero no recuerdos escritos, españoles hasta la médula, hacían historia sin cuidarse de escribirla. Jamás se le ocurrió que sus acciones debieran consignarse en papel, si dieron partes fueron poco concisos, en su cerebro, organizado por la acción, no cabía la idea de que su vida cotidiana, hecha de privaciones y peligros, pudiera interesar a nadie. Aspiraban a mucho y ni aun la conciencia del deber cumplido bastaba a convencerles de que fueran grandes sus empresas y materia historiable sus encuentros y sorpresas.

Las Memorias de los soldados franceses son, en muchas de sus páginas, la crónica negativa de las guerrillas, cuéntannos sus derrotas, ven de ellas todo lo malo, pero al fin, ven algo, y ese algo, retorcido, hecho novelón indigesto, deformado para que resulte en gloria y prez de las tropas imperiales, encierra copia grande de datos que no debemos desaprovechar.

Por modestia e incuria de los propios y malquerencia invencible de los extraños, la figura de aquellos héroes nacionales perdióse en el pasado. De algunos pocos, quedaron recuerdos precisos y aún podemos saber como fueron, de los otros, de casi todos, poco más que nada sabemos, y al pretender desprenderlos de la aureola de tradición que los envuelve para buscar sus figuras reales, de aquellos hombres fuertes, sencillos, y entusiastas, sólo perfiles borrosos encontramos.

CAPITULO XX

La Crónica no escrita de las guerrillas

La experiencia que a los españoles dieron las constantes derrotas de sus ejércitos—dice Miot de Melito—, fué la que los llevó a separarse de la guerra de batallas campales y buscar otro sistema más conforme con sus costumbres y sus sentimientos y, más adelante, «el punto de partida »fué el decreto de la Junta que, en la primera mitad de »1809, estableció el Corso terrestre contra los franceses. La »población, principalmente la de los campos, cuyo odio »al francés secundaba esta institución, respondió con entu»siasmo al llamamiento». (1)

Es cierto que la época de mayor incremento de las guerrillas, parece empezar con el año 10, cuando termina el período de batallas de la Junta Central, pero también puede asegurarse que ni los patriotas se entregaron a esos razonamientos, ni los decretos del Gobierno, ni el recuerdo de las derrotas sufridas, habrían bastado para hacer surgir las guerrillas si éstas no tuvieran su raíz en el modo de ser del pueblo. Todos los impulsos venidos de fuera no habrían hecho que el país les diese su alma entera si no se sintiese vivir en ellas. (2)

Cuándo y dónde aparecieron por vez primera, no se sabe hoy ni probablemente se sabrá nunca. Sí puede afir- (3)

marse que es falso lo que dice Blaze de que el 15 de Marzo de 1808, dos días antes del Motín de Aranjuez, ya encontró él unas guerrillas cerca de Valladolid. En esa fecha aún cabía que los españoles creyesen que Napoleón era aliado suyo y hasta los más ardientes patriotas podían esperar que colocase a Fernando en el Trono, el odio al francés no se había desarrollado aún, las guerrillas eran imposibles.

Una vez dado el grito de independencia, cualquier momento era propicio para que apareciese el primer jefe de partidas, siquiera fuese jefe y partida en un solo hombre.

Los que sufrieron las primeras acometidas de los guerrilleros, no podían adivinar lo que vendría tras ellos, juz-
(4) gáronlas una forma agravada de bandidaje y no le dieron importancia. Las continuas interrupciones de correos de que habla ya La Forest en principios de Junio del 8, debieron ser obra de partidas ignoradas, y él, sin embargo, ninguna sospecha apunta. Era la forma de combatir demasiado nueva y esa unidad táctica que se llamó después guerrilla, no había entrado aún en el ideario de los imperiales.

Por esto no perduraron en ellos los recuerdos de la primera aparición de las partidas ni reproducen las ideas y sentimientos que despertaron. Lo que nos dicen de entonces, está todo influido por nociones adquiridas más tarde a cuyo recuerdo no pueden sustraerse, y la historia del origen de las partidas, desde el campo francés, está perdida. No hay datos para reconstruir la sorpresa, el desconcierto, la rabia soberbia, que produjeron en la hueste napoleónica los ataques constantes e inesperados que caían sobre ellos en los primeros momentos sin visible cohesión ni aparato bélico.

Hasta que tuvieron conciencia de cómo era la tropa indisciplinada que les acometía, por fuerza hubieron de pasar muchos días en que su cerebro, lleno de normas rígidas, se debatió contra la noción extraña que pugnaba

con todas aquellas abriendo un surco revolucionario en el sistema inflexible de la organización guerrera del Imperio.

En Julio de 1808, la existencia de partidas es segura. (5) Durante los pocos días que José pasó en Madrid, los guerrilleros rondaban la Corte y se apoderaron de su ayudante, el General Desprez.

Retirados ya sobre el Ebro los franceses, las guerrillas (6) aumentan, «presentáronse sobre nuestras comunicaciones »—escribe Jourdan—y tuvimos que poner guarniciones en »todos los pueblos desde Miranda a Irún para perseguir »esas bandas, escoltar convoyes, correos y oficiales de »órdenes».

Dos meses más tarde, el Gran Ejército avanza arrollán- (7) dolo todo, Fantín des Odoards va con su tropa a la montaña de Santander, «hemos pasado estos días alerta, dur»miendo vestidos y reunidos para evitar sorpresas. Bandas »de insurgentes andan por todas partes y caen sobre nos»otros cuando más lejos los creemos».

Napoleón va sobre Madrid y en la retaguardia del Gran (8) Ejército circulan las guerrillas. El mes siguiente, Diciembre de 1808, guerrillas organizadas de 25 y 30 hombres, cortan las comunicaciones en la carretera de Francia; a fines del año, Jourdan acusa su presencia en la carretera de Aragón.

Desde entonces ya no dejan de existir ni los autores de registrar sus hechos, son más numerosas cada vez, más aguerridas, van pasando progresivamente de la aglomeración informe de los primeros días a la organización casi regular de los últimos tiempos de la guerra.

Al entrar el año 9, las guerrillas aparecen entre Madrid (9) y Talavera, a fines de Marzo habían hecho difíciles las comunicaciones de Madrid con el Mediodía, en Marzo aparecen en Burgos, Navarra y Vizcaya, en Abril amenazan el Puente de Almaraz en Extremadura, en Mayo Baget y Perena derrotan a los franceses en la orilla del Cinca y copan en un solo día 600 hombres.

El 18 de Junio, escribía el Embajador La Forest al

(10) Gobierno Imperial: «Lo que abate, al público sobre todo, »son los informes que vienen de todos los puntos donde se »encuentran esos pelotones de bandidos de los que ya he »tenido el honor de hablar a V. E. más de una vez. Sólo un »sistema de persecución regular hará desaparecer tal es»tado de cosas, aun después de la pacificación. Hoy tiene »el inconveniente de multiplicar a los ojos del miedo las »fuerzas de la Junta. Dícenme, que el General Venegas ha »tenido la osadía de enviar al General Sebastiani el de»creto que autoriza el Corso terrestre, mejor dicho, que in»vita a todas las provincias a lanzarse a este género de »guerra. Pedía que se diera a las Compañías Francas la »misma consideración que en el mar a los corsarios legal»mente autorizados, dando palabra de que los militares »que él hiciera prisioneros serían tratados de igual modo »que las tropas regulares tratasen a los que hicieran. »El General Sebastiani ha contestado como debía». Esta contestación fué «que haría ahorcar a todos los que ca»yeran prisioneros».

(11) Antes de que Sebastiani diera esta respuesta bárbara ya habían declarado los franceses a las guerrillas fuera de la ley. Guerrillero que caía en sus manos, era inmediatamente fusilado, pero el tiempo anduvo, enseñóles la experiencia, y al cabo, hubieron de avenirse a razones. «No se »pone a toda una Nación fuera de la ley—dice Thiebault— »y cuando España entera hubo tomado las armas contra »nosotros, el carácter de las guerrillas cambió». «La matanza »de prisioneros, aun suponiendo que hubiese quedado im»pune, habría sido una carnicería, y desde el momento que »llevaba tras sí, necesariamente, la de los franceses, esa »matanza se convertía en crimen».

(12) Durante el verano de 1809 las guerrillas cruzaban ya toda la Península, las comunicaciones de Madrid estaban cortadas con Francia, con Navarra con La Mancha, todo eso a pesar del ejército francés que cubría esta parte de

España. En Junio, El Capuchino hizo prisionero al General Franceschi que viajaba en medio de un ejército; en Julio las guerrillas de la provincia de Madrid llegaban a las tapias de la capital.

En Septiembre y Octubre, órdenes emanadas de la Jun- (13)
ta Central, fomentaron el incremento de las partidas, en Noviembre, escribe Fantín en su diario: «estos bandidos »muéstranse hoy por todos los caminos y con sobrada fre»cuencia allí donde hay víctimas que herir o despojar». A fines del año, Jourdan anota que multitud de guerrillas »recorren las provincias ocupadas por los franceses. La de »Mina toma cada dia mayor consistencia en Navarra y las »Vascongadas».

Al acabar el año nueve, cambió el carácter de la guerra.

La derrota de Ocaña ocurrida en 19 de Noviembre, cierra el período de grandes batallas de la Junta Central. Empieza entonces la edad de hierro de las guerrillas que llena los años 10 al 13. En Enero de 1810, los imperiales invadieron la Andalucía, el Gobierno nacional tuvo que abandonar a Sevilla para refugiarse en la Isla de León. La nación, entregada una vez mas a sí misma, reaccionó de nuevo y las guerrillas aumentaron considerablemente, «prepa- (14)
rándose para convertirse en verdaderos ejércitos»—dice Jourdan—. «Los caminos estaban todos infestados de BRIGANDS, »paseábanse audazmente por todas partes»—escribe Reiset, y añade Jourdan—«hasta tal punto se multiplicaron »las guerrillas que muy pronto fué preciso un ejército para »mantener las comunicaciones con Francia».

Los ingleses, retirados a Portugal desde que terminó la campaña de Talavera, repasaron momentáneamente la frontera en 1811, para dar las batallas de la Albuera y Fuentes de Oñoro, sin volver a presentarse España adentro hasta el verano de 1812, y en esos cuatro años, y aún después en la casi totalidad de la nación, las guerrillas soportaron el empuje del ejército francés que empleó lo mejor de sus energías en la lucha incensante con ellas.

La acción innominada de las guerrillas iba ya tornándose formal función de guerra, ya conocían los franceses
(15) los nombres de los jefes patriotas, sus hechos lo merecen de la historia. Villacampa riñe en Febrero la acción de Villel, en Marzo las de Alventosa y Daroca, recordadas todas por Brandt. Del principio al fin de estos años son innumerables los encuentros que registran las Memorias francesas en notas como las que siguen por vía de ejemplo.

(16) En Enero, (año 10), Camilo, guerrillero de Castilla, destrozó un destacamento en la carretera de Extremadura, entre Valmojado y Santa Cruz, dice Naylies; en Mayo siguiente, las guerrillas deshacen una tropa de 200 hombres en La Mancha, cuenta Reiset; en Diciembre Palarea se apodera de un convoy cerca de Illescas y destruye la escolta; en Marzo 1811, Mina derrota a los franceses en las cinco Villas de Aragón; en Junio, Caffarelli con las tropás de su mando no basta para defenderse de las guerrillas. Los ejemplos podrían multiplicarse, innumerables, de todos los momentos y en todas las regiones de España.

(17) A estos se unen, sirviéndoles de comentario espontáneo y claro, los ecos de desaliento de los invasores. «Perseguía»mos a las guerrillas, las derrotábamos muchas veces, »pero en todas partes eran cada día más numerosas y em»prendedoras» Jourdán. (Mayo de 1811). «Los ejércitos »franceses del N. O. de España, habíanse reunido bajo el »mando de Marmont, pero aunque esto permitió hacerles »obrar contra las guerrillas, no se logró ni disminuir su »número ni reprimir su audacia. Bonnet, en Asturias, Du»bretón en Santander, estaban en lucha constante con »Porlier y Mendizábal. Los batallones de Mina, en Navarra »y Vizcaya, formaban un verdadero ejército» (Jourdan.—Verano de 1811). «En Cataluña, después de la pérdida de «Tarragona, ya no quedaba ejército regular—dice Jour»dán—pero el general Lacy y el Barón de Eroles reunie»ron los hombres sueltos y formaron algunas guerrillas que, »unidas a los somatenes y paisanos, continuaron sus mo-

»vimientos y no dejaron instante de roposo a las tropas »francesas» (Julio 1811).

Ya no se trata de que aquí o allá aparezcan partidas sueltas que molesten a los franceses o entorpezcan su acción, las guerrillas tienen el campo, van adueñándose de (18) la tierra patria y estrechan a los franceses dentro de las ciudades que ocupan. Ya en Enero «estaban bloqueados »en sus posiciones los destacamentos franceses de La Mancha» (Fantín); en Marzo, estando José en Ronda, los serranos «que tenian asediada a la ciudad» trataron de apoderarse de ella y del rey intruso según cuentan Bigarré y Miot de Melito; en Agosto, la provincia de Toledo estaba plagada de guerrilleros, sus patrullas llegaban a tiro de fúsil de los centinelas franceses. Madrid se hallaba tan apretado por las guerrillas, que cualquier convoy que pretendiera salir habia de llevar más de trescientos hombres de escolta si quería tener sombra de apoyo. A partir de Octubre, Mina tuvo bloqueada a Pamplona, casi constantemente, a pesar de su fuerte guarnición y su proximidad a Francia.

Esto era en 1810, al siguiente año los cercos se aprietan (19) de Pamplona sólo pueden salir ejércitos; las guerrillas dominan a Castilla la Nueva, Asturias, Santander, Navarra y Vizcaya, según confesión de Jourdan y de Pepé; a fines de 1811, Palarea se presenta en el Paseo de las Delicias (Madrid) y secuestra a los franceses que allí encuentra (Miot)

En 1812 la transformación de las guerrillas llega al máximun. La de Mina forman la División de Navarra, don Julián Sánchez, El Empecinado, Longa, Porlier, Mendizá- (20) bal, reunen muchos batallones casi militarmente organizados. «Las bandas de guerrilleros—dice Miot—más audaces »cada día, sorprende frecuentemente y con ventaja a nues»tros convoyes». Ya no se conforman con luchar en campo abierto, las de Castilla asaltan a Burgos, El Empecinado se apodera de Cuenca, y cuando los franceses emprenden a última retirada, que empieza Soult en Cádiz, en Agosto

del 12, las guerrillas van constantemente acosándolos y tomando posesión de la España, al fin libre. A todos los ejércitos franceses pueden entonces aplicarse las palabras de D'Espinchal «marchábamos al paso lento de la infante»ría, obligados a ir recogiendo los rezagados que habrían »sido infaliblemente degollados por las guerrillas que nos »seguían de cerca».

Dos citas bastarán para hacer ver lo que eran las guerrillas el año 13.

(21) Vascongadas—Enero y Febrero—. «Las guerrillas ocu»paban fuertes posiciones y eran, realmente, dueñas del »país, fuera de las plazas ocupadas por nuestras tropas. »Ellas recogían y consumían todos los recursos e intercep»taban,casi en absoluto, las comunicaciones» (Girod de l'Ain).

(22) Navarra y Vascongadas—Primavera de 1813—. «Bajo «el mando de jefes arrojados habíanse aguerrido, y a fuer»zas iguales, sostenían el empuje de nuestras tropas» (Jourdan). ¿Cabe mayor elogio del valor de nuestros guerrilleros que ese franco encarecimiento del Mariscal francés, o la afirmación del rey intruso que decía: «que el ejército im»perial no había conseguido jamás ventaja alguna pelean»do contra Mina?»

(23) El soberano desprecio que los franceses tenían en un principio para las partidas de guerrilla habíase transformado ya el segundo año de la guerra y llegaron a mirarlos como enemigos de la mayor importancia. Al fin, toda su ocupación fué perseguirlas y luchar con ellas. La guerra con los ingleses tomábales sólo el tiempo, que los patriotas les dejaban libre. Las Memorias traen ejemplos repetidos de expediciones contra los guerrilleros desde 1810. Ya en los primeros meses de este año, dice Jourdan que, en vista de la importancia que habían adquirido, y su constante amenaza de las comunicaciones, fué preciso destinar el octavo cuerpo de ejército, mandado por Junot, a perseguir exclusivamente las de Vizcaya y Navarra. Desde Agosto la

guarnición de Madrid tiene que dedicarse a combatir con las que llegan hasta las tapias de la Villa, en fines del año, el ejército del Centro «apenas bastaba para dar caza a las »guerrillas que infestaban a Castilla la Nueva y se mostra»ban en las afueras de la Corte».

Esas persecuciones incesantes ocupan muchas páginas de estos libros y aun cuando en ellas aparezcan relatos de triunfos, la nota de desaliento domina siempre. Cuando más alto pregonan sus victorias algo suena falso en sus palabras. Parece que ellos sean los primeros en dudar de su sinceridad, y que, antes que a nadie, tratan de convencerse a sí mismos.

Cuando perseguían una guerrilla la primera dificultad (24) era saber donde se encontraba. Estaban en todas partes menos donde se hallaran los franceses, o a éstos les conviniera encontrarlos. Tenían al país de su parte y recibían noticias anticipadas de los propósitos de aquellos. Como sólo buscaban ventajas parciales y conocían el terreno a palmos, no se dejaban alcanzar sino cuando les convenía y así, después de una batida de muchos días, los imperiales no habían logrado ni aun verlos. «Llevaba la misión—dice »Brandt—de dispersar una banda de guerrillas y apode»rarme de un gran depósito de paños, mas, por muchas di»ligencias que empleé, cuando llegué al pueblo ya no ha»bía ni hombres, ni paños». Después de haber marchado »gran parte de la noche — cuenta él mismo — por caminos »espantosos, llegamos a nuestro destino sin que nadie nos »descubriera. Rodeamos el pueblo con todas las reglas del »arte y lo invadimos. Desgraciadamente toda la partida »había salido y sólo encontramos una docena de per»sonas».

»Una compañía de infantería había sido totalmente (25) »deshecha por los guerrilleros en Torrejoncillo. Echó tras »ellos el Regimiento 19 de Dragones, pero llegó demasiado »tarde, los españoles habían pasado el río frente a Garrovi»llas» (Naylies).

(26) D'Espichal va en persecución de la partida de Ribero, pero «prevenido este de nuestra marcha había huído »en dirección a Carmona. Eso me privó de la satisfacción »de encontrarlo». Otra vez va él mismo a sorprender otra guerrilla en el Tomelloso, y al llegar allí a pesar de las precauciones que había tomado, encuentra que había salido una hora antes avisada por emisarios que habían ido por atajos.

(27) Y cuenta que esto era conseguir mucho, porque gracias a las artes de los guías o a las noticias equivocadas que les daban, lo más frecuente era que se extraviasen por los montes o llegaran tarde donde les importaba ir derechos y pronto.

(28) Si lograban dar con la partida, los más de los guerrilleros andaban de expedición, y el jefe, invariablemente, estaba en algún otro sitio.

(29) Cuando extremaban la persecución y creían haber dejado el campo libre de enemigos, encontrábanse con que reaparecían a su espalda. «A veces les obligábamos a dis»persarse y se marchaban a reunir en parajes lejanos de »los cuales había que ir a desalojarlos de nuevo».

(30) Al fin redujéronse a dificultar los movimientos de las guerrillas, y si obtenían la más pequeña ventaja, calificábanla de gran triunfo. Por tal reputó Clopicki mantenerse en las Cinco Villas de Aragón y defender aquella zona, que fué de los patriotas en cuanto él empezó a retirar sus fuerzas, y lo mismo opinaron los hombres que entendían de guerra y habían hecho la de España.

(31) Cinco meses cuenta Naylies que estuvo su brigada en Toledo, persiguiendo las partidas de Palarea, Camilo y Francisquete. Siempre eran éstas derrotadas cuando hacían frente, más al cabo subsistieron a pesar de la batida. Vivien habla de una derrota decisiva que sufrió el Empecinado y añade, «a la vuelta de esta expedición hube de quedarme en Buendía con 450 infantes y 200 jinetes para observar la guerrilla, que había sido dispersada, pero no destruída».

Era cuestión de palabras, «después de una de estas ba- (32)
»tidas contra los bandoleros, los periódicos de París anun-
»ciaban a Europa entera que tal General, con una intrepi-
»dez extraordinaria, digna del mayor elogio, había recha-
»zado a los bandidos a sus montañas, que éstos eran unos
»cobardes, etc., etc., todo lo cual no impedían que los ban-
»didos llenasen muy bien su cometido» (Blaze). Pocos días después la guerrilla derrotada volvía a reunirse y batir la estrada y otra vez llevaba la desolación a las ciudades mejor guardadas por los franceses. La palabra derrota había perdido toda su significación y servía sólo para que los imperiales se dieran gusto repitiéndola. «Todos los »días cojo guerrilleros—dice Reiset—y aun cuando no los »perdonamos, cada día aparecen otros nuevos».

El afán con que se daban esas batidas y el resultado nulo que, según confesión propia, obtenían, prueba mejor que nada la imposibilidad en que estaban los franceses de acabar con la resistencia nacional. Véanse ejemplos de esas persecuciones contadas por los que tomaron parte en ellas.

Las cercanías de Aranjuez y la parte de Cuenca, que (33)
confina con la provincia de Madrid, eran campo de las correrías de el Abuelo; las guarniciones francesas no podían descansar. Aprovechándose de confidencias que tuvo, el General Bigarré supo que el guerrillero descansaba en Uclés y preparó con cuidado sumo la expedición que había de capturarlo.

Empezó por acordonar a Aranjuez con centinelas que prohibieran la salida a todo el mundo para evitar que los espías patriotas pudieran llevar noticias y, asegurada así la sorpresa, salieron a las diez de la noche 400 infantes y 25 caballos ligeros guiados por hombres de confianza. Después de las dos, llegaron a Uclés y, aunque esto ocurría en Junio, era aún noche oscura. Una vez cerca del pueblo, dividió el General sus fuerzas en ocho columnas, y cuando estuvieron a tiro de fusil, dió la orden para que

entrasen por diferentes puntos y se reunieran en el lugar señalado, bien conocido por los capitanes que mandaban la gente.

No se habrian trazado más planes para una batalla campal. Bigarré previó lo que debían hacer si encontraban resistencia, si no la encontraban, colocó sus jinetes haciendo una guardia exterior al pueblo y él, en persona, fué a un punto estratégico a esperar los acontecimientos, pronto a acudir donde fuera necesario su presencia. Las ocho columnas avanzaron, Uclés estaba en el más profundo silencio, llegaron todos a la casa del guerrillero y llamaron.

El Abuelo dormía tranquilamente con su mujer, sin pensar en guerra ni en franceses, cuando le despertaron los aldabonazos de los de afuera seguidos de los disparos de cuatro guerrilleros que hacían guardia en el portal. El caso era grave. El Abuelo subió al granero y por una ventana salió de la casa, echóse fuera del pueblo y se puso en salvo, sin que bastaran a cogerle todos los soldados ni los planes del General Bigarré. Los guerrilleros no consintieron en entregarse y fueron muertos. Era lo menos que podían hacer 400 infantes, 25 jinetes, cuatro guías y un General que habían perdido la noche por cazar a un hombre que dormía tranquilamente en su casa.

El Abuelo continuó sus correrías; Bigarré se llevó presa a la mujer y la devolvió después a cambio de un caballo; la batida resultó decididamente buha. A poco dejó a Aranjuez y se fué a prestar servicio cerca del rey, convencido, seguramente, de que era demasiado General para gente tan insignificante como el Abuelo.

(34) A fines de 1809, las partidas de Mina en Navarra y Porlier en la Rioja, habían tomado una importancia, que las hacía temibles. Las comunicaciones en la vía de Madrid a Bayona veíanse interrumpidas constantemente o totalmente cortadas, importaba darles una batida en regla y los franceses pusiéronse a la obra con todo empeño.

Cuantos destacamentos venian de Francia a reforzar el ejército de la Peninsula, recibieron orden de quedarse en Vitoria y Miranda para formar las columnas expedicionarias, las guarniciones de Navarra y las provincias limítrofes dieron columnas volantes que debian perseguir las guerrillas; el General Simón salió de Vitoria con 1.200 hombres, Solignac, de Vitoria también, con 5.000, tres dias más tarde. Al mismo tiempo, con otros 5.000, púsose en marcha Loison desde Miranda. El dia 16 estaban todos en campaña dispuestos a obrar de consuno.

La expedición iba contra Porlier y esperaba sorprenderlo en Logroño, mas al llegar allí encontróse con que por avisos recibidos aquel mismo día, el Marquesito había salido del pueblo. La dirección que llevaba no era segura, según las noticias que parecían más atendibles, la marcha había sido hacia Nájera y hacia aquella parte quedaban aún algunas de sus fuerzas.

Solignac marchó sobre ella. Retrocediendo ante él fue- (35)
ron los guerrilleros hasta Santo Domingo y allí desaparecieron. Porlier y su gente habíanse desvanecido como el humo, la partida que se había ido viendo era un señuelo para despistar a los franceses. Loison y Solignac, reunidos en Nájera, estuvieron dos dias sin saber a donde encaminarse. Al cabo averiguaron que Porlier había salido de Logroño sobre Soto de Cameros, recto al Sur, mientras dejaba aquellos jinetes hacia el Oeste para distraer a los enemigos. Soto era residencia de la Junta de defensa, los almacenes y depósitos estaban allí y hacia allá marcharon Solignac y Loison, por distintos caminos, confiando tener mejor suerte en esta nueva acometida.

Ahora, por lo menos, iban sobre una pista cierta. La (36)
vanguardia francesa llegó a ponerse en contacto con la retaguardia de los guerrilleros, detúvose a esperar el resto de las fuerzas y tomar descanso. En las altas cimas de los montes veían los franceses a los paisanos que huían con el ganado, pelotones de ginetes españoles que estaban de

observación y se ponían en marcha al divisar a los enemigos. Si cruzaban algún pueblo, los curas y los alcaldes salían con fingida obsequiosidad a ofrecerles refrescos para retrasar su marcha; si preguntaban por los guerrilleros, nadie los había visto, pero los caballos moribundos sobre el camino eran testimonios inequívocos, Porlier estaba cerca. Al llegar a la vista de Soto, comenzó el tiroteo de las descubiertas con los guerrilleros. Estaban a un cuarto de legua del pueblo; los franceses se detuvieron a esperar la llegada de sus tropas y entre tanto por el lado opuesto veíanse subir, marchando monte arriba, a los habitantes de Soto con sus haciendas, con el tesoro de la guerrilla. Delante iban los individuos de la Junta, las autoridades, los curas, después soldados con uniforme, luego paisanos armados, mezclados con ellos iban hombres, mujeres, niños. Para defender la retirada había quedado una compañía de caballería a la entrada de Soto y con ella unos 400 hombres en las peñas y laderas de la montaña, que hostilizaban a los franceses. Estos esperaban, para avanzar, al resto de la fuerza y así pasó el día. Los habitantes de Soto habían traspuesto el monte, ya no se les veía. Las avanzadas francesas habían llegado sobre el pueblo cuando, caída ya la noche, oyeron toques de tambor y después, en el fondo del valle, donde el pueblo se asienta, un tiroteo muy vivo. Cargó allí toda la tropa francesa, y cuando estuvo en las calles, pudo ver que los que tenía en frente eran otros franceses, del cuerpo de Loison, que, extraviados por los guías, llegaban tarde.

(37) Los españoles de Porlier habían desaparecido de nuevo mientras los franceses se fusilaban entre sí, ellos marchaban sabe Dios donde. Al amanecer del otro día prosiguieron los imperiales su persecución por Munilla y Cervera, pero desesperando de alcanzar a Porlier, fueron a acantonarse en Armedo y de allí pasaron a Logroño. Porlier volvió por los pasos que había seguido y fué a Asturias. Rocca, que refiere la expedición, acaba diciendo: «Porlier no

»habia perdido ni treinta hombres en aquella retirada en la »que habia sido perseguido por cuerpos que eran por lo »menos, cuatro veces más numerosos que el suyo». «El »General Simón, no tuvo mejor éxito en su persecución de »Mina». «Otras guerrillas semejantes a las de Mina y Por»lier existian por aquellos mismos tiempos en las otras »provincias ocupadas por los franceses. Perseguidas ince»santemente, dispersadas a menudo, veíaselas reorganizar»se siempre y comenzar de nuevo sus incursiones».

Para perseguir a Mina, en Navarra, tenia Clausel, ade- (38)
más de las tropas que guarnecían la plaza, un cuerpo independiente de 10.000 hombres escogidos. Las guerrillas corrieron Navarra, salieron a Aragón, desaparecieron momentáneamente cien veces, y otras tantas reaparecieron a espaldas de los que se creían a punto de cogerlas. «Caffare»lli a la cabeza del ejército del Norte—dice Foy—se esforza»zaba por realizar vanas expediciones contra las terribles »y numerosas guerrillas que infestaban Navarra y las pro»vincias Vascongadas».

«Nuestro ejército del Centro—dice Reiset—está disemi- (39)
»nado por los caminos dando escoltas o por las montañas »persiguiendo a las guerrillas».

Thiebault llevó 14.000 hombres contra los dos o tres (40)
mil de que a lo sumo disponía D. Julián Sánchez. Según el mismo General—cronista de la empresa— el resultado fueron encuentros parciales, destrucción de algunas partidas y sumisión de otras, el hecho positivo, que el propio autor admite, que Sánchez continuó peleando después de esa batida y acompañó a Wellington en su avance por Castilla con el contigente de fuerzas de siempre.

Reiset, refiere también dos campañas suyas contra las (41)
guerrillas de La Mancha, campañas de mucho andar, de idas y venidas contínuas, pero de resultados nulos. La primera en Octubre de 1812, desde las diez de la noche de el día 12 hasta el 19, pásase corriendo la tierra tras Morillo y su gente. Van a Piedra Buena, a Calzada del Rey, a Alma-

gro, a Bolaños, a la Membrilla, sin ver a los españoles, espera coparlos en Manzanares, pero habia salido siete horas antes que ellos llegaran. Sólo en el Moral dan con un núcleo de guerrillas (600 hombres dice), y tiene un pequeño encuentro. El resultado se califica de victoria pero el comentario no suena a eco de triunfo. «Les hemos cogido más de »50 caballos y hecho algunos prisioneros». Yo tengo que »lamentar la muerte de algunos valientes víctimas del ene»migo y 11 heridos». Al siguiente día emprenden el regreeo y a la tarde a Valdepeñas. No hay más, las guerrillas siguen su marcha sin más daños que esos pocos prisioneros y la gran expedición del segundo regimiento de la cuarta División de Dragones, termina con un parte que motiva después las gracias del General; todos contentos. En Enero un nuevo período de persecución, el enemigo es Morillo también, pero esta vez es él quien empieza atacando y y gracias a eso trábase una acción en Almagro que dura todo el día. Después sigue la marcha eterna por Valenzuela de los Baños, por Villa del Pozo y la Cañada, y Poblete, y más y más pueblos hasta que a media legua de Porcuna, Morillo hace frente a los franceses, intentan atacar éstos mas pensando «que el terreno es muy quebrado y no ofre»ce ventaja para la caballería, para evitar pérdidas consi»derables de hombres y caballos deciden no perseguir a los »guerrilleros más lejos». «Hemos perdido algunos caballos »tenemos heridos, y un muerto, emprendemos con las ma»yores precauciones el camino de Piedra Buena y allí ha»cemos alto para dormir, tomando disposiciones para de«fendernos».

Morillo, según Reiset, sale de la provincia y la persecución termina ahí. Ah, pero si no hubiese salido, él Reiset, lo habría destruido, «SI HUBIESE TENIDO FUERZAS BASTÁNTES PARA ELLO» y con esta baladronada pueril cierra el episodio. Sería curioso tener la relación de esos días escrita por Morillo.

Las derrotas que los guerrilleros les hacen sufrir vienen

artificiosamente colocadas después de la relación de un triunfo o en forma de queja contra la barbarie de los españoles o la imprudencia de sus mismos oficiales. Hubieran creido desdorar las armas del imperio si confesasen alguna vez el vencimiento, y no alcanzan a comprender que, admitidas o no, las derrotas han de aparecer de la marcha de los hechos, de sus retiradas, entre las palabras de sus afirmaciones jactanciosas.

«La escolta se había detenido imprudentemente en un (42)
»pueblo, más de 200 brigantes la habían rodeado y habría
»muerto toda ella sino hubiese llegado a tiempo una co-
»lumna de infantería». «El 21 de cazadores acababa de te-
»ner un encuentro desgraciado con varias guerrillas y aun
»cuando las derrotó matándoles muchos hombres, esto
»no compensó los 10 muertos y 40 heridos que tuvo
»la brigada». «... tres compañías de ligeros, a los cuales me
»uní, con mi húsar y seis dragones pusieron en fuga a 200
»o 300 caballos que habían aparecido a un cuarto de le-
»gua de Madrid. No ocurrió lo mismo con un destacamen-
»to del 14 de Dragones, eran 25 hombres, rodeados por más
»de 400, fueron exterminados todos, excepto el oficial y éste
»se salvó porque lo dejaron por muerto». «Una banda de
»guerrillas había sorprendido a un destacamento del 5 de
»cazadores, a mi vuelta a Illescas supe que la imprudencia
»de un subteniente había sido la causa de esta desgracia».
Y así otros y otros episodios.

Hay en la historia de las guerrillas un punto de particular interés que las Memorias tocan a veces. Las partidas cooperaban al plan general de la ofensiva, con amplia libertad ciertamente, pero subordinados en sus operaciones a lo que sabían y adivinaban que convenía a la acción común, y no sólo a la de los ejércitos españoles ligados íntimamente con ellas sino también a la de los ingleses.

«Los primeros movimientos de los ingleses en fines de (43)
»1811 fueron auxiliados poderosamente por las guerrillas

»que se mostraron más que nunca en las proximidades de »Madrid» (Miot de Melito).

(44) »En Septiembre 1809, no se pudo acometer la empresa »de conquistar a Portugal porque las municiones estaban »casi agotadas y antes de pensar en hacerlas venir de Ba»yona o Pamplona, había que batir las guerrillas que in»terceptaban las comunicaciones». «Al mismo tiempo que »se trabajaba para poner al ejército en situación de ir al »enemigo precisaba estar presto a recibirle, si tomaba la »ofensiva, y perseguir las guerrilas multiplicadas hasta lo »infinito sobre la línea de comunicaciones con Francia». «Si bien estábamos en condiciones de oponernos a las »tentativas de los ejércitos aliados andábamos lejos de te»ner medios para contener la población de las provincias »ocupadas y destruir las guerrillas que las recorrían» (Jourdan).

(45) Si Mortier retrocedió de Andalucía y permitió a los ingleses acometer a Badajoz, «fué al ver sus comunicaciones »amenazadas por las partidas que se echaron a retaguardia »suya y le hicieron emprender la retirada» (Jourdan).

(46) En los preliminares de la campaña que terminó en Arapiles, Wellington—dice Jourdan—«Juzgando que sería »peligroso intentar el paso del Duero, mientras el ejército »francés estuviera concentrado detrás de este río, ordenó a »los guerrilleros que se mostrasen sobre sus flancos y reta»guardia para interceptar los víveres que las poblaciones »circunvecinas se veían obligadas a enviar a su campo».

(47) Después de la batalla de los Arapiles tres ejércitos franceses fueron contra Wellington con ánimo de tomar el desquite, «para ello habría sido preciso que los tres ejércitos, »entre los cuales se había retirado el inglés, quedasen jun»tos, o prontos a reunirse a la primera señal, y que estuvie»sen completos y descansados. En vez de ocurrir esto las »persecuciones contra Mina y sus guerrillas los agotaron »hasta reducir sus divisiones a 2 o 3.000 hombres» (Miot).

(48) Algunos, exagerando la verdad, afirman que los ingle-

ses fomentaban las guerrillas y les repartian socorros de armas, municiones y dinero. Los ingleses no tenian simpatia por los guerrilleros y, aceptando sus servicios, estaban muy lejos de entregarles elementos de combate de los que nunca estuvieron sobrados. Quizás darían a las fuerzas regulares, las guerrillas estaban muy lejos de su manera de ser para que las comprendieran, mucho más para que las admiraran y pensasen en auxiliarlas tan generosamente, infinitamente de crearlas. En las páginas de Napier podria verse la opinión que tuvo siempre de los guerrilleros y lo poco dispuestos que estaban él y todos sus compatriotas a admitir la parte principalísima del pueblo en aquella contienda.

Según las Memorias, las guerrillas fueron destruídas mil veces y otras tantas renacieron con más brios que nunca. Los militares que hacían aquí la guerra déjanse llevar (49)
de su optimismo y repiten el estribillo de la destrucción al menor triunfo que consiguen sobre ellas. Napoleón y sus Mariscales, especialmente los que no conocían a España, las despreciaban altamente y no concebian ni que hubiera que pensar en la forma de batirlas. No entendían, por ejemplo, que la Guardia Imperial pudiera hacer otra cosa que pulverizar a los guerrilleros, mas los que peleaban aquí se hacían menos ilusiones. Una brigada de la guardia, refiere Thiebault, «había venido para combatir a D. Julián Sán»chez, para destruirlo, como se decía entonces. Era absurdo, »pero eso no impidió que se pusiera en campaña». Todo lo que consiguió fué coger ocho prisioneros, fusilarlos, y exacerbar las represalias de los patriotas. El General que mandaba fué trasladado a Valladolid y la brigada reemplazada por otro cuerpo.

Alardeaban los franceses de vencedores y se declaraban superiores a cuantos soldados habia en España, pero la realidad no confirmaba sus sueños de victoria. Era preciso buscar el triunfo fuera como fuese y, apelando a recuerdos recientes pensaron en el terror para sujetar a este país que no se entregaba.

De cómo fué en toda su crudeza no conozco datos, sí de cómo era el que practicaba Bessieres, el Mariscal que
(50) mandaba en casi todo el Norte de España y era «frío sin ser duro, severo pero no cruel» (según Broglie que habla de aquellos tiempos) y «procuró suavizar todo lo posible »los procedimientos y atraer a las gentes».

(51) «Considerando que las medidas de clemencia—decía »Bessieres en una de sus proclamas de atracción—por las »cuales nos habíamos prometido pacificar a la pobla»ción, no han producido otro resultado que aumentar las »partidas de insurgentes», los Ayuntamientos debían formar listas de los ausentes que no habitaran en parajes ocupados por las tropas francesas, y esos ausentes deberían volver a sus domicilios en término de un mes, so pena de ser tenidos por «insurgentes», y ver sus bienes confiscados. «Los padres, hijos, hermanos, y sobrinos de los insurgentes »serían responsables de todo acto de bandidaje cometido »por éstos». «Si algún habitante fuese secuestrado deten»dríase inmediatamente a tres de los parientes más pró»ximos del insurgente que lo hubiera llevado para servir »de rehenes. Si aquel fuera muerto por las guerrillas los »rehenes serán fusilados sin más forma de proceso».

(52) A los Ayuntamientos que no denunciaban la maicha y pasos de los guerrilleros imponíales contribuciones ruinosas. «Los curas de esos pueblos debían ser arrestados y »puestos en prisión hasta que pudieran ser deportados. To»marianse 10 rehenes entre los habitantes más ricos de la »localidad y quedarían detenidos hasta el pago de la con»tribución. Si ésta no se hiciese efectiva en los cinco días »primeros, los Ayuntamientos serían ejecutados militar»mente».

(53) A todas estas medidas, que ningún resultado dieron, cuyo único fin era amedrantar al pueblo, pone el siguiente comentario el mismo que lo recuerda: «Al leer de nuevo, »medio siglo después de haberlos copiado estos textos odio«sos en los que más parece verse la mano de un terrorista

»de la Vendée que la de un Mariscal del Imperio hablando »en nombre del Código civil, y el Concordato, no puedo »menos de experimentar profundo sentimiento de humilla- »ción y pena. Yo no tenía la culpa de tales decretos y mi »nombre sólo aparecía como el del amanuense o copista »que estampa su firma para aseverar que la copia es fiel, »pero reconozco que debí jugarme el todo por el todo antes »que prestarme siquiera a eso».

Las medidas de represión tiránica, las amenazas, las venganzas, nada valieron. Las guerrillas subsistieron hasta el fin peleando siempre. Asediaron las ciudades ocupadas, dominaron los campos, guerrearon sin cesar a su manera, con los ejércitos imperiales supliendo la falta de los nuestros. Donde pudieron, como pudieron, defendieron el suelo sagrado de la patria sin desmayo ni vacilaciones.

Estaban en la frontera, en el corazón de la Península, o (54) dentro mismo de Francia. Rocca y Naylies nos cuentan cómo hacían sus presas las guerrillas a la vista de Irún. La Duquesa de Abrantes refiere que Mina llegó a poner fuego al puente de Bidasoa, Rocca recuerda, con admiración, que en los días en que las tropas francesas asediaban a Cádiz y a Lisboa, los guerrilleros entraban en sus incursiones hasta las puertas de Tolosa de Francia.

La historia de las guerrillas se forma de episodios sin cuento, perdidos los más, salvados algunos del olvido por el cuidado de los propios o la pluma de nuestros enemigos. En la narración de sus recuerdos y aventuras, sueltos aquí y allá, dejaron los franceses fragmentos de la crónica, formarla completa con esos retazos sería labor imposible, yo sólo he pretendido recoger la impresión que en sus Memorias nos dejaron.

«Inútil, al par que fastidioso—dice Jourdan—sería (55) hacer la relación de los innumerables combates con las guerrillas», para ellos quizás lo uno y lo otro, para nosotros no.

Pero el tiempo pasa, ni la curiosidad diligente, ni el

amor filial a las glorias patrias, ni el afán de reconstituir el pasado, han sido estímulo que nos movieran y nadie ha intentado escribir la crónica inmortal del pueblo en guerra. De una en otra generación pasó la obligación sagrada, y no cumplida aún, pesa hoy sobre nosotros.

¡Ah, historia de las guerrillas, quién te escribirá! ¡Quién sabrá contar la grandeza de tus luchas diminutas! ¡Quién acertará con palabras que trasladen al papel el esfuerzo colosal de todo un pueblo y tendrá arte y alma para dar vida al héroe multitud, gloria y prez de nuestro abolengo!

BIBLIOGRAFÍA
Y
TABLA DE CITAS

Bibliografía

Los libros cuyo estudio forma la base de esta obra, son los que se relacionan a continuación. Las palabras de letra bastardilla, son las que se emplean para designarlos en esta Tabla de Citas.

Abrantes.—Memorias de la Duquesa de Abrantes, versión española de F. Bellido, volúmenes VI a XIII, París, Garnier hermanos, en 8.°

Bapts.—Souvenirs d'un Canonnier de l'Armée d'Espagne (1808-1814), París, J. Rouam & Ci, 1892, en 4.° mayor.

Barante.—Souvenirs du Baron de Barante (1782-1866), volumen I, Calman Levy, París, 1893, en 4.°

Baste.—Memoires du Capitaine de Fregate Pierre Baste, publicadas en la «Collection des Memoires relatifs aux revolutions d'Espagne par M. Alph. de Beauchampo», volumen II, páginas 1 a 83, L. G. Michaud, París, 1824, en 8.°

Bigarré.—Memoires du General Bigarré, Aide de Campo du Roi Joseph (1775-1813), Ernest Kolb, París, en 4.°

Billon.—Souvenirs d'un Velite de la Garde sous Napoleon I, deuxieme edition, Plon Nourrit & Cie, París, 1905, en 8.°

Blaze (E.).—La Vie Militaire sous le premier Empire par Elzear Blaze, París, Garnier fréres, en 8.°

Blaze (S.).—Memorias de un Boticario, traducción de M. R Martínez, Editorial Hispano Americana, París, en 8.°

Bourgogne.—Memoires du Sergent Bourgogne (1812-1813), publiés par Cottin & Renault, Hachette & Cie, París, 1909, en 8.°

Brandt.—Souvenirs d'un Officier Polonais, Scenes de la Vie Militaire en Espagne et en Russie (1808-1812), G. Charpentier, París, 1877, en 8.°

Broglie.—Souvenirs du Duc de Broglie (1785-1870), volumen I, deuxieme edition, París, Calman Levy, 1886, en 4.°

Castellane.—Journal du Marechal Castellane (1804-1862), volumen I, quatrieme edition, Plon Nourrit & Cie, París, 1897, en 4.°

Coignet.—Les cahiers du Capitaine Coignet (1799-1815). publiés par Loredan Larchey, Hachette & Cie, París, 1912, en 8.°

Colbert.—Le General Auguste Colbert, traditions, souvenirs et documents touchant sa vie et son temps, Berger, Levrault & Cie, París, volumen III, 1888, en 8.°

Correspondencia de Joseph.—Memoires et correspondance du Roi Joseph, publiés, annotés et mis en ordre par A. Du Casse, Perrotin, libraire editeur, volúmenes I a X, París (1853-1854), en 4.°

Correspondencia de La Forest.—Correspondance du Comte de La Forest, Ambassadeur de France en Espagne (1808-1813), publié par M. Geoffroy de Grandmaison, volúmenes I a VII, Alphonse Picard et Fils, París (1905-1913), en 4.°

Chlapowski.—Memoires sur les guerres de Napoleon (1806-1813), tradución francesa de Chelminski y Malibran, Plon Nourrit & Cie, París, 1908, en 8.°

Daudevard.—Diario histórico de los Sitios de Zaragoza, por J. Daudevard de Ferussac, oficial del ejército sitiador, vertido al español por F. J. J., Zaragoza, librería de C, Gasca, 1908, en 4.° menor.

Desboeufs.—Souvenirs du Capitaine Desboeufs, publiés par Ch. Desboeufs, Alphonse Picard et Fils, 1901, París, en 4.°

Espinchal.—Hyppolite D'Espinchal, Souvenirs militaires (1792-1814), publiés par Mason & Boyer, volúmenes I y II, P. Ollendorff, París, 1901, en 4.°

Fantin.—Journal du General Fantín des Odoards, Etapes d'un officier de la Grande Armée (1800-1830), Pon Nourrit & Cie, París, 1895, en 4.°

G. de Grandmaison.—Geoffroy de Grandmaison, L'Espagne et Napoleon, deuxieme edition, Pion Nourrit & Cie, París, 1908, en 4.°

Girardin.—A la Cour du Roi Joseph, Souvenirs du Comte de Girardin, editions Louis Michaud, París, 1911, en 8.°

Girod de l'Ain.—Vie militaire du General Foy, Plon Nourrit & Cie. París, 1900, en 4.°

Gonneville.—Souvenirs militaires du Colonel de Gonneville, troisieme edition París, Perrin & Cie, 1895, en 8.°

Grivel.—Memoires du Vice-Amiral Baron de Grivel, Revolution-Empire, deuxieme edition, Plon Nourrit & Cie, París, 1914, en 4.°

Jourdan.—Memoires militaires du Marechal Jourdan (Guerre de Espagne), publiés d'apres le manuscrit original, E. Flammarión, París.

Lejeune.—Memoires du General Lejeune, publiés par G. Bapst, volúmenes I y II, París, Firmin Didot, 1896, en 8.°

Lettres de Murat.—Lettres et documents pour servir a l'histoire de Joachin Murat (1765-1815), publiés par S. A. le Prince Murat, volúmenes V y VI, Plon Nourrit & Cie, París, 1911-1912, en 4.°

Marbot.—Memoires du General Baron de Marbot, volumen II, París, Plon Nourrit & Cie, en 8.°

Marcel.—Campagnes du Capitaine Marcel, du 69 de ligne en Espagne et Portugal, mises en ordre, annotées et publiés par le Comandant Var, Plon Nourrit & Cie, París, 1913, en 8.°

Miot.—Memoires du Comte Miot de Melito, ancien Ministre, Ambassadeur Conseiller d'Etat et Membre de l'Institut, volúmenes II y III, Michel Levy fréres, editeurs, París, 1873-1874, en 8.°

Morvan.—Jean Morvan, Le Soldat Imperial (1800-1814), Plon Nourrit & Cie, volúmenes I y II, París, 1914, en 4.°

Naylies.—Memoires sur la Guerre d'Espagne, par M. de Nayles, officier superieur des Gardes du Corps de Mon-

ssieur, París, Magimel, Anselin & Pochard, 1817, en 4.° menor.

Parquin.—Souvenirs et Campagnes d'un vieux soldat de l'Empire, par le Comandant Parquin, Berger Levrault, París, 1903, en 4.°

Pepé.—Memoires du General Guillaume Pepé (1783-1846), publiés par L. Mouton, Perrin & Cie, París, 1906, en 4.° menor.

Pion.—Mes Campagnes (1792-1815), Notes et correspondance du Colonel d'Artillerie Pion des Loches, mises en ordre et publiés par Chipon & Pingaud, Firmin Didot & Cie, 1889, París, en 4.° menor.

Reiset.—Souvenirs du Lieutenant General Viconte de Reiset (1775-1814), publiés par le Vicomte de Reiset, Calman Levy, París, 1899, volúmenes I y II, en 4.°

Rocca.—Memoires sur les guerres des Francais en Espagne, Geneve, Imprimerie J. G. Fick, 1887, en 4.°

Saint-Chamans.—Memoires du General Comte de Saint Chamans (1802-1832), Plon Nourrit & Cie, París, 1896, en 4.°

Sprangzi.—Souvenirs de Frederic Sprangzi, publiés par G. Desdevices du Dezert dans la Revue Hispanique, París, Macon Prolat, 1904.

Thiebault.—Memoires du General Baron de Thiebault, publiés par F. Calmettes, volumen IV (1806-1813), Plon Nourrit & Cie, París, 1890, en 4.°

Vivien.—Souvenirs de ma vie militaire, par le Comandant Vivien (1791-1822), Hachette & Cie, París, 1907, en 8.°

Zurlinden.—Napoleon et ses Marechaux par le General Zurlinden, Ancien Ministre de la Guerre, volumen II, París, Hachette & Cie, 1910.

Los números que van al margen del texto de la obra hacen referencia a las citas de la tabla siguiente

CITAS DEL CAPÍTULO I

1. Vivien, 2.
2. Vivien, 2.
3. Rocca, 10.
4. Marcel, 120.
5. Broglie, volúmen I, VI.
6. Lejeune, volumen II, 53; volumen I, 172.
7. Grasset, volumen I, 16-17; Jourdan, 105.
8. Bigarré, 259.
9. Lejeune, volumen II, 96.
10. Lettres de Murat, volumen V, 424; 2 Mayo de 1808.
11. Thiebault, 457.
12. E. Blaze, 1-2.
13. E. Blaze, 3.
14. Colbert, 212-213.
15. E. Blaze, 355.
16. Billón, 165 a 172; Naylies, 193.
17. Lettres de Murat VI, 51.
18. Fantín, 289-290.
19. Naylies II-III.

CITAS DEL CAPÍTULO II

1. Grivel, III-IV.
2. Naylies, I-II, Pion, XXVI-XXVII.
3. Pion XXVIII, Billon V
4. Pion, XXVI.
5. Espinchal, volumen II, 31, Rocca, 84-85. Espinchal, volumen II, 13, Rocca, 104. Espinchal, volumen II, 30, Rocca, 83.

CITAS DEL CAPÍTULO III

1. Grasset, 122-123.
2. Grasset, 95, 96, 97, 98, 100, 101 y 139.
3. Abrantes, volumen, X 27.
4. S. Blaze, 17-30. Grasset, 227-228 Lejeune, volumen I, 90. Marbot, 14-18. Abrantes, vol. IX, 44.
5. Thiebault, 134.
6. Grasset, 122-123.
7. Marbot, 4. Grasset, 139.
8. Thiebaul, 134 a 139.
9. Thiebaul, 127.
10. Marbot, 4. Morvan, volumen, I, 409 y 410.,
11. Marbot, 4.
12. Grasset, 193.
13. Grasset, 141.
14. Grasset, 130.
15. Grasset, 145-146.
16. Grasset, 146-147.
17. Castellane, 10 a 14; 40 a 13.
18. Grasset, 250; Castellane, 11, 12 y 13.
19. Castellane, 13-14. Grasset 252-3, Grasset 252.
20. Grivel, 143.
21. Marbot, 9; Grivel, 141.
22. Grivel, 142.
23. Thiebaul, 133-4.
24. S. Blaze, 14-5.
25. Abrantes, volumen VI 279.
26. Lettres de Murat, volumen, IV, 319.

27. Grasset, 252-3.
28. Grasset, 252-3; Morvan, volumen II, 411 Thiebault, 127.
29. Marbot, 20.
30. G. de Grandmaisson, 130-1.
31. Lettres de Murat, volumen V, 323-4 Marzo 1808.
32. Lettres de Murat, volumen V, 351; 16 Marzo 1808; 353, 17 Marzo 1808.
33. Lettres de Murat, volumen V, 345-6; 15 Marzo; 350, 16 Marzo; 397, 28 Marzo; 354, 17 Marzo; 343, 14 Marzo; 373, 22 Marzo, año 1808.
34. Lettres de Murat, volumen V, 374, 23 Marzo; 376, 24 Marzo; 375 y 377, 24 Marzo, año 1808.
35. Abrantes, volumen X, 147-8; 153-4; Lejeune, volumen I, 95; Grivel, 144.
36. Grivel, 146.
37. Lejeune, volumen I, 89
38. Chlapowski, 105.
39. Lejeune, volumen I, 105.
40. Rocca, 9; Saint Chamans, 106.
41. Saint Chamans, 108-9.

CITAS DEL CAPÍTULO IV

1. Marbot, 9.
2. Grasset, 249.
3. Grasset, 250.
4. Lettres de Murat, volumen V, 359, 19 Marzo 1808.
5. Lettres de Murat, volumen V, 375, 379, 380, 24 Marzo 1808.
6. Lettres de Murat, volumen V, 385, 25 Marzo 1808.
7. Lettres de Murat, volumen V, 385, 25 Marzo, 1808.
8. Rocca, 276.
9. Lettres de Murat, volumen V, 422, 424, 2 Abril 1808.
10. Lettres de Murat, volumen V, 451, 10 Abril 1808.
11. Lettres de Murat, volumen V, 471, 16 Abril 1808.
12. Lettres de Murat, volumen V, 482, 18 Abril 1808.
13. Lettres de Murat, volumen V, 484-5, 19 de Abril 1808.
14. Lettres de Murat, volumen V, 485, 19 Abril 1808.
15. Lettres de Murat, volumen V, 491, 20 Abril 1808.
16. Lettres de Murat, volumen V, 498, 21 Abril 1808.
17. Lettres de Murat, volumen VI, 5-6 y 23 Abril 1808.
18. Lettres de Murat, volumen VI, 7, 23 Abril; 10, 25 Abril; 12 y 13, 25 Abril; 16 y 20, 27 Abril, año 1808.
19. Lettres de Murat, volumen VI, 21-2, 27 de Abril; 23-4, 28 Abril, año 1808.
20. Lettres de Murat, volumen VI, 31, 1 Mayo 1808.
S. Blaze, 34.

21. Lettres de Murat, volumen VI, 40, 2 Mayo 1808.
22. Marbot, 37-38.
23. Abrantes, volumen X, 152.
24 Marbot, 41.
25 Laforest, volumen I, 4.
26. Lettres de Murat, volumen VI, 50, 4 Mayo 1808.
27. Lettres de Murat, volumen VI, 53, 4 Mayo 1808.
28. Lettres de Murat, volumen VI, 71, 8 Mayo 1808.
29. Lettres de Murat, volumen VI, 141, 18 Mayo 1808 (al amanecer).
30. Lettres de Murat, volumen VI, 142, 18 Mayo 1808.
31. Lettres de Murat, volumen VI, 193, 4 Junio 1808.
32. Lettres de Murat, volumen VI, 207, 5 Junio 1808.
33. Foy, volumen IV, 47.
34. Miot, volumen III, 11.
35. Grivel, 172.
36. Rocca, 34.
37. Marbot, 53.
38. Marbot, 59.
38 b. Girardin, 72, 68, 71.
39. Rocca, 14-5.
40. Fantín, 185.
41. Miot, volumen III, 31.
42. Miot, volumen III, 32.
43. Rocca, 33-34.
44. Pion, 248-249.
45. Pion, 251-252.
46. Jourdan, 112.
47. Rocca, 49, 58-59.
48. Naylies, 11; Jourdan, 110; Miot, volumen III, 48-49; Jourdan, 110-111.
49. Abrantes, volumen X, 291.
50. Jourdan, 131.
51. Jourdan, 169-177-179.
52. Fantin, 262.
53. Miot, volumen III, 128
54. Jourdan, 297.
55. Miot, volumen III, 131-132; Abrantes, volumen XII, 281-282; Miot, volumen III, 132.
56. Abrantes, volumen XI, 282.
57. Girod de l'Ain, 343-344.
58. Girod de l'Ain, 346-349.
59. Girod de l'Ain, 359.
60. Thiebault, 405.
61. Abrantes, volumen XII, 264.
62. Jourdan, 299.
63. Jourdan, 292.
64. Thiebault, 499-500.
65. Saint-Chamans, 170-171; Jourdan, 128.
66. Marcel, 58; Reiset, volumen II, 354; Girod de l'Ain, 391.
67. Thiebault, 405; Jourdan, 457; Jourdan, 316; Espinchal, volumen II, 41.
68. Marbot, 10; Brandt, 18-19, 172; Parquin, 332; Jourdan, 297,56.

CITAS DEL CAPÍTULO V

1. S. Blaze, 7-8.
2. Morvan, volumen I, 93 74-90.
3. Morvan, volumen I, 90
4. Morvan, volumen I, 71.
5. E. Blaze, 13-14.
6. Fantín, 191.
7. E. Blaze. 1 a 3.

8. E. Blaze, 353.
9. E. Blace, 418.
10. Gonneville, 106.
11. Gonneville, 108.
12. Rocca, 85, 85-86, 86-87; Espinchal, volumen II, 31; Girod de l'Ain, 86.
13. Girod de l'Ain, 95, 178-179.
14. Naylies, 72.
15. Espinchal, volumen II, 31.
16. Brandt, 44.
17. Rocca, 84-85; Espinchal, volumen II, 31.
18. Bapst, 34.
19. Bapst, 24.
20. Thiebault, 406.
21. E. Blaze, 55 a 60.
22. Brandt, 77.
23. Reiset, volumen II, 291; Pepé, 196.
24. Pepé, 204; Marbot, 482-483; Marcel, 230; Abrantes, volumen XII; Brand, 160-101-180-186.
25. Pepé, 204 a 207.
26. Thiebault, 537.
27. Abrantes.
28. Gonneville, 100, 101, 105, 225-6. Brandt, 85-86.
29. S. Blaze, 105-6 y 112-13
30. S. Blaze, 122; Grivel, 209 y 236.
31. S. Blaze, 123, 125 a 128.
32. S. Blaze, 123; Grivel, 237.
33. Brandt, 167-68.
34. Brandt, 176.
35. Parquín, 284 a 288.
36. Thiebault, 407 a 409.
37. E. Blaze, 220.
38. Billón, 152; E. Blaze, 225.
39. Saint Chamans, 187.
40. Miot, III, 245.
41. Espinchal, II, 102.
42. E. Blaze, 338.
43. Espinchal, II, 139 a 141; Rocca, 188-89.
44. Lejeune, I, 241.
45. Bapst, 9-10; Miot, III. 30.
46. Saint Chamans, 108-9; Thiebault, 127. Castellane, 34, 24 y 26.
47. Girod de l' Ain, 352.
48. Girardin, 82, 148, 82, 85, 82 y 103.
49. Espinchal, II, 68.
50. Girod de l' Ain, 205-6, 182 y 352.
51. Rocca, 144; Girod de l' Ain, 93; Naylies, 119.
52. Jourdan, 426; Miot, III, 37; Girod de l' Ain, 205; Bapst, 25; Girod de l' Ain, 160 y 354.
53. Miot, III, 37.
54. Girardin, 148.
55. Girardin, 82-3.
56. Thiebault, 245 a 247.
57. Thiebault, 246; Girardín, 138-39; Castellane, 24-5; Bapst, 37-8.

CITAS DEL CAPÍTULO VI

1. Parquín, 262; Thiebault, 149; Marbot, 303; Thiebault, 159.
2. Abrantes, volumen X, 168.
3. Thiebault, 475 a 477.
4. Marcel. 103.
5. S. Blaze, 51.
6. Gonneville, 202; Thiebault, 331; Fantín, 218 y 219.
7. Desboeufs, 143; Rocca, 114-5.
8. Thiebault, 129-30.

9. Thiebault, 310-11 y 480 a 482.
10. Abrantes, volumen X, 184; Thiebault, 561 a 563.
11. Thiebault, 571.
12. Thiebault, 562; Lejeune, II, 46; Abrantes, volumen XI, 230; Lejeune, I, 116-17.
13. Parquín, 289 a 292; Naylies, 155.
14. E. Blaze. 337.
15. E. Blaze, 337.
16. Bapst, 35 y 36; Thiebault, 395.
17. Saint Chamans, 133 a 135, 138 a 140: Miot, III, 80-1; Naylies, 116; Fantín, 222 a 229; Jourdan, 217-218; Marbot, 364 a 367; Bigarré, 244-45; Thiebault, 337 a 341; Saint Chamans, 140 a 142; Jourdan, 216-17; Marbot, 367-375; Bigarré, 245-46; Girod de l' Ain, 81-2.
18. Saint Chamans, 150.
19. Saint Chamans, 150.
20. Saint Chamans, 151.
21. Naylies, 134-35, Fantín, 240; Saint Chamans, 157-58 y 161; Thiebault, 344; Girod de l' Ain, 359 y 363; Marbot, 411; Girod de l' Ain, 101; Jourdan, 334-35; Thiebault, 477 y 480.
22. Marbot, 334; Abrantes, volumen XI, 210, 213 a 215, 226 a 229, 239 a 242; Thiebault, 412 a 415, 488 y 519.
23. Thiebault, 535, 553 y 572-73; Fantín, 258-59 y 265; Marbot, 374-75 y 461 a 467.
24. Broglie, 159.
25. Girod de l' Ain, 151.
26. Lejeune I, 161.
27. Lejeune I, 218.
28. Zurlinden, II, 195.
29. Naylies, 119-20.

CITAS DEL CAPÍTULO VII

1. Grivel, 238-39.
2. Morvan, I, 411-12; Jourdan, 244.
3. Girod de l' Ain, 355.
4. Girod de l' Ain, 357 y 359.
5. Reiset, II, 265; Espinchal, II, 52 y 102; Reiset, II, 229 y 262.
6. Desboeufs, 162 a 165.
7. Morvan, I, 413 y 416.
8. Reiset, II, 382.
9. Reiset, II, 233-34, 259, 273, 324 y 262; Girod de l' Ain, 353.
10. Morvan, I, 416-17; Daudevard, 21-2.
11. Espinchal, II, 76 y 86; S. Blaze, 180.
12. Fantín, 259.
13. Fantín, 260-61.
14. Bapst, 25 y 29-30.
15. Thiebault, 454.
16. Gonneville, 113; Fantín, 242.
17. Marcel, 30 y 71; Vivien, 178 a 185.
18. Naylies, 197; Morvan, I, 413.
19. Morvan, I, 412.
20. Naylies, 140-41.
21. Desboeufs, 153; Naylies, 140-41; Brandt, 169; Morvan, I, 412.

22. Grivel, 258; Gonneville, 230.
23. Espinchal, I, 371; Espinchal, II, 21; Espinchal, II, 34-5; Brandt, 180-82.
24. Gonneville, 222: Rocca, 86-7.
25. Abrantes, volumen XI, 282.
26. Saint Chamans, 201; Brandt, 70 y 83.
27. Bapst, 30 1.
28. S. Blaze 79; Thiebault, 303.
29. Thiebault, 304-5.
30. S. Blaze, 153 a 158.
31. Naylies, 181-82.
32. Naylies, 131, 190 y 218.
33. Desboeufs, 173; Naylies, 214; Bapst, 37; Reiset, volumen II, 321 y 337; Naylies, 215.
34. Reiset, volumen II, 278 y 281-82; Girod de l'Ain, 94-5.
35. Jourdan, 64.
36. Morvan, volumen I, 410; E. Blaze, 6 a 8.
37. Reiset, volumen II, 247 y 278.
38. Vivien, 193; Marcel, 145.

CITAS DEL CAPÍTULO VIII

1. E. Blaze, 50.
2. Thiebault, 139 y 141.
3. Brandt, 107-8.
4. S. Blaze, 10 y 176; Brandt Castellane, 15; Reiset, volumen II, 258.
5. Reiset, volumen II, 258 y 352.
6. Naylies, 124, 127 y 130.
7. Reiset, volumen II, 304-5.
8. Reiset, volumen II, 300.
9. Gonneville, 110, 112, y 205-6; Marbot, 91; Desboeufs, 150-51; Fantín, 257; Brandt, 19, 20, 56 y 183; Rocca, 31; Naylies, 53-4 y 57-8; Marcel, 147; Naylies, 59 y 125-26; Reisset, II, 214-15 y 260.
10. Naylies, 58-9; Rocca, 30-1.
11. Naylies, 26 a 30; Marbot, 87 a 89.
12. Marbot, 91-2.
13. E. Blaze, 65-6; Fantín, 191.
14. Rocca, 24 a 26.
15. Naylies, 181.
16. Castellane, 24.
17. Gonneville, 204; Naylies, 180.
18. E. Blaze, 27; Rocca, 38-9.
19. Naylies, 148-49; E. Blaze, 28.
20. Naylies, 71 y 147-48.
21. Naylies 71 y 189-90.
22. Naylies, 71.
23. Naylies, 71-2; Rocca, 82-3.
24. E. Blaze, 30; Rocca, 204-5.
25. Rocca, 19.
26. Rocca, 101-2.
27. Rocca, 104; Naylies, 145 y 206; Espinchal II, 13.
28. Rocca, 103-4.
29. Espinchal, II, 30; Rocca, 83.
30. Espinchal, II, 54; Rocca, 84; Espinchal, II, 30.

31. Rocca, 83-4; Marbot, 422; Brandt, 113 a 115; Rocca, 28-9; Naylies, 72; Billón, 223 y 232.
32. E. Blaze, 96, 106 y 93; Bapst 35; E. Blaze, 115; Bapst, 35; E. Blaze, 93.
33. Castellane, 25; Espinchal, II, 79 a 83.
34. Pepe, 196.
35. Marbot, 95; Fantín, 196.
36. Abrantes, volumen, XI, 275.
37. Thiebault, 286.
38. Girod de l' Ain 352; Reiset, II, 230, 278 y 280; Marbot, 398.
39. Reiset, II, 274, 279, 278, 283, 279-80 y 286; Girod de l' Ain, 148.
40. Morvan, I, 329.
41. E. Blaze, 284-85; Girardín, 108-9; Thiebault, 234; Reiset, II, 229, 336 y 361.
42. Morvan, I, 329.
43. Rocca, 118; Girod de l' Ain, 352; Marcel, 143-14.
44. Marbot, 105-6.
45. Brandt, 24 a 26.
46. Gonneville, 195 a 197.
47. Brandt, 152 a 154; Fantín, 262 a 264.
48. S. Blaze, 60.
49. Lejeune, II, 115.
50. Lejeune, II, 121.
51. Lejeune, II, 112; Blaze 68 a 71; Lejeune, II, 114; S Blaze, 72, 92 3, Lejeune, II, 126.
52. Brandt, 156-57.
53. Fantín, 230 a 237; Saint Chamans, 148-49; Naylies, 126-27; Jourdan, 235.
54. Castellane, 27; Lejeune, I, 154.
55. Marbot, 442-43; Marcel, 246.
56. Jourdan, 417-18 y 385, Girod de l' Ain, 163, 209 y 395; Thiebault 560-61.

CITAS DEL CAPÍTULO IX

1. Marcel, 103-4; Parquín 254; Reiset, II, 299.
2. Pepé, 197; Thiebault, 258, 201-2.
3. Abrantes, X, 168 a 172
4. Thiebault, 145 a 147 y 158-59.
5. Thiebault 158-59; Saint Chamans, 159.
6. Lejeune, I, 100-1; Miot, III, 224.
7. Miot, III, 39 y 53.
8. Thiebault, 148-49 y 264.
9. Thiebault, 198-99; Savary, III, 420.
10. Bigarré, 293 y 312.
11. Thiebault, 133, 159 y 160.
12. Thiebault, 199 a 201.
13. Thiebault, 199 a 201, 197 a 199 y 311-12.
14. Thiebault, 151 a 153.
15. Thiebault, 468; Miot, III, 301; Castellane, 35-6.
16. Abrantes, XI, 33 a 58.
17. Marcel, 102-3.
18. Thiebault, 474.
19. Morvan, I, 413-14 y 416; José V, 39.
20. Thiebault, 423.
21. Reiset, II, 240.
22. Gonneville, 143; Miot, III, 183.
23. Girod de l' Ain 150, 152, 151 y 162.

24. Thiebault, 288.
25. Thiebault, 370.
26. E. Blaze, 419-20.
27. Reiset, II, 277 y 301.
28. Desbeoufs, 195-96.
29. Miot, III, 317.
30. Bapst, 41.
31. Gonneville, 231 y 224; Parquín, 258.
32. Bigarré, 283.
33. Billón, 84; Thiebault, 198.
34. Gonneville, 231 a 235; Brandt, 116; Espinchal II, 6-7; Bigarré, 260-61.
35. Girardín, 52 y 74; Miot, III, 14.
36. Girardín, 74, 82, 83, 84 y 83-4.
37. Morvan, I, 413.
38. Thiebault.
39. Thiebault, 475 a 477 y 378.
40. Thiebault, 287-88; Morvan, I, 416; Thiebault, 292.
41. Morvan, I, 418.
42. Desboeufs, 162 y 165; Vivien, 198 a 204; Brandt, 137; Gonneville, 180-81.
43. Thiebault, 474-75; Abrantes, XI, 252.
44. S. Blaze, 125 a 128.
45. Parquín, 259 a 261.
46. Espinchal, II, 6-7; Parquín, 269 a 273; Thiebault, 141 a 144; Savary, III, 420.

CITAS DEL CAPÍTULO X

1. Bapst, 16, 16-7 y 18.
2. Lejeune, I, 189-90.
3. Brandt, 33; Lejeune, I, 202.
4. Billón, 154.
5. Lejeune, I, 215.
6. Lejeune, I, 215.
7. Girardín, 131 y 136; Thiebault, 295.
8. Saint Chamans, 124-25; Brandt, 72-3.
9. Brandt, 106-7; Naylies, 207-8; Marcel, 104.
10. Marcel, 73 y 70.
11. Marcel, 43 y 45.
12. Naylies, 114.
13. Girardín, 88 138-39.
14. Girardín, 140.
15. Brandt, 155-56; Desboeufs, 156.
16. Girardin, 88.
17. Fantín, 257; Naylies, 177-78.
18. Espinchal, II, 19 y 45; Miot, III, 116 y 297; Fantín, 235; Naylies, 179, 205-6 y 12.
19. Naylies, 213 y 170.
20. Reiset, II, 209; Naylies, 179-80.
21. Naylies, 184-85; Girardín, 130-31.
22. Marbot, 4; Fantín, 187-88 y 256.
23. Fantín, 274 a 277.
24. Saint Chamans, 164.
25. Reiset II, 278; Thiebault, 453.
26. Pepé, 197.
27. Marcel, 44-5; Girardín, 96.
28. Brandt, 42-3.
29. Fantín, 255; Brandt, 59
30. Girardín, 130 y 131; Abrantes, XII, 137; Fantín, 245.
31. Fantín, 245; Marcel, 125; Naylies, 114; Espinchal, II, 130; Marbot, 417-18; Marcel,

124; Marbot, 418; Fantín, 254.
32. Naylies, 114; Fántín, 245; Jourdan, 370; Girod de l' Ain, 157.
33. Jourdan, 330; Abrantes, XII, 146; Marcel, 124-25,
34. Espinchal, II, 127.
35. Espinchal, II, 52. 55, 58, 127 y 130.
36. E. Blaze, 30-1; Pion, 251; Naylies, 197; Girardín, 82 y 85; Marcel, 77.
37. Rocca. 144; Fantín, 188; Girod de l' Ain, 345.
38. Thiebault, 286.
39. Rocca, 144.
40. Girod de l' Ain, 404.
41. Thiebault, 548-49; Girod de l' Ain, 404.
42. Desboeufs, 151.
43. Jourdan, 394 y 423; Correspondance de José, IX, 33; Miot, III, 184 y 335.
44. Marbot, 418-19.
45. Rocca, 11-2; Parquín, 187-88; Grivel, 229 y 231.
46. Marcel, 223.
47. Girardín, 128.
48. Vivien, 275 y 279.

CITAS DEL CAPÍTULO XI

1, Marcel, 18-9.
2. Espinchal, II, 58, 121 y 122; Castellane, 51; Marcel, 102; Baste, 22; Castellane, 25.
3 Girardín, 147.
4. Colbert, 461-62.
5. Thiebault, 282; Marcel 125; Espinchal, II, 5.
6. Thiebault, 403.
7. Espinchal, I, 354; E. Blaze, 86.
8. Naylies, 160-61.
9. Thiebault, 384.
10. Thiebault, 403-4 y 285.
11. Fantín, 210.
12. Marbot, 35-6; S. Blaze, 34.
13. Vivien, 192 a 196.
14. Castellane, 44.
15. Gonneville, 126.
16. Espinchal, II, 133.
17. Espinchal, II, 120.
18. Thiebault, 281-82.
19. Pion, 253.
20. Naylies, 143-44; Fantín, 245; Naylies, 144.
21. Naylies, 64-5.
22. Fantín. 228.
23. Girardín. 14; Naylies, 165-66 y 187; Jourdan, 315.
24. Miot III, 9; Rocca, 109.
25. Marbot, 69.
26. Jourdan, 305-6; Rocca, 197.
27. Abrantes, X, 247.
28. Saint Chamans, 149; Fantín, 255; Brandt, 59
29. Girardín, 57 y 58-9.
30. Espinchal, II, 80; Jourdan, 200-1; Gonneville 197; Jourdan, 326; Rocca, 27; Brandt, 109-155; Jourdan, 175.
31. Jourdan, 139, 178 y 358; Marbot, 94; Brandt, 155; Castellane, 24-5; Jourdan, 210; Espinchal, II, 139 y 121-22; Girardín, 106; Fantín, 225; Girardín, 14; Girardín, 82, 85 y 96; Saint Chamans, 130; Brandt, 174; Miot, III, 37; Jourdan, 200-1 y 358.

32. Brandt, 85; Billón, 174; Girardín, 106; Naylies, 23; Espinchal, I, 343; Grivel, 157-8; Castellane, 25.
33. Baste, 21; Naylies, 284; Baste, 21 a 24, 30; Naylies, 284; Jourdan, 88.
34. Girardín, 106 y 150-31; Castellane, 27.
35. Pion, 249.
36. Rocca, 27: Fantín, 192.
37. Marcel, 182 a 184.
38. Espinchal, II, 121 a 123; Fantín, 256; Marcel, 72.
39. Naylies, 183-4.
40. Marcel, 192 a 194.
41. Marcel, 11; Gonneville, 97; Naylies, 11; Jourdan. 88.
42. Fantín, 189; Rocca, 19 y 20.
43. Naylies, 1; Gonneville, 97; Saint Chamans, 109.
44. Girardín, 132-33. Rocca, 19 y 20; Fantín, 189.
45. Marcel, 10; Miot, III, 36.
46. Fantín, 189.
47. Castellane, 33.
48. Jourdan, 88. Marcel, 10; Rocca, 19 y 20; Fantín, 189; Marcel, 10; Girardín, 152 y 133.
49. Marcel, 11; Jourdan, 88; Girardín, 136; Reiset, II, 211.
50. Pion, 248; Miot, III, 36-7; Lejeune, I, 105.
51. Lejeune, I, 105; Girardín, 152.
52. Miot, III, 37.
53. Thiebault, 282 y 236.
54. Fantín, 189.

CITAS DEL CAPÍTULO XII

1. Espinchal, II, 67-8.
2. Girod de l' Ain, 390; Jourdan, 189; Marcel, 76-7; Lejeune, I, 151.
3. Brandt, 17; Castellane, 32; Espinchal, I, 378.
4. Fantín, 187; E. Blaze, 83 y 87; Lejeune. II, 55 a 45; Lejeune, I, 250; Abrantes, XI, 145; E. Blaze, 83; Marbot, 524; Espinchal, II, 89, 101 y 128; Thiebault, 384; Marbot, 69; Thiebault, 560.
5. Espinchal, II, 89, 101 y 128; Fantín, 239.
6. Castellane, 23; Rocca, 225; Girod de l' Ain, 385; Saint Chamans, 141.
7. Fantín, 218.
8. Marcel, 95-6; Espinchal, I, 550.
9. Brandt, 157; Fantín, 239.
10. Saint Chamans, 177; Fantín, 215.
11. Marcel, 95.
12. Jourdan, 185; Rocca, 92-3.
13. E. Blaze, 87; Naylies, 274.
14. Lejeune, II, 54 y 112.
15. Naylies, 38; Marcel, 94-5.
16. Brandt, 196.
17. Brandt, 159-60.
18. Desboeufs, 157 a 161.
19. Rocca, 79.
20. Desboeufs, 160 y 167-68
21. Brandt, 164-65.
22. Morvan, II, 395; Marbot, 110; Reiset, II, 299 y 300.

23. Desboeufs, 157, 160 y 167.
24. Brandt, 207 y 160; Rocca, 80.
25. Brandt, 159.
26. Desboeufs, 157 y 159.
27. Girardín, 142.
28. Abrantes, XI, 195-96.
29. Morvan, II, 393; Abrante, XI, 33.
30. Rocca, 79 y 80.
31. Morvan, II, 394, 393, 394 y 395.
32. Morvan, II, 397
33. Morvan, II, 397.

CITAS DEL CAPÍTULO XIII

1. Abrantes, XI, 294.
2. Jourdan, 305-6.
3. Rocca, 32.
4. Marcel, 9; Fantín, 192.
5. Naylies, 68 y 237.
6. Brandt, 78; Rocca, 24; Naylies, 168, 68 y 102; Rocca, 24; Brandt, 106.
7. Naylies, 185 y 66-7.
8. Rocca, 19 y 24; Desboeufs, 157; Colbert, II, 460; Girardín, 138 y 148; Marcel, 60 y 68; Naylies, 12, 15 y 55; Lejeune I, 105; Reiset, II, 278; Gonneville, 205 Saint Chamans, 109 y 111; Brandt, 13; Marbot, 93-4; Marcel, 146; Castellane, 29; Miot, III, 116; Rocca, 17-8 y 226; Girod de l' Ain, 44 y 205; Grivel, 156; Reiset, II, 265, 278, 307, 379 y 380; Naylies, 66, 68, 51, 102, 112, 142 y 146; Reiset, II, 150; Naylies, 167, 168, 185, 237 y 283; Espinchal, II, 51, 55, 59 y 60; Fantín, 187, 188, 189, 196, 198, 209-10 y 238.
9. Rocca, 226; Naylies, 55, 142, 68 y 168; Fantín, 257; Saint Chamans, 110; Rocca, 39; Reiset, II, 265; Naylies, 208-9.
10. Rocca, 226.
11. Rocca, 20, 21 y 44; Espinchal, II, 59; Naylies, 51.
12. Rocca, 27-8; Gonneville, 225, Marbot, 420.
13. S. Blaze, 179; Girod de l' Ain, 404; Broglie, 139.
14. Marcel, 72; Naylies, 168, 185, 283; Fantin, 256; Rocca, 21; Girardín, 148.
15. Marcel, 8.
16. Rocca, 26; Desboeufs, 157; S. Blaze, 179; Naylies, 102 y 167; Fantin, 260; Rocca, 155-56 y 216.
17. Fantín, 192; Castellane, 26 35; Saint Chamans, 115.
18. Jourdan, 245 y 47.
19. Brandt, 13.
20. Reiset, II, 258.
21. Naylies, 255; Thiebault, 336 y 369-70.
22. Correspondance de Joseph, IV, 424. 15 Agosto 1808.
23. Gonneville, 135.
24. Reiset, II, 264
25. Jourdan, 276-77.
26. Naylies, 141.
27. Girardin, 87; Fantin, 245.
28. Reisset, II. 296.
29. Abrantes, XI. 159.

30. Thiebault, 544.
31. Thiebault, 504-5, 544 y 545; Espinchal, II, 10.
32. Thiebaul, 544-45.
33. Rocca, 155; Thiebault, 504; E. Blaze, 85.
34. Vivien, 210 a 215; Gonneville, 135; Reiset, II, 297 y 296.
35. Desboeufs, 186.
36. Abrantes XI, 159; Rocca, 155; Espinchal, II, 119: Gonneville, 121.
37 Rocca, 29 y 150.
38. Thiebault. 176; Abrantes, X, 241 y 248.
39. Thiebault, 176 a 180.
40. Girardín, 107.
41. Reiset, II, 273 y 277.
42. Jourdan, 94; Colbert, 215, 219 y 457-58.
43. Fantín, 226; Jourdan, 175, 177 y 179. Fantín, 226.
44. Fantín, 229.
45. Fantín, 238; Bigarré, 246 a 348; Fantín, 226; Naylies, 110 y 116-17; Fantín, 238; Jourdan, 229; Naylies, 138.
46. Jourdan, 189-90 194 y 195. Marcel, 52.
47. Vivien, 226.
48. Miot, III. 190; Abrantes, XI, 296; XII, 67.
49. Marbot, 422; Abrantes, XII, 19 y 118; XI, 302.
50. Girod de l' Ain, 351 y 357.
51. Jourdan 328-29; Abrantes, XII, 67.
52. Thiebault, 486.
53. Jourdan, 187-88.
54. Jourdan, 279 y 419.
55. Jourdan, 434 y 389.
56. Jourdan, 451-52, 456 y 474; Girod de l' Ain, 213, 396 y 365.
57. Girod de l' Ain, 197.
58. Jourdan, 228 y 197; Marbot, 481.
59. Jourdan, 374, 153 y 370.

CITAS DEL CAPÍTULO XIV

1. Naylies, 181; Espinchal, II, 55 y 59; Fantín, 238.
2. Naylies, 103; Rocca, 226; Reiset, II, 278, 380 y 382; Jourdan, 191 y 426.
3. Naylies, 208; Rocca, 88-9; Reisei, II, 307; Naylies, 208,
4. Miot, III, 199.
5. Marcel, 77-8.
6. Marcel, 77; Miot, III, 276, S. Blaze, 176 y 78; Naylies, 214 y 170.
7. Jourdan, 191 y 238.
8. Jourdan, 290; Naylies, 112 a 114 y 189; Jourdan, 290; Naylies, 113.
9. Fantín, 188 y 266.
10. Naylies, 103.
11. Grivel, 154.
12. E. Blaze, 110; Espinchal, I, 339; Rocca, 39, 1 a 5 y 114; Fantín, 288-185 y 211; Reiset, II, 263.
13. Fantín, 187-88.
14. Fantín, 219; Rocca, 102-3.
15. Girod de l' Ain, 204; Brandt, 71; Thiebault, 540; Reiset, II, 353; Girod de l' Ain, 386; Abrantes, XI, 159; Girardín, 107; Thiebault, 540; Jourdan, 251.
16. Jourdan, 251; E. Blaze, 84; Rocca, 225-26.

17. Rocca, 66-7; Jourdan, 276: Rocca, 35.
18. Girardín, 54.
19. Thiebault, 538: Jourdan, 190.
20. Rocca, 145.
21. E. Blaze, 84.
22. Bigarré, 285.
23. Girardín, 87; Miot, III, 12; Girardín, 67-8; Miot III, 300.
24. Naylies, 94-5.
25. Thiebault, 336.
26. Miot, III, 84-5,
27. Marcel, 15; Miot, III, 53; Thiebault, 332.
28. Brandt, 52; Rocca, 69.
29. Rocca, 142; Jourdan, 187.
30. Rocca, 275.
31. Marbot, 41.
32. Grivel, 155.
33. Rocca, 67; Jourdan, 277.
34. Rocca, 67.
35. Rocca. 88 y 105; Miot, III, 101.
36. Bigarré, 230: Rocca, 114; Jourdan, 292.
37. Rocca, 105, Naylies, 223; Jourdan, 187; Miot III, 104 y 109.
38. Jourdan, 191 y 238.
39. Jourdan, 194-95 y 204.
40. Jourdan, 305; Naylies, 135.
41. Marbot, 41; Rocca 142 y 88; Jourdan, 236, 349 50 y 387.
42. Marbot, 485.
43. Jourdan, 303 y 309.
44. Rocca, 142; Miot, III, 104.
45. Marbot, 20 y 60; Thiebault, 407.
46. Girardin, 40.
47. Rocca, 58.
48. Fantín, 186; Miot, III, 49.
49. Miot, III, 49.
50. Miot, 101, 70 y 103-4.
51. Rocca, 278.
52. Thiebault, 405.

CITAS DEL CAPÍTULO XV

1. Rocca, 138-39.
2. Fantín, 238, 211 y 185; Brandt, 178.
3. Rocca, 192.
4. Naylies, 169 y 51.
5. Naylies, 255: Rocca, 169-70.
6. Naylies, 61, 146, 67 y 66; Fantín, 219.
7. Rocca, 113; Fantín, 219; Jourdan, 197; Naylies, 143; Rocca, 228.
8. Girod de l' Ain, 330-31.
9. Naylies, 62.
10. Rocca, 113; Naylies, 147; Rocca, 228.
11. Naylies 146-47.
12. Fantín, 243 44.
13. Rocca, 193, 182 a 188 y 231 a 235.
14. Rocca, 226.
15. Rocca, 198 a 201, 189 a 193, 227 y 227-28.
16. Jourdan, 426-27; Rocca, 228-29.
17. Rocca, 193-94.
18. Girod de l' Ain, 127, Espinchal, II, 88-89; Miot, III, 9; Gonneville, 97; Girod de l' Ain, 92, 112 y 352; Castellane, 37-8; Reiset II, 383-84; Naylies, 192, 94, 110 y 142; Saint Chamans, 119 y 121-22: Jourdan, 427.
19. Espinchal, II, 42; Broglie, 135-36 y 156; Grivel, 263 y 258; Marbot, 45.

20. Rocca, 142; Miot, III, 199-200; Fantín, 209-10; Rocca, 143.
21. Rocca, 59.
22. Castellane, 57-8; Reiset, II, 384.
23. Girod de l' Ain, 383.
25. Fantín, 279; Grivel, 259.
26. Abrantes, XI, 193-94; Castellane, 37; Broglie, 154-55; Rocca, 64.
27. Girod de l' Ain, 112-13.
28. Rocca, 143-44; Gonneville, 182-83.
29. Naylies, 165-66.
30. Bapst, 32-3.
31. Rocca, 189 a 192.
32. Castellane, 45; Rocca, 231 a 235, 182 a 188 y 205 a 210.
33. Broglie, 168.
34. Reiset, II, 297; Broglie, 168; Girod de l' Ain, 353; Bapst, 39; Fantín, 238; Broglie, 135-36, 153, 154-55, 156 y 168.
35. Jourdan, 187; Espinchal, II, 46 y 53; Marcel, 58; Naylies, 187; Rocca, 109-10 y 319.
36. Jourdan, 195; Espinchal, II, 88.
37. Jourdan, 314.
38. Espinchal, II, 42-3.
39. Rocca, 142.
40. Jourdan 175-76.
41. Jourdan, 42.
42. Desboeufs, 201-8.
43. Rocca, 231 a 235.
44. Rocca, 225; Fantín, 254 y 287; Gonneville, 121 y 140; Miot, III, 255; Espinchal, II, 21; Girardín, 48.
45. Espinchal, II, 123.

CITAS DEL CAPÍTULO XVI

1. Lejeune, 130-31; Chlapowski, 98; Castellane, 42; Saint Chamans, 118-19.
2. Marbot, 91; Reiset, II, 259-60; Chlapowski 98; Thiebault 545-6; Marcel 105.
3. Rocca, 81; Fantín, 210; Brandt, 86; Marbot, 76; Gonneville, 123.
4. Thiebault, 540.
5. Sprangzi, 21-2 y 139.
6. Naylies, 35, Castellane, 41; Marbot, 92; Reiset, II, 253.
7. Miot, III, 41, 54 y 93; Gonneville, 231; Fantín, 285; Marcel, 8; Blaze, 16; Sprangzi 31, 34 y 62; Naylies, 3, 10 y 38; Marbot, 59, Rocca, 165; Espinchal I 342-3-4 Miot, III 58; Abrantes, VII, 90; Grivel 159; Reiset, II, 211 y 355.
8. Naylies, 236; Reiset, II, 385,
9. Naylies, 125.
10. Thiebault, 565-66; Marbort 324; Gonneville 184
11. Saint Chamans, 107; Marbot, 324. Pepé, 195.
12. Saint, Chamans, 178.
13. Gonneville, 178-79.
14. Marbot, 324; Fantín, 187: Bourgoin, 1.
15. Lejeune, II, 45; Rocca, 245-46.
16. Espinchal, II, 56-7 y 57; Rocca, 27-8.
17. Rocca, 185; Grivel, 142.
18. Lejeune, II, 45-55; Fantin, 209-210; Parquin, 250: Bigarré, 305; Girardin, 140; Fantin

187-188-190-262; Espinchal I, 343; Gonneville, 241-242; Lejeune I, 94; Marbot, 68.
19. Lejeune I, 250; Abrantes XI, 145; Gonneville, 241; Fantin, 211.
20. Fantin, 262; Morvan I, 418.
21. Brand, 71-72; Naylies, 275.
22. Abrantes VII, 42-48-49 69 a 71.
23. Naylies 312-313; Rocca 165-166; Miot III, 93; Rocca 245; Broglie 135; Rocca 245; Abrantes, XII, 277.
24. Naylies, 95.
25. Naylies, 187.
26. E. Blaze, 79; Castellane 28; Vivien, 228; Reiset II, 246; Girod de l'Ain, 353.
27. Rocca, 141-142.
28. Reiset II, 238; Girod de l'Ain, 134.
29. Grivel, 256-257.
30. Reiset II, 253 4.
31. Saint Chamans, 208; Marbot, 486.
32. Espinchal I, 337 a 339.
33. Espinchal I, 341.
34. Espinchal I, 342.
35. Espinchal I 342-343.
36. Espinchal I, 343.
37. Espinchal I, 343-344.
38. Espinchal I, 344 345.
39. Espinchal I, 345-346-348.
40. Espinchal I, Espinchal I, 349-350-351.
41. Espinchal I, 352.
42. Espinchal I, 353-354.
43. Espinchal I, 355.
44. Espinchal I, 356.
45. Espinchal I, 357.
46. Espinchal I, 359-361.
47. Espinchal I, 362.
48. Espinchal I, 369-371-373-376-377.
49. Espinchal I, 381.
50. Gonneville, 184-231-241
51. Girardin, 142-143.
52. Broglie, 135; Rocca, 141-142; Reiset II, 319.
53. Reiset II, 394.
54. E. Blaze, 84; Saint Chamans, 189.
55. Girod de l'Ain, 135; Saint Chamans, 180 a 184; Parquin, 250; Saint Chamans, 184.
56. Naylies, 337-334.
57. Jourdan, 46.
58. Rocca, 190-232-233.
59. Pepé, 194; Thiebault, 317; Parquin, 302; Abrantes XII, 162; Thiebault, 562.
60. Marcel, 124; Marbor, 419; Thiebault, 451.

CITAS DEL CAPÍTULO XVII

1. Bigarré, 277; E. Blaze, 85; Girardin, 13-14.
2. Grivel, 150.
3. Reiset II, 297; Abrantes XII, 67.
4. E. Blaze, 87-88.
5. Reiset II, 296-297.
6. Castellane, 37; Marbot, 66-67.
7. Marbot, 66-67; E. Blaze, 75 a 77-79.
8. Lejeune II, 87; Broglie 167; Reiset II, 241.
9. Bigarré, 311; Marbot, 67; Bigarré. 250.
10. Marbot, 323-331-323.
11. Rocca, 242; Reiset II 277.

12. E. Blaze, 87-83-84; Lejeune I, 93.
13. Rocca, 242; Naylies, 192; Lejeune II, 85.
14. Naylies, 211; Lejeune, II, 55; Gonneville, 122; Marbot, 325; Lejeune, II, 87: Castellane, 45-6; Naylies, 258; Gonneville, 125.
15. Marbot, 331-2; Saint Chamans, 179 y 180 a 184.
16. Saint Chamans, 169; Lejeune I 125; Saint Chamans 136-7; Castellane, 45; Marbot, 96.
17. Lejeune, II, 49, 87-8, 92, 88; Castellane, 27; Lejeune, II, 67.
18. Gonneville, 140-1.
19. Lejeune, II, 67.
20. Saint Chamans, 122 a 125.
21. Grivel, 202 a 204; Rocca, 63.
22. Marbot, 37; Rocca, 61.
23. Gonneville, 131 a 133.
24. Gonneville, 123-4.
25. Gonneville, 127 a 129.
26. Colbert, 457-8.
27. Rocca, 61-2.
28. Bigarré, 235-6.
29. Thiebault, 127; Girardín, 13-4 y 141-2.
30. Castellane, 30; Lejeune, II, 47; Jourdan, 276, 229-30; Reiset, II, 241.
31. Marbot, 329.
32. Lejeune, II, 44-5, 55 y 64; Bigarré, 293, 304, 313 y 304; Lejeune, II, 60.
33. Grivel, 154.
34. Miot, III, 208.
35. Miot, III, 300.
36. Gonneville, 136.
36. Jourdan, 20-1; Murat, V, 391, 427, 433 y 443; Murat, VI, 10, 16, 23, 25 y 29; Chlapowski 71 a 73; Marbot, 37 a 40; Murat, VI, 31.
37. Gonneville, 185; Girardin, 130 y 67-8; Lejeune I, 50; Jourdan, 229, 279, 252 y 456.
38. Espinchal, I, 349 y 357; Girod de l' Ain, 159-60; Espinchal II, 356 y 353; Reiset, II, 260; Marbot, 323; Espinchal, I, 342; E. Blaze, 83-4; Naylies, 158 y 211; Gonneville, 121, 145 y 181.
39. Girardin, 143; Thiebault, 384-5.
40. Naylies, 251; Rocca, 246; Jourdan, 195; Rocca, 141; Naylies, 211; Espinchal, II, 6; Fantín 273; Gonneville, 122; Naylies, 211-12 y 211; Rocca, 141.
41. Rocca, 140-1; Gonneville, 179-80; Brandt, 71; Jourdan, 195; Gonneville, 136; Marbot, 325.
42. Rocca, 141.
43. Fantín, 273.
44. Fantín, 274 y 273.
45. Gonneville, 136 y 139.
46. Lejeune, II, 56; Brandt 71-2.
47. Lejeune, II, 90, 92 y 93.
48. Naylie, 333.
49. Thiebaul, 400; Naylies, 19; Jourdan, 134.

CITAS DEL CAPITULO XVIII

1. Miot, III, 79 y 199; Rocca, 139; Fantín, 270.
2. Rocca, 139; Miot, III, 199.

3. E. Blaze, 151-2; Miot, III, 367.
4. Miot, III, 200.
5. Miot, III. 199; Reiset, II, 295-6.
6. Miot, III, 200.
7. Naylies, 193; Brandt, 71; Rocca, 140.
8. Naylies, 192; Brandt 71; Espinchal, II, 53; Grivel, 204; Reiset, II, 295; Thiebeult, 584; Reiset, II, 313; Espinchal, II, 55; S. Blaze, 171.
9. Espinchal. II, 129; Naylies. 251-2 y 216.
10. Naylies, 192, y 197-8; Girod de l' Ain, 197; Jourdan, 276; Saint, Chamans, 152-3; Lejeune, II, 94 a 100: Marcel, 80-1, y 173; Grivel, 194; Jourdan, 276: Miot, III, 201; Abrantes. XX, 183.
11. Roca, 241.
12. Marcel, 103; Girod de l' Ain, 147.
13. Espinchal, I, 343; Lejaune, II, 94-53, Naylies, 216.
14. Lejeune, II, 48-84; Jourdan, 344; Espinchal, II, 122-3.
15. Fantin, 272; S. Blaze, 176; Fantin, 273; Lejeune, II, 83; Espinchal, II, 127; E. Blaze, 80 y 87; Miot, III, 244; Girardin, 135; Lejeune, II, 105-6.
16. E. Blaze, 87; Thiebault, 402-3 y 584; Marbot, 325; Jourdan, 190 y 343.
17. E. Blaze, 86-7; Jourdan, 367-8; Naylies, 193 y 280; Billon, 161; Miot, III, 244; Reiset, II, 263; Jourdan, 314-5; Miot, III, 244; E. Blaze, 86.
18. Naylies. 335.
19. Naylies, 193, E. Blaze, 86; Lejeune, II, 108: Reiset, II, 263 y 294.
20. Lejeune, I, 108.
21. Thiebault, 402-3.
22. Grivel, 247 y 204.
23. Fantin, 288-9.
24. Lejeune, II, 54-5; Abrantes, XII, 181; E. Blaze, 149; Lejeune, II, 97-8-9; Naylies, 335-6; Bigarré, 277; Fantin, 263, Espinchal, II, 53; Marcel, 188; Saint, Chamans, 110; Espinchal, I, 339; Espinchal, II, 53; Lejeune, II, 97-8 y 54-5; Fantin, 270.
25. Girod, de l' Ain, 135 a 137.
26. E. Blaze, 80 y 83.
27. Jourdan, 458; Girod de l' Ain, 198, 197 y 403.
28. Reiset, II, 313.
29. Abrantes, XII, 181; Rocca, 139-40; Lejeune, II, 54-5; Brandt, 77-8; Bigarré, 277; E. Blaze, 149; Naylies, 193; Espichal, I, 380.
30. Fantin, 270.
31. Naylies, 198; Rocca, 139 y 449; Abrantes, XII, 181.
32. Lejeune, II, 93.
33. Naylies, 103; Miot, III, 200.
34. Naylies, 274; Espichal, II, 125.
35. Espichal, II, 53; Parquin, 256; Marcel, 188.
36. Gonneville, 181; Billon, 175; Saint, Chamans, 177; Marbot, 453; Naylies, 206; Saint, Chamans, 186-7; Naylies, 336-7.
37. Saint Chamans, 175 y

189; Grivel, 260-1; Fantin, 288-9; Bigarré, 313.
38. Girardin, 124-4,
39. Brandt, 201; D' Espinchal, I, 303.
40. Naylies, 193.
41. Abrantes, XII, 183; Naylies, 194; Grivel, 260; Thiebault, 448 y 577; Naylies, 280; Espenchal, II, 121; Espinchal, I, 379; Brandt, 118; Abrantes, XII, 184; Fantin, 270.
42. Bigarré, 278.
43. Abrantes, XII. 183-4 XI, 289-90.
44. Rocca, 140; Saint, Chamans, 110; Marcel, 86; Naylies, 192-3; Miot, III; 198; S. Blaze, 174; Bigarré, 278; Girardin, 179.
45. Abrantes. XII, 154; XI, 296-292 y 297.
46. Abrantes, XII, 21-48-166-172-174 y 5.
47. Abrantes, XII, 6.

CITAS DEL CAPITULO XIX

1. Rocca, 139.
2. Girardin; Naylies, 192-3.
3. Grivel, 205; Brandt, 17; Lejeune, II, 108-9.
4. Lejeune, II, 113 y 119; Rocca, 201.
5. Lejeune, II, 121.
6. Grivel, 205.
7. Saint, Chamans, 153; Lejeune, II, 100 a 121; Parquin, 281-2; Grivel, 202 a 207.
8. Gonneville, 181; Abrantes, XII, 172.
9. Lejeune, II, 102-3; y 100 a 121.
10. Brandt, 138-183-118-169 130-158; Gonneville, 191
11. Thiebault, 577.
12. Jourdan, 367; Abrantes, XII, 182-3.
13. Abrantes, XII, 183.
14. Desboeufs, 196.
15. Abrantes, XII, 181-2 y 57.
16. Abrantes, XII, 261.
17. Marbot, 347.
18. Reiset. II, 295; Naylies, 334-5; Reiset, II, 264; Naylies, 334-5.
19. Abrantes, XI, 262.
20. Lejeune, II, 107-8.
21. Grivel, 260.
22. Espinchal, I, 380;
23. Rocca, 199-200-202 y 203.
24. Gonneville, 234; Saint, Chamans, 175; Espinchal, I, 380; Rocca, 213; Reiset, II, 295.
25. Parquin, 251 a 254.
26. Thiebault, 450-1; Miot, III, 304; Thiebault, 452 a 454; Abrantes, XII, 57 a 61.
27. Girod de l' Ain, 384.
28. Naylies, 210.

CITAS DEL CAPITULO XX

1. Miot, III, 199.
2. Rocca, 138; Miot, III, 199; Bigarré, 276; Rocca, 139.
3. S. Blaze. 13.
4. Correspondance de La Forest, I, 53-4-57-67 y 70.

5. Girardin, 68.
6. Jourdan, 64-5.
7. Fantin, 190.
8. Miot, III, 38; Girardin, 154-5 y 141-2; Jourdan, 135.
9. Jourdan, 147-195-188 y 9; Brandt, 61-2,
10. Correspondance de La Forest, I, 291-2; Correspondance de Joseph, VI, 145.
11. Miot, III, 79-80; Thiebault, 532-
12. Jourdan, 229-30; Saint, Chamans, 152-3; Girarcin, 110; Jourdan, 275; Miot, III, 83-4.
13. Jourdan, 276 y 295; Fantin, 263.
14. Jourdan, 315; Reiset, II, 238 y 253; Jourdan, 303.
15. Brandt, 122 a 127 y 132.
16. Naylies, 210; Reiset, II, 254; Naylies, 275; Brandt, 179-80; Jourdan, 397.
17. Jourdan, 368, 367 y 362.
18. Fantin, 266 7; Bigarré, 272; Miot, III, 150; Fantin. 272; Miot, III, 183 y 186; Bigarré, 280; Gonneville, 182 a 184.
19. Brandt, 172; Jourdan, 329-30; Pepé, 194; Miot, III, 244.
20. Miot, III, 258-9; Espinchal, II, 42.
21. Girod de l' Ain, 197; Jourdan, 452-3.
22. Jourdan, 452-3; Miot, III, 334.
23. Thiebault, 531 a 533; Jourdan, 299 y 300; Miot, III, 186; Bigarré, 280; Jourdan, 329-30.
24. Brandt, 71; Grivel, 204; Parquin, 249-50; Reiset, II, 295; Naylies, 192-3; Espinchal, II, 4-5 y 5-6; Brandt, 108-9; Brandt, 178.
25. Naylies, 187.
26. Espinchal, I, 120; Espinchal, II, 101.
27. Marcel, 196.
28. Marcel, 174 a 177.
29. Brandt, 183-4.
30. Brandt, 186; Parquin, 250; Brandt, 173-183 y 187.
31. Naylies, 273-4; Vivien, 205.
32. E. Blaze, 86-7; Reiset, II, 295.
33. Bigarré, 284 a 287.
34. Rocca, 146 7.
35. Rocca, 148-9.
36. Rocca, 150-151-152-153 154 y 155.
37. Rocca, 156-7.
38. Miot, III, 303; Girod de l' Ain, 197.
39. Reiset, II, 289.
40. Thiebault, 449-50.
41. Reiset, II, 310 a 317 y 325 a 332.
42. Espinchal, II, 113-117-125-6.
43. Miot, III, 244.
44. Jourdan, 275.
45. Jourdan, 343.
46. Jourdan, 406-7.
47. Miot, III, 334.
48. Girardin, 180.
49. Reiset, 169-70; Thiebault, 531 a 533.
50. Broglié, 142.
51. Broglié, 145-6.
52. Broglié, 148.
53. Broglié, 148-9.
54. Rocca 246; Naylies, 180 y 337; Abrantes, XII, 175-6; Rocca, 278.
55. Jourdan, 315,

Paginación de los capítulos contenidos en esta obra

		Paginas
Capítulo	I	13
»	II	29
»	III	45
»	IV	59
»	V	79
»	VI	95
»	VII	107
»	VIII	119
»	IX	143
»	X	161
»	XI	179
»	XII	199
»	XIII	215
»	XIV	233
»	XV	251
»	XVI	269
»	XVII	289
»	XVIII	309
»	XIX	329
»	XX	341

Date Due

OCT 4 47			
JAN 2 4 '53			

Library Bureau Cat no. 1137

948.06 F224L 149249
Parian
Memorias de la guerra de la
guerra de la independencia

948.06 F224L 149249

Duke University Libraries
D01670029P